

# Sophie Hénaff

## Aviso de muerte



## Table of Contents

[Datos del libro](#)

[Prólogo](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[31.](#)

[32.](#)

[33.](#)

[34.](#)

[35.](#)

[36.](#)

[37.](#)

[38.](#)

[39.](#)

[40.](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

## Resumen:

*Lejos de haber alcanzado la gloria, Capestan y los suyos son vistos como traidores por el resto de sus colegas y viven relegados en el rincón más oscuro de la Policía Judicial. La moral de todos está por los suelos. Matan el tiempo jugando al billar o decorando el árbol de Navidad. Solo Anne mantiene la fe en su valía. Aun así, habría preferido evitar la investigación que les es asignada: el asesinato del comisario Serge Rufus, padre de su exmarido. Capestan siempre odió a su suegro, pero todavía no ha sido capaz de olvidar al hijo.*

*Mientras tanto, un hombre en Provenza encuentra su propio nombre en un monumento a los caídos, una perturbadora premonición que se cumplirá de inmediato y que hará que la brigada deje París para investigar unas muertes extrañamente anunciadas.*

Sophie Hénaff

# Aviso de muerte

Traducción del francés de  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

ALFAGUARA



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Rester groupés*  
Primera edición en castellano: mayo de 2017

© 2016, Éditions Albin Michel  
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2017, María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial,  
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Printed in Spain - Impreso en España  
ISBN: 978-84-204-2689-1  
Depósito legal: B-6475-2017

Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.  
Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para mi minijauría, otra vez*

Los fénix se atascaban en la ceniza.

EVA ROSIÈRE,  
*Laura Flammes y los maderos quemados*

## Prólogo

*24 de noviembre de 2012, departamento de Vaucluse*

Jacques Maire iba siguiendo el curso del canal que pasaba por L'Isle-sur-la-Sorgue. Contaba los patos. Las hierbas verdes que teñían el agua transparente se mecían perezosamente y, a ratos, desaparecían con los destellos del sol. El río apacible acunaba unas cuantas barcas e invitaba al paseante a reducir el paso.

Con su confiada sonrisa de benefactor de aldea, Jacques devolvió el saludo desde lejos a un empleado de la biblioteca y, luego, torció bajo los plátanos para ir a la panadería. En la plaza, le llamó la atención la placa de mármol del monumento a los caídos. Acababan de grabar otra línea, que prolongaba la lista. Una gota de pintura dorada, húmeda aún, chorreaba de la última vocal. Alguien había añadido un nombre.

Jacques Maire: 17 de agosto de 1943 – 23 de noviembre de 2012.

23 de noviembre.

Era al día siguiente.

1.

*28 de noviembre de 2012, París*

La comisaria Anne Capestan estaba peleando con la última remesa de impresoras defectuosas que le había concedido un departamento de suministros muy bromista. El aparato se emperraba en anunciar «nivel de tinta bajo» aunque Capestan acababa de cambiar el cartucho. Tras apretar todos los botones, la comisaria se rindió. No tenía nada de mucha importancia que imprimir. No estaba trabajando en nada de mucha importancia. No estaba ya trabajando en nada.

Tras arrancar en la profesión de forma deslumbrante, recibir una medalla de tiro olímpica y conseguir la mejor colección de galones que hubieran prendido nunca en el pecho de una comisaria joven, Capestan se había incorporado a la Brigada de Menores sin saber dónde estaba el límite de su resistencia emocional. Y allí, en un caso más cruel que los demás, había acabado por matar, así por las buenas, a un sospechoso. «La burguesa que desbarra, la dulzura kalashnikov», como decía su compañera Rosière, se había librado de que la despidieran a cambio de ponerse al frente de aquella unidad de policías desechados, una idea que se le había ocurrido al jefe, Buron, que había hecho limpieza en la policía judicial reuniendo a todos los indeseables en un único servicio.

Resolver su primer caso, el mes anterior, no les había proporcionado a aquellos maderos quemados una consideración nueva, sino que, al contrario, los había sepultado bajo una nueva capa de desdén. Los que se chivaban de los polis: en eso se habían convertido. Los traidores. Una etiqueta urticantísima que le tenía escocida la conciencia a Capestan, y también el orgullo.

Por su parte, el comandante Lebreton se adaptaba a la situación con su flema habitual. Ya había pasado por el desprecio de los colegas, pues, tras haber pertenecido al glorioso RAID<sup>[1]</sup>, la revelación de que era homosexual lo había llevado a Asuntos Internos, donde el atuendo de Judas le hacía las veces de uniforme. Allí, inconsolable tras perder a su pareja, le había costado más apechar con las discriminaciones. Tras ponerle una queja a su superior jerárquico aterrizó directamente en aquel aparcadero que se había inventado Buron. En ese preciso instante, recostado en el sillón y con los pies cruzados encima de la mesa, hojeaba *Le Magazine du Monde* para descansar de la lectura inútil de las carpetas viejas de casos archivados que llenaban el pasillo. Unas voces destempladas que llegaban de la habitación de al lado lo obligaron a

bajar el periódico; atendió durante unos segundos, se encogió de hombros y siguió con el artículo.

Se trataba de la enésima pelea entre la volcánica Eva Rosière y el incombustible Merlot. Se pasaban la vida discutiendo, y no forzosamente de lo mismo y al mismo tiempo, pero no era algo que pareciera molestarlos ni pizca. Desde allí se los podía oír argumentar junto a la mesa de billar, la última adquisición de la capitana-novelistaguiónista millonaria que, desde el número 36 del muelle de Les Orfèvres hasta el Ministerio Fiscal, había ofendido a todos los mandamases que metía en sus culebrones para ridiculizarlos. Desde que había ido a parar a aquella brigada de la calle de Les Innocents, estaba acondicionando el local con una moderación cada vez más relativa. Cuando el día anterior dejó caer que podía comprar un fútbol para tener entretenidos a Dax y a Lewitz, Capestan le preguntó si también tenía intención de cobrar la entrada a la comisaría o repartir fichas de casino. Merlot, que estaba con ellas, pareció estudiar el asunto sin pescar la ironía. Rosière, estratega sutil tras su apariencia borde, recogió velas. A Capestan no le cabía duda de que era una maniobra de carácter provisional.

La comisaria se apartó de la impresora para ir a lo que, *de facto*, se había convertido en la «sala recreativa» merced a la aparición de la mesa de billar inglés, una lámpara rectangular con flecos, cuatro sillones de cuero, una taquera y una magnífica barra de bar, de roble macizo, con banquetas a juego. Eva había sacado a relucir argumentos contundentes: «Todo el pescado está vendido, Anne, ya no va a querer incorporarse a la brigada ningún fulano más. Así que es mejor rellenar los huecos para que esto no parezca tan triste». De la habitación aquella, desde luego, no se desprendía ya la mínima tristeza, ni tampoco quedaba ningún hueco.

Con su hechura de metro cúbico firmemente plantado en el suelo y una expresión de viril orgullo en el rostro, Merlot, excapitán en Antivicio, alcohólico y masón con un don de gentes muy rodado, aguantaba a pie firme la tormenta, con un taco de billar en una mano y una copa de tinto en la otra. Tenía en la chaqueta rastros de tiza azul. Rosière seguía con la diatriba:

—... ¡Pasa lo mismo con todo! Fíjate en los cuernos de rinoceronte. Un buen día un pichafloja se cruza con un rinoceronte y piensa: «Caramba, menudo calibre, yo también quiero uno así, a ver si es verdad que de lo que se come se cría, pero entrará mejor si lo machaco antes un poco». Y, desde entonces, todos los gatillazoadictos del planeta exterminan a esa especie para que se les levante.

Piloto, el perro de Rosière, sentado a sus pies, la escuchaba devotamente. Volvió el hocico hacia Merlot para ver qué tenía que decir.

—¡Exactamente, mi querida amiga! ¡La vitalidad! ¡Estoy completamente de acuerdo en que de ella nacen dilatadas conquistas y progresos científicos! —asintió el capitán con ademán augusto. Y a punto estuvo de sacarle un ojo a la teniente Évrard con el taco.

Esta, expulsada de la Brigada contra el Juego por ser adicta al tapete verde, apoyaba la cadera en la mesa y esperaba estoicamente a que concluyera la conversación tamborileando con los dedos en la madera reluciente. Le daba la espalda, de forma más o menos voluntaria, al teniente Torrez, que estaba hecho un ovillo en un sillón, al fondo de la sala, con el taco de billar apoyado en el brazo del asiento. Capestan se le acercó:

—¿Quién va ganando?

—¿La discusión o la partida?

—La partida.

—En tal caso, yo.

—¿Con quién juegas?

Torrez se puso fosco.

—Conmigo.

Una vez más, Torrez no formaba equipo con nadie. Los demás habían preferido jugar tres contra uno. Lo cual era ya un progreso, porque un mes atrás no habría podido ni respirar el aire de la habitación sin que todos los demás ocupantes salieran por pies. Cierto es que su siniestra reputación de gafe iba a menos, pero muy poquito a poco. Todos, incluido Torrez —sobre todo Torrez—, seguían respetando unas normas de saludable prudencia. Solo Capestan se le acercaba cuando le venía en gana, y no toleraba que ninguna superstición pusiera trabas a sus idas y venidas.

El canto de un grillo disfrutando del sol salió del bolsillo de Capestan. Era el móvil. En la pantalla apareció el apellido Buron. Había pasado ya un mes desde la última llamada del director de la policía judicial. Entonces la informó de que había cumplido lo prometido y los estaba esperando otro coche, cuyo estado era presentable. El cabo Lewitz, un maníaco del volante, tardó muy poco en cargárselo. A continuación, a la espera de que los ánimos de sus colegas y de los medios de comunicación se calmasen, Buron recomendó a la brigada que se achantase un poco. La comisaria replicó que bastante achantados estaban ya. Pero se daba cuenta de que seguramente hacía falta un compás de espera.

Si Buron la llamaba hoy, a lo mejor se avecinaba una buena noticia. Capestan contestó.

—¿Qué tal, señor jefe de división? ¿A qué debo este honor?

El equipo estéreo de Orsini, que sintonizaba a perpetuidad Radio Classique, transmitía una sonata de Schubert. Sin que ello sirviera de precedente, el capitán no la estaba escuchando. Ensimismado, alisaba con la mano una página del diario *La Provence*.

El titular abarcaba tres columnas: «Jacques Maire, personalidad de L'Isle-sur-la-Sorgue, asesinado en plena calle».

Orsini cogió del portalápices unas tijeras y recortó primorosamente el artículo. Luego abrió un cajón y eligió una carpeta roja en la que metió el documento. La cerró con las gomas, destapó el rotulador negro y lo dejó en el aire unos segundos. No sabía muy bien qué poner.

Acabó por soltar el rotulador y guardó la carpeta sin nombre en el cajón.

## 2.

Bajo su característico cielo opaco, la capital se había emperifollado para el invierno. Una lluvia fina y pegajosa obligaba a los parisinos a caminar con la cabeza gacha y la mirada resbalando por los adoquines, agobiados ya aunque el día estuviera recién empezado. Hundiendo la barbilla en el ancho fular jaspeado y enfundada en un grueso abrigo negro con capucha, Capestan brujuleaba entre el bosque de paraguas de los peatones de la calle de Daguerre. Iba a zancadas hacia la calle de Gassendi, cortada al tráfico en todo el tramo que desembocaba en la calle de Froidevaux, por tratarse del escenario de un crimen.

Habían encontrado el cadáver dos horas antes, un caso calentito. Capestan, en cuyo escritorio se apilaban los cajones de casos caducados, se preguntó a qué se debía semejante honor y semejante vuelta a la actualidad.

Los inevitables mirones estiraban el pescuezo para cazar algún detalle digno de una exclusiva detrás de las cintas de seguridad y de los hombros de los policías recalitrantes. La comisaria se abrió paso entre el gentío de cotillas, enseñó sonriente su tarjeta y cruzó el cordón, buscando con los ojos la silueta de elevada estatura del jefe del número 36. Además de los polis de la zona y de la policía científica, identificó a unos cuantos tenientes de la Criminal, que tenía seguramente el caso a su cargo, y le llamó la atención un furgón de la BRI[2], curiosamente aparcado a la entrada de la calle. Sumando su propia presencia, se obtenía una lista de brigadas un tanto excesiva para un simple asesinato. Definitivamente, aquella convocatoria la tenía intrigada.

Buron, con las manos en los bolsillos de la trenca de color caqui, pasaba revista al bullicio de aquel mundillo con expresión nada satisfecha. Al acercarse Capestan, esbozó una sonrisa que reprimió en el acto.

—Buenos días, comisaria.

Ella se quitó la capucha para ampliar su campo visual y contestar al director.

—Buenos días, señor jefe de división. ¿De qué se trata? En cualquier caso, somos un montón.

—Sí, somos muchos. Demasiados —completó Buron girando sobre los talones para pasar revista por encima a aquel hormiguero.

Capestan volvió a meter la barbilla en el fular.

—¿Y por qué llama a gente de más?

—Porque la víctima es un jefazo de la BRI. Y ya sé por dónde van a

tirar los de la Criminal. Van a hurgar en todos los rencores antiguos del crimen organizado, revolver en rencillas de polis desde tiempos de Broussard hasta nuestros días y descuidar todas las pistas que no abonen la leyenda.

Un jefazo asesinado... Una historia que no abonase la leyenda... Capestan no sabía si quería enterarse de más.

—Señor director, no me diga que vamos a tener otra vez que cargar contra un poli. Los compañeros ya nos tratan a pedradas.

No es que Capestan estuviera muy pendiente de su imagen pública, cosa que, por lo demás, resultaba muy oportuna; pero a la larga esa sensación de rechazo hacía mella en los más independientes. Había que tener mucho coraje o mucha indiferencia para conservar la mirada despejada ante la desaprobación.

—No le pido que tenga que «cargar contra un poli» necesariamente; solo que considere las pistas en conjunto como en cualquier investigación. Dicho lo cual, pues sí, corre el riesgo de toparse con cierta incompreensión.

Buron soltó un esbozo de suspiro. Se frotó las manos enguantadas y decidió proseguir con toda sinceridad:

—Por no ocultarle nada, esta decisión mía de que se una usted al caso no ha gustado mucho. La Criminal opina que no necesita a nadie para investigar y que bastante tienen con la BRI metiendo las narices como para tener que aguantar, de propina, a las ovejas negras.

Capestan se apartó de la cara un mechón húmedo.

—Ya me lo supongo. Pero no lo entiendo: ¿el ministerio fiscal nos asigna el caso? —dijo Capestan, extrañada.

Buron movió la cabeza, frunció el ceño y sacudió los dedos en el aire de la mañana. En el idioma de un jefe de división, eso quería decir: «No, no del todo. Faltan unos cuantos engorros administrativos que carecen de interés». Capestan se quedó con la única traducción posible: «No». La fiscalía no sabía ni que su brigada existía, y Buron, director de la policía judicial, la colaba de extranjis. La comisaria volvió a preguntarse por los motivos de su presencia. Sin pretender pecar de un exceso de humildad, sabía que en un caso así ellos no pintaban nada. La decisión de Buron no tenía ni pies ni cabeza.

—Perdone que insista, pero ¿por qué nos ha llamado, señor director?

Buron interrumpió de golpe la conversación al pasar un hombre altísimo, una montaña de músculos enfundada en una chaqueta de cuero del mismo tono café con leche que el rostro que la remataba. Un rostro bastante agraciado, pero de expresión hosca. Buron le tocó el codo al hombre para que se detuviera. Este se volvió. Cada vez que aquella mole inmensa se movía era como si se desplazara la sombra de un rascacielos. Al reconocer al director de la policía judicial, se detuvo en seco para cuadrarse casi. El jefe de división aprobó con la cabeza y se dirigió a Capestan:

—Comisaria, permítame que le presente al teniente Diament de la BRI. Del grupo de escalada, ¿verdad?

El oficial se irguió aún más, manifiestamente orgulloso de pertenecer a ese grupo de acción con tanto reconocimiento: aquellos policías de elite bajaban por la fachada de los edificios haciendo rápel, sujetos al cable, e irrumpían con el arma en la mano en las madrigueras de los gánsteres más curtidos. A juzgar por la envergadura del individuo aquel, ni los gánsteres ni los cables debían de tener una vida fácil.

—Afirmativo, señor director.

—Me he enterado, teniente, de que también será usted el enlace entre la BRI, claro, la Criminal y la brigada de Capestan, ¿no?

—Afirmativo —contestó el teniente con voz menos tonante.

—Encantada, teniente —dijo Capestan, tendiéndole la mano y soltándole una sonrisa amable.

Él le estrechó la mano y asintió con la cabeza al tiempo que evitaba que se le cruzase la mirada con la de la comisaria. Más que desprecio o vejación porque le impusieran así a unos interlocutores tan lamentables, Capestan creyó vislumbrar en los ojos del teniente un destello de tristeza. Seguramente por nada relacionado con el curro.

—En cuanto el forense redacte las actas, el teniente le enviará una copia. La tendrá al tanto de los avances de la investigación en los diferentes servicios y usted compartirá con él sus propias investigaciones, comisaria. En este caso quiero que las fuerzas vivas de la Casa colaboren con transparencia total. ¿Puedo contar con ustedes? ¿Teniente? ¿Comisaria?

Diament asintió con otro gesto marcial de la cabeza. Capestan, por su parte, se encogió de hombros con una sonrisa divertida para mostrar su acuerdo.

Mientras el teniente se despedía, Capestan, que pocas veces daba su brazo a torcer, volvió a sacar el asunto de su presencia allí. Se volvió hacia Buron.

—Decía que ¿por qué nosotros?

El director se limitó a indicar a la comisaria que lo siguiera. Se dirigieron hacia el cadáver, al que ya le habían puesto una lona por encima, y se pusieron unas calzas de papel. Subido a una escalerilla, un oficial de la policía científica estaba tomando huellas en una de las placas de la calle. Su compañero esperaba pacientemente abajo, con un destornillador en la mano. En la placa no ponía ya «calle de Gassendi», como debiera, sino «calle de Serge Rufus, 1949-2012, comisario de los capullos».

Capestan entendió de golpe por qué Buron recurría a ella.

### 3.

Paul había tenido una popularidad deslumbrante y, luego, dejó de tenerla. Era algo bastante reciente aún, pero no tardarían en considerarlo una vieja gloria. O a lo mejor ya lo era; en aquel terreno los más afectados solían ser los últimos en enterarse. En cualquier caso, eso era lo que permitía suponer aquella llamada inesperada de una productora. Un programa de telerrealidad. Esas eran las cosas que le proponían ahora, un programa de telerrealidad. Había dicho que no.

Por supuesto, había titubeado, solo un segundo. Largo. Humillante. Las promesas de regresar bajo los focos tenían esa fuerza de atracción, el poder de Kaa. Pero Paul había dejado el oficio, o al menos ese aspecto del oficio. Es posible que la idea de volver pasara rozándolo a veces. Llegado el momento, se organizaría de otra forma. Por ahora, tenía un teatro que dirigir y un ejército de humoristas que coordinar.

Remangándose la camisa beige, se acomodó tras el escritorio para mirar el correo electrónico. Tenía un montón de mensajes de Hugo, una de sus últimas adquisiciones, que intentaba colar un ego sediento de halagos como angustia existencial. Lo atosigaba a mensajes, y Paul se arrellanó en el sillón, concediéndose un minuto de sosiego antes de llamar. Con gesto mecánico, se frotó la mejilla y la barbilla para valorar la perfección del afeitado.

Luego se le posó la mirada, como sucedía con excesiva frecuencia, en el cartel enmarcado que tenía enfrente. Tenía en él veinte años menos. Lo rodeaban sus dos amigos de infancia, con quienes formaba Los Tejones, uno de los tríos de humoristas más famoso de la década de 1990.

Habían tenido un éxito que se habían ganado a pulso: talento y trabajo; y la suerte había tapado los huecos. Por entonces, triunfar les parecía lo lógico; por fuerza tenía que ser algo eterno, la consecuencia lógica de una adolescencia en la que vestir buenos vaqueros y no tener granos bastaba para garantizar la categoría de jefe de la pandilla. En realidad, la única diferencia de actuar encima de un escenario es que las gracias te las ríe el público en lugar de los amigos. Luego llega la televisión; y, después, la fiesta se convierte en rutina. La fama no es sino una consumación natural. A continuación, queda la vida entera para darse cuenta de cuánto valía ese estado de gracia efímero. Pero ya se ha esfumado.

Los Tejones andaban entonces por donde soplaba el viento. Ese mismo viento que, más adelante, se los tragó para traer en sus ráfagas

una moda nueva: los monólogos humorísticos. Había llegado despacito. El trío se separó. Paul invirtió en un teatro. Pensó que de ese modo tendría siempre un sitio donde actuar. No fue así. Si actuaba, no cubría gastos. La gente lo seguía reconociendo por la calle, desde luego; pero ya no pagaba por ir a verlo, así de sencillo. Le hablaban de sus *sketches* antiguos. Que confundían con los de Les Nuls o Les Inconnus[3]. Así es el público, te crees que te está adulando y lo recuerda todo fatal. Seguramente porque le importa un carajo.

Poco a poco, Paul empezó a lanzar a humoristas jóvenes; y luego, a más. Sin dejar de rendirle una prudente pleitesía, los jóvenes de la manada lo miraban siempre con cierta superioridad, convencidos de que habían inventado el humor, el nuevo humor, el del presente siglo. Paul se había portado exactamente igual a la misma edad.

Pues vale. Paul dio una palmada con ambas manos en el escritorio. Había que llamar a Hugo, el gilipollitas ese que iba en ascenso. Sus espectáculos, al menos, daban beneficios. Paul se inclinó para coger el móvil y, en esas, apareció un SMS: «Hola. ¿Estás en casa?». Era su mujer. Su exmujer.

En el acto le subieron a los ojos unas lágrimas incoherentes. Dejó todo lo que estaba haciendo y contuvo la respiración para concentrarse y que no fluyeran. Se le crispó la mandíbula; estaba enfadado consigo mismo por seguir todavía en ese punto. Pero después no pudo por menos de volver al móvil y mirarlo fijamente como si el aparato pudiera hablar, dar explicaciones, borrarlo todo, prometer una vida diferente.

Al separarse de su mujer un año antes, se había quedado sin su último punto de referencia, sin su última amiga, sin cimientos. Sin su único amor, también.

Lo obsesionaba su ausencia. Y su presencia en otra parte de la ciudad. La dulzura, la independencia, y, además, claro está, su rostro, y su cuerpo, y sus noches.

Al separarse de ella, Paul sabía que dejarla sería más duro que dejar todos los éxitos del pasado.

Estaba tocado y hundido, hasta el fondo del mar.

Desbloqueó el teclado y, con movimientos dubitativos, como supersticiosos, escribió: «Sí».

Luego esperó pacientemente.

Cuando el timbre de la puerta principal desgranó las tres notas, se le puso en la cara una sonrisa involuntaria.

#### 4.

De pie ante aquella puerta cerrada y nueva para ella, temiendo el momento en que se abriera, Capestan apretaba los puños en el refugio de los bolsillos. No cabía duda de que era a ella a quien le correspondía estar allí. Ni por un segundo había considerado la posibilidad de rehuir ese instante. Pero luchaba para conservar la silueta erguida y descartar los instintos de ira que podrían aflorar en el momento más inoportuno. Menos mal que la tristeza y la empatía la mantenían en un comportamiento decente.

Así que iba a volver a verlo. Y a ver su nuevo entorno, ya que se había marchado dándose las de gran señor y le había dejado el piso. Llamando a capítulo a su buena fe, Capestan rectificó; no «se las había dado de gran señor»; «había sido» un gran señor. Como siempre. Ella sabía que aquel piso representaba el último vestigio de una fortuna insolente reducida a condiciones ordinarias. Paul solo se había llevado los muebles de sus abuelos, la lavadora y el lavavajillas, con el consecuente mensaje: quien los usaba era yo.

Pero también era cierto que había salido por pies a la primera dificultad, parapetándose detrás de unas teorías moralizantes muy oportunas. Aquel día Capestan había matado a un completo cabrón tras dejar malparado a otro, se había cargado su carrera y ni siquiera había mostrado asomos de remordimiento. No tenía nada que comentar, no quería justificarse y, sobre todo, no quería contar nada. Paul esperó unos minutos y, luego, se fue.

Anne oyó acercarse un ruido de pasos, se puso tensa y todo a su alrededor se esfumó.

Se abrió la puerta y apareció el hombre más guapo que había conocido. Su marido. Paul parecía atraer hacia sí todas las luces de la ciudad. Cuando se presentaba en una habitación era como unos fuegos artificiales entre luces led. La madre de Paul, aunque humilde de natural, se pavoneaba con cada aparición del astro. «Hay que ver lo atinados que estuvimos su padre y yo: le pusimos el nombre de Newman y es clavado a Redford.» Y su padre contestaba: «Sí, ya, tan guaperas como un actor». De repente el piropo perdía lustre y el orgullo brillaba por su ausencia.

Aquel padre había muerto hoy, asesinado. Y a Capestan le correspondía dar la noticia.

Paul sonrió por un momento al abrir, pero, al verle esa cara seria que debía de tener, la sonrisa se desvaneció enseguida. Solo venía como

mensajera, como portadora de una noticia que eliminaba cualquier intento de broma frívola. El reencuentro iba a ser de hielo y plomo. Había que lanzarse al agua.

—Hola. ¿Puedo pasar un momento?

Él titubeó levemente, empezó a inclinarse para besarla en la mejilla y, luego, se enderezó al ver lo tiesa que estaba. Se apartó, por fin, para dejarla pasar, sin decir palabra. Ella lo rozó al pasar. Seguía usando la fragancia de almizcle de Kiehl's.

—Gracias.

Capestan entró en el piso y, tanto por orgullo como por dignidad, se contuvo para no mirar en derredor, como estaba deseando hacer.

—Vale más que nos sentemos, si no te importa.

Por el tono y por lo absurdo de aquel primer contacto, Paul comprendió que era una situación particular. Conocía suficientemente a su mujer como para pensar ni por un momento que iba a jugar con él. Le indicó el sofá y se quedó con el sillón de enfrente. Capestan se sentó sin quitarse el abrigo. Juntó las manos y recorrió rápidamente la línea de la cicatriz del índice izquierdo.

Buscó una expresión, un enfoque. Su oficio la había puesto más de una vez en situaciones así. Pero nunca con Paul. Él la miraba con paciencia, con aquella expresión de soldado dispuesto a apechar con los golpes, severamente entrenado y fatalista en la desdicha. Al dejar de sonreír, había dejado también de esperar algo bueno. Tenía razón. Capestan lo sintió mucho. Oyó cómo su propia voz, más dura de lo que le habría gustado, tomaba la decisión por ella.

—Tengo una noticia malísima, Paul. Tu padre...

Bajó la mirada un momento; cuando la alzó, Paul ya lo había entendido y esperaba confirmación. Se la dio.

—Ha muerto asesinado; esta mañana seguramente.

Paul se encogió en lo hondo del sillón y clavó los ojos en un punto de la mesa baja. Con la palma de la mano derecha frotaba despacio el cuero marrón del brazo del asiento. Perdido entre el impacto, el sentimiento de pérdida y la necesidad de mantener el tipo, se esmeraba por no mostrar ninguna reacción. Le temblaron un poco las piernas. Capestan hizo como que no lo veía.

Para no tener que contemplar el sufrimiento de su marido y dejarlo libre de cualquier mirada, decidió pasar revista por encima al escenario. El piso, como ya se esperaba, era cálido, viril y alegre. Una gigantesca estantería de roble ocupaba todo el salón a lo largo, atiborrada de libros de bolsillo, cómics, DVD, trofeos de rugby, figuras de personajes de cine y cuadritos, la mayoría de ellos marinas, colocados al azar. No había mesa en el comedor, sino un escritorio bastante ordenado y, detrás, una cocina americana equipada con muchas comodidades.

La circunstancia era seria, pero Capestan era poli. Algo así como una sonda refleja tomaba nota de los detalles, rebuscaba en derredor,

analizaba los datos. Y en aquella habitación espaciosa no vio rastro alguno de una mujer ni de niños nacidos o por nacer. Nada indicaba que recibiera visitas. Paul parecía soltero. Capestan notó el flujo de una curiosa alegría que le inundaba el plexo, echando atrás y aplastando en los rincones el resentimiento y los rastros antiguos de ira. No tardarían en volver a su sitio. No quería esa alegría. Se reprochó incluso el hecho de sentirla.

Le llamó la atención la esquina de un cuadro dado la vuelta que asomaba por detrás de un aparador alto, junto a la cocina. Lo reconocía, procedente de un pasado tan lejano que se volvía improbable. Aquel cuadro se lo había hecho ella a Paul cuando cumplió treinta años. Un metro por dos, en relieve. Una recopilación de fotos, entradas de cine, guijarros, entradas de conciertos, plumas de gaviota y otros recuerdos menudos de sus episodios en pareja. En aquella época, el famoso tenía de todo y los regalos habían dejado de sorprenderlo. Pero se había quedado petrificado, feliz, contento ante ese chisme que no se podía colgar. Nunca nadie le había fabricado nada. Quince años después, Anne seguía preguntándose qué mosca la había picado. Tanto ella como él eran el pudor personificado y nunca habían sido capaces de exhibir así su historia. Se habían pasado años escondiendo el cuadro en sus sucesivos pisos. Sin decidirse nunca ni a tirarlo, ni a bajarlo siquiera al sótano.

Enternecida a su pesar, puso la mirada en Paul. El mechón del flequillo, ligeramente leonado, le tapaba unos ojos del mismo dorado.

No lloraba.

En su lugar, tampoco Capestan habría llorado por su padre.

Sin embargo, el dolor le tensaba los rasgos de la cara y le hacía apretar las mandíbulas.

Puede que lo suyo fuese que Anne le dijera algo, puede que debiera consolarlo, que quisiera consolarlo. Pero allí se quedó, quieta, prefiriendo titubear.

Él la miró fijamente, pareció buscar también el comienzo de una frase, pero renunció. Por fin, se arrancó del sillón y se dirigió a la cocina, donde, tras llenar de agua la máquina de café, agarró dos tazas:

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Los fardos de silencio se apilaban en la habitación, abultaban, les impedían verse. Los vestigios de sus tiempos de amor corrían como fantasmas siguiendo los rodapiés. No daban con las palabras porque, seguramente, no las había.

Paul le puso la taza delante, encima de la mesa baja, con medio terrón y una cucharilla de moca. Luego se volvió al sillón para tomarse el suyo.

Tras unos minutos en los que estuvo revolviendo el café, acabó por tomar la palabra.

—No te habrán encargado la investigación, ¿verdad?

Ni la agresividad latente ni la resignación en el tono de la pregunta le pasaron inadvertidas a la comisaria. Cortó por lo sano.

—Sí.

A él se le escapó un breve suspiro y vació la taza.

—No te caía bien.

Las circunstancias exigían cierto embozo, pero negar la evidencia sería algo inútil.

—No.

—No lo ensucies.

Capestan tuvo el reflejo de asentir con la cabeza. Y se arrepintió en el acto. Era una promesa imposible de cumplir.

## 5.

Capestan no tenía intención de eternizarse con aquel caso. Y menos aún tenía intención de dejar que otra brigada lo resolviera en su lugar y se presentase luego en casa de Paul como un elefante en una cacharrería para revelarles quién había sido el culpable y la larga lista de enemigos que tenía su padre. Y, probablemente, también la de sus andanzas.

Ya estaba dándole vueltas a la escena del crimen tal y como la había analizado. El cuerpo caído hacia atrás con las rodillas dobladas, una bala en la frente y los brazos detrás de la espalda. Habían puesto de rodillas a Serge Rufus antes de matarlo mirándolo a los ojos. Nada de compasión, aunque sí cierto gusto por el poder y la revancha, o la completa indiferencia del sociópata. También había que tener en cuenta la placa de la calle. Un ceremonial sádico.

El hombre al que buscaban era peligroso y resuelto.

De aquella escena del crimen, Capestan se había quedado también con todos los polis que pululaban por allí, listos para plantar cara. Decenas de polis con armarios llenos de carpetas, con ordenadores repletos de programas y bases de datos, con comisiones rogatorias a mano. Tenían el sable en los dientes y un señor feudal a quien vengar. Capestan iba a tener que meterle a su grupo más caña que nunca.

Al portazo que dio al entrar respondió el choque de una bola de billar contra otra. Pero no todos estaban vagueando en la sala recreativa, también había otros en el salón, donde Rosière dirigía a Lebreton y Lewitz en la operación de colocar un abeto de unos dos metros de alto junto a la chimenea. A juzgar por las señales de cansancio en la cara de los transportistas, llevaba seguramente un buen rato dándole vueltas al asunto. Merlot, tirado en el sofá, con una revista en una mano y una copa en la otra, infundía bríos a los músculos y a las decisiones con comentarios muy convencidos:

—La base se tambalea. ¡Apuntaladla, apuntaladla, chicos! ¡Tengo yo un ojo para estas cosas! Diré, aunque padezca mi natural modestia...

—Padecer, lo que se dice padecer, pocas veces padece calladita —masculló Rosière, que ladeaba la cabeza para calibrar el efecto de las ramas reflejadas en el espejo—. ¡Ahí está perfecto! Las guirnaldas de luces se reflejarán, quedará precioso.

—Eso mismo decía yo —asintió Merlot—. Un momento, que tengo por aquí un artículo interesantísimo sobre...

Capestan lo interrumpió. No tenían tiempo que perder.

—Disculpa, Merlot, hay novedades. Lewitz, ¿puedes reunir al equipo,

por favor?

Lewitz fue hacia la puerta de la sala de billar y asomó la cabeza por ella:

—Reunión en el salón.

Volvió en compañía de Dax y Évrard. Torrez iba detrás, a unos cuantos pasos de distancia.

—A ver, ¿qué novedades son esas? —dijo Rosière, mientras contaba mecánicamente con los dedos gordos los medallitas que le adornaban la generosa espetera—. ¿Nos trasladan a la isla de Batz? ¿Nos ascienden a dianas móviles en la caseta de tiro al blanco?

La comisaria le indicó a Rosière con la mano que moderase la ironía.

—Ha habido un asesinato esta mañana en el distrito XIV y el caso está parcialmente a nuestro cargo.

Un impulso inadecuadamente alegre corrió por entre los policías. Bien es verdad que había muerto un hombre, pero, por una parte, no lo conocían y, por otra, un caso fresco era una promoción fenomenal. Rosière, que concedía a las palabras una importancia quisquillosa, fue la única en destacar:

—¿«Parcialmente»?

—Se hace cargo la Criminal y la BRI arrima el hombro. Nosotros...

—... Nosotros somos los pringados y ellos se pasan el día diciendo que somos unos judas. Vale, ya veo el panorama. Paso mucho —espetó Rosière antes de agarrar una caja de cartón llena de bolas navideñas.

—Eva... —empezó a decir Capestan.

—Tiene razón —comentó Lebreton, fatalista, encogiéndose de hombros.

—Y, además, como nos pongamos a investigar, el culpable volverá a ser un poli... —predijo Évrard con sonrisa melancólica.

El impulso ya estaba abortado nada más nacer. No era de extrañar. En los últimos tiempos, cada vez que habían pasado por el número 36 del muelle de Les Orfèvres, los miembros de la brigada habían recibido toda una serie de afrentas. Un tipo había escupido incluso a diez centímetros de las Converse de Évrard. Si su equipo no hubiera optado por encerrarse en sí mismo y acogerse al calor del grupo, seguramente habría estado a punto de caer en la depresión y sumarse al batallón de las bajas. Volvían, pero la falta de motivación se agarraba a ellos como una garrapata a un perro cansado.

Merlot, tras haber tomado aire para aportarle nuevos bríos a su elocuencia, enarboló la revista:

—Así que estaba yo leyendo un artículo estupendo en *Avantages*. Atended: «Los animales ponen su olfato al servicio de la ciencia y de la policía», así se titula —les especificó a Dax y Lewitz—. «Los cerdos poseen mayor cantidad de genes olfativos que el hombre, el perro y el ratón, según los estudios del INRA[4]. Un don que utilizan en Israel o en los Estados Unidos para localizar drogas, armas y minas antipersona.

Las aduanas francesas experimentan con cerdos bretones.» ¡No, no, eso no es todo, eso no es todo! «Entrenadas para detectar el olor de la pólvora de armas y de la droga, cinco ratas se han incorporado a las filas de la policía holandesa en Rotterdam.» ¡Ratas y cerdos! ¡Hay que ver! Podríamos planteárnoslo, ¿no?

Aterrada, Capestan veía cómo todos volvían a sus cositas como si no hubiera dicho nada. Abandonaban antes incluso de saber de qué iba. La inercia había rodeado de gallardetes la habitación y la brigada empezaba a complacerse peligrosamente en aquella vacuidad reposada.

—¿Para qué investigación, Merlot? Todos habéis decidido, de entrada, quedaros plantados como larvas en este centro de ocio vuestro. ¿Ratas policía para quién? ¡Si no hay policías!

—Comisaria...

—¿Qué? Dentro de nada vendréis en pijama. Eso sí, quedáis avisados, o atendéis a la reunión o cierro la comisaría y podéis largaros al café de abajo, como todo el mundo.

Hablaba en tono airado; el día empezaba a resultarle duro. Cierto es que había conseguido silencio, pero, sin apearse de la actitud autoritaria, intentó ganarse también su interés.

—Buron ha tenido buenas razones para recurrir a nosotros. No vamos a trabajar «para» la Criminal, sino «en colaboración» con la Criminal. No sé si el culpable será un poli, Évrard, pero la víctima sí que lo es. Seguramente lo conocéis, al menos de oídas: Serge Rufus.

Esta vez la atención se centró, efectivamente, en la pizarra blanca, que había ido a parar junto al abeto. Capestan cogió el rotulador del cajetín, lo destapó, escribió «Serge Rufus» en mayúsculas y se volvió luego hacia el equipo para empezar la reunión. Tenía que darse prisa para que no se le escabulleran.

—Antes de jubilarse, Serge Rufus fue uno de los principales comisarios de la Brigada contra el Crimen Organizado. En el número 36, los polis van a moverse mucho para defender a su compañero o hundir a su rival, según las afinidades. Nosotros se supone que interpretamos el papel de Suiza, los sabuesos independientes. Y que, a lo mejor, seguimos pistas que los elementos oficiales hayan descuidado más o menos deliberadamente.

—¿Tendremos los mismos datos que los demás? —quiso cerciorarse Évrard.

—Naturalmente... Un oficial de la BRI se encargará de que la información fluya entre todos los servicios.

—Así que, si resolvemos el caso antes que ellos, ¿en las altas esferas podrían considerarlo como un triunfo? —siguió preguntando la jugadora empedernida.

—Como un feo que les hacemos —recalcó Merlot para reforzar el otro elemento de su binomio.

—¡Como una paliza que les damos! —añadió Rosière, no tanto para

bromear como para demostrar su arrepentimiento.

Se acomodaron todos más confortablemente para atender al desarrollo de la exposición. Merlot y su índole usual se habían adjudicado ya la mayor parte del sofá, mientras Évrard, Dax y Lewitz se amontonaban en la otra. Lebreton estaba de pie, adosado a la pared, y Rosière había acercado su asiento capitoné para cerrar el círculo; el perro, sentado muy tieso a su lado, hacía de portillo. Torrez, con las cuatro patas del taburete en el pasillo, se limitaba a inclinar el torso para no perderse el debate.

—Arrancamos pese a todo con algo en contra. Si se trata efectivamente de un ajuste de cuentas vinculado con casos de crimen organizado no tendremos presente el historial ni contaremos con conocimiento del terreno. Pero tenemos otras bazas más inesperadas, como ya se ha visto, ¿verdad? —subrayó Capestan para alentarlos, poco a poco, a recuperar el orgullo.

—¡Ja, ja, ja, me dejas seco! —vociferó Dax, dándole una palmada en el muslo a su compañero Lewitz.

El sonido del timbre interrumpió aquel súbito ataque de ambición. Lebreton, que ya estaba de pie y en el filo exterior del corro, se encaminó hacia la puerta para recibir al visitante. Al abrir, le sorprendió encontrarse en el descansillo con una silueta aún más alta que la suya; pocas veces tenía que alzar la vista para hablar con alguien. La silueta de marras estaba erguida como la justicia y, seguramente, habría llenado todo el marco de la puerta si el hombre hubiera decidido entrar. Pero se limitó a presentarse, alargando un sobre delgado:

—Teniente Diament, grupo de escalada. Aquí está una copia de los documentos del expediente Rufus. Estamos esperando los resultados de la autopsia y de balística, pero están las fotos de su domicilio, las actas de las declaraciones de los vecinos y las fichas de unos cuantos sospechosos. Quedan ustedes informados.

Sin más ceremonial, el teniente dio una media vuelta casi militar y pulsó el botón del ascensor sin hacerle ni caso a Lebreton, que seguía sujetando la puerta. Este arqueó las cejas y se limitó a decir «gracias» antes de cerrar tranquilamente.

En el salón, todas las cabezas estaban vueltas hacia él y Lewitz y Dax se carcajaban:

—¡Mira ese! ¡«Grupo de escalada»! ¡Menudo farde! ¡Eh! —dijo el primero alargando la mano—, ¡cabo Lewitz, grupo de ping-pong!

El segundo alargó la mano también:

—Teniente Dax, grupo de Nintendo.

—Évrard, grupo de Jokari —metió baza esta, moviendo los dedos.

—¡Merlot, grupo de tintorro! —cerró las intervenciones el capitán en un arrebató de automofa inveterada.

—¡Juas, juas, juas! —fue el elogio de sus acólitos.

Todavía estaban los cuatro berreando de risa y dándose palmadas en

los muslos cuando Lebreton le entregó el sobre a Capestan. Esta lo abrió y empezó a examinar los documentos. Se los daba a los miembros del equipo para que se los fueran pasando. En una de las últimas hojas, un *post-it* amarillo le llamó la atención.

Ponía, garabateado deprisa y corriendo: «Anda y vete a consolar al hijo y deja que investiguen los profesionales». Una repentina rabia le enturbió la vista a Capestan. Las mejillas, rojo sangre, le ardían, se le aceleraron los latidos del corazón y se esforzó en respirar por la nariz para aplacar el incendio. Hizo una pelotilla con el *post-it* y siguió estudiando el expediente, con la cabeza dividida en dos: una parte analizaba los papeles mientras la otra rumiaba la humillación y bruñía armas para la revancha.

—Los extractos de las llamadas telefónicas empiezan en junio y llegan hasta agosto. ¿No tenemos nada más? —dijo extrañado Lebreton.

Efectivamente, faltaban los tres últimos meses. Otro tanto pasaba con los extractos bancarios. A todos los documentos les habían amputado los contenidos estratégicos.

—No. Me da la impresión de que los enlaces no van a destacar por jugar limpio —contestó la comisaria, conteniendo la rabia—. Da igual; no los necesitamos para pensar, y lo que nos falte, ya lo encontraremos solos. Venga, manos a la obra; no deja de haber unos cuantos elementos —añadió dando una palmada—. Así que a Serge Rufus lo mataron con una bala entre los ojos, en plena calle. Con las muñecas esposadas a la espalda. Aunque todavía no esté listo el informe de la autopsia, todas las marcas de contusiones visibles en la cara permiten suponer que lo golpearon y, quizá, lo torturaron. ¿Por gusto? ¿Por venganza? ¿Para que hablara?

Eran cosas que quedaban por determinar, pero Capestan estaba íntimamente convencida de que, fueren cuales fueren los métodos empleados, era poco probable que alguien hubiera conseguido sacarle la mínima palabra a aquel hombre.

—Aunque en la calle de Gassendi hay pocos comercios, pasa demasiada gente, incluso en plena noche, para que le dieran la paliza al aire libre. O, si no, a lo mejor fue en el cementerio de Montparnasse, justo enfrente. Luego lo trasladaron delante de su casa, específicamente para matarlo. Los rastros de sangre en la acera no dejan lugar a dudas, dispararon allí, delante de la placa. Las quemaduras en torno al orificio de entrada de la bala parecen indicar que usaron un silenciador, lógicamente; antes incluso del informe de balística, podemos decantarnos por una nueve milímetros. Las esposas no son de las que utiliza la policía francesa; más bien, a priori, un modelo ucraniano —leyó trabajosamente la comisaria en una cuartilla mecanografiada con líneas prietas—. Tanto el método como las herramientas han orientado a la Criminal hacia una banda de crimen organizado oriunda de Kiev. Hace tres años, Serge mandó a dos de sus miembros al trullo y a otro a

cuidados intensivos, de donde nunca llegó a salir. Esos hombres tienen fama de ser rencorosos tenaces. Pese a todo, la BRI no descarta ni otras pistas ni otras bandas. Serge y sus hombres contrariaron a mucha gente, y toda con la cabeza muy dura. Ninguno de estos datos es de fiar porque proceden de jugadores tramposos.

Dicho lo cual, ni la Criminal ni la BRI iban a escatimar esfuerzos para escrutar los expedientes del crimen organizado. Incluso si dedicaban a ello dos o tres grupos, suponía meses de investigaciones para ir siguiendo las redes, estudiar las actividades y hacer listas de mercenarios. Era inútil que su brigada intentara rivalizar en ese terreno. Había que pensar en otra cosa.

Para empezar, la placa de la calle. Sobre eso no había ni una cuartilla dentro del sobre que había traído Diament. No es que fuera necesariamente significativo, pero podía suponerse que el número 36 no le prestaría atención hasta la siguiente etapa. Las armas, la sangre, las *vendettas*: el folclore primero y lo incongruente, después. Y, sin embargo, allí estaba aquella placa para anunciar el final, para despertar miedo, para provocar sudores. El crimen organizado no carecía de sádicos, pero aquel toque de exhibicionismo y de ironía rayaba en un refinamiento y una premeditación bienhumorada impropios de unos vulgares mafiosos. Alguien tenía que haberse devanado mucho los sesos para que se le ocurriera semejante idea.

Capestan volvió a la pizarra para anotar las misiones.

—En el escenario del crimen —dijo indicando con el rotulador una de las fotos repartidas por la mesa baja—, quitaron una placa de la calle y en su lugar pusieron otra donde aparecía el nombre de la víctima, el año de nacimiento y el del fallecimiento, 2012 por lo tanto, y, de profesión: comisario de los capullos.

—¿Cuánto tiempo llevaba colocada esa placa? —preguntó la vocecita de Évrard.

—Ni idea. Como el cementerio está al lado mismo, a lo mejor podemos contar con las cámaras de vigilancia.

—¡Hay que pedirle a Escalada que nos baje los aparatos con su telaraña de Spiderman! —dijo Lewitz dándole a Dax una palmada en el muslo.

—Efectivamente, habrá que preguntarle si tienen las imágenes. A lo mejor los del número 36 nos las pasan después de sacarles partido.

—El asesino estaba enterado de la fecha de nacimiento del fiambre. Eso es algo, ¿no? —añadió Rosière.

—Pues sí, es verdad que es algo curioso. Dax —dijo Capestan mirando al teniente, que todavía seguía riéndose con la boca abierta del chiste de Spiderman—, podrías mirar en Internet a ver si es un dato fácil de conseguir o si hay que *hackear* alguna web oficial para obtenerlo.

—¿Dónde se puede fabricar una placa así? —preguntó Lebreton despegando la espalda de la pared—. ¿Una tienda de bricolaje? ¿Una

imprensa? ¿Una página web?

Rosière les pasaba revista una y otra vez a los documentos; al cabo de un momento, comentó:

—Su mujer se murió hace unos años, pero la víctima tenía un hijo, Paul Rufus. No veo el atestado de su declaración. ¿Nadie se lo ha comunicado aún? No lo han interrogado.

Capestan agachó la cabeza y se miró la punta de los botines. Había llegado el momento de contarle al equipo las verdaderas razones de por qué los habían vinculado a esa investigación y el potencial conflicto de intereses que podría llegar a empañarle el pensamiento. Suspiró; no había nada que aborreciera más que mostrar el mínimo detalle de su vida privada. Una discreción y un sentido de la intimidad celosamente guardados tras años en la policía dedicándose a hurgar en la vida de los demás. En esto, por desgracia, la honradez tenía que prevalecer sobre su afición a ocultarse. La comisaria alzó la cabeza y declaró con voz neutra:

—Al hijo se lo he comunicado yo. Paul Rufus es mi exmarido. Por extensión, la víctima es mi exsuegro.

Hubo unos momentos de cierta incertidumbre en la habitación, donde los policías no conseguían disimular del todo el intercambio de miradas.

—Pero ¡eso es genial! —exclamó Évrard con una espontaneidad que refrenó en el acto—. No, disculpa, no quería decir eso para nada. Sencillamente, en lo que se refiere a la información, el historial y el enfoque, vamos a llevarle mogollón de ventaja a la competencia.

—En cierto modo —admitió Capestan.

—Así que, ¿cómo era ese superpoli? ¿Estaba limpio? ¿Vendido?

La comisaria dejó que la mirada se le fuera por la ventana. No había llegado a pensar que fuera corrupto, pero sí le había llamado la atención varias veces su forma de actuar turbia. Y eso que por entonces no era en el padre en quien más se fijaba.

6.

*Academia Nacional de Policía de Saint-Cyr-au-Mont-d'Or, Rhône, febrero de 1992*

—Capestan, el comisario Buron le ha vuelto a salvar el culo y no entiendo por qué. Será que le parece un culo muy bonito. Pero conmigo no cuela. Una orden es una orden y hay que cumplirla.

—Salvo en caso de desobediencia justificada. Sus órdenes, al igual que sus insinuaciones, comisario, pueden parecer inadecuadas.

El tono no era ni insolente ni tímido. Con diecinueve años recién cumplidos, Capestan era, con mucho, la más joven de su promoción y, aunque destacaba en todo, o casi, le quedaba mucho camino por andar en cuestiones de corrección y disimulo. Lo sabía y se lo reprochaba muchas veces, pero nunca por mucho rato. Era la clase de competencia que tendría tiempo de mejorar en la madurez. En cualquier caso, los modales de Serge Rufus, el más antipático de sus instructores, no ofrecían muchas alternativas de comportamiento: o aceptabas que te machacase o te rebelabas, no había término medio.

Los dos iban cruzando el parque de la academia y se dirigían hacia las verjas correderas. Al ver el extenso terraplén que tenían por delante, Capestan se preguntó cómo irse en otra dirección para zafarse de esa conversación tan agobiante.

—No me gusta mucho ese tono suyo, Capestan. No soy su profesor de matemáticas de 5.º B ni pienso dejar que alboroten las mocosas que se sientan al fondo del aula...

La última frase de Rufus cayó en el vacío. Capestan ya no lo estaba escuchando, Rufus había dejado de existir. En el otro extremo del terraplén, entre una luz que de pronto se convirtió en un sol tejano, Anne estaba absorta en la aparición de algo así como un semidiós con un jersey grueso azul marino, de cuello vuelto, y una cazadora Carhartt. Se le acercaba en línea recta y las sonrisas de ambos se ensancharon de común acuerdo, como impermeables ya a la mínima duda. Cuando estuvo solo a un metro, se detuvo. Capestan se detuvo. Serge Rufus se detuvo.

—Hola, papá —dijo el semidiós.

—Paul, ¿qué coño haces aquí? —contestó el comisario con muy malos modos.

El hijo del peor. La noticia congeló el instante y Anne se quedó cortada. Pero el jarro de agua fría que acababa de caerle encima se

evaporó hasta la última gota al calor de la sonrisa de «Paul». Paul. Le alargó un papel doblado a su padre:

—Tu soplón no quiso decirme cómo se llama. Por lo visto urge una reunión. Pero en vista de cómo me recibes —explicó Paul, volviéndose hacia Capestan—, voy a dárselo mejor a tu colega, que es más risueña...

La mente de Capestan estaba ya muy lejos. La endorfina le entumecía los circuitos e, incapaz de hablar o de reaccionar, ni siquiera se le ocurrió coger el papel. El cerebro, bloqueado en un asombro único, se había tragado una galaxia entera. En un breve segundo, que llevaba esperando diecinueve años, Anne se había enamorado de un vacilón con cara de arcángel, un farolero aéreo, límpido y sin sombras, más tornasolado que un pavo real con la cola desplegada.

Serge detuvo en seco el ademán de Paul. Capestan vio el destello de miedo en los ojos de este, cómo apartaba instintivamente la muñeca y se le contraía la mandíbula. El cerebro se le volvió a poner en marcha a toda máquina. Se había acabado la fiesta. Serge Rufus era un animal y su hijo lo sabía mejor que nadie.

7.

29 de noviembre de 2012, París

—La encargó en esta web —confirmó Dax, señalando la pantalla.

La página web con miles de *gifs* saltarines que acababa de *hackear* ofrecía, entre otras cosas, personalizar jarras de cerveza para una fiesta de jubilación o adornar tazas altas con una foto descentrada dentro de un corazón. La pestaña de las placas de calles brindaba gran variedad de materiales e inscripciones: «Plaza de la petanca», «Gruñones no», «Calle de los recién casados»... Pero había un campo donde se podía teclear cualquier texto, para anunciar un asesinato o dejar aterrada a la víctima, por ejemplo.

—¿Puedes mirar a ver si dejó unas señas para la entrega? —preguntó Capestan, sabiendo de antemano que el asesino no podía haber sido tan tonto.

—¡Ah, pues sí, claro! —dijo entusiasmado Dax, que, obviamente, habría elegido esa opción.

El joven boxeador aporreó el teclado y arrugó la nariz para obligar a las páginas a abrirse más deprisa. Nunca se sabía a ciencia cierta qué iba a descubrir ni qué se le iba a quedar en la cabeza. Aquel superdotado de la informática se había dejado los sesos en el ring. Aún conservaba los conocimientos técnicos, pero lo más seguro era quedarse a su lado para orientar las búsquedas. Sin embargo, a Capestan no le gustaba mucho llevar de la mano a nadie y, antes de irse a su propio escritorio, se limitó a decir:

—Sí, de paso, puedes sacar un número de tarjeta de crédito o un banco, seguirle el rastro a otra compra, lo que sea, adelante. Junta todos los datos y ya seleccionaremos después. Que se te dé bien.

El teniente notó un escalofrío de arrobó y le sonrió al teclado. No le gustaba tanto como *Call of Duty*, pero casi.

Pasarles por delante a los arrogantes del número 36, pillar al asesino y, luego, comunicárselo a Paul con delicadeza. Capestan llevaba un día cargado de deseos, de deberes y también de penas. Pero dejaba que fuese más bien la adrenalina la que la guiara en las investigaciones para así mantener el vínculo con el equipo; lo último que necesitaba era una dosis más de depre.

La puerta de la calle se cerró de golpe, apareció un perro paticorto y

se fue derecho a la entrepierna de Merlot, que hipó de sorpresa. La voz atronadora de Rosière retumbó en todo el salón.

—¡Pilú! ¡No seas grosero, joder! ¡Ayyyyy! ¿Qué es eso?

Una rata parda, intrigada sin duda por la irrupción del perro, asomaba del bolsillo de la chaqueta del capitán. Barría el aire con los bigotes, seguramente buscando aclaraciones. Merlot le asestó un manotazo tranquilizador.

—Es mi rata; la estoy adiestrando para el servicio.

El perro tuvo la prudencia de repatriarse en el acto a los pies de su ama. La vivaracha Rosière, vistiendo un plumífero color ciruela con vivos dorados, que le multiplicaba por dos una silueta ya generosa de por sí, apretó los dientes y tragó saliva. Luego, claramente deseosa de cambiar tanto de espectáculo como de tema, se volvió a medias y exhibió una caja de cartón que llevaba con el brazo estirado como si se tratase de santas reliquias.

—¡Calendario de Adviento de la confitería Mazet, chicos! ¡Veinte eurazos, pero es cosa buena! Y el primero que le meta mano sin que yo se lo autorice expresamente se va a llevar una galleta en vez de la chocolatina del día siguiente —añadió, lanzándole al bies una mirada amenazadora a Merlot, que ya se estaba frotando las manos.

Dejó el plumífero en el colgador de latón que había en la pared, detrás de su escritorio, y se acomodó en el sillón Imperio, pasando revista a su entorno más próximo en busca de un sitio digno para tan excelsa efemérides. Una elegante consola que tenía a la derecha le pareció conveniente. Rosière centró meticulosamente la caja y la abrió por la mitad, como si se tratase del marco de una foto, revelando así las hileras de diminutas taquillas que, aquel 30 de noviembre, cerraban aún unas pestañas lindamente ilustradas. Con una ancha sonrisa satisfecha en la cara, se volvió entonces hacia Capestan, con cara de estar exigiendo las últimas noticias del día.

—¿Y qué, chatita? ¿Alguna novedad? ¿El caso del suegrísimo adelanta?

La chatita, pese a la frivolidad del tono, o quizá debido a ella, sonrió también.

—Estamos esperando todavía los informes de la autopsia y de balística. Torrez examina las cuentas que tenemos y Lewitz las llamadas. Dax acaba de dar con la web de donde salió la placa, la única que ofrece el modelo esmaltado en ese formato y ese color. Está hurgando en los entresijos del pedido.

—El punto de recogida está en el pasaje de Le Grand-Cerf —berreó muy oportunamente el informático, apretando una voluminosa falange en el plano de Google Maps.

—Buen trabajo, teniente —contestó Capestan poniéndose de pie.

Lebreton asintió con la cabeza elogiosamente. Se alisó la chaqueta negra de manera mecánica y se acercó a la pantalla a zancadas

despaciosas.

—Está aquí al lado. ¿Quieres que vayamos? —le preguntó a Capestan.

Esta asintió:

—Sí. Id a ver. Tengo que quedarme para recibir a nuestro «oficial de enlace».

Con una décima parte de sonrisa dirigida a Rosière, su pareja habitual, Lebreton frunció la arruga que le cruzaba la cara. La capitán ya estaba de pie y descolgando el plumífero. Pilú enjaretó los triples saltos de un perro que lleva una eternidad de minutos sin ver la luz del sol; azotaba con el rabo el aire, la madera del escritorio, la papelería y todas las pantorrillas que se le ponían por delante. Estaba contento y no se sentó hasta que vio a Rosière esperando con el mosquetón de la correa abierto.

Capestan se había unido a Dax y estaba buscando la fecha del pedido.

—Pedido del 5 de octubre, entrega el 20 del mismo mes —les dijo antes de que se fueran.

—Un asesinato muy premeditado. ¿El pago?

—Una tarjeta de prepago de un solo uso.

—¡Eso, como los móviles! —tronó Rosière—. Es verdad que han parido algo similar para las tarjetas de crédito, los muy capullos. ¡Como si la policía no las pasara ya bastante putas! ¿Alguien quiere comprar cabronadas sin dejar rastro? ¡Qué fácil es engañar teniendo al banco de tu parte! ¡Lo que hay que aguantar, joder! Nuestra única esperanza es que el pistolero fuera en persona al punto de recogida y que el dependiente se acuerde de él. Porque ya ha pasado un tiempesito.

Mientras Rosière y Lebreton salían de la comisaría, Lewitz fue a reunirse con Capestan en el salón. Llevaba la lista de llamadas telefónicas. Unos cuantos números estaban marcados con rotulador.

—Rufus no era muy charlatán. Las llamadas no duran nunca más de dos o tres minutos y la verdad es que hay muy pocas. Bueno, he buscado las que se repiten: un médico generalista, un nefrólogo y un dentista; o si no su club de tiro, la casa de Léon, su antiguo compañero, y una tal señora Georges que le limpiaba la casa. Que, por cierto, he aprovechado para interrogarla y me ha confirmado que charlatán no era, pero que no parecía andar en líos. Salía poco de casa, se pasaba la mitad del día viendo la tele, no quedaba con nadie. Hay también varias llamadas a su hijo, Paul Rufus, pero en todas colgó al cabo de un segundo. No parece que fuera la alegría de la huerta —dijo Lewitz con una mueca apurada—. El único número que destaca en el lote es este —añadió, señalando un 06—. Corresponde a Denis Vérone. ¿Crees que será el actor?

Denis Vérone, uno de los componentes del antiguo trío de Paul. Su carrera se había esfumado. Rufus debía de recurrir a atajos para mantener el contacto.

—Sí. Es un amigo de su hijo. Bueno, ya veré qué hacemos con eso. Las listas más recientes serán más reveladoras. Dax va a *hackearlas* cuando

acabe con la placa.

Un timbrazo tan breve que resultaba insultante restalló en la amplia habitación. Diament. Capestan fue a abrir.

Él le alargó unos cuantos documentos y, sin una mala sonrisa, dijo:

—La BRI tiene a dos sospechosos detenidos. Le he metido ahí las fichas, pero ahora ya está todo a punto de acabar.

Se notaba que era lo que quería que pasara. Capestan, tras cerrar y oír que arrancaba el ascensor, apoyó la frente en la puerta. Dos detenidos ya. A la brigada apenas si le había dado tiempo a calentar motores y el número 36 iba ya a cerrar el caso delante de sus narices. El agravio le puso un nudo en la garganta. La puerta volvió a abrirse y Capestan dio unos pasos atrás.

Era Orsini, el capitán de elegancia trasnochada que estaba compinchado con todos los periodistas del país, a los que nutría de indiscreciones sobre la policía. Volvía de un fin de semana largo.

—¿Qué tal, capitán? ¿El viaje ha ido bien? Nos viene usted al pelo, tenemos un caso nuevo.

—¿Qué tal? Ha ido de maravilla —contestó Orsini echándole toda la fantasía de que era capaz.

Se colocó el abrigo primorosamente doblado en el antebrazo y se acercó, intrigado.

—¿Qué caso?

## 8.

A partir de la fuente de Les Innocents, la calle de Saint-Denis, perennemente concurrida, la habían invadido las tiendas de ropa *vintage* y de deportivas, que habían ahuyentado a la mayoría de los *sex-shops*. Solo quedaban algunos comercios, como para salvar las apariencias y no quedarse sin los turistas ni el paseante ocioso de los domingos por la mañana, ese que se supone que ha salido a comprar el pan. Tras recorrerla a zancadas, Louis-Baptiste Lebreton y Eva Rosière cruzaban ahora la calle de Turbigo para entrar en el tramo que pertenecía al distrito II, donde eran los restaurantes para pijos de izquierdas los que poco a poco estaban alquilando los localitos que antes eran *sex-shops*. En ese punto, el pasaje de Le Grand-Cerf ofrecía un atajo para ir al barrio de Montorgueil. Estaba recién restaurado y era uno de los pasajes de París con el techo acristalado más alto, que daba cobijo a unas tiendecitas singulares cuyos rótulos gigantescos, en forma de elefante, anteojos o cangrejos de papel maché, jalonaban un recorrido atemporal. Lebreton le había tenido muchísimo cariño a aquel sitio, donde Vincent, su compañero, tuvo un diminuto estudio de arquitectura. En los tiempos bienaventurados en que aún vivía.

Los adornos de Navidad y las guirnaldas luminosas, que resaltaban aquellos días la belleza del lugar, atizaban unos fuegos dolorosos en la memoria del comandante. Iba a ser su primera Navidad de viudo. La alegría y el frenesí que estaban empezando a palpitar por todos lados apresaban a Lebreton, quien frenaba en seco para no llegar a diciembre. Quería meterse directamente en enero, llegar arrastrándose a ese mes, igual que un naufrago que supera los primeros metros de playa para acceder a tierra firme. Y volver a poner en marcha el invierno sin tener que apretar los dientes entre los festejos ajenos. Pero qué va, iba a tener que cruzar primero por la temporada de los suicidios antes de poder volver a sufrir con normalidad, siguiendo el ritmo moderado de su vida cotidiana.

Aunque estaban a finales de otoño, de la amplia cristalera del techo aún caía una luz celestial que sumergía el pasaje en un ambiente sosegado. Solo los pasos en el damero de baldosas y las voces amortiguadas de los escasos transeúntes llegaban a los oídos de los callados policías. El comandante y Rosière llegaron ante la tienda que les había indicado Dax. Pero, contradiciendo los horarios que les había dicho, estaba cerrada.

—¡Claro, si no podía fallar! —saltó Rosière—. Dax, como siempre,

haciéndose la picha un lío.

Lebreton examinó la placa del local:

—No pasa nada, abren dentro de un cuarto de hora.

—Ya —aceptó Rosière antes de ponerse a mirar los otros escaparates.

—Anda, qué monada de cojincitos —dijo metiéndose con paso decidido en la tienda de enfrente.

La campanilla sonó y, con un suspiro imperceptible, el comandante fue en pos de su compañera.

Salieron pocos minutos después con dos bolsas de plástico llenas de cojines de vistosos colores, que cargaba Lebreton, y evitaron por los pelos a una niña muerta de risa que se lanzaba en patinete a toda velocidad por aquella pista de ensueño; la madre, a bastante distancia, alzaba sin convicción los brazos para intentar que frenase. Sonriendo ante la escena, los dos policías entraron en Puntopiés, el punto de recogida. El dueño acababa de abrir.

Los recibió con una sonrisa de oreja a oreja, repleta de dientes, que coronaba un bigotito moreno de trazo primoroso. Solo vendía calcetines y todos los clientes parecían valiosísimos, sobre todo unos tan cargados como aquellos. Rosière enseñó el carnet de policía.

—Buenas tardes, caballero; venimos puede que para felicitarlo por su buena memoria. Hace más o menos un mes recibió usted un paquete de Cachondizalo.com para que lo recogieran. Una placa de hierro esmaltado. Es algo que pesa bastante y de un tamaño tal que así —dijo separando las manos unos cincuenta centímetros—. ¿Recuerda por casualidad quién vino a buscarla?

El vendedor puso cara astuta y misteriosa para contestar:

—Pues no sé... Hace mucho... Quizá... Igual con una ayudita que me refrescase la memoria...

Incrédula, Rosière se lo quedó mirando un segundo, sonriente; luego se echó a reír abiertamente.

—No me lo puedo creer. ¡Aquí el abuelete con su jersey de *jacquard*, que se cree que está en *Starsky y Hutch* y nos viene con el truco del billetito! Ya no hay ninguna serie (y sé de lo que estoy hablando) que se atreva a meter algo así. No —siguió diciendo, tras chafarse una lágrima en la mejilla—, creo más bien que va usted a cumplir con su obligación de ciudadano, antes de que interpretemos la continuación del episodio, esa en la que Starsky amenaza con mirar con lupa la contabilidad de la tienda.

Indignado de que ridiculizasen así un intento completamente legítimo, el vendedor se volvió hacia Lebreton, como para ponerlo por testigo de la injusticia que se estaba cometiendo con él. Este se metió con naturalidad en el papel del policía bueno, aquel que se dirige respetuosamente a las conciencias sólidas y les brinda una oportunidad de recuperar la dignidad.

—Mi compañera lo ha malinterpretado, discúlpela. Además, tiene tendencia a exagerar —dijo, dirigiendo a Rosière una mirada que la invitaba a moderarse—. A mí me da la impresión de que es usted un hombre que se fija en todos los detalles. Necesita tiempo para acordarse de todo, es muy natural. Dígame cuándo le parece que ha alcanzado un punto óptimo de concentración.

Lebreton se sacó del bolsillo una libreta y un bolígrafo y luego se quedó mirando fijamente al hombre, muy serio. Tenía la esperanza de que aquella pirueta bastara para remediar el arretrato de Rosière, cuyos labios temblorosos demostraban cuánto le estaba costando reprimir la carcajada. Si el hombre se ofendía demasiado, se negaría a decir lo que fuera y no habría forma de obligarlo. Los policías se irían habiéndose divertido mucho, desde luego, pero sin averiguar nada de nada.

Afortunadamente, el dueño de la tienda se llevó la mano a la frente para apuntalar la reflexión. El comandante le había abierto una salida honrosa y parecía dispuesto a pagarle con información.

—Sí, vino un hombre más bien moreno, de estatura y complejión medias. Llevaba gafas graduadas de montura cuadrada con cristales correctores muy gruesos. Y barba y el pelo bastante largo por la nuca, como a principios de los ochenta.

—Me imagino que si fueran postizos se habría dado cuenta. ¿Qué opina?

El hombre asintió categóricamente con la cabeza.

—Eran de verdad.

—Su descripción es precisa y muy valiosa. ¿Le daría tiempo a pasar por nuestras oficinas para hacer un retrato robot?

El hombre se enderezó orgullosamente ante la llamada del deber.

—Por supuesto, si le parece necesario. Hoy cierro la tienda a las cuatro. Puedo ir luego.

—Estupendo, muchas gracias —dijo Lebreton, alargándole las señas, que había apuntado en una página de la libreta—. Hasta luego.

El comandante le tocó el codo a Rosière para indicarle que saliera. Esta se había vuelto hacia los estantes de calcetines para reírse a gusto.

En el asiento corrido del metro, retorció entre las manos el pasaporte nuevecito que acababa de recoger en la prefectura de policía. En la foto estaba bien, parecía casi transparente. Apellido: Évrard; nombre: Blanche. ¿Premonición o voluntad de no empantanar su vida de jóvenes enamorados? ¿Qué había movido a sus padres a bautizarla con ese nombre que la volvía aún más incolora, que la borraba, a ella que existía ya tan poco? Évrard suspiró; sin embargo, desde hacía una temporada estaba empezando a hacer bulto. Prueba de ello era que hasta tenía pasaporte. A fin de cuentas, el gentío que la rodeaba no existía mucho más que ella.

En el asiento de enfrente, una mujer de mediana edad llevaba ya seis estaciones contemplando un rasca y gana. Mientras no lo raspase, todo podía suceder aún y todos sus problemas podían tener solución. Así que prolongaba la espera. Pero ¿cómo se las apañaban esas personas cuya única esperanza residía en un trozo de cartón expresamente impreso para perderla?

«Sabes de sobra cómo se las apañan, Blanche, lo sabes de sobra. Y no debes pensar más en ello», se dijo la jugadora rehabilitada, que, pese a todo, estaba deseando saber el número que había bajo la película gris del boleto de la señora.

9.

Unas horas después, Évrard entraba en la habitacioncita donde Dax se afanaba con el retrato robot en compañía del testigo. Este ni siquiera se dio cuenta de aquella presencia añadida.

—Los ojos, ¿más grandes o más pequeños? —preguntaba el teniente con la mano en el ratón.

—Algo más grandes, pero llevaba cristales gruesos que resultan engañosos.

El comerciante contestaba con la prudencia de quien está bajo presión y cara de tomar a Dax por un inútil fuera de lo normal. Se notaba que estaba deseando acabar con aquello.

—Y ¿así le parece que encaja, caballero? ¿Cree que podemos pasar a la nariz?

A Évrard, en cambio, Dax le parecía atento y amable, como solía ser él. Se aplicaba. La teniente dio la vuelta al escritorio para situarse frente al monitor y, de repente, entendió las reservas del testigo. Como buena experta en faroles, sin inmutarse le pidió una aclaración a su compañero.

—¿Te parece ese sistema más fiable?

Dax, muy concentrado en los rasgos del retrato, contestó sin apartar los ojos de la pantalla.

—La policía judicial nos ha negado el programa de retratos robot, por lo visto cuesta una pasta. Así que me he abierto una cuenta en este sitio, los veinte primeros niveles son gratuitos. La verdad es que funciona, ¿no? ¿No te parece muy preciso?

Évrard inclinó la cabeza para hacerse una idea objetiva de la verdad y le dio la razón encantada.

—¡Está genial!

En el salón, Capestan leía por encima el artículo de *La Provence*.

—¡Es increíble! No puede ser una coincidencia.

—No —respondió Orsini—, el *modus operandi* se parece demasiado y las fechas de ejecución van muy seguidas.

El montaje en torno al asesinato de aquel Jacques Maire en L'Isle-sur-la-Sorgue se ajustaba punto por punto al espíritu que había imperado en el del comisario Rufus. Había que estudiar ese crimen en el acto y dar con la relación entre las víctimas.

Cuando Orsini le puso en las manos el artículo, Capestan estaba examinando las fichas con el perfil de los sospechosos a quienes el

número 36 acababa de detener. El arma que había matado a Rufus se había usado ya en el asesinato de un receptor unos cuantos años antes. Por entonces, habían interrogado a los dos hombres detenidos ahora y los habían soltado. No existía relación ninguna con Rufus, por supuesto, pero seguramente tampoco disponía de todos los documentos, pensó Capestan, irritada.

El artículo de Orsini cambiaba la situación. Un crimen idéntico en Provenza ponía patas arriba la investigación y en adelante era la brigada quien contaba con la información estratégica. ¿Qué iban a hacer con ella? Informar sería no solo jugar limpio, sino dar muestras de responsabilidad: estaban en una investigación de asesinato. A eso se sumaría el gustazo no desdeñable de refregárselo a los otros por las narices un ratito. Callarse, en cambio, les daba diez cuerpos de ventaja sobre los demás. Tentador. Así que ¿avisaba a Diament? ¿A Buron? A Capestan apenas si le dio tiempo a hacerse la pregunta en serio. El teléfono chillaba a voz en cuello, el fijo, el del timbre rabioso. Buron, seguramente. Estaba al tanto del material de la brigada y lo usaba para mentalizar a la comisaria antes de los rapapolvos. Se disculpó con un gesto de la cabeza y Orsini se volvió a su despacho para profundizar en la pista.

Era el director, efectivamente.

—Capestan, ¿ha *hackeado* el sistema de seguridad de una página comercial sin permiso de la fiscalía y sin borrar el rastro?

—Ah, pues... me temo que no puedo descartarlo —contestó la comisaria mirando a Dax de lejos.

—Que no puede descartarlo, ¡que no puede descartarlo! Ha dado esa orden, ¿sí o no?

—¿La orden de *hackearlo*? Sí, desde luego, aunque pensaba que el allanamiento sería más discreto.

—¡Eso es lo que llamo yo disculparse y darse cuenta del alcance de los propios actos, Capestan! «Pensaba que no me iban a pillar», como un delincuente cualquiera.

—Algo hay de eso —reconoció la comisaria, sonriendo.

—Han puesto una denuncia, ¿sabe? No podrán utilizar los datos que hayan encontrado.

—Pues póngala encima del montón... Entretanto, hemos dado, precisamente, con una pista interesante. La placa de la calle vendida en el portal *hackeado* relaciona el asesinato de Rufus con el de otro hombre en Vacluse. El mismo procedimiento.

Esa información dejó en segundo plano el descontento de Buron.

—¿Y eso qué quiere decir?

Capestan resumió el contenido del artículo de *La Provence*. Mencionó también los avances referidos a la placa de hierro esmaltado. Podía oír el ruidito que hacían al chocar entre sí las neuronas del director en la otra punta del cable telefónico.

—¿Cómo han llegado a esa relación? Provenza cae lejos y estos casos no nos llegan a nosotros.

—Orsini colecciona artículos de prensa.

—Sí, es cierto, se me había olvidado.

—Estamos haciendo un retrato robot; pensaba dárselo al teniente Diament.

—No, le repito que ese retrato lo han conseguido ilegalmente después de haber *hackeado* una página web. Me parece poco sensato lastrar las investigaciones de todas las brigadas, Capestan. Con la suya ya tenemos de sobra.

—Y en lo de la relación, ¿nos guardamos la información o cumplimos las normas?

—Estoooo..., la relación. Mire..., la BRI y la Criminal están por su lado con otros apartados de la investigación que progresan muy satisfactoriamente. No dispersemos las fuerzas, empiecen a ahondar ustedes solos.

—¿Señor jefe de división?

—¿Comisaria?

—¿Me lo dice todo ya o intento adivinarlo yo como la última vez?

Oyó por el auricular cómo florecía la sonrisa de Buron.

—No hay nada que adivinar, Capestan; se trata solo de tomar en consideración otras pistas y otros sistemas. La BRI, de momento, se cree que está en una película de Melville y no tiene intención de moverse de ahí ni un ápice. Con sus patitos feos me tomo un descanso de Alain Delon.

—Mis patitos feos, como usted los llama, han...

—Sí, sí, lo sé, lo sé. Por cierto, mañana mismo le llega uno nuevo.

—¿Uno nuevo?

—D'Artagnan. Ha salido del psiquiátrico este fin de semana. Se incorpora a su brigada, obviamente. Lo tenía en los expedientes que le di a usted cuando se constituyó.

D'Artagnan. Nombre verdadero: Henri Saint-Lô; y así llamado porque creía que era inmortal, procedente de los tiempos más remotos, y aseguraba que en sus comienzos había sido mosquetero del rey.

Tras colgar, Capestan se fue a la cocina a prepararse un té. Mientras el hervidor se calentaba, se unió a Lebreton, que estaba en la terraza. Sentado en la tumbona, con las largas piernas estiradas y cruzadas, fumaba mientras leía el informe de la autopsia.

—¿Alguna novedad?

—Nada que no hubieran visto ya, a no ser mayor precisión en cuanto a la hora del crimen: entre las seis y las seis y media. Y, efectivamente, le dieron una tunda. Con la mano y con la culata de una pistola. Una o dos personas.

Les llamó la atención un chillidito. Era la rata de Merlot que se escurría hasta su escudilla, al pie del laurel. Los dos policías miraron

cómo mordisqueaba unas cuantas semillas. Con un golpecito, Lebreton se libró de la ceniza en el cenicero que tenía a los pies. Antes de volver al cigarrillo, comentó escuetamente:

—Podría haber sido un cerdo.

Capestan se quedó unos segundos mirando al roedor.

—La verdad es que no nos las apañamos nada mal —admitió antes de cambiar de tema—. Mañana por la mañana nos reunimos temprano. Orsini ha descubierto un asesinato con el mismo *modus operandi* que el de Rufus. Está buscando información adicional y tenemos que recapitular. El artículo del periódico está en el salón si quieres verlo mientras tanto.

—Sí, claro. Me acabo esto antes —dijo Lebreton sacudiendo el informe de la autopsia.

Ya en su despacho, con la taza humeante en la mano, la comisaria se puso a buscar entre los expedientes el del famoso mosquetero. Al fin dio con él y encendió la lámpara antes de ponerse a examinarlo.

Absorta en la lectura, no oyó acercarse a Dax. Este, para indicar su presencia, dio unos golpecitos en el tablero del escritorio como quien llama a una puerta. Con la espalda muy erguida, le alargó un documento que sujetaba con ambas manos.

—El retrato robot, comisaria; ya está listo.

—Gracias, teniente —contestó Capestan, sonriendo.

Se le borró la sonrisa según iba mirando el retrato. El hombre, moreno desde luego, con barba y gafas y de estatura media, tenía además un vello largo y verde, un escudo y una espada. Capestan se limitó a señalarlos con el índice mirando a Dax.

—Ya... Eso... No... Fue para que se riera Évrard —dijo el teniente, rebulléndose—. Es de *World of Warcraft*...

—¿*World of Warcraft*?

—Como la brigada no tiene el programa de la policía judicial para hacer retratos, he usado el sistema para crear personajes de *World of Warcraft*. Es un juego en línea de fantasía medieval. Seguro que lo conoces, ¿a que sí? Hay elfos, orcos, gnomos... ¡Se pueden crear personajes curadísimos! Y como el dependiente no se acordaba ya de la ropa, pensé que quedaría gracioso... Vale, vuelvo a hacer el cuerpo. Pero no sé si voy a encontrar pantalones y camisa en *World of Warcraft*...

—¿Te han denegado el programa?

—Pues sí...

Capestan despotricó mentalmente contra esa nueva racanería, esa nueva afrenta sobre todo; miró con atención el retrato por segunda vez. Si bien la estética del dibujo olía a videojuego, el acabado era de un realismo sobrecogedor. Definitivamente, Dax era una caja de sorpresas.

—Has tenido una idea genial, teniente. Es estupendo, ¡bravo!

Más hueco que un pavo, Dax se disponía a volver al ordenador.

—En cambio, hay otra cosita. ¿No borraste el rastro cuando

*hackeaste Cachondizalo.com?*

—Ah, pues no. ¡No me dijiste que lo hiciera!

—Es cierto, es cierto, no lo especificué. Bueno, pues te lo digo ahora para las siguientes veces, sobre todo para los extractos telefónicos: ocúltalo todo. Siempre. Que sea la opción por defecto.

—Vale, me lo apunto —contestó Dax, apuntándolo de verdad en un *post-it* para pegarlo en el marco de la pantalla. «Borrar siempre el rastro de los allanamientos.»

La clase de *post-it* que causaría buena impresión si un mando visitara por casualidad las oficinas.

Rosière, enfundada en una bata de borreguito malva, dejó la escudilla de agua en el suelo de mármol de la cocina. El perro, un tanto desorientado ante aquel horario inhabitual, olfateó la escudilla de marras para dar con una explicación y, al no encontrarla, clavó la vista en su dueña con las orejas tías y la cabeza ladeada. Las cuatro de la mañana no eran horas de levantarse.

—Olivier va a llamar, pero como es negado para calcular el desfase horario...

Olivier, el hijo adorado de Rosière, tras años de alegrar la casa con su júbilo cantarín, se había ido a vivir a Tahití. El fin del mundo. Cada vez que llamaba era un acontecimiento y Rosière tenía mucho empeño en estar bien despejada para sacarle todo el provecho a la conversación. Había recibido la víspera un correo electrónico que le anunciaba la llamada de Skype del día siguiente. Peinada, con una libreta y un bolígrafo junto al Mac, Rosière ya estaba lista. Se acercaba la Navidad y había que tomar nota de los vuelos para sacar los billetes y mandárselos al niño.

El ordenador emitió un breve pitido y Rosière se conectó en el acto. La cara agraciada y simpática de su hijo llenó la pantalla y su sonrisa, aunque pixelada, iluminó el salón de Rosière.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal?

—¿Qué tal tú, tesoro?

Olivier estaba bien; tenía muchísimo trabajo y hacía *kitesurf* todas las mañanas. Se le veía buen aspecto.

—A ver, por fin, ¿cuándo llegas? —preguntó Rosière.

—Pues resulta que este año está complicada la cosa, mamá. Es precisamente la temporada en que hacen falta sustitutos. La clínica de fisio abre todos los días menos el 24 y el 25. No puedo dejar de aceptar lo que me ofrezcan, ¿sabes? Porque, si no, se buscarán a otro.

—Sí, claro, claro, no te preocupes, tesoro. El trabajo es sagrado —lo tranquilizó Rosière con voz firme.

Tras unas cuantas trivialidades forzadas, la conversación decayó muy deprisa. Rosière puso el Mac en suspensión y se inclinó para acariciar al perro. Acabó por agarrarlo por debajo de las patas y cogerlo en brazos.

Se preguntó, como hacía muchas veces, si valdría más no haber sabido nunca qué era la felicidad verdadera o haberla vivido en toda su plenitud para que, luego, se fuera encogiendo.

## 10.

—¡Gentiles damas y donceles, anunciaron mi llegada y heme aquí! — profirió un hombre con un tono no tanto teatral cuanto desafiante.

Era bajo y enteco, se había quitado el sombrero de fieltro y abarcaba a la asamblea con la mirada desde el umbral del salón. Tenía una sonrisa irónica y se atusó el bigote antes de saludar con una leve inclinación.

—Saludo a todos y ruego, solo lo diré una vez, que no me llamen D'Artagnan. Me llamo Saint-Lô.

Todos los policías se callaron, pasmados. Nadie les había anunciado nada; estaban preparando la reunión y aquella presencia excesiva y súbita los interrumpía en sus respectivas tareas.

Era un atropello a la idea de acogida que, por una especie de reglamento tácito, imperaba en la brigada: parecía como si el recién llegado quisiera hacerse cargo personalmente del discurso de bienvenida. Sin el menor apuro ni la mínima vacilación, Saint-Lô entró en la habitación, con la mano que llevaba a la espalda agarrando el sombrero, y se acercó a la ventana con un paso veloz que apenas denotaba esfuerzo. Con precisión y flexibilidad, se movía como el mercurio, al quite.

—No ignorarán que a Enrique IV lo trucidaron aquí mismo.

La fachada norte del edificio daba, efectivamente, a la calle de Les Innocents, pero la oriental daba a la calle de La Ferronnerie, donde una inscripción en una piedra marcaba el lugar del atentado que perpetró Ravailac, el gigante loco.

—Ahí abajo precisamente.

Dax y Lewitz tuvieron el reflejo de bajar los ojos hacia el parquet, como si buscaran la calesa.

—Era yo muy mozo cuando sucedió y nada pude hacer. Nada —dijo Saint-Lô, sacudiendo la cabeza con expresión sinceramente contrita.

Vaya, se dijo Capestan. Estaba claro que la estancia en el hospital psiquiátrico no había dado los resultados previstos. Saint-Lô se volvió, como si la hubiera oído.

—Sé exactamente qué está pensando. Se está diciendo...

Saint-Lô hizo una pausa e, imitando con la mano en alto el acto de escribir con pluma, citó:

—... «De nada le ha valido el asilo.»

Bajó la mano, antes de proseguir:

—No, efectivamente. Porque no preciso atenciones médicas. Sé quién soy y no habrá internamiento que me arrebatase esa certeza.

—Sí, sí, capitán, no hay ningún problema —dijo Capestan, tranquilizadora.

—Déjeme concluir, se lo ruego —la interrumpió Saint-Lô sin agresividad, pero con la voluntad inquebrantable de continuar con lo que consideraba su perorata de presentación—. Tolero esos tratamientos sin desacato para conservar la plaza y la soldada. Supondrá usted que en el hospital debería aprender al menos a callarme para conseguir que me dejen en paz. Pero hete aquí que no; estos últimos años de mi existencia me han enseñado que el silencio era inútil; persiguen lo mismo a las brujas que se encavan. Viviré, en consecuencia, como me plazca, y sus lastimosas opiniones acerca de mi persona no modificarán en nada mi forma de comportarme. Denígreme, provóqueme, como guste; total, esta es solo la trigésima brigada a la que me incorporo.

Capestan se acordó de todas esas filosofías que instituían la edad avanzada como garantía de sabiduría y paz interior. Aquel hombre encrespado de desconfianza suponía un gran revés para ellas. Las mil reencarnaciones de Buda habían parido una polilla. Ya había durado bastante la comedia aquella, había un caso más reciente que requería la atención del equipo. A lo mejor Saint-Lô se dignaba arrimar el hombro.

—Bueno, gracias por esta presentación y bienvenido, capitán. Nos está esperando una investigación. ¿Se apunta?

Algo sorprendido por el final abrupto de un duelo que, de todos modos, había imaginado sin sangre, Saint-Lô asintió con la cabeza.

—Sí, sí. Si puedo servir de ayuda, no faltaba más.

—Tiene una cabeza, así que puede.

Rosière, mientras le quitaba el papel de seda a una bola de Navidad, le cuchicheó a Lebreton en un aparte:

—Aunque la presencia de Dax demuestra que ni siquiera es una condición *sine qua non*.

Lebreton había colocado una pizarra al lado de la chimenea, en el lado opuesto al abeto. El árbol resplandecía ahora y todos los miembros del equipo habían aportado por turno un elemento decorativo personal. Aquel conjunto heterogéneo no habría entusiasmado a las tiendas elegantes ni a las perfumerías, pero aquí animaba mucho. Entre el cristal y el marco del espejo, Capestan había colocado las fotos de ambas víctimas, Serge Rufus y Jacques Maire, y también el retrato robot. Cuando todo el mundo estuvo en su sitio, arrancó.

—No cabe duda de que a esas dos víctimas las mató el mismo hombre, que podría ser este —dijo señalando, por turno, las fotos y el retrato—. No os fijéis en el vello verde, lo que cuenta es la parte de arriba. Hay que encontrar qué tiene en común este grupito. Pero, antes, ¿cuáles son las últimas noticias sobre Rufus, Merlot?

Al capitán, con el refuerzo de su red de informadores, le habían encargado que investigase rumores, locales nocturnos de diversión y relaciones poco habituales que tuvieran que ver con el comisario Rufus.

—Como muchos de sus compañeros de la Brigada contra el Crimen Organizado, Rufus vivía rodeado de individuos más o menos recomendables. Sus soplones eran, en su mayoría, chulos y receptadores o, si no, atracadores y sicarios arrepentidos. Nada especialmente original, en principio; en su libreta de direcciones no figuraba ningún capo destacado y, desde que se jubiló recientemente, parecía haber cortado con el hampa. En eso me ha parecido que sus actividades en París estaban dentro de lo que se podía esperar. En cambio, todavía no he rebuscado en sus destinos anteriores: Lyon, Biarritz... Voy a tener que recurrir a otras redes.

Capestan le dio las gracias a Merlot con una sonrisa e invitó a Lebreton a tomar el relevo.

—El informe de la autopsia está incompleto, pero confirma los primeros hallazgos: a Rufus lo estuvieron zurrando varias horas y mientras tanto tuvo las esposas puestas; le han desollado las muñecas. No hay señales de mordaza. Así que es muy probable que intentasen hacerle hablar. Para que dijera ¿qué? Eso no lo sabemos aún. Luego se lo llevaron a la calle, donde lo mataron con una bala de nueve milímetros en plena frente y con silenciador. La hora estimada de la muerte es las seis de la mañana.

—Menudo esfuerzo es ese de trasladar a un hombre, sobre todo tan fornido como este, por el gusto de matarlo en el sitio adecuado —comentó Capestan—. ¿Qué justifica ese esfuerzo? El asesino lo coloca debajo de la placa de la calle para que le salga bordada una escenificación macabra, vale. ¿Por gusto personal o para enviar un mensaje? ¿Para asustar a alguien? ¿A otras víctimas potenciales? Es posible. Lo cual nos conduce hasta el nuevo de la clase, Jacques Maire —dijo la comisaria, dando golpecitos en la foto con el rotulador—. Aunque la verdad es que a él lo mataron antes, ¿no?

A pesar de que acababa de empezar a investigar, Orsini tomó la palabra:

—Sí, dos días antes. Se hicieron cargo de la investigación los colegas de Aviñón y, como se supone que no somos quiénes para alegar una posible conexión, me ha resultado imposible entrar en contacto con ellos para que me informasen. Pero conozco mucho al corresponsal de *La Provence* en ese sector. El artículo era suyo —le especificó a Capestan—. Nos encontramos con la misma ambientación, efectivamente. Jacques Maire tenía huellas de golpes en la cara, aunque menos que Rufus, a lo mejor cantó antes. Y además lo mataron de un balazo en la frente y también de noche, la del 25 de noviembre. Fue la noche siguiente a que apareciera su nombre en el monumento a los caídos.

—Los tenía bien puestos, el tío. Yo veo mi nombre en un monumento a los caídos y me pongo un motor en el culo y, ¡hala!, salgo disparada como un cohete —intervino Rosière.

—Es cierto. Pero estaba muy afincado en la ciudad; a lo mejor tenía

asuntos que arreglar antes de pensar en salir huyendo.

—El sitio ese que dices, ¿cómo es? —preguntó Rosière cruzando los brazos sobre el pecho, con el consiguiente tintineo de medallitas.

Piloto, echado a sus pies, enderezó una oreja y volvió a bajarla en el acto. Falsa alarma.

—L'Isle-sur-la-Sorgue es una ciudad pequeñita al este de Aviñón, en el macizo de Luberon. Hay más anticuarios que panaderías y va mucha gente a partir de abril. Por lo general, el circuito de pueblos con encanto que hace la gente pasa por L'Isle, Fontaine-de-Vaucluse, Gordes, Roussillon, etcétera. En resumen, una ciudad pequeña pero floreciente en el aspecto turístico. A Jacques Maire lo consideraban algo así como el benefactor del lugar. Tenía una de las últimas empresas grandes de los alrededores, muebles provenzales de lujo, fabricación artesanal, madera de calidad, etcétera. Patrocinaba la mayoría de los clubes deportivos y asociaciones locales. También subvencionaba la guardería y la biblioteca. Un hombre muy amable, aparentemente sin problemas; gozaba de mucha consideración aunque no fuera de pura cepa, lo que, como en todas las comarcas comarcales, despertaba un poquito de condescendencia. «Solo» llevaba allí veinte años.

—Ya, claro, en cuanto inyectas pasta, los patriotas de aldea se vuelven más tolerantes en el acto. Los bocazas tienen opiniones por todo lo alto y perseverancia por todo lo bajo —comentó Rosière—. Y ¿cómo era el tal Jacquot?

—Setenta años, bastante guapo, casado desde hacía cincuenta años con la misma mujer, Yvonne, que ahora está ingresada en la residencia Les Lavandes porque padece alzhéimer. El matrimonio tuvo dos hijos, que tienen cuarenta y dos y cuarenta y siete años; la hija vive en el norte de Inglaterra y el hijo es dueño de una casa a cuatrocientos metros de la de sus padres.

—¿El monumento a los caídos estaba grabado o solo pintado? —preguntó Lebreton.

Orsini se inclinó hacia la mesa baja donde ocupaba el lugar de honor una bolsa de clementinas, regalo a la comunidad de Dax, quien iba ya por la tercera. El olor característico de los cítricos aromatizaba la reunión y le proporcionaba un dulce perfume de confort, ajeno a cualquier evocación vulgar de asesinatos.

—Las dos cosas —contestó Orsini, sirviéndose—. Según un artesano a quien llamé, el grabado era bastante burdo y hecho seguramente con una herramienta de artista dominguero. Y también lo pintaron con bastante torpeza. Ahora bien, lo que opinan los artesanos sobre el trabajo ajeno...

—Pero, pese a todo, dedicaron tiempo a hacer un grabado. ¿Hay una cámara de vigilancia de la que se haya podido sacar algo?

—No, esa no es una información que me sea posible conseguir sin entrar en contacto con la policía —recordó Orsini, quitando la fina

cáscara con un primor que lindaba con el bruñido.

—Claro —reconoció Lebreton, cogiendo a su vez una clementina de un brillante tono naranja—. Así que, con ese ceremonial, el asesino quiere aterrorizar a alguien o, como habíamos dicho, se limita a darse un gusto. Placer sádico.

—Sí, un psicópata, pero no de rituales. Cambia de soporte para las advertencias —comentó Capestan—. Hay que comparar a las víctimas e intentar anticipar quiénes pueden ser las siguientes. Dax, a ver si puedes encontrar los extractos telefónicos de Jacques Maire también, para compararlos con los de Rufus, con los más recientes. A lo mejor se llamaron uno a otro o llamaron a las mismas personas.

Dax se quedó con los ojos clavados en el vacío una breve eternidad; luego, tras dar un respingo, se sacó una libreta del bolsillo interior de la cazadora de cuero de la que no se separaba nunca para tomar nota, aplicadamente, de las instrucciones.

—¿Ya ha sido el entierro? —preguntó Lebreton descruzando las piernas.

Orsini dijo que no con la cabeza y se comió un gajo rutilante.

—La inhumación se ha retrasado con la autopsia. Será el viernes.

—¿Piensa que merece la pena desplazarse hasta allí, capitán? —preguntó Capestan.

Sabía la respuesta de antemano, pero quería dejarle la iniciativa a Orsini, que había descubierto la historia aquella y había sido el primero en investigarla.

—Sí. E incluso deberíamos ir varios.

Capestan paseó la vista por todo el equipo. Además de Orsini, Rosière y Pilú ya estaban con el culo inquieto, listos para arrancar. Lebreton los acompañaría seguramente. Para pasar revista a la empresa y a los amigos, para que circularsen la foto del comisario Rufus y el retrato robot..., las investigaciones precisaban el refuerzo de otros dos elementos.

—¿Más voluntarios?

La rata asomó el hocico por la manga de Merlot y se le puso de un salto en una rodilla a Évrard, que estaba sentada al lado.

Adjudicado.

## 11.

El sur estaba sucio y frío y lejos. En la carretera de Le Pontet, Rosière, con las nalgas bien aposentadas en el cuero de lujo de su Lexus, que conducía Lebreton, miraba pasar la ausencia de encanto provenzal por la ventanilla sucia de lluvia. Obedeciendo a una impaciencia que ahora le parecía de lo más estúpido, habían viajado parte de la noche. Arrullada por una imaginería de pacotilla, Rosière pensó que iban a encontrarse un cielo turquesa cuya luz bañaría los tejados de un ocre desteñido al son del canto de las cigarras que le daban a los élitros en plena calorina. Pues de eso nada.

Provenza en invierno brindaba un espectáculo de una fealdad patética. Las fachadas encaladas de las casas no estaban pensadas para los chaparrones y, como si fueran secantes llenos de polvo, chupaban el agua para convertirla en manchas grisáceas, a punto de caerse en cascotes. En los lugares donde, en verano, lo que llamaba la atención era el cariz risueño de los pueblos en los flancos de las colinas, diciembre sacaba a relucir la anárquica sucesión de zonas comerciales, campos cubiertos de lonas medio agujereadas, naves abandonadas y grandes superficies de hiperdescuento aisladas que unían entre sí los puntos turísticos. A lo largo de la autopista, los árboles desnudos cargaban con un maremágnum de bolsas de plástico que un violento mistral había lanzado a agujerarse contra las ramas. Igual que jirones fantasmales, se estirajaban los envases blancos, llenos de agujeros, atrapados hasta vaya usted a saber cuándo, lamentables testigos de una negligencia generalizada. Rosière estaba como una hidra. Se volvió hacia Lebreton.

—Si te entra sueño, lo dices, ¿eh? Porque un paisaje así de bonito no nos va a tener espabilados.

—No te preocupes, que he perdido la costumbre de dormir. Ya falta poco.

—Sí, ya, bueno, espero que por lo menos el hotel sea decente, porque si no me vuelvo a investigar a París. Me cago en la mar, en el próximo asesinato como no me manden a Venecia o a Acapulco, paso de ir a ningún otro sitio. ¡Tiene cojones la cosa!

Sorprendido, Lebreton volvió rápidamente la cabeza hacia su compañera.

—Pues ¿qué te esperabas? Oye, que estamos en diciembre. Esto no puede ser una tarjeta postal perpetua.

—Huy, no, no hay peligro de que pase eso.

Al comandante le hacía gracia, pero estaba en total desacuerdo. Cogió

aire.

—Estamos en la comarca más bonita del mundo, salvaje y sutilmente peripuesta, tan hermosa como bonita. Está fea dos meses al año y encima de una fealdad que para sí querría más de una. Vamos por una carretera, y si limitases París a su vía de circunvalación no valdría mucho más. Vamos, Eva —concluyó, sonriendo—, deja Provenza en paz, yo estoy enamorado de ella.

—Vale, ahora también te va a dar a ti por ahí.

Provenza, Tahití... A ver si paraban ya todos de dar la lata con tanto sol y tanto paraíso barato.

—¡Yip! —abundó Pilú, pendiente de defender en lo que fuera los intereses de su mamaíta del alma.

—¡Que sí, que sí, que sí! Y hasta voy a demostrarte que digo la verdad —insistió Lebreton—. Al llegar nos tomamos un cafetito tranquilo en algún sitio mono. Con una galleta —añadió para que lo oyera Pilú, que volvió a sentarse en el acto en su manta, satisfecho de haber sacado tajada.

—Sí, ya, eso podemos hacer —refunfuñó Rosière, consciente del carácter pelín abusivo de sus recriminaciones—. Esa ronda corre de mi cuenta, chófer. ¿A qué hora es el entierro?

—A las once. Orsini llegó ayer en tren. Évrard y Merlot han cogido el de esta mañana.

—Sí, Orsini me ha mandado un SMS; se ha medio mezclado con el personal de la funeraria para conseguir información. Con ese careto que tiene no ha debido de costarle mucho. Se pone una corbata y, hala, ya puede infiltrarse de incógnito en batallones de enterradores. Estoy segura de que antes de que le dé tiempo a dar los buenos días ya le están largando las llaves del coche fúnebre. El tío es un muermazo, y es todo nuestro.

Como de costumbre, Lebreton escuchaba las monsergas de Rosière sin comentarios. ¿Las oía siquiera, aquel Gran Señor de Corazón Puro?, se preguntó la capitán, levemente ofendida y, al tiempo, feliz por poder despotricar a gusto sin competencia y sin que trascendiera. Los oídos de Lebreton eran una vía de desahogo sin riesgos y sin obligaciones. Muy relajante. Qué buen compañero había encontrado. Qué buen amigo, osaba apenas decirse. Y, hablando de compañeros y de poner a parir a la gente, todavía no había sacado a relucir el caso D'Artagnan.

—Oye, el nuevo es un caso, ¿no te parece?

Esta vez Lebreton accedió a dar el visto bueno enarcando las cejas. Era difícil negarlo.

—A ver si se cree el Buron que nos va a endilgar a todos los tarados de Île-de-France, hombre, ya. Porque a nosotros nos tendrán en el aparcadero, vale, pero todavía hay clases. ¡Que yo soy escritora, joder! Capestan era la gran promesa del cuerpo; tú, un jefazo del RAID; Orsini es un pelma pero es un erudito; Évrard tiene un problemilla con el juego,

pero así, en conjunto, es normal. Por los pelos, eso sí. Incluso Merlot, que es un plasta y un borracho, es bueno en lo suyo. Los Rabbids, Dax y Lewitz, ya son otro cantar. Aunque tienen sus momentos. Pero ¡el tío ese cree que nació en 1593! ¡Lo suyo es la orden del Embudo de Oro!

—Al margen de eso, su forma de razonar parece que encaja bien.

—Sí, al margen de eso, como muy bien dices... Si nos olvidamos de que habla de Richelieu como si hubiese estado con él ayer y nos planta el guante en toda la jeta cada vez que lo vacilamos, si dejamos eso aparte, su forma de razonar encaja la mar de bien...

Esta vez, Lebreton no pudo por menos de reírse. La víspera, Dax y su diplomacia proverbial le habían comentado a Saint-Lô que era pero que muy bajito para haber sido mosquetero. Ultrajado, Saint-Lô recordó las proporciones de los hombres de la época, dijo que el señor no debía de haber visitado demasiados pueblos medievales, y que si por haber visto películas de Disney se creía con autoridad para calibrar los siglos anteriores, sus referencias dejaban mucho que desear. Eso sin contar con que los personajes ilustres de la historia habían demostrado sobradamente, suponiendo que ello fuera necesario, que la estatura y el valor no tenían nada que ver. Dicho lo cual, le había arrojado el guante a la cara al sorprendido Dax, exigiéndole reparación. El teniente le dio entonces la vuelta al guante y dijo muy serio: «Pero si en este guante no hay nada que reparar, está muy bien el guante este. Debe de ser el otro. Dámelo, si quieres, y se lo llevo a mi madre. Cose muy bien».

La inocencia del teniente desactivó el encono de Saint-Lô, que no pudo dar con una respuesta adecuada. Recogió el guante, diciendo: «No, no, no pasa nada», y dos horas después Rosière todavía se estaba carcajeando en la terraza.

Tras pasar por una rotonda y lo que parecía ser un comercio de bloques de hormigón, un cartel anunció L'Isle-sur-la-Sorgue.

Después de dejar el equipaje en un hotel con encanto que, en aquella ocasión, tenía encanto de verdad, Rosière y Lebreton, con el abrigo desabrochado, se tomaron un café en una mesa a orillas del río. Había dejado de llover y el sol volvía a posesionarse de sus dominios. Los colores, aliviados, se iban despertando poco a poco: los amarillos de las fachadas, el anaranjado de las tejas, el rojo de los baldosines de barro cocido daban rienda suelta a sus pigmentos entre la claridad recuperada. A los pies de los policías, las aguas cristalinas del Sorgue corrían estremecidas, siguiendo el hilo de las algas verdes. Rosière reconocía, refunfuñando cada vez menos, que todos aquellos canales que cruzaban la ciudad, todas aquellas perezosas ruedas de noria, las hileras de puentecitos, de pérgolas, de ramblas umbrosas y de piedras blancas merecían, llegado el caso, cierta atención. Aunque cuando, en el folleto del hotel, Lebreton le leyó que la ciudad llevaba el apodo de la Venecia Condadina, se rio con sorna.

Apareció un SMS en el iPhone de la capitán. Orsini. «La ceremonia

empieza dentro de treinta minutos. Quedamos delante de la iglesia, centro del pueblo.»

—Hale, se acabó lo que se daba. Acábate el café, que ahora toca el fiambre —dijo la capitán, echándose al colete el contenido de la taza—. Vamos a ver si al rey del pueblo lo querían tanto como decían.

Bajo un cielo azul que por fin le hacía justicia a aquella comarca espléndida, en la plaza de la iglesia reinaba el murmullo de un ajetreo atenuado por respeto. Los pocos ataques de facundia que alzaban la voz a veces por despiste quedaban reprimidos en el acto y regresaban a un volumen de sordina. Se veían unos cuantos atuendos elegantes, pero la ropa oscura encajaba mal con el clima y había sido preciso revolver en lo hondo de las alacenas. Los hombres se tiraban de las mangas demasiado cortas e intentaban aliviar a los pobres botones de las chaquetas. Las mujeres habían optado mayoritariamente por una estola negra encima de un vestido de diario. Los jóvenes que se habían plegado a ponerse pantalones negros parecían camareros, y los zapatos nuevos les hacían daño. Uno, más hombretón que sus amigos, con una corbata que lo tenía medio estrangulado, parecía realmente inconsolable. No llegaba a los veinte años; con los ojos encarnados, sorbía cuanto le era posible para que no se le escapasen, literalmente, los mocos de pena.

—Es el aprendiz de ebanista de la empresa —les dijo por lo bajo Orsini a sus compañeros.

—Parece muy desconsolado... —constató Rosière.

—Sí, era su primer patrono, y además una figura relevante. El chico ha confeccionado personalmente el ataúd. Escogió con los artesanos los mejores tablones, un roble de primera. Llevan tres días retocándolo. Van a llevar ellos la caja hasta el altar.

Orsini hizo una breve pausa y se oyó el ruido amortiguado de unos neumáticos cuyo recorrido concluía lentamente en la plaza.

—Ahí viene el coche fúnebre.

La viuda, un tanto irritada, manoteaba y ponía por testigos a las dos amigas que la acompañaban:

—Pero bueno, ¿dónde está Jacques? Debe de andar perdiendo el tiempo por casa.

Aterradas, las amigas no sabían cómo recordarle a aquella mujer, cuyo cerebro roía el implacable alzhéimer, que su marido había llegado puntual, en el ataúd que estaban sacando del *break* negro.

—¡No, si yo lo digo por él! Ya han llegado todos sus amigos. Es que no deja de ser una pena que se pierda la fiesta tan tontamente.

Los hijos y sus cónyuges se mantenían a distancia, porque seguramente no podían seguir soportando el tener que volver a comunicarle a su madre a cada minuto que su padre había muerto. Dejaban que la enfermedad llevara las riendas y se parapetaban tras su propio dolor.

A hombros de los empleados de la fábrica de muebles, el ataúd entró

por las elevadas puertas mientras las campanas doblaban sin parar.

El cortejo, cohibido detrás de aquella viuda sin lágrimas que increpaba a su marido, de cuya pérdida se había olvidado, entró en la iglesia. «Un bellissimo ejemplo del barroco provenzal con gran profusión de angelotes», había avisado Lebreton, leyendo otro folleto en el mostrador de recepción del hotel. Efectivamente, la iglesia era coquetona, luminosa, curiosamente alegre en semejante situación. En cuanto a los reunidos, parecían sinceramente apenados. Los tres policías los recorrían con la vista en busca del detalle que no encaja, del visitante fuera de lugar. A Orsini lo acompañaba su amigo, el corresponsal de prensa, un señor mayor, esbelto, que llevaba un chaleco con bolsillos de corresponsal de guerra y lucía un rictus con una dentadura aún mayor que la de Fernandel. Atiborraba al capitán de informaciones que este transmitía a sus compañeros en susurros:

—Todas las personas presentes en la iglesia son de la zona. No hay desconocidos.

—Es curioso. Jacques Maire solo llevaba viviendo aquí veinte años. ¿Antes no tenía amigos? ¿No tenía más familia? —comentó Lebreton.

—En principio, nadie que haya venido.

—No es normal —dijo Rosière—. Nadie empieza a vivir de repente y a echar raíces a los cincuenta años. Su vida anterior no debe de saber nada de la vida de ahora. Apesta a cambio de identidad. Incluso la viuda, ¿no tiene familia la viuda?

—Sí, un hermano mayor y dos sobrinas, pero viven en Arizona. A esas edades, es mucho trayecto.

Al incorporarse, Rosière tropezó con las rodillas en la silla de paja de delante. Habían juntado las filas. Menos mal que Pilú se había quedado en el hotel. Estaba pensando. Dos sobrinas... Se le estaba ocurriendo un plan.

La ceremonia iba a concluir pronto ya. Desde el centro de una fila de sillas, Lebreton podía oír las preguntas fuera de lugar de la viuda y los hondos sollozos de los hijos y de unos cuantos empleados. El aprendiz, en primera fila con sus compañeros, se retorció las manos sin apartar la vista del ataúd que había bruñido con todo su arte y todo su dolor. Tras el sermón, el sacerdote introdujo el hisopo en agua bendita y alzó mucho el brazo para asperjar, trazando una cruz, el roble reluciente. Al caer las primeras gotas, al aprendiz lo movió una irreprimible conciencia profesional y se abalanzó hacia el ataúd, que frotó a toda prisa con el pañuelo para que el agua no dejase mancha en la madera. Tras borrar la última huella, se enderezó y vio la cara estupefacta del cura, con el hisopo en alto, frenado en pleno recorrido. El aprendiz, coloradísimo, se volvió, tartamudeando, a su sitio y desvió la mirada para no ver lo que viniera a continuación. Los reunidos en pleno, inclinados en actitud de

recogimiento, hicieron cuanto pudieron para contener el ataque de risa que les había entrado.

Rosière se mordía las mejillas, pero Orsini y Lebreton aprovecharon para acechar las caras que los rodeaban. En la antepenúltima fila, a la izquierda, al fondo del todo de la iglesia, un hombre delgado que vestía un traje gris parecía no haber visto la escena. Él también observaba el recinto con mirada inquieta. Tiró mecánicamente de las dos puntas de un papel verde brillante para pelar un Quality Street. Se metió el bombón en la boca, y en ese momento se le cruzó la mirada con la de Lebreton, antes de apartarla precipitadamente.

Hubo un gran revuelo de gente; el ataúd y la comitiva volvían a emprender la marcha. Un desfile de personas con la cabeza gacha se interpuso entre el hombre y el comandante. Pese a su elevada estatura, Lebreton lo perdió de vista por un momento. Cuando pudo por fin salir de la fila de sillas y tener de nuevo libertad de movimientos suficiente para recorrer con la mirada la asamblea, el hombre ya había desaparecido.

Al salir de la iglesia, los hijos recibían los pésames en estado de trance. Su madre, pocos metros más allá, parecía, una y otra vez, levemente asombrada por aquellos apretones de manos y aquellas efusiones que la buena educación la obligaba a aceptar disimulando lo incongruentes que le parecían.

—Espera, quédate aquí, voy a probar una cosa —le dijo Rosière a Lebreton, que se alarmó en el acto.

Zigzagueando por entre la gente, Rosière llegó hasta la viuda y la abrazó contra su pecho confortador:

—¡Ay, tita!

Tras esa demostración de cariño imprevista, la mujer le sonrió sin reaccionar; tenía en la mirada ese trasfondo de angustia que comparten todos los enfermos de alzhéimer, incapaces de reconocer a sus familiares más allegados. Pero aquel «tita» no le recordaba nada. Un palo de ciego. La capitán, no muy ufana pero resuelta, se apartó del gentío.

La abuela del alma de Rosière había padecido alzhéimer. Ya no reconocía a las personas que le hablaban, ni a sus nueras, ni a sus yernos, ni a sus nietos, ni, al final, a sus hijos. La memoria se le desplomaba, pero la mayor parte de la inteligencia seguía intacta y, con ella, la firme voluntad de disimular su estado. Así que su abuela esperaba y acechaba una señal, un detalle que le aclarasen la identidad de su interlocutor y la informasen de si se trataba de su nieto preferido o del cartero. Para no dejarla empantanada en la duda, Rosière empezaba todas las conversaciones diciendo «abuelita», y así su abuela, con el cariño y, no menos, el alivio dilatándole la sonrisa, podía seguir la conversación y llamarla «chatita mía», como hacía con sus seis nietas. No sabía de cuál de ellas se trataba, pero no tenía importancia, funcionaba con todas. Rosière se decía para sus adentros que si por casualidad una testigo de

Jehová hubiera llamado a la puerta diciendo «abuelita», ella le habría contestado «chatita mía» y, a continuación, le habría dado toda la pasta que tuviera.

—¿Qué haces, Eva? —preguntó Lebreton, que había ido a su encuentro lo más deprisa posible.

—Tú tranquilo. No va a sufrir, por desgracia, y se le olvidará enseguida. Solo tenemos dos días para pescar información, así que no vamos a andarnos con remilgos.

Antes de que Lebreton pudiera sujetarla, Rosière volvió a hendir la muchedumbre y a caer en brazos de la viuda.

—¡Ay, tata!

—¡Cariño!

Era «tata».

—¿Cómo estás, tata? Hacía tanto que no veía al tito. Lo estaba pensando el otro día. ¿Cómo se llamaba cuando éramos pequeños, que no me acuerdo?

—Ay, sí, hace mucho, tienes razón. Y eso que parece que fue ayer —dijo la buena señora, empañándosele la mirada de repente—. Jacques Melonne se llamaba cuando erais unos críos. Por cierto, que me gustaba más ese nombre. Era tan guapo entonces, con esa espalda tan ancha que tenía...

—¿Era por entonces cuando conocíais a Jacques Rufus? ¿O a este? —dijo enseñándole el retrato robot pero ocultando el vello verde.

Los más resistentes eran los recuerdos antiguos; merecía la pena probar.

—Ay, no, no me suena de nada, cariño...

Rosière volvió a guardarse el dibujo y cambió de asunto. Detrás de ella se impacientaban otros impartidores de consuelos.

—Pero ¿por qué cambiasteis de apellido, que no me acuerdo?

—¡Anda, cariño, intentas tirarme de la lengua! ¡Vaya, vaya, vaya! La verdad es que nunca lo supe. Un día, volvió y me dijo: «Haz vuestras maletas y las de los niños que nos vamos. Ya verás, al principio será un poco complicado acostumbrarse, pero vamos a estar muy bien. Te lo prometo». Y, de hecho, somos muy felices...

—Ya, claro, pero...

—Oye, mira, ¡pregúntaselo! ¡Hablas de él como si se hubiera muerto! ¡Jacques, Jacques!

La viuda se fue, perseguida por la enésima oleada de pésames y de rostros confusos. Rosière se apartó a un lado y dejó correr el asunto. Con el corazón entristecido.

Sabía que ella también, seguramente, acabaría un día rodeada de desconocidos que se sabrían su historia mejor que ella y que esa vulnerabilidad la volvería loca. Se le volvió a oprimir el corazón al ver que la muchedumbre se tragaba a esa viuda a la que acababa de engañar y que no lo recordaría. Y todo para encontrar al asesino de un marido

cuya muerte ignoraba, pero cuya huella llevaba aún en sí.

Lebreton se quedó mirando a su compañera, que volvía moviendo las caderas y ahuecándose la melena de fuego. Aunque escandalizado, no le quedaba más remedio que reconocer que, al conseguir la identidad auténtica de la víctima, acababan de dar un salto colosal.

## 12.

Situado a la entrada del pueblo, el café parecía un restaurante de carretera abandonado. La extensa terraza, tan floreciente en verano, no era ahora sino una vulgar superficie de cemento salpicada de charcos de agua putrefacta y por la que rodaban papeles pringosos. En un rincón, unos sillones de plástico blanco, apilados, apechugaban con la humedad y con las cacas de pájaro; entre las patas tenían pilladas unas cuantas hojas secas. La pérgola, sin parra, parecía un tendedero. Incluso el paisaje de alrededor, pensado para el calor y la languidez, mostraba en invierno la faceta sombría de una habitación que no limpian casi nunca. Évrard y Merlot cruzaron una mirada antes de empujar la puerta.

Un mostrador largo cortaba por la mitad un amplio local con el suelo de baldosines y las paredes enlucidas, de un blanco discutible. Al otro lado del mostrador estaba la zona del restaurante y, por la parte de acá, el café con su torneo semanal de belote doblada. Todas las miradas se dirigieron hacia los recién llegados y el tono de las conversaciones bajó. Se habían metido en una película del oeste.

Como un Ricardo Corazón de León magnánimo con el pueblo vencido, Merlot se congratuló en voz alta, con esa voz de bajo bien timbrada que le era habitual.

—¡Hombre, aquí tenemos uno de esos bares inesperados de nuestras recias provincias! Estoy seguro de que sirven un pastís estupendo.

Con paso de conquistador, se encaminó a la barra y le dirigió la palabra a la camarera, que lo tenía ya todo muy visto, y a los conquistadores, más.

—Dos Ricard, por favor... —dijo. Luego, tras guiñarles un ojo a los hombres que tenía al lado, de codos en la barra, añadió, volviéndose hacia su compañera—: ...en cuanto a la señora, todavía no sé lo que quiere tomar.

La señora tomó también un Ricard, preguntándose cuántos miles de millones de años faltaban para que esas bromas de taberna dejaran de consolidar la complicidad de sus asiduas piedras angulares.

—¿Es posible apuntarse al torneo? —preguntó Évrard, echándole agua al centímetro de alcohol, que se puso turbio y adquirió un bonito tono amarillo opaco.

Aquel torneo aperitivo era más una formalidad que cualquier otra cosa. Tras las primeras rondas, los perdedores se apuntaban a otras partidas en otras mesas hasta la hora de cerrar el local. Entre los jugadores más entusiastas se hallaba el personal de la fábrica de

muebles de Jacques Maire, que estaba enfrente. Y especialmente el contable, empleado competente, pero jugador y bebedor mediocre, por lo que decía el amigo de *La Provence*. Por lo visto era él quien podía tener información y a Évrard y Merlot les correspondía hacerle hablar aunque tuvieran que «mamarlo», siguiendo el sutil consejo de Rosière.

Y para «mamarlo», la estrategia mejor era perder una partida tras otra, ya que, en asuntos de belote, un perdedor elegante invita a beber a toda la mesa. Pelear para perder. Évrard sentía que el sudor le humedecía la espalda al acordarse de caídas y ruinas. En el casino resultaban tan adictivas como un salto en el vacío, al generar tanta adrenalina como cuando se ganaba. Dinero nunca más, nunca volvería a jugar dinero.

Concentrarse en las cartas. Y sin apuesta; así el simple hecho de jugar volvía por sus fueros. Echar el triunfo en el momento oportuno, forzar las pujas, fallar los ases, tirar el diez, dejar capote y las diez de últimas. Esa sensación de recoger la baza, de ordenar las cartas igualando los bordes con un gesto breve de experto en el filo de la mesa; hay que rozar un poco el tapete con el canto y apilarlas delante de sí, en un montón perfectamente rectangular. Y se le echa una leve ojeada al espacio huérfano de ganancias que tiene delante el equipo contrario.

Y así sí que era bueno ganar; era importante incluso. Évrard iba a tener que violentarse muchísimo para jugar por debajo de sus posibilidades.

—Para eso del torneo hay que hablar con el caballero —contestó la camarera, sacando violentamente el cajón de la caja registradora para meter el billete arrugado de Merlot.

El caballero en cuestión tenía unos bigotazos y un sobrecito para las participaciones de ocho euros por pareja. Después del pago, el caballero apuntaba los dos nombres en una hoja grande cuadriculada e iba organizando las partidas según iban llegando los jugadores. Les indicó una mesa, en la esquina, cerca de una ventana con los cristales sucios por los que no podía verse casi nada de la noche que había caído ya, pero en los que se reflejaban a la perfección el local y las luces de neón.

Al tirar de la silla para acomodarse, Évrard se preguntó de qué dependía el ambiente confortable de un lugar tan lúgubre. ¿Los tapetes de fieltro verde encima de las mesas, con los vasos llenos en las esquinas? O, sencillamente, la presencia de una veintena larga de personas reunidas y amantes de la conversación, tras el desierto absoluto de aquella zona de la ciudad por la que solo pasaban coches y ningún peatón se atrevía con las aceras.

Merlot tuvo que separar la silla recurriendo a todo el espacio disponible para encajar la abultada tripa. Tenía que estirar los brazos para apoyar las manos en la mesa. Se atusó la calva con ademán satisfecho y volvió todo el cuerpo, como un hombre con la nuca rígida que lleva mucho tiempo moviendo nada más el codo, hacia el

organizador del torneo.

—¡Eh, amigo! ¡Mándenlos contrincantes, qué demonios!

Durante el torneo, iban pasando diferentes competidores. El objetivo era estar al acecho del equipo que les interesaba, el del contable, y aguantar tanto como ellos para acabar la competición al mismo tiempo. Entonces podrían seguir jugando juntos con toda naturalidad hasta la hora de cerrar.

Así lo hicieron, pese a la evidente voluntad de Merlot de cargarse las partidas. Resultaba increíble que alguien pudiera jugar tan mal. Había asegurado que dominaba las técnicas básicas, pero una vez más, y como de costumbre, había sobrevalorado exageradamente sus capacidades.

Sujetando las cartas como si le importase un bledo que todo el mundo pudiera admirarlas, Merlot charlaba alegremente con Jean-Marc, el contable, a quien acababan de invitar a una quinta ronda y estaba empezando, por su parte, a confundir tréboles con diamantes. Si su adversario empezaba a jugar tan mal como su pareja, a Évrard le iba a costar cada vez más dejarse ganar.

—¿Qué pintan?

—Picas —contestó Évrard.

Igual que hace diez segundos, pensó. El contable pedía información a cada ronda con una regularidad de reloj de cuco suizo, esa clase de cuco machacón al que estamos deseando partirle el pico la siguiente vez que lo asome.

—¿Quién ha ganado la baza?

—Usted.

—¿De cuánto?

—Ciento treinta.

¿Cómo podía aquel individuo llevar unos libros de cuentas? Era incapaz de seguir concentrado más de cuatro segundos seguidos. Al menos, después de unos Ricard.

—El que nos ha dejado esta mañana era un gran hombre —manifestó Merlot con el énfasis de un individuo que se siente autorizado a conceder galones—. Van a echarlo de menos; ya no es fácil cruzarse con muchos grandes hombres de negocios.

Évrard no tenía la seguridad de que fuera posible llamarlo gran hombre de negocios, porque muy probablemente la fábrica de muebles no cotizase en el CAC 40, pero, por el momento, estaba viendo que su as de picas podía acabar con el equipo contrario y tenía el corazón dividido.

—Ya lo creo que vamos a echar de menos al Jacques —asintió Karim, que jugaba de pareja con el contable, con los párpados caídos y expresión augusta.

—¿Qué pintan? ¿Corazones? —preguntó Jean-Marc antes de abundar también él en esa opinión—. ¡Un santo varón! ¡Dentro de una semana

estaremos apuntados al paro, pero era un santo varón!

—No, pintan picas. Estás desbarrando, Jean-Marc, el Ricard habla por ti, deja de dar la lata a nuestros amigos con eso.

—Vale, Karim, sabes tan bien como yo que, sin el patrón, la fábrica cierra dentro de un mes. ¿Quién ha jugado picas?

Jean-Marc hablaba sin agresividad, se limitaba a dárselas de enterado, pero su compañero de juego rebullía en la silla; aquella exhibición le parecía indecorosa. Los dos hombres hablaban con mucho acento provenzal, separando bien las sílabas e insistiendo en la sílaba final. El instinto mimético de Évrard le había puesto en marcha esa misma melodía al final de las palabras. Intervino antes de que Karim volviera a llamar al orden al contable con otro comentario.

—¿Nadie va a seguir con ella? ¿Ha ido alguien a verla?

—Éstooo... Pues no. ¿Qué pintan? —dijo el contable mirando alrededor de la mesa como si esta fuera a ilustrarlo.

¿Cómo se podía jugar tan mal?, pensó desconsolada Évrard. Durante el torneo, el nivel de los demás era bueno, pero estos... Seguramente por eso habían aceptado con tanta facilidad aquella partida: nadie más tenía interés en vérselas con ellos; eran demasiado flojos, no tenía gracia. Pero en esta ocasión, a la pareja le daba la impresión de que estaban dejando en ridículo a los turistas; se sentían dignos de aquella localidad, y al contable eso de fanfarronear le daba alas. Allí era donde había que seguir haciendo fuerza.

—¡Menuda encrucijada! —valoró Évrard mientras al buen hombre se le acababa de olvidar que el as de tréboles ya había salido y que él era el amo con su diez—. La verdad es que solo los contables saben lo que va a ser de una empresa.

—¡Eso mismo, jovencita! ¡Y puedo decirle que si el patrón no hubiera venido todos los meses con sus fondos personales, hace mucho que se habría declarado la quiebra!

Fondos personales. ¿Cuál era el volumen y la procedencia de esos euros turbios que se blanqueaban en la fábrica? Évrard notó que habían puesto el dedo en la información capital.

—¿Fondos cuantiosos?

—Jean-Marc, pintan picas. Concéntrate en vez de darle vueltas a lo mismo; nos tienes esperando con esas historias tuyas —dijo Karim, que estaba empezando a irritarse con tanta pregunta indiscreta.

—A ver si no es verdad que sin las perras del patrón nos vamos a ir a pique. Cuando en una empresa la cantidad de muebles que se venden es igual a la de empleados que trabajan en ella, las matemáticas mandan. ¡Francamente, el Jacques, que en paz descansa, pero cualquiera creería que no sabía en qué gastarse el dinero! La fábrica la tenía para hacer una buena obra, no para hacerse rico.

—Pues sin embargo parece un negocio floreciente.

—Un agujero sin fondo. Pero como el patrón tenía recursos... Claro

que los hijos no quieren seguir con ella y la viuda, bueno, la viuda ahora no rige. Así que nosotros...

Los empleados de la empresa, por lo menos, no tenían interés en asesinar a Jacques Maire. Pero ¿por qué tirar el dinero a fondo perdido? ¿Un chantaje mafioso?

—¿No había un tal Serge Rufus que tenía que quedarse con el negocio? ¿O garantizar que fuera seguro? Me parece haber oído algo de eso... Échenme una mano, amigos. ¿Les suena lo que digo?

No, a los amigos estaba claro que no les sonaba nada de lo que decía Merlot. Se encogieron de hombros y Jean-Marc aprovechó para pedir que le dejaran ver la última baza. Ya no se acordaba. Merlot se sacó del bolsillo interior el retrato robot, muy arrugado y que la rata había roído en parte. Lo alisó encima de la mesa y lo giró para que lo vieran sus oponentes.

—¿Y este? Aquí va disfrazado de yeti, pero ¿tenía que quedarse con la empresa? ¿No ha venido?

Los dos jugadores dijeron que no con la cabeza. El asunto estaba empezando a oler a policía; no iban a conseguir nada más. Ya no merecía la pena seguir esforzándose, podían acabar la partida. Évrard, liberada, falló el as de Jean-Marc con el último triunfo que a él se le había olvidado contar y se descartó del as de corazones sin que pudieran impedirlo.

—Estáis acabados —anunció con un suspiro de alivio.

—¿Nos tocaba a nosotros?

## 13.

Para esta nueva misión de enlace entre servicios, el teniente Basile Diament, del grupo de escalada, disponía de una habitación diminuta y sin ventanas, al final de un pasillo del último piso, debajo de las buhardillas, en el número 36 del muelle de Les Orfèvres. Cuando los dos metros y los ciento veinte kilos del teniente habían conseguido doblarse en la silla y escurrirse detrás del escritorio, la habitación parecía aún más pequeña. Era como Gulliver en el banquete de los Pitufos. Con la salvedad de que nadie almorzaba ya con aquel Gulliver, que llevaba tres semanas sin banquetes.

Ya le faltaba poco para volver. Un compañero majo le había dicho que «algo había que hacer. Normal. No será por mucho tiempo. Terminas esta misión y de vuelta al redil».

A ver si era verdad.

Basile Diament no había aguantado todos aquellos años con tanto crujir de dientes para ir a parar a un despacho donde casi tenía que entrar de canto. No se iba a rajarse a esas alturas, después de haberse tragado sapos, de cincuenta en cincuenta, de pie detrás de una ventanilla, ni de haber ascendido, peldaño a peldaño, con los puños en los bolsillos, tan apretados como para reventar las costuras del uniforme. Ahora que por fin había ingresado en la BRI, el sanctasanctórum, un grupo de elite para el que se había entrenado de día y de noche, durante la semana y el fin de semana, echando cuenta continuamente de que aquel segundo de entrenamiento extra lo ponía por delante del tío ese de allí que había parado para refrescarse. Tras conseguir becas y ser el orgullo de su madre, aquella primera separación del servicio no iba a hacer renunciar al teniente Basile Diament. Era una sanción. Solo una sanción. Tendría que doblar el espinazo y volver. Como si fuera el principio.

El principio. Se acordaba de aquel primer día de agente de la autoridad, cuando se puso el uniforme, se abrochó el cinturón y se caló la gorra. Se estaba poniendo su traje de soldado de la República; a partir de ahora era la encarnación del orden, la ley, la seguridad para todos. Había ido por la calle, erguido, consciente de que ya no se pertenecía a sí mismo: con aquella ropa pertenecía al conjunto de la nación, y si él fallaba, la perjudicaba. Basile Diament era consciente de lo que representaba y de la confianza que la gente podría depositar en él. Estaba allí para defenderla.

En la armería, igual que sus demás compañeros bisoños, había sonreído como un chiquillo cuando le dieron el arma reglamentaria. Su

arma. La sopesó. Sacó y volvió a colocar el cargador, comprobó el seguro y metió la pistola en la funda. Se guiaba al hacer todos esos gestos por las miles de imágenes que se había tragado por televisión. Jugaba a que era un profesional en el mismo momento en que, oficialmente, se estaba convirtiendo en uno. El encargado de la armería le dio la hoja que tenía que firmar.

«No se la vendas a tus coleguitas de barriada, ¿eh?», le dijo con sorna recogiendo el portapapeles.

¿Qué barriada, qué coleguitas? Su madre había trabajado a destajo para que no tuvieran que salir del casco urbano. Tuvo suerte y lo consiguió. Basile había crecido en la calle de Belleville, en el distrito XX de París. Su madre, blanca, de Ardèche, se había casado con su padre, negro, de las Antillas, y los dos habían tenido aquel hijo, mestizo parisino.

Primer destino: agente de extranjería y fronteras.

La verdad es que al estar en los últimos puestos de la promoción no había podido elegir, pero como no se movía de la región estaba contento.

El joven Diament se incorporó a su puesto. De uniforme, y además en un aeropuerto, los horizontes de la vida eran tan anchurosos como Roissy-Charles-de-Gaulle.

Y los hombres flacos de mirada perdida empezaron a llegar. Albergaban la esperanza de que les concedieran asilo, presentaban la documentación burdamente falsificada que no le daba el pego al cuentahilos de Basile. Hubo que hablar con ellos como si no estuvieran cansados, explicarles que no. Que había una zona, más allá, donde podrían esperar antes de que les volvieran a decir que no.

Diament no se metía en política, no tenía opiniones y sabía que todas las decisiones se toman en las altas esferas porque allí es donde saben a qué otras decisiones conducen. Diament se limitaba a decir que no. Pero muchas veces le daba la impresión de que era el único que no disfrutaba al hacerlo.

A veces, el agente de la autoridad se preguntaba si no le habrían dado aquel destino por ser mestizo. Si no sería el medio más seguro para saber hasta dónde llegaba su lealtad. Si no le daba miedo a la jerarquía que al color no le quedase más remedio que buscarse hermanos, que buscarse cómplices, imaginándose las bandas de malhechores que se iban formando al hilo de un muestrario Pantone. En su equipo había unos cuantos compañeros magrebíes de segunda generación. ¿También a ellos les gastaban esa novatada? Y, sin embargo, en la policía había ahora muchos miembros nuevos de procedencias varias. Las cosas habían cambiado.

Las cosas. Pero no todos los cachorros blancos.

Por las mañanas, Diament abría la taquilla haciendo caso omiso de las miradas irónicas, de los comentarios provocadores y de las bromas; claro, hay que tener sentido del humor, ¿verdad?, estamos todos en el

mismo bando. ¿A que sí, chicos? Aquellos hombres, pocos pero charlatanes, tenían una mentalidad residual, disfrutaban con el único organigrama en el que podían ser importantes. Eran blancos, no tenían otra cosa que hacer, brillar, así que daban cera, para ahuecar sus carcasas diminutas. Los dos metros de Basile Diament le ahorran enfrentamientos directos y lo exoneraban de tener que contestar. Volvía a cerrar la taquilla, comprobaba el último botón del uniforme y salía del vestuario. No pensaba dejar que se torciera su trayectoria.

Su madre lo había puesto en guardia cuando era muy joven: «Hasta que cumplas los treinta, no reacciones ante nada, hijo. Antes de esa edad ninguna de las decisiones que se toman son atinadas. Tienes que poner la línea en los treinta y, cuando llegues, ya te pararás para pensar y hablar. Antes, solo te traerá complicaciones».

Diament se había construido una fachada de hormigón armado y de acero. Había remachado las estructuras, pero quedaba cierta holgura. No mucha. Pero si soplaban con demasiada fuerza los vientos, si la tierra temblaba algo, un buen día se caería el primer perno y los otros irían detrás. Tenía la esperanza de que tardase en suceder.

Se iba a su puesto, detrás del cristal blindado, a su taburete.

El hombre flaco se dirigía instintivamente hacia él. Una luz le titilaba en los ojos, no una hoguera grande, sino el último aliento de una cerilla, al verle la piel al agente de la autoridad. No, no, ni se te ocurra, lo instaba en su fuero interno Diament, no dejes que se te dispare el entusiasmo; mi color no es nada. No para ti en cualquier caso. Solo para ellos.

Por la noche, en su cuarto, Basile lloraba a veces para dar salida a la tensión y limpiarse de las retinas esos rostros que estaban al final del recorrido, pero no habían llegado aún. Que ya se habían vuelto a marchar, para repetir, en pocas horas, un viaje que les había costado meses y lágrimas. Por unos momentos, Basile mezclaba su agua con la de ellos. Traidor a los dos bandos.

Aguantó. Aprobó una oposición tras otra. Se ganó los galones. Trazó su recorrido. Aún no había cumplido los treinta. Seguía adelante y pronto miraría hacia atrás.

Por un instante, por un único segundo el mes anterior, se había desviado del camino por culpa de aquella exposición y ahora estaba aquí. En este despachito.

Tenía arreglo.

Abrir los expedientes, garantizar que funcionasen los enlaces y volver al grupo de escalada.

Asesinato del comisario Serge Rufus.

Le habían dicho: «No entregues más que las carpetas que no tengan interés, déjate olvidadas las hojas significativas de los informes. No queremos que los tarados investiguen donde haya material de

investigación, es decir, que interfieran en la nuestra». De todas formas aquello estaba ya casi rematado. El individuo había confesado esa misma mañana.

Así que: ¿qué expedientes los encarrilarían hacia otra parte?  
Diament sonrió. Aquel montón parecía el ideal.

## 14.

Capestan cruzaba la habitación con las últimas carpetas en la mano. El teniente Diament le había entregado también los vídeos de la cámara de vigilancia del cementerio.

Dax, tocado con unos cascos con micrófono incorporado, tecleaba como un poseso. Al pasar, Capestan vio de refilón la pantalla, donde vibraba el paisaje de un páramo cubierto de un ejército de gnomos. En primer plano, un trol con el vello verde brincaba azotando el aire con la espada.

—Dax, no estarás jugando con el sospechoso, ¿verdad?

Con la mirada extraviada, el teniente contestó, sin apartar la nariz de la pantalla y sin que el trol dejase de cortar en pedacitos al enemigo:

—Pues sí. ¿Qué problema hay? Me quedó alucinante y ahora es mi avatar... De todas formas, ¿qué más da? ¡No sabemos quién es! No sabemos cómo se llama, así que...

—¿Y eso es un juego en línea? Todo el mundo puede verlo...

—Sí, ¡de paso sirve de llamamiento a testigos!

—Pero ¡si no necesitamos ningún llamamiento a testigos! ¡Ni siquiera tenemos la seguridad de que ese individuo tenga algo que ver con el crimen! De momento, nadie lo ha reconocido; solo nos basamos en los recuerdos del dependiente. Si a mano viene, está confundido, se equivoca de día y ese hombre había ido a recoger unas tacitas para su hermana pequeña. Dax, tienes que...

Capestan se agachó de pronto hacia una esquina de la pantalla.

—Y ¡además lo has llamado el Asesino!

Dax dejó de jugar; notó que quizá le estuvieran reprochando algo. Contestó en voz baja:

—Pues sí... Claro, como no sabemos cómo se llama..., pues por eso...

El teniente parecía tan contrito, y sin entender por qué tenía que estarlo, que la comisaria no tuvo valor para insistir. Se limitó a resumir:

—Mira, por montones de motivos que resultaría demasiado largo explicar, prefiero, te lo digo sinceramente, que escojas otro avatar y que dejes este escondido en el fondo del ordenador. ¿Puedo contar contigo?

De mala gana, pero con el ceño fruncido por un sincero sentido del deber, Dax asintió.

—Tomo nota.

Y, de hecho, apuntó en mayúsculas: «No jugar con el sospechoso», y pegó el *post-it* en el marco de la pantalla, junto al anterior.

El mando que viniera a verlos se lo iba a pasar en grande.

Capestan fue a la sala de billar, donde Rosière estaba clavando guirnaldas con chinchetas en el marco de las ventanas. Lebreton, Merlot, Évrard y Torrez estaban jugando otra partida de tres contra uno. La rata chilló cuando Merlot estuvo a punto de aplastarla al incorporarse tras darle a la bola negra. A Rosière le dio un escalofrío de asco.

—¿Qué nombre le has puesto, por cierto? —preguntó, seguramente para familiarizarse con su miedo y amaestrarlo.

—Ratafía, como la película de dibujos.

—Estoooo... Es *Ratatouille*.

—No, Ratafía; por lo del juego de palabras.

—Sí, el juego de palabras es *Ratatouille*. Es una película para niños; buscaron el nombre de un plato de verduras, no el de un licor.

—Bueno, pues esta se llama Ratafía —zanjó la discusión Merlot, molesto porque lo contradijesen por un quítame allá esas pajas.

Como la conversación parecía haber llegado a su fin, Capestan sacudió el sobre grande de papel de estraza.

—¡Aquí traigo esto con la estampilla del número 36!

—¿Tenemos el vídeo de la cámara del cementerio? —inquirió en el acto Rosière.

—Sí.

La capitán se dio media vuelta entre frufús, sujetó una chincheta con los dientes y siguió colocando la gruesa guirnalda roja.

—Bueno, pues eso quiere decir que ahí no hay nada...

—Eva...

—Vamos, Anne, ¡lo sabes tan bien como yo! —la interrumpió Rosière, resoplando por encima del hombro—. ¿Qué carpetas son esas? ¿Las de este mes o las del mes pasado?

Capestan levantó rápidamente las esquinas del montón y reconoció:

—1998, 2002, 1999...

—Los extractos bancarios, déjame que lo adivine... No han encontrado los más recientes.

—Exacto.

Capestan empezaba a conocer a Rosière: estaba teniendo un mal día y continuó echando por esa boca.

—Así, a bulto, si nos han dado el caso Rufus es porque tú conoces a la víctima y puedes conseguir informaciones exclusivas de su hijo. Si nosotros nos sentamos en el santo suelo a jugar a las canicas, a nadie le van a temblar los galones.

Tenía razón, toda la razón. En el fondo. No en el tono.

—Es cierto, Eva. ¿Y qué? ¿Con eso te rajás? ¿Desde cuándo? Nos traes un trofeo que conquistas en L'Isle, la doble identidad, y luego te vuelves aquí a colgar guirnaldas en zapatillas de estar en casa; se acabó el curro. ¿Estás pensando ya en jubilarte? Sé que no es cierto, así que déjalo ya,

porque ese lastre nos acorta unas patas que son ya cortas de por sí. Y además...

Capestan lanzó una sonrisa de satisfacción de gama alta.

—... que no se te olvide que nosotros investigamos por otro lado y vamos por delante. Y ahí, chicos, ellos están haciendo bíceps a base de darles la vuelta a los colchones de todos los mafiosos del sector, sin encontrar nada debajo. No van a sacarle nada a su detenido mientras que nosotros tenemos cien pistas.

—Vale, Anne, tienes razón. Me requetedisculpo.

Había que reconocer que Rosière era bastante rápida admitiendo sus errores y replanteándose sus ataques de mal humor. Siguió diciendo:

—Además, no nos hemos conformado con tirarle de la lengua a la viuda o jugar a la belote. También hemos ahondado en lo que hemos descubierto.

Capestan se sentó en uno de los sillones club que rodeaban la mesa baja. Sus compañeros fueron a buscar unas cuantas carpetas, libretas y taburetes y se colocaron alrededor, menos Torrez, que afianzó una nalga en el borde de la mesa de billar. La comisaria dejó un bloc de formato A4 en el brazo del sillón y apretó el pulsador del bolígrafo.

—¿Qué tenemos y qué nos falta? Así que Jacques Melonne..., ¿sabemos quién es?

—Todavía no. Se llama Jacques Maire desde antes de Internet, por lo tanto el apellido Melonne no aparece *googleándolo*. Orsini se ha abalanzado sobre los archivos de prensa, pero con solo un apellido, sin nada que le dé más cuerpo, tiene pocas esperanzas. Sí, claro —añadió Rosière antes de que lo dijera Capestan, que estaba alzando la cabeza—, lo busca cruzándolo con Rufus. Pero para saber si tuvo relación con el crimen organizado, el Fichero Central de...

—Ya, ya lo sé, no tenemos acceso —rechinó Capestan.

—Sí que tenemos —dijo Rosière con ironía—, siempre y cuando cursemos una petición por escrito y por triplicado y tengamos paciencia hasta que estrenen *La guerra de las galaxias 22*.

Henri Saint-Lô había traído un taburete. Abrieron el corro para hacerle sitio. Con ademán preciso de titiritero, giró el asiento entre los dedos antes de ponerlo en el suelo y sentarse en él de un brinco silencioso. A su lado, la plebe parecía llevar calzado de hormigón. Sin embargo, aquellas demostraciones de habilidad no pretendían impresionar a nadie; se le notaba un amor auténtico por la grandilocuencia. Interpretaba la vida en gran angular, en una dimensión que lindaba con el mundo real. Estaba muy cerca, pero completamente solo. Frunció el entrecejo para indicar que estaba atendiendo. Capestan prosiguió.

—Tampoco podemos comparar las armas —se lamentó—. Qué le vamos a hacer, nos apañaremos con lo que haya. ¿Hemos podido localizar de dónde procedía el dinero de la fábrica de muebles?

—De Suiza —contestó Évrard—. Tenía un coche de la empresa con un abono de peaje y una tarjeta Total. Conseguimos convencer al contable para que nos hiciera una copia de los documentos. Todos los meses se ven las mismas etapas. No es la procedencia de la pasta, claro, pero el paseo mensual para blanquearla pasa por Ginebra.

—Vale; procedencia sospechosa, podemos suponer.

—No me digas.

Piloto aprovechó el segundo de silencio que vino a continuación para desencajarse la mandíbula con un intenso bostezo que remató con un chillidito satisfecho. Alzó las ancas, una tras otra, y luego estiró las patas delanteras y las traseras y se marchó a trote corto hacia la salida para ir al encuentro de su escudilla, no sin olfatear, de paso, un zapato de Torrez. La rata emergió del bolsillo de Merlot y se le subió al hombro.

—Todo esto no deja de proporcionarnos una fecha —comentó Saint-Lô, rizándose pensativamente el bigote.

—¿A saber?

—No fue en su época de baronet cuando Maire pudo exponerse a ciertos peligros que movieran a alguien a su occisión, sino, sin duda, en su época de sombra. De ahí el cambio de apellido, para evitarlos. El vínculo entre las víctimas tiene que ser, pues, anterior. De hace veinte años, o quizá incluso en su mocedad.

Capestan había llegado a la misma conclusión. Y sabía dónde trabajaba Serge Rufus hacía veinte años.

—Hay que localizar en qué momento se cruzaron Rufus y Jacques Melonne antes de que este cambiara de vida. Veinte años es el periodo de tiempo en que trasladaron a Rufus a París, inmediatamente después de Lyon. Ahora, como no disponemos de fechas concretas, creo que hay que buscar en las dos regiones. En cualquier caso, hay que revolver en las cosas viejas y olvidadas —dijo Capestan, sacudiendo los documentos del número 36, con media sonrisa.

—Y ahí es cuando a los mandamases de la investigación oficial les sale el tiro por la culata —reaccionó Rosière.

—Exacto —remachó Capestan, cuya sonrisa iba ensanchándose a medida que sus compañeros de equipo iban cayendo en la cuenta—. ¡Aquí no tenemos más que cosas viejas! ¡Cosas sin interés!

—Pero ¡qué gilipollas son!

—Venga, Eva, que son compañeros nuestros... —templó Lebreton con expresión regocijada.

Mientras estaban los cinco cotejando los expedientes, añadiendo notas y haciendo listas de las preguntas que iban surgiendo sobre la marcha, Lebreton volvió a sacar a relucir la placa de la calle y el monumento a los caídos.

—¿Y qué pasa por fin con las fechas de nacimiento de Rufus y de Melonne? ¿Las tenemos a mano?

—Mientras vosotros estabais en Provenza, hemos buscado todos en

la red por los caminos permitidos sin encontrar nada. Según Dax, hay que saltarse unas cuantas barreras en los portales administrativos para conseguirlas. No es que sea algo excesivamente complicado, pero, pese a todo, hay que tener unas cuantas nociones de piratería.

—¿Así que el asesino sabe *hackear*? ¿Es un hombre joven? Pues las víctimas son bastante mayores.

—No, lo más probable es que el asesino sepa las fechas de nacimiento porque era alguien de su círculo íntimo —soltó Torrez, que seguía posado en la mesa de billar.

Con la mano izquierda lanzaba mecánicamente la bola blanca, que rebotaba en las bandas antes de regresar en línea recta a la palma de su mano.

—Entonces volvemos a un asesino de su misma edad y a rebuscar en el pasado. Torrez —caviló Capestan—, no tenemos el historial de Jacques Maire, pero de Rufus sí que sabemos dónde estudió, academias, etcétera. Tenemos su ficha de recursos humanos, ¿no?

—Sí. ¿Quieres que mire entre sus compañeros de clase y de la facultad a ver si encontramos a Jacques?

—Vale la pena intentarlo.

Lewitz entró en la habitación con unas tablas debajo del brazo y paso quedo, dándoles a entender discretamente con la mano que no le hicieran caso. Colocó el material apoyado en la pared del fondo y se fue con unos andares exageradamente sigilosos.

—¿Han aparecido llamadas telefónicas a las mismas personas en los extractos? —preguntó Rosière.

—No, lo hemos comprobado con Dax y no hay nada que llame la atención. Pero Orsini está examinando las cuentas de la empresa y sus extractos de Orange, que también nos fotocopió amablemente el contable. A lo mejor de ahí sale algo. Ya veremos mañana —zanjó Torrez apeándose de la mesa.

Las seis. Se iba. Lo que de pronto le trajo a la mente una idea a Merlot, que dio un respingo:

—¡Eh, que esta noche echan la elección de Miss Francia!

Como si ese dato fuera de lo más oportuno, Rosière siguió con el tema:

—¡Ay, sí, eso, la elección de Miss Francia! Podemos montarnos una velada especial.

—No sé lo que le parece a usted, querida amiga, pero a mí no me gustaban gran cosa esa Geneviève de Fontenay y sus preceptos tan...

—¡Todo lo contrario! Llevaba muy bien a sus chicas y...

Era inútil ya interrumpir la oleada de argumentos de Merlot y de Rosière, quienes, haciendo caso omiso de sus compañeros, que aún seguían sentados, se encaminaron hacia el salón, donde estaba la gran pantalla plana. Saint-Lô se fue detrás de ellos, con su paso resuelto de hombre de acción. Lebreton y Évrard, mirando sendos relojes de pulsera,

se encogieron de hombros y, tras echarle un vistazo a la comisaria, se pusieron de pie también. Capestan asintió y se apoyó en los brazos del hondo sillón para arrancarse de él. Miró el móvil y vio que había una llamada perdida de Buron. Antes de ir también ella al salón, decidió llamarlo.

— Buenas tardes, señor director, ¿me había llamado?

— Sí, Capestan, buenas tardes. A ver, querría ponerla al corriente... Uno de los sospechosos de la BRI ha pasado a manos del Ministerio Fiscal. Ha confesado que el arma era suya, bueno, que «había sido suya». No tiene coartada para la noche del asesinato, unos antecedentes kilométricos, señales de golpes en las falanges... Resumiendo, que se acabó.

— ¿«Había sido suya»?

— Sí. Asegura que la vendió, por supuesto.

— ¿A quién?

— ¡A un individuo con barba y gafas! ¡La verdad es que cuando nos toman el pelo podrían ser un poquito más sutiles!

Justo, ya tenían una pista del arma. Aquello no se había acabado para nada.

— No, no, eso encaja con nuestro retrato robot. Se le está a usted olvidando nuestro cadáver de L'Isle; es imposible cerrar el caso dejando de lado esa parte...

— No se me está olvidando nada, Capestan, precisamente. El sospechoso acaba de pasarse tres años en Carpentras, a veinte kilómetros de L'Isle-sur-la-Sorgue. De verdad que creo que el caso está cerrado, comisaria. Lo siento mucho. Vamos a recopilar todos los elementos y...

— ¡No! No, no. Denos unos días más de independencia, si no nuestras investigaciones se van a ir al garete. He leído el expediente del sospechoso y no tiene ningún interés, nunca se le habría ocurrido montar un escenario...

— ¿El expediente del sospechoso? ¿Estaba completo?

Capestan hizo una pausa, apretando los dientes. Buron acababa de dar en el blanco. Pero ella no pensaba renunciar al punto al que habían llegado en sus descubrimientos.

— Muy probablemente, no. Pero no es él. Llámelo orgullo o corazonada, como prefiera, pero...

— Concedido, Capestan. Si quiere seguir, adelante, no informaré al juzgado más que de aquello que no me quede más remedio. Pero no se haga ilusiones.

Buron la disgustaba muchas veces, pero casi nunca la decepcionaba. Capestan tenía la esperanza de poder actuar con reciprocidad.

— Gracias, señor jefe de división.

Las tropas, reunidas, laboraban ahora en pro de los nuevos objetivos: averiguar qué canal había que poner, abrir una botella de tinto o de

blanco... El equipo parecía completamente decidido a *okupar* el sofá para ver la elección de Miss Francia. Évrard estaba empezando a preparar la chimenea: un poco de papel de periódico hecho una bola, unas ramitas de leña menuda y tres leños enormes. Estaba claro que la teniente no pensaba irse antes de que se acabase el programa.

—¿No estaba prohibido encender fuego en París? —preguntó Dax.

—¿Eres de la policía de chimeneas? —contestó Évrard, sonriendo sin descuidar la tarea.

Dax le devolvió la sonrisa, luego pareció interrogarse acerca de la existencia de ese cuerpo de policía.

—¿Crees que actúa por denuncias o vigilando los tejados?

Évrard le indicó con una mueca que no lo sabía, mientras se frotaba las manos en los vaqueros para sacudirse el polvo.

Saint-Lô, sentado en el antepecho de la ventana, contemplaba la noche, que ya había caído. Seguía con la mirada las tejas de los tejados, el último vuelo de las palomas y el reflejo naranja de los faroles en el pavimento. Media melena, nariz grande, barba corta y bigotes arrogantes: tenía un perfil de moneda antigua.

—¿Pizza? —propuso Capestan, mirando de reojo a Lebreton, que, igual que ella, se quedaba más por el ambiente que por el programa.

—¡No! ¡Pasta con salsa boloñesa! —declaró Lewitz moviendo mucho las manos, convencido de que daba un toque italiano—. ¡Especialidad de Lewitz, hijos míos, os vais a enterar de lo que es bueno!

Desde la cocina, que estaba salpicada de salsa hasta en el techo, Capestan oyó exclamar a Merlot:

—¡Y más vestidos de volantitos! Pero, por el amor de Dios, ¿cuándo desfilan en traje de baño?

La voz de Évrard contestó:

—Ya han desfilado en traje de baño...

—¡Y con vestido también han pasado ya!

Rosière, ayudándose con los cubiertos, vaciaba los platos en la basura antes de meterlos en el lavavajillas. Sin dejar de ir y venir, preguntó:

—No hay nada del otro mundo en los expedientes de Diament, ¿verdad? Ni ningún Melonne.

—No, estamos perdiendo el tiempo. Nos haría falta la trayectoria íntegra de Rufus y ponernos con ella de una vez. Así dejábamos zanjada la cuestión del crimen organizado y la de una conspiración profesional. Voy a pedírsela a Buron, y también los archivos de Lyon. No sé por qué, pero me da que la brújula señala más al sur.

—¿Crees que te la dará?

—No, no lo creo —contestó Capestan, acordándose de la última llamada y de que el caso estaba a punto de cerrarse—. Pero por probar

no se pierde nada.

Con el filo de un cuchillo, Rosière raspó en un plato unos restos de queso derretido y, luego, vuelta hacia el lavavajillas, se decidió a preguntar:

—Y al hijo, ¿cuándo lo interrogas?

Una pregunta legítima, a la que Capestan no tenía la mínima intención de contestar. La habían llamado para aquel caso por una proximidad de la que, tozudamente, se negaba a sacar partido. Sus consideraciones de orden privado no tenían por qué plegarse a los cálculos o a las esperanzas de sus superiores jerárquicos y sus compañeros.

No quería «interrogar» a Paul. Y le apetecía demasiado volver a verlo como para andar jugando a los encuentros informales.

El silencio que se prolongaba por encima del lavavajillas le recordó la presencia de Rosière.

—No antes de que quiera yo, Eva.

15.

Alexis Velowski dejó la bandeja y el periódico, aún sin desdoblar, en la mesilla de noche. Ahuecó las dos almohadas voluminosas y las enderezó concienzudamente contra la cabecera de la cama. Se quitó las zapatillas, apartó la esquina del edredón y volvió a meterse debajo para su deleite matutino: desayuno y lectura. Le gustaba aquel momento de tranquilidad y de paz, en aquella habitación cuyo techo cruzaban las vigas aparentes y cuya ventanita, abierta en las gruesas paredes, daba a una esquina de cielo y a un trozo de campanario. Una delgada capa de vaho recordaba que se estaba mejor dentro que fuera. Tras años de trauma y de lucha encarnizada, por fin había conseguido recobrar cierta serenidad, frágil, pero relajante.

Alexis bebió un sorbo de té, mordió la rebanada de pan y dejó la taza en el platillo, en el centro de la bandeja. Luego abrió despacio las hojas de gran tamaño de *Le Progres* de Lyon.

Empezó por leer por encima la información nacional e internacional, hizo una incursión por las páginas de la programación televisiva y volvió a coger la rebanada antes de emprenderla con los fallecimientos.

El tercer apartado lo dejó parado en seco.

«La Asociación del Recuerdo Tenaz lamenta comunicar el fallecimiento violento de Alexis Velowski. Las honras fúnebres se celebrarán el 8 de diciembre en la iglesia de Saint-Paul. No se admiten flores, coronas ni amigos.»

Un sudor frío le heló el pijama. El 8 de diciembre era hoy. Velowski se volvió para mirar el despertador: las 6.27 h.

Tenía que reaccionar deprisa. Olvidarse del terror que no lo dejaba moverse de la cama. Deprisa.

Se levantó de un salto, súbitamente aguijoneado por una descarga de adrenalina que le escaldaba los músculos y le iluminaba y amplificaba todo en el cerebro. Seamos metódicos. La mochila.

En la parte de abajo del armario encontró la mochila negra de *nylon* ultraligero. Metió dos camisetas, dos calzoncillos, la llave y el manuscrito.

Fue a todo correr al cuarto de baño y juntó unas cuantas cosas de aseo que metió de mala manera en un neceser cogido al azar. Si sobrevivía a la siguiente ducha, ya compraría lo que le faltase. Se puso un pantalón negro, unos calcetines, las deportivas y se metió un jersey directamente encima de la chaqueta del pijama. Deprisa.

Con la mochila en la mano izquierda, descolgó la parka de la percha.

Más por una costumbre maquinal que por otra cosa, se metió un puñado de Quality Street en el bolsillo y abrió la puerta de la calle. La cerró de un portazo. Hasta que hubo bajado los primeros peldaños a todo correr no cayó en la cuenta de que ni siquiera se había permitido echarle una última mirada a su piso del casco antiguo de Lyon.

Iglesia de Saint-Paul. Las señas le llamaron la atención de pronto. Vivía enfrente. Exactamente enfrente.

No había llegado todavía al portal. Le quedaban dos pisos por bajar. Con el corazón palpitante, Velowski se permitió una breve pausa en el descansillo. Le latía el corazón en los oídos, marcando los segundos. No podía quedarse, era demasiado peligroso. Tampoco podía salir, era demasiado peligroso.

Lo menos arriesgado. ¿Qué era lo menos arriesgado?

El instinto de supervivencia lo impulsaba hacia la salida, hacia la huida. Pero eso era neandertal puro, cerebro reptiliano, no era una decisión.

Alexis tenía calor, en Lyon, en invierno. Un 8 de diciembre. La fiesta de las Luces. La Virgen María solo prestaría atención a los miles de velas de hoy; las luminarias que la celebraban acapararían todo su amor; no oiría sino la anchurosa plegaria del pueblo de su ciudad, y la voz de un mísero pecador, que la imploraba al expirar, nunca llegaría hasta su compasión infinita. Iba a morir sin perdón.

Hoy, no; no podía morir hoy. No podía morir ya. Saltó el automático de la luz. Miró fijamente el agujero oscuro por el que la escalera derramaba sus peldaños. Arrojarle a él, bajar rodando, avanzar.

Tras un breve titubeo, volvió a encender la luz, acechando los ruidos, y empezó a bajar.

En la última curva, se asomó por encima de la barandilla y pasó revista al portal, más abajo. Habían sacado los cubos de la basura y el hueco que había junto a la fila de buzones estaba vacío. Desde allí no había ángulos muertos, el lugar era seguro, podía bajar los últimos peldaños y llegar al portal. Las 6.43 h.

¿Quién asesina tan temprano?

A lo mejor ni se había levantado aún.

Era su oportunidad.

Tenía que salir ahora.

Velowski oprimía más y más en la mano el asa de la mochila. Al contraerse así en la correa, el puño parecía reflexionar por él; el brazo quería renunciar a la mochila. ¿Esconderla? Sí. Sí, era la mejor opción, esconderla. El armario del contador de la luz; sería algo rápido y seguro por una temporada, habían pasado a leer los contadores la semana anterior. En el armario del portal no, que estaba demasiado a la vista; en el del primer piso. Era un poco mayor; un antiguo retrete que habían acondicionado. Alexis subió el tramo de escaleras a toda prisa, abrió la mochila para sacar la llave, la cerró de nuevo y la empujó hasta el fondo, a

la izquierda del contador. Aguzó el oído. Nada.

Volvió a bajar y tiró sin ruido de la pesada puerta del edificio Renaissance. Alexis recorrió con la vista la apacible plaza de Gerson. Los coches aparcados bajo los árboles sin hojas, los adoquines desunidos y las paredes de la iglesia maciza asentada en la amplia acera. A la izquierda, a un nivel varios metros más alto, las catenarias del ferrocarril que llevaba de la anticuada estación de Saint-Paul a los arrabales verdes del oeste de Lyon. Pocos trenes, nada de ruido. No había riesgo de que el café teatro, la única actividad comercial de la plaza, en lo alto de sus escaleritas, despertase antes de la noche. Entretanto, Alexis estaba solo en aquella plaza olvidada. No veía a nadie y dio unos pasos.

La puerta se cerró pesadamente a sus espaldas.

—Buenos días, Alexis.

Velowski se sobresaltó y se preguntó si aquel dolor era un ataque al corazón. O solo miedo. Intentó recobrase, poner una expresión cordial.

—Te estaba esperando, lo he conservado todo. Voy a dártelo todo.

—Ya lo sé, Alexis.

## 16.

En aquella hora temprana, tras las últimas rondas nocturnas y antes de la actividad punta del día, el buque insignia del número 36 del muelle de Les Orfèvres navegaba en aguas tranquilas. Pocos hombres en el puente, el silencio reinaba como dueño absoluto, aprovechando los breves minutos que aún le quedaban. Solo la máquina de café despachaba unos cuantos vasos que, entre los dedos cansados que los sujetaban mecánicamente, circulaban por los pasillos tristes. Capestan había apurado el suyo antes de presentarse ante Buron. Sabía que no le iba a ser fácil conseguir los expedientes de los archivos, y en particular los de Lyon. El director no iba a quemar ningún cartucho «de enchufe» para facilitarle el trabajo a aquella brigada. Sobre todo en un caso supuestamente resuelto. Se suponía que la brigada de la calle de Les Innocents no incordiaba, solo arrimaba el hombro, llegado el caso, pero discretamente.

Buron, no obstante, la recibió abriendo la puerta de par en par, con sonrisa franca y ademán patriarcal. Tras los saludos de rigor, la invitó a sentarse y él se acomodó detrás del escritorio.

—¿Qué tal el pequeño de la familia, D'Artagnan? ¿Sigue siendo inmortal?

—No, de hecho no es inmortal, sino más bien un viajero del tiempo.

—Ah, sí, claro, es algo completamente diferente —se carcajeó Buron, levantando unos cuantos papeles.

—Completamente, puesto que es algo que implica que ha llegado directamente del siglo XVII, sin haber pasado por los demás siglos. Por lo visto se despertó en 1982.

—Sí —dijo Buron, dejando por fin de rebuscar y cruzando las manos encima del escritorio—; ya me doy cuenta de que ha mejorado mucho.

Capestan se limitó a encogerse de hombros. Henri tenía a veces en la mirada una nostalgia de desterrado a quien ningún país parecía poder colmar. Si no venía del siglo XVII, tenía en cualquier caso todos los síntomas. Estaba solo, desfasado, desplazado, sin amigos ni parientes que lo vinculasen al hilo del tiempo. Era su realidad personal.

Para ser policía, Capestan le daba poca importancia al concepto de la verdad. Cuando un hombre le decía que era una mujer, lo creía; cuando un mitómano se apañaba una existencia mejor a fuerza de delirios, lo escuchaba, y si alguien que había sido famoso hablaba de sus admiradores actuales, le daba la enhorabuena. Restablecer la verdad no tenía interés alguno si solo se trataba de llegar, pisotear los sueños o las

nuevas elaboraciones con los zapatones de la racionalidad y volverse a marchar, con soberana indiferencia, como un animal de bellota.

—Bien pensado, a lo mejor ha viajado de verdad en el tiempo — contestó Capestan, pensativa.

Una expresión de sorpresa, casi de indignación, le pasó por la cara a Buron. Pero se contuvo y miró a la comisaria con fatalismo. Nunca entendería del todo su lógica, eso era lo que lo entretenía.

—Típico —soltó con un movimiento de la mano que descartó el asunto, que ya había dejado de tener importancia—. En serio, Capestan, ¿a qué ha venido? Tengo otras cosas que hacer.

Al llegar ahí era cuando el director decía que no a todo, sistemáticamente.

—Lo que vincula a Rufus y Melonne debe de datar de la década de los noventa. No sé si lo recuerda usted, pero, antes de incorporarse a la BRI, Rufus estuvo en Lyon; daba clase en Saint-Cyr, por cierto.

—Sí, lo recuerdo más o menos. ¿Y qué?

—Me gustaría contar con los archivos de esa temporada en Lyon, los casos que tuvo a su cargo. Supongo que hay un montón, pero si encontramos el nombre de Melonne u otra cosa en alguno de ellos...

—¿En serio? ¿En serio, Capestan? ¿Voy a tener que llamar a Lyon, pedir un favor y debérselo a todas las jerarquías locales solo para que repase al azar unos expedientes por si aparece un apellido en esas miles de hojas?

—La verdad, señor jefe de división, es que sí, que se lo agradecería mucho.

—Me está fastidiando, comisaria.

—No tengo ningún mérito en ello.

Buron reprimió una sonrisa y se decidió a coger el bloc. Le quitó el capuchón a la pluma, apuntó la petición y volvió a taparla.

—Bien. Ya veré lo que hago, según de qué humor esté. ¿Algo más?

—Sin pretender abusar...

—Hasta ahí podríamos llegar...

—¿Verdad que sí? Como para la BRI y la Criminal ya está cerrado el caso, no tengo inconveniente en que me envíen la documentación que habían conservado para su uso exclusivo: movimientos bancarios recientes, etcétera. Y los archivos de la Brigada contra el Crimen Organizado; todo lo que haya y en su integridad, de hecho; así cerrábamos todas las puertas

—Psí —masculló Buron sin dejar de tomar nota.

—Y, para terminar: placa de la calle y monumento a los caídos... Si se topa usted con asesinatos curiosos de ahora mismo, aquí o en otra parte, y puede usted compartirlos con nosotros...

Buron asintió con la cabeza.

—Eso se me había ocurrido a mí solo, ya ve; pero de momento no tengo nada que declarar —dijo a modo de conclusión al tiempo que

apoyaba las dos manazas encima del escritorio para ponerse de pie.

Capestan se levantó también. Mientras Buron salía a despedirla, ella volvió a mencionar a Henri Saint-Lô.

—¿Sabe que su fecha de ingreso es 1612?

—Sí, se perdió su expediente en un traslado, allá por 1980. Cada vez que le preguntaban cuál había sido su primer destino, contestaba: «Mosquetero del rey». Un día, a un gracioso le pareció oportuno ponerlo y desde entonces...

Buron hizo un mohín de desagrado y se subió las gafas por encima de la frente antes de seguir diciendo:

—Los misterios insondables de la administración hicieron el resto.

—Debe de cobrar un dineral por antigüedad.

La sonrisa del jefe de división se petrificó al calcular la cantidad. Como buen gestor, opinaba que las bromas más graciosas son las que no cuestan dinero. Pero Capestan no se preocupó gran cosa por el sueldo de Saint-Lô; por muy poderoso y manipulador que fuera Buron, recursos humanos tenía mecanismos que no se podían torcer.

En el teléfono centralita del director general de la policía judicial parpadeó un piloto de llamada entrante. Buron dio un paso y volvió al escritorio antes de descolgar y pulsar un botón.

—¿Sí?

Atendió unos segundos sin dejar de mirar a Capestan.

—¿Acaban de descubrirlo?... Bien. Llame por mí al prefecto de Rhône, por favor. Es un amigo; tendría que pedirle un favor. Gracias; hasta ahora.

El jefe de división colgó y se volvió hacia Capestan con las cejas formando el circunflejo del hombre a quien le agrada orquestar lo sensacional.

—Quería usted cosas que vinieran de Lyon y cosas curiosas, comisaria. Le traigo dos pájaros de un tiro.

El terciopelo rojo del asiento corrido estaba casi tazado en el lugar donde, a diario, Saint-Lô se sentaba a desayunar, con tanta discreción como fuera posible, un pan y medio salchichón. En aquel palacete del museo Carnavalet, más que todos los demás cuadros le gustaba ese de François Bunel el Joven que representaba una procesión de la Liga en la isla de La Cité. Aunque no le tenía gran aprecio a la Liga en sí, lo emocionaba aquella muchedumbre andando por el suelo adoquinado.

En la tabla, a la derecha, un monje barrigón le recordó al capitán Merlot, su compadre. Se las entendía bien con el tal Merlot. Estaba naciendo entre ellos una estupenda complicidad, con aquel gusto común por el habla rotunda y los vinos ásperos. También el piso de Les Innocents era cálido y las tropas menos peleonas que de ordinario. Ni celadas ni chismorreos, sino hechos y fraternidad.

Iban a ser las diez. Saint-Lô no debía demorarse más. Tenía que cumplir con su cita mensual con el profesor Stein. Tendría que volver a decir y volver a repetir el parlamento de su infancia, del acaballadero, de la esgrima, de las horas de lectura, del enverar y de la muerte. Y siempre aquella sensación de que el hombre de ciencia quería pillarlo.

—Es tan hermoso este cuadro —suspiró, poniéndose de pie y calándose el sombrero de ala ancha.

17.

Otro asesinato. Esta vez en Lyon. No cabía duda de que la brújula señalaba al sur. Buron les había gestionado una «visita amistosa». Habían tenido que reaccionar deprisa. Capestan y Torrez habían cogido el primer TGV y Lebreton tenía a su cargo organizar las siguientes expediciones. Solo tenían dos días para investigar y establecer las semejanzas con los otros dos crímenes; no iba a sobrar nadie para peinar el terreno.

En la plataforma, entre los vagones, Capestan y Torrez se habían turnado para llamar a los hoteles, que se les reían en las narices. ¿Una habitación? ¿Un 8 de diciembre? Ellos sí que iban a tener que encender una vela. Millones de visitantes caían sobre la ciudad. Al final, encontraron cuatro. Lebreton seguiría afanándose.

El taxi que cogieron en la estación de La Part-Dieu los dejó a la entrada de la plaza de Gerson, del lado de la calle Saint-Paul. Una nostalgia feroz le barrenó el estómago a Capestan. Cogió aire y, para recuperarse, miró las piedras de esas fachadas familiares como si las mirase a los ojos. Abonó la carrera. Torrez, que se estaba poniendo nervioso ahora que iba a coincidir con más compañeros, potenciales víctimas de su mal fario galopante, esperaba de pie, junto a la comisaria, a que ella se abrochase el abrigo negro y se colocase el asa del bolso grande de cuero. Con las manos en los bolsillos de la cazadora forrada de piel y los zapatos de marcha clavados al suelo, el teniente no parecía querer moverse ni un ápice si Capestan no iba delante. Ella lo miró y le sonrió.

—Vamos allá. Por lo visto es muy curioso.

Pasaron por debajo de la cinta de balizamiento sin que se acercase ningún policía para pedirles que se identificaran. Mientras caminaban hacia el grupo de agentes atareados que rodeaban el cadáver, dicho grupo se ensanchaba, retrocedía y volvía a formarse sobre la marcha, igual que un banco de anchoas ante las mandíbulas de un tiburón. La sombra de Torrez los aterraba.

—Eres una personalidad de ámbito nacional, José —le dijo por lo bajo Capestan a su compañero.

—Me lo he currado mucho —bromeó el teniente con una voz que disimulaba mal el desánimo.

—No te preocupes. Por lo menos estaremos a nuestras anchas para observar.

Antes de llegar hasta el cadáver, Capestan se desvió para ir a saludar

a su homólogo de Lyon. Torrez se quedó clavado como la punta de un compás en el centro de su efímero desierto.

—Buenos días. Soy la comisaria Capestan, hemos...

—Sí, buenos días, ya nos habían avisado. Comisario Pharamond —dijo el hombre, un cincuentón de pelo gris y revuelto, pero de mirada despierta, pese a haber amanecido muy de repente y con luces giratorias.

Se dieron un cordial apretón de manos. Pharamond señaló el cuerpo que yacía en una plaza de aparcamiento vacía.

—Según las primeras comprobaciones, estrangulamiento. En mi opinión, ha ocurrido esta mañana temprano, porque aquí hasta que cierran los clubes del muelle es imposible aparcar.

Capestan sonrió.

—Eso es lo que se llama conocer el terreno.

Pharamond asintió con guasa.

—Le hemos encontrado la cartera encima y con dinero. Alexis Velowski. Vivía en el edificio que está algo más arriba. Los vecinos nos indicaron el piso. No llevaba llaves. Llamamos a un cerrajero y entonces fue cuando encontramos el periódico que anunciaba su muerte.

Capestan movió la cabeza.

—¿No llevaba llaves?

—No, nada de llaves, y la puerta tampoco estaba cerrada con llave. Había un llavero dentro... O se lo dejó al irse o tenía un duplicado y el asesino se lo llevó.

—Si había leído el periódico, seguramente tenía prisa y estaba distraído.

—Sí. Bueno, ya verá que se acordó de coger unos tofes —zanjó Pharamond con socarronería.

Picada por la curiosidad, Capestan pasó junto a Torrez para animarlo a que la acompañase y se encaminaron los dos hacia el cadáver, que el resto de la policía dejó abandonado en el acto igual que un trilerero deja tirada su caja de cartón a la primera alerta.

El hombre tumbado en el suelo debía de rondar los sesenta años; era de silueta esbelta y no se le veía nada de particular. Los pantalones negros tenían buen corte, una prenda cara, seguramente, al igual que el jersey de cachemir y la parka. Del jersey asomaba lo que parecía ser una chaqueta de pijama. Un atuendo decidido deprisa y corriendo, desde luego.

El rostro congestionado se le había puesto azul, le sangraba el oído izquierdo y tenía los ojos salpicados de puntos rojos. Le habían llenado hasta arriba la boca, completamente abierta para respirar un aire que se había esfumado, con Quality Street. De aquel cuenco macabro, brotaban los papeles brillantes de color rosa, verde, azul, naranja, como una abigarrada explosión de alegría muy poco oportuna.

El espectáculo de la muerte brutal y de los hechos irreversibles

imponían, como siempre, un tiempo de silencio. Al cabo de un minuto largo, Torrez rebulló imperceptiblemente dentro de la cazadora.

—Los rosas no están muy allá, llevan dentro algo así como una crema blanca de azúcar..., me gustan más los de coco, pero nunca me acuerdo de qué color son.

—Azules. Los de coco son los azules —contestó Capestan mirando la extraña escenificación.

Parecía literalmente que el hombre había muerto asfixiado por los tofes. Si se trataba del mismo asesino que había matado a Rufus y a Melonne, había renunciado a la pistola y al silenciador. ¿Porque aborrecía muy especialmente a aquella víctima y quería matarla con sus propias manos o por el simple gusto de aquella presentación humillante?

A este hombre no le habían pegado. No había necesidad de hacerlo hablar. O no sabía nada que el asesino ignorase o lo había largado todo sin resistencia.

Se acercaba el comisario Pharamond e, instintivamente, Torrez se metió por una callejuela cercana. Capestan se quedó esperando a su homólogo.

—Si han terminado ustedes, van a levantar el cadáver. Nosotros estamos aún registrando el piso, haciendo fotos, interrogando a los vecinos y toda la movida habitual. Nos va a llevar todo el día, creo. Pero, si quieren, mañana les entrego las llaves y doy aviso por lo de los precintos. Así se hacen una idea personalmente.

—Ah, gracias, sí que resultaría muy práctico. En el interrogatorio a los vecinos seguramente se encontrarán también con mis hombres; tenemos que enseñar unas fotos.

Pharamond hizo una pausa; estaba pensando.

—Recuérdeme de qué brigada son ustedes.

—Una unidad del número 36 —dijo Capestan, echando balones fuera con todo el descaro.

—El número 36. El famoso número 36. Si no fueran unos números, se pronunciarían las mayúsculas, ¿verdad? ¡El Treinta y Seis!

Capestan notó que estaba al caer la copla sobre cómo eran los de París. Resultaba legítimo. Se había quedado muy corta al dar las gracias. Siempre encontraba reacias a la BRI y la Criminal, y ahora ella recibía esta colaboración absoluta de su colega con una naturalidad que frisaba el sentimiento de superioridad. Una vergüenza retrospectiva se adueñó de la comisaria, que corrigió el rumbo en el acto.

—Sí, siempre hay alguien dispuesto a interpretar el papel de leyenda —reconoció con una sonrisa—. Supongo que no lo han informado de los motivos de nuestra presencia.

—La verdad es que no. Por lo visto podría tener que ver con otro caso, pero «nada lo bastante concluyente para echarnos encima la carga de unos hechos que seguramente no tienen relación». No quieren distraernos de nuestras cositas, ya ve.

—Sí, ya veo.

Capestan podía elegir entre seguir por ese camino al tiempo que se disculpaba humildemente por ello o desmarcarse de la línea del partido y corresponder a la confianza que les otorgaba el comisario. La segunda opción le pareció al tiempo la más amistosa y la más inteligente: si les decía los nombres de las otras víctimas, los de Lyon cruzarían mucho antes los casos si por ventura, como creía Capestan, la hecatombe nacía de alguna historia antigua de la zona.

Pharamond, estoico, dejaba que pensase y parecía apostar por una inadmisión de la demanda. Ni le forzaba la mano ni negociaba. Capestan abrió el bolso y sacó un sobre en el que había metido juntas las fichas de los casos Rufus y Maire, con el añadido de las fotos que pensaban enseñar por el barrio. Se lo alargó al comisario, quien lo cogió levantando una ceja gratamente sorprendida.

—Muy oficiosamente y con toda la discreción posible, aquí tiene el resumen de dos casos que coinciden con la mentalidad de la información necrológica de *Le Progrès*. El comisario jubilado Serge Rufus, en París, y un fabricante de muebles que se hacía llamar Jacques Maire, pero que en realidad se llamaba Jacques Melonne, en L'Isle-sur-la-Sorgue.

—¿También anunciaron sus asesinatos en el periódico?

—No, en la placa de una calle y en el monumento a los caídos. El asesino es un sádico, le gusta meter miedo y prepara sus crímenes con antelación y mucha minuciosidad. Pero no es un maníaco, no se atiene a una línea sin salirse de ella; esencialmente, se lo pasa bien. Nos decantamos más por una venganza madurada durante muchísimo tiempo. Le dio una buena paliza a Rufus, pero no pegó tanto a Melonne y, en principio, a este no le pegó en absoluto.

—Cantaron antes que un policía.

—Sí, eso es lo que pensamos nosotros también por aquello del corporativismo —reconoció Capestan—. Pero a lo mejor nos ciega el orgullo.

—A lo mejor. Gracias, comisaria, por estas informaciones. Creo que perderemos menos tiempo. Supongo que si me topo con estos nombres en algún documento no se negará usted a leerlo.

—No me atrevía a pedírselo, pero ya que es tan amable...

El comisario asintió con la cabeza. Volvió a tenderle la mano y Capestan se la estrechó. Luego los técnicos volvieron a adueñarse del escenario y de aquella peculiar víctima. Torrez salió de la callejuela y los dos policías dejaron la plaza por el lado que daba a los muelles del Saône.

Muelle de Bondy. Otro temporal de nostalgia dejó a Capestan clavada en la acera. Los edificios, de fachadas descoloridas, corrían a lo largo del río. La gama entera de ocres florentinos había acudido para iluminar la arquitectura de Lyon. A la izquierda, la colina de La Croix-Rousse se encaramaba y el poderoso río abrazaba su base. A la derecha, en la orilla opuesta, la colina de Fourvière se asentaba en el barrio Renaissance y se

elevaba hasta su basílica, tan cerca del cielo, el punto culminante de la ciudad.

En este muelle delicioso y deteriorado había pasado Capestan sus años más felices de adulta joven. Estudiaba entonces en la Academia Nacional de Policía de Saint-Cyr-au-Mont-d'Or y vivía en un edificio antiguo típico de aquel barrio: paredes gruesas, puertas torcidas, sin ascensor, tramos de peldaños que diez siglos de ocupantes habían desgastado, persianas recias de tablillas anchas de madera que había que decidirse a bajar o a subir de una vez por todas y unas vistas al Saône como para no apartarse de la ventana.

Anne Capestan podía quedarse horas allí a pie firme sin conseguir reponerse de la hermosura de una ciudad como aquella. El 8 de diciembre sobre todo, cuando miles de luminarias de llamas danzarinas cuajaban los alféizares de la ciudad. Las familias salían entonces para visitar su propia ciudad. Los niños, a quienes ponía muy nerviosos aquella anomalía nocturna, llevaban siempre una delantera de dos o tres metros, en la frontera de lo permitido, metiéndose por medio de las colas que esperaban pacientemente ante los camiones de humeantes salchichas de cordero. Y, por todos lados, en las fachadas, aquella luz de otro siglo. Mucho antes de haber ido a más y convertirse en un acontecimiento turístico de envergadura, las iluminaciones eran la esplendorosa señal de la llegada del invierno.

Fue entonces, en una de esas indescriptibles noches que pasaba Capestan con la nariz pegada a los cristales, cuando tuvo una revelación. Allá abajo, en la acera, vio a Paul marcharse con el cubo de pintura, cariacontecido, y supo que solo existiría él, para toda la vida.

18.

*Lyon, marzo de 1992*

Sentado en un sofá de Ikea blando y deformado, Paul miraba el gollete de la botella de cerveza preguntándose qué lo había movido a comportarse así. En el sillón de director de cine que tenía delante, su compañero de Los Tejones, Denis, le estaba confirmando que, efectivamente, en el presente caso se había portado como un tejón, como un auténtico tejón, y que, aunque llevase tres días desconsolado, lo que le había pasado lo tenía bien merecido.

Paul era un vacilón puro y duro, un vacilón de verdad, un gilipollas. Incluso aunque no se tomase en serio, le encantaba aquella adrenalina, aquella sensación de fama y de poder que se adueñaba de todos los músculos, que soltaba los miembros y lo convertía a uno en el dueño de todo en todas partes. Siempre había sido el líder del grupo, el macho alfa simpático, el mascarón de proa de un mundo que tenía sus pies. Aunque de momento solo tenían éxito a nivel local, se les quedaba pequeño y las sirenas parisinas que cantaban en su estela inflamaban a Paul como si fuera de estopa. Factory's, Marquise..., era uno de esos habituales vips de los clubes que se mueven en ellos como en terreno conquistado, sacando a pasear la megalomanía y saludando a diestro y siniestro con la cabeza y con la mano, como si repartieran limosna entre la muchedumbre deslumbrada. Era guapo y sonreía y su condescendencia resultaba acogedora.

Nunca había ejercido de donjuán ni coleccionado conquistas sucesivas. Su corazón tierno lo predisponía más bien a los amores apasionados y exclusivos aunque efímeros. Pero tenía que darse pisto, no podía remediarlo.

Y eso que estaba loco por aquella chica y solo tenía ojos para ella. Su presencia eclipsaba a cualquier otro ser humano que pudiera haber alrededor y lo convertía en un simple intruso. Pero Paul, a quien galvanizaba el éxito, tenía esa necesidad de espolear continuamente su ego, de ahuecar la pechuga hasta la última pluma y de ponerse en plan «¿te das cuenta de la suerte que tienes y cuántas sueñan con estar en tu lugar? Y es a ti a quien le hago este honor. Disfrútalo».

Tenía miedo de que ella solita no se diera cuenta. Menudo imbécil. La chica, por su parte, parecía opinar que no solo era el hombre que ella se merecía, sino que también él salía ganando. ¡Dios, lo tenía impresionadísimo! Pero la molestó tanta suficiencia. Sonrió levemente,

sacudió un poco la cabeza y se fue a dormir a su casa, dejándolo con su club y con sus fanfarronadas.

Y él había seguido en el mismo plan, como un zopenco. Se pasó bebiendo, tenía veintitrés años y, con los brazos en alto, sonrisa de vencedor y rodeado de amigotes, se jactó: «¡Me tiro a una futura comisaria, colegas! ¡A una comisaria! ¡Y encima está buena! ¿A que sí? ¡Menuda bomba es la tía!». Estaba encantado de haberse conocido. Aquella noche arrasó. Sobre todo entre los hombres, todo hay que decirlo. Entrechocó con ellos las palmas y la copa, y al día siguiente ya no se tiraba a nadie. Sus bramidos habían llegado a oídos de Anne. Esa chica siempre tenía el orgullo a la que salta, mucho ojo con picarle la dignidad.

Paul llevaba tres días llamándola y disculpándose, había recurrido a todos los tonos, a todos los registros de actor, con la mayor sinceridad. Ella contestaba: «Sí, sí, me hago cargo», y colgaba. Ya no había solución. Salvo mirar el gollete de la botella desesperanzado y con un nudo de añoranza en el estómago, en compañía de un amigo que estaba perdiendo la paciencia. El gran amor de su vida se lo había cargado él solito, sin ayuda de nadie. Se había apuntado al pie y había vaciado el cargador. Había echado a perder su existencia, la de verdad, la larga, la que dura toda la vida.

—Bueno, Bébert, no puedes seguir así.

Los otros dos Tejones lo llamaban Bébert. Por Robert Redford. Una forma de destacar el parecido, pero de rebajar la vanidad. Poco eficaz, en principio.

—¿Estamos con que no puedes seguir así? O pasas definitivamente o haces lo imposible, pero no es cosa de que dejes de comer y salir ni te pases las horas muertas con una cerveza caldorra. ¿Qué quieres hacer? Me refiero a hacer en serio.

Paul dejó de mirar el gollete y se puso a pensar, a escucharse. ¿Qué le dictaba su instinto? ¿Le quedaba aún alguna oportunidad? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para recuperar a Anne? No se le ocurría nada inteligente, ni espectacular, ni creativo. Lo único que le apetecía era coger la lata grande de pintura que andaba rodando por el pasillo de su casa y pintarrapear «te quiero» en letras grandes delante del edificio donde vivía ella. Eso era lo que quería hacer. Tenía el corazón de un adolescente y le apetecían cosas de adolescente.

—En otra vida, iría a pintar debajo de su ventana. Pero ya no tengo edad.

Su amigo Denis se levantó trabajosamente del sillón de director de cine, sacudió las piernas para estirar los vaqueros por encima de las botas de motero, chafó el pitillo en el cenicero abarrotado de la mesa baja y dijo:

—Pues mira, eso es lo que vas a hacer; ven.

Y, sin volverse siquiera a mirar a Paul, se puso la *bomber* Schott, comprobó que llevaba las llaves del coche y agarró el asa de acero de la

lata de pintura. Paul se puso de pie de un salto y cogió la brocha. Vamos allá.

El Volkswagen estaba llegando al muelle de Bondy, al pie del edificio de Anne.

—Aparca en doble fila —propuso Paul—, enseguida termino.

Con el razonamiento un tanto entumecido por la Carlsberg sin gas y el corazón a mil por minuto, bajó del coche con la lata de tres kilos de pintura acrílica blanca tirándole del brazo. Era algo desesperado y ridículo, pero ya no le quedaban más ideas.

—Vigila, Denis. Si me pilla la poli, mi padre me mata.

Denis asintió, salió del coche y se quedó de pie a su lado, escrutando las inmediaciones con mirada atenta. A las cuatro de la mañana incluso aquella zona estaba tranquila. Paul peleó unos minutos con las llaves para abrir la lata. No se le había ocurrido coger un destornillador. La tapa cedió por fin. La brocha se hundió en el cubo y salió con una orla de un blanco reluciente.

Paul le echó una ojeada al edificio. El piso estaba en el tercero, no había luz. Por supuesto, en plena noche Anne estaba durmiendo. Le dio la espalda a aquella ventana apagada. Se sentía como un estúpido. Pero con prisa, febril. A lo mejor Anne se conmovía. Se guardaba tanto rencor a sí mismo; quería remediar una puerilidad con otra, el principio de los antidotos. Estaba sufriendo y sentía en las entrañas que tenía que hacer algo.

Empezó a escribir en la acera, con letras altas y estrechas. El asfalto estaba sucio y cubierto de polvo, la pintura acrílica no se adhería y la brocha volvía cubierta de porquería que manchaba la pintura del bote.

A Paul le chorreaba el sudor por los ojos y se secó la frente con la manga. Tenía calor. No había manera. Así que probó otra vez. Le ponía a la brocha tanta pintura que era casi como si la vertiera. Y, de hecho, las letras empezaban a verse. Había escrito el nombre, y luego, había llegado a la R cuando empezaron a caer gotas de lluvia. Y a desleírse la pintura.

Acrílica. Soluble en agua.

No iba a aguantar. El chaparrón empezó a caer de repente, convirtiendo el mensaje en una acuarela. Paul intentaba arreglarlo, corregirlo, rellenar lo que se iba borrando, repescar las letras, pero la lluvia golpeaba despiadadamente la acera, rebotaba y mezclaba lo blanco con los regueros de agua sucia. Paul lo intentó y lo siguió intentando, a lo tonto, con cabezonería, pero sabía que estaba derrotado. Ante él se extendía un gran charco de pintura blanca disuelta que huía, fluyendo entre la acera y la calzada, por donde corría vivaz como un arroyo. No sabían las alcantarillas toda la esperanza que se iba por ellas. De rodillas en la acera, apretando la brocha en el puño, Paul oyó que lo llamaba su amigo. Llegaba un coche; era tiempo de izar las velas. Se puso de pie,

cogió el cubo y volvió al Volkswagen, encorvado y con el pelo chorreando. Ni relámpagos ni diluvios: Paul se marchaba vencido por un triste chaparrón.

Se desplomó en silencio en el asiento del copiloto. Su amigo tampoco había dicho nada; metió la llave debajo del volante y arrancó. Estaba metiendo la primera cuando un coche se paró a su altura, por la derecha. El cristal de la ventanilla bajó y Paul reconoció a su padre. Bajó el cristal él también; aquella noche no estaba para bromas. Su padre no lo estaba nunca; a lo mejor, por una vez, se comprendían mutuamente.

—¿Va todo bien? —preguntó Rufus con tono desconfiado—. ¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¿Habéis estado de discoteca también hoy?

Nadie podría haber torcido el gesto con mayor desprecio. Rufus movió la cabeza, con despecho al parecer, y cuando se echó hacia atrás en el asiento para arrancar, con cara hosca, Paul divisó a un hombre en el asiento del copiloto que se estaba metiendo en la boca un tofe con expresión preocupada.

## 19.

En aquella ciudad y con aquella investigación, la imagen de Paul no se desprendía ya de Capestan. A la comisaria le había costado tanto arrancársela de las retinas durante varios meses que aquel regreso en tecnicolor le dejaba exhausta la resistencia. No conseguía quitarse de encima la ancha sonrisa, la mirada leonada, todo aquel oro..., y producir tantos esfuerzos para volver a bajar el velo le mermaba la capacidad de pensar deprisa.

Más que en cualquier otra investigación, fuere cual fuere, contaba con su equipo para sacar deducciones en su lugar, de la misma forma que más que en cualquier otra investigación, fuere cual fuere, el equipo contaba con ella para proporcionarle un enfoque original. Con el corazón y la cabeza entre dos bloques de hormigón, Capestan estaba perdiendo todos sus reflejos más elementales. Tenía demasiado que hacer para seguir aislándose de lo que le dolía. El caudal de casos traumatizantes de la Brigada de menores, la que la perdió a ella y luego echó a perder su Matrimonio, aprovechaba que las compuertas estaban abiertas para volver a obsesionarla.

De joven, su mentalidad alegre y despreocupada la había conducido hacia un hombre guapo y divertido. Juntos, chapoteaban en la superficie de un mar resplandeciente bajo un deslumbrante sol de agosto. Pero su cargo en el muelle de Gesvres había subido desde las profundidades tenebrosas para agarrarla por los tobillos y tirar y seguir tirando. Le había tocado muchas veces tragar agua y bracear. En silencio.

Él se había ido, ella había dejado la Brigada de Menores. Desde entonces iba siguiendo una línea recta por el dique: su brigada. Huía de los finales desagradables y de las malas noticias. Costaba demasiado conservar la salud mental para irse por la tangente. Pero el regreso de Paul removía aguas que iban en dirección contraria y acabarían por escupirla por fin en tierra firme o anegar el dique. Capestan no lo sabía aún.

El resto de la tropa había conseguido reunirse con ellos por la tarde. Lebreton, Rosière, Lewitz, Dax, Merlot, Évrard, Orsini y Saint-Lô estaban esperando, arracimados, delante del edificio de Velowski. El frío seco y penetrante los había pillado por sorpresa. Menos Lebreton y Orsini, todos pateaban la acera para entrar en calor. Rosière se había puesto a Pilú de sobrecuello. Los policías hablaban y una aureola de vaho se

mezclaba con el humo de los cigarrillos para arropar a aquella brigada que venía en comisión.

Capestan se unió al grupo. Torrez se quedó unos cuantos metros más atrás. Tras los saludos y el resumen de lo sucedido por la mañana, se repartieron los cometidos. Merlot, Évrard, Dax y Saint-Lô cuadrricularían los alrededores y enseñarían el retrato robot y las fotos de Rufus y Melonne. Saint-Lô estaba encantado con eso de recorrer el barrio Renaissance que había conocido en los tiempos en que «distaba un mes de caballo de la capital». Los demás miembros del grupo se encargarían de los vecinos del edificio tras haber estudiado el piso. Se separaron.

Llegados al descansillo, Capestan alzó la cinta amarilla para invitar a los policías a que entrasen.

—¡No se toca nada! Observamos, tomamos nota, nos marchamos y se lo devolvemos tal cual a los colegas de Lyon.

Recorrieron religiosamente el piso, que era bastante grande. Parquets antiguos de roble encerado, paredes blancas encaladas, techos a la francesa: estaban en el casco antiguo de Lyon, pero la restauración tenía mucha calidad. Los muebles, elegantes, parecían salidos de los mejores anticuarios. Ni un libro, ni una revista, solo un montón de diarios. Capestan se acercó a una hilera de fotos colgadas de la pared. Una foto de boda en blanco y negro que debía de datar de la década de 1930; los padres de la víctima, seguramente. Un grupo de estudiantes en un banco de piedra delante de los edificios de la Universidad Lyon III. Unas cuantas fotos más de amigos y la de una mujer. Todas eran de las décadas de 1980 y 1990, y Alexis no aparecía en ninguna. Capestan se dio la vuelta y recorrió rápidamente la habitación con la mirada. No había espejos. Velowski no soportaba verse. Y no tenía trato con nadie desde hacía veinte años. La misma escisión que Melonne.

En el espacioso salón, un mullido sofá de esquina de terciopelo beige estaba colocado enfrente de una pantalla plana casi de cine. La víctima tenía dinero, mucho; pero no se lo había gastado en una villa de relumbrón. Al contrario, echó la cuenta Capestan, aquí todos los gastos había sido posible hacerlos discretamente, con cantidades razonables o que se pudieran pagar en efectivo. Incluso el piso era de un tamaño tan considerable porque lo habían unido con el de al lado. La comisaria volvió a acordarse del despilfarrador Jacques Maire y de sus ingresos opacos. La cuestión del dinero era clave.

El único que aparentemente no tenía ninguna fortuna, oculta o no, era Rufus; y el único al que habían breado era Rufus. Puede que no pretendieran hacerlo hablar, sino únicamente castigarlo, y su lugar en el asunto aquel fuera diferente del de las otras dos víctimas. ¿Qué asunto era ese?

Un poli esquinado, un desprendido paternalista, un atormentado exquisito.

¿Dónde se habían conocido aquellas personas tan diferentes?

¿Quién los estaba eliminando?

¿Cuántos eran? ¿Iba a haber más víctimas o este era el último de la lista?

No estaban ante la lógica de un asesino en serie. Había un *numerus clausus*, la comisaria estaba convencida. Pero igual el número en cuestión era el siete mil y el asesino quería vengarse de toda la guía telefónica.

—¡Joder! —silbó Rosière.

Acababa de abrir las dos hojas de la puerta del armario empotrado del salón donde, ocupando toda una balda, se apilaban cajas de Quality Street.

—Puestos a drogarse, al tío este podría haberle dado directamente por la heroína, que no ocupa tanto sitio. ¡Mirad esto!

Rosière cogió una caja al azar y la sacudió. Sonó un ruido débil contra el costado de hojalata. Rosière levantó la tapa y se echó a reír.

—¡Anda! ¡No le gustaban los rojos al buen señor! Pero, fíjate, tampoco quería tirarlos. Me parece que llenó esta caja con los restos de las demás.

Abrió un par de cajas más, escogiéndolas entre las que ya no tenían la tapa precintada.

—¡Bingo! Señores, parece que no, pero zampárselos a este ritmo no solo es cuestión de dentadura, sino también de presupuesto. ¡Qué despropósito, engullir así, en cadena!

—En lo del presupuesto, el hombre no andaba mal de recursos en principio —dijo Orsini con tono de amargura no disimulada—. Pero en lo que a buen gusto se refiere, brillaba por su ausencia. Con Voisin y Bernançon tan a mano, podía comprar otro chocolate que no fuera esta porquería industrial. O será que el hombre padecía de resurgencias de la infancia y se obsequiaba con todos los tofes que le habían negado. Como un revanchismo cutre.

—¡Oye, que los Quality Street están muy bien! —se rebeló Rosière—. Es lo que me regala mi hijo todos los años por el día de la Madre.

Orsini se encogió de hombros, indiferente. Estaba abriendo los cajones y registrando el secreter, buscando documentos y pistas, y no le hacía ya ni caso a su compañera, que iba despendolada. Se quedó quieto y se dio la vuelta despacio para recorrer la habitación con la mirada. No había salientes ni asperezas, todo estaba limpio y vacío, nada traslucía el alma del dueño y la policía se estrellaba. Hasta los documentos administrativos era como si les hubiera pasado la aspiradora; la víctima debía de usar una caja fuerte digital. Según Capestan, el equipo de Lyon se había llevado declaraciones de la renta y unas cuantas nóminas antiguas, pero poco material en realidad. También habían arramblado con el ordenador y la tableta para analizarlos. La impresora los esperaba,

sola, con los cables colgando. Orsini puso una cara aún más disgustada. Ninguna de las víctimas tenía un asidero. No iban a saber nada. No se iban a enterar de nada.

Les quedaba el culpable; él daría explicaciones. Si lo encontraban.

—¿Tu hijo te regala Quality Street el día de la Madre? —preguntó Lewitz.

—Sí, y flores. Y nunca se le olvida —dijo ella, desafiante—. Vale más que un perfume cada diez años, ¿no? Y puedo asegurarte que, cuando me lo trae, me doy más prisa en abrir los tofes que en poner las flores en agua.

Lebreton, con una mano en el bolsillo de los vaqueros y dándose masaje en la nuca con la otra, estaba a pie firme delante de la balda, atento a los recuerdos según se le iba refrescando la memoria.

L'Isle-sur-la-Sorgue, el entierro. El hombre de la iglesia que vigilaba a los presentes y había desaparecido en cuanto se le cruzó la mirada con la de Lebreton.

El comandante se acercó a Capestan, que estaba examinando el cuadro que había encima de una consola mientras se recogía el pelo.

—¿Tienes una foto de la víctima?

—Sí, las del cadáver y la copia de los documentos de identidad —dijo ella, sacándolas del enorme bolso.

Lebreton las revisó deprisa antes de devolvérselas.

—La víctima conocía a Melonne; fue al entierro.

Bingo, pensó Capestan. Los cabos se iban atando, sin que nadie supiera aún de qué cáñamo estaban hechos.

—¿Conocía a la familia o a algún amigo?

—No; creo que estaba observando, como nosotros. No se mezcló con ningún grupo.

—Vale —dijo la comisaria—. No creo que vayamos a encontrar nada en este piso, pero si hay algo que nos recuerde a Provenza... Voy a ver el dormitorio y el cuarto de baño.

Lebreton asintió y se fue a la cocina.

Capestan abrió el armario de encima del lavabo, el único espejo del piso. No había en él ni bolsa de aseo, ni máquina de afeitar, ni cepillo para el pelo. En la encimera del lavabo había un vaso con un tubo de pasta de dientes y un cepillo. Capestan se acordaba del cadáver; el hombre iba afeitado y peinado. Así que había preparado una bolsa; se le había olvidado meter el cepillo de dientes, pero se había llevado una bolsa. A la fuerza.

De los cajones de la cómoda, igual que de las baldas del armario, no parecía faltar nada; había pilas de calcetines, camisas, camisetitas y jerséis bien alineados. Se había llevado una bolsa, pero con muy poca cosa. Y no la habían encontrado.

La bandeja del desayuno y *Le Progrès* andaban todavía rodando por encima de la cama deshecha. En esa vivienda impecablemente ordenada, aquella precipitación parecía gritar cuánto miedo la había originado.

Con los brazos cruzados por encima de la pelliza, que aún no se había desabrochado, de pie en medio del pasillo, Torrez contemplaba un cuadro con expresión de reprocharle algo. Una pintura abstracta. Capestan comunicó sus reflexiones al teniente. Este asintió con la cabeza a lo que le decía la comisaria y luego apuntó con la barbilla al cuadro antes de encaminarse al vestíbulo.

—Hay que mirar en la entrada; como cerró de un portazo, a lo mejor se dejó la bolsa y se le quedó dentro. Si no, se la habrá llevado el asesino.

—Sí, es incluso lo más probable, no veo por qué le doy tantas vueltas. Pero ¡reconoce que es increíble que no encontremos nada personal en este piso! Cinco fotos, unos tofes y mandos a distancia. ¡Menuda vida!

—¿Hemos registrado las cajas a ver si había algo?

—Sí, ya se le ocurrió a Rosière y lo hizo Lewitz. Nada.

Torrez clavó los ojos en el reloj de pulsera y, con un gesto que le era habitual, lo aplastó con la primera falange del dedo índice.

—Las seis. Hace hambre —dijo, abriendo la puerta—. Hasta mañana.

Bien. Costaría menos reservar mesa en un restaurante para nueve que para diez. Si es que admitían perros. Y ratas.

Apiñados, los miembros de la brigada ocupaban una mesa larga junto a una ventana que tapaba en parte un visillito de cuadros rojos y blancos. De chiripa, gracias a que un grupo de viajantes de comercio había anulado su reserva, habían conseguido mesa en uno de los bodegones más conocidos de Lyon. Lo de más conocidos quería decir que la dueña te dirigía la palabra como si tuvieras que estarle muy agradecido y no darle demasiado la lata. Era un local diminuto, acogedor, lleno de estantes torcidos que cargaban a trancas y barrancas con baterías de cocina de cobre, trofeos de petanca y cuadritos con citas de lo más filosófico sobre fiar al cliente, los taberneros y los beneficios del vino. El restaurante daba sin transición a la cocina, y se podía disfrutar en vivo y en directo del *office* y del chocar de las cazuelas que sacudían sin miramientos sobre los fogones, lo que le añadía mayor encanto aún a un ambiente ya muy sonoro de por sí.

Capestan se había metido en el papel de nativa de pura cepa y había avisado de que allí todo era muy genuino, muy de Lyon, y que había que tener aguante y moderación. Si alguien no se sentía a la altura, más valía marcharse ya mismo. Merlot soltó un relincho para confirmar que lo estaban y, para abrir boca, pidió tres jarras de Côtes-du-Rhône. Luego, comentó la carta.

—¡Ah, amigos míos, las aves de corral de Bresse! Aquí tenemos pollo de verdad, bien metidito en carnes, igual que en casa —dijo mirando de

reajo a Rosière, cuyas pupilas verdes no parecieron agradecer el piropo —. Y ¿aquí qué pone? —preguntó enseñándole una línea a Évrard, que estaba a su lado.

—*Magret* de pato.

—¡Ah! Estaba leyendo *magret* de palo..., y quien dice palo, dice madero...

Tras una pausa, Merlot se echó a reír y se inclinó hacia su amiga.

—Resultaría muy pesado.

El capitán se sentía aquí en tierra amiga, la clase de sitio que le permitía dar rienda suelta a sus talentos. Iba a poder meter los codos en el plato de los demás y mancharse la camisa con total impunidad; se encontraba a gusto, como tantas otras veces.

Era el único que había conseguido algo parecido a una respuesta relacionada con el retrato robot. En la calle de Saint-Paul, el panadero le había vendido tres cruasanes a un hombre que se le parecía, pero llevaba el pelo más corto. En vez de usar más postizos a medida que cometía los crímenes, el hombre se desprendía de ellos. Se había dejado crecer el pelo, haciendo gala de una gran capacidad de previsión.

La dueña, con el delantal del día anterior, se materializó en un extremo de la mesa. Una sesentona impaciente con el pelo corto de color platino; llevaba un lapicerito que ya había apoyado en la libreta y apuntó con la barbilla a los comensales para que empezasen a pedir *ipso facto*. Luego, al ver a Merlot mirándola de arriba abajo con las cejas enarcadas de un coronel contrariado, se dio cuenta de que se le había olvidado la tercera jarra.

—Disculpe —contemporizó, dando un paso atrás para coger una de la barra.

Luego fueron sucediéndose en la mesa los cuencos con entrantes y los policías se pasaron mutuamente lentejas con vinagre, manitas de cerdo, salchichón *rosette* y pepinillos. Cuando llegaron los platos a continuación —croquetas, bollos *preñaos* de salchichón, salchichas *andouillettes*—, ya nadie tenía hambre, pero todo el mundo hizo un esfuerzo y Merlot pidió otras dos jarras.

No había más que un farol en aquella calle estrecha del centro de Lyon y la noche estaba muy oscura detrás de los cristales empañados. En la acera, Lebreton y Rosière fumaban un cigarrillo esperando a que empezase el desfile de los flanes y las peras al vino. Capestan contemplaba al resto de su brigada, cuyas sillas crujían bajo el peso de los cuerpos repletos de embutidazo. Los más briosos todavía alzaban la voz, mientras que Évrard y Lewitz, con la mirada perdida de las digestiones en curso, disfrutaban sin más de la jovialidad del momento. En el teléfono de Capestan apareció un SMS. Era de Torrez: «He encontrado una mochila».

Capestan se reunió con Torrez delante del edificio, donde la esperaba pacientemente bajo la aureola neblinosa de un farol. Tecleó el código del

portal mientras le explicaba los orígenes de su idea luminosa.

—Mi hijo, cuando fumaba a escondidas, para estar seguro de que nadie le encontrase los cigarrillos, ni nosotros ni sus hermanos, los metía en el armario del contador de la luz del edificio. Sí, sí, sí, como un vulgar camello. Así que me dije: imagínate al individuo este, que ha visto su nombre en las necrológicas del periódico y quiere salir por pies llevándose algo importante; pero igual el asesino lo está esperando en la calle. Aparca la mochila antes de salir a echar una ojeada. Luego volverá a buscarla. A menos que lo maten. Así que he venido a comprobarlo aquí —dijo, apretando el automático de la luz y subiendo el primer tramo de escaleras. Capestan lo siguió.

Torrez abrió el armario y señaló la mochila de tela negra que había al fondo.

—Tachánnn...

Capestan agachó la cabeza para sacar la mochila de debajo del contador. Efectivamente, había algo de ropa, una bolsa de aseo con poca cosa y un manuscrito enorme. Velowski no se había llevado el ordenador; solo el manuscrito.

—Esto sí que es todo un hallazgo, José —dijo la comisaria sopesando el voluminoso descubrimiento—. Y me pregunto qué nos va a revelar.

Capestan se despertó sobresaltada de una pesadilla llena de niños ojeros. Se incorporó y cogió aire despacio para que se le tranquilizase el corazón, que palpitaba como si se le fuera a salir del cuerpo. Se cantó muy alto mentalmente la primera canción de Joe Dassin que se le vino a la cabeza para alejar las imágenes. Luego recorrió con la mirada las paredes blancas, las cortinas beige, la decoración impersonal. Capestan dejó que se adueñase de ella la peculiar soledad de las habitaciones de hotel y entonces pensó en sus propios hijos, en esos que no tenía.

De joven, como todas sus congéneres, había bromeado al hablar de los chiquillos de los demás, escandalosos e insoportables cuando estaban de vacaciones... Luego, poco a poco, el repertorio fue evolucionando y se agostó. Ahora, la sorda intranquilidad había dejado paso a la angustia. Capestan no oía ningún reloj, pero todos los años la bofetada de papel de la efemérides le recordaba que a lo mejor ya se le había pasado la oportunidad.

Tras ducharse y vestirse, la comisaria se sentó al filo de la cama y encendió la televisión. Anduvo zapeando hasta dar con *Friends*, una temporada que se sabía de memoria pero que seguro que cumplía con su cometido. Miró con mucho empeño, sin pensar en nada más, hasta que se fueran las brumas grises y dejaran unas neuronas limpias. En el tercer episodio, ya estaba lista para bajar a reunirse con Torrez en el bufet del hotel.

El teniente estaba sentado ya a una mesa, muy ocupado vaciando el

plato de cruasanes y fiambres que tenía delante. Procedía con calma y metódicamente. Como tenía la boca llena, tuvo que levantar el cuchillo de la mantequilla para decirle hola a su compañera, que le preguntó:

—¿Has dormido bien?

El teniente intentó tragarse lo que tenía en la boca para contestar, pero le pareció un plan excesivamente ambicioso para cumplirlo en los plazos requeridos y se limitó a un «hmm hmm» de asentimiento, tras el que vino un «¿hmm?» que devolvía la pregunta.

—Yo también, gracias, muy bien. Voy a pillarme un café y lo necesario para arrancar la mañana. ¿Te traigo algo?

Capestan soltó el plato con el pan, la mantequilla, la mermelada y la fruta cortada, así como la taza de café, antes de acomodarse y desdoblar la servilleta.

—En casa no desayuno nunca, pero en cuanto le pongo la vista encima al bufet de un hotel me voy hacia él como loca.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Sabes que me alegro de haber venido? —manifestó Torrez—. Los críos se han pasado la noche turnándose para jugar con un virus de gastroenteritis; no sé ni cómo ha conseguido mi mujer coger el teléfono esta mañana cuando la he llamado.

Se notaba que la compadecía, desde luego, pero también se notaba con mayor claridad aún que se alegraba de haberse librado de la movida. Torrez quiso mitigar aquella impresión.

—Bueno, bromeo porque ya se les ha pasado, ¿vale? La gastroenteritis puede dar muchísimo miedo. Cuando mi chico mayor acabó en el hospital la primera vez, puedes estar segura de que no estaba para risas. La cosa duró cuatro días, pero me cambió la vida —dijo, mientras masticaba pensativo—. De repente, tiembla la tierra y te das cuenta de que el suelo en el que vives no es firme. Toda tu existencia, todo lo que has tardado años en construir, ya solo depende de la salud de una única persona. Da vértigo. A partir de entonces te pasas la vida temblando. En realidad, hasta que no tienes hijos no sabes lo que es tener miedo.

—Sabes lo que es el miedo a no tenerlos —contestó Capestan dirigiéndose al plato.

Torrez tardó una fracción de segundo en reaccionar; luego, bajó la vista.

—Sí, sí, claro.

Cortó el jamón y soltó los cubiertos.

—No. En realidad, no. En ese caso la desesperación puede ser real, pero el miedo es abstracto. El terror verdadero es el de perder algo.

Capestan contempló la mirada dulce del teniente entre toda la pelambarrera de la barba y el pelo. Para una vez que daba salida a una pizca de debilidad, la llamaban al orden. ¿Había sucumbido a la autocompasión? Probablemente. Le habría gustado echar balones fuera y contestar que en este mundo no había forma de quejarse sin que se

metieran con una, pero estaba viendo cómo Torrez rebullía, apurado por su falta de tacto. Ahora, no sabía qué decir. Dio vueltas con el tenedor y el cuchillo con esas manazas suyas e, inmediatamente antes de emprenderla de nuevo con la loncha de jamón, le espetó a Capestan:

—Mis hijos no son míos, ¿sabes? Yo no puedo; son niños probeta. Pero eso no les impide ser míos.

—No lo dudaría ni por un momento —contestó ella con una sonrisa afectuosa.

En el comedor, con sus cortinas floreadas, retumbaban las conversaciones, los buenos días, el ruido de los cubiertos y de los platos. Cada vez que la camarera abría la puerta para reponer en el bufet zumos, yogures o termos de agua hirviendo, salía de la cocina el zumbido de los lavavasos y de las cafeteras percoladoras. El aroma a café y pan tostado predominaba. Torrez puso en fila las migas que había encima de la mesa. Como le sucedía muchas veces, pese a su aura de maldito y su pinta de lacónico, era de talante elocuente cuando hablaba con su compañera.

—Tú, ya lo sé. Pero no deja de haber algo pese a todo, ¿sabes? Es como lo del individuo de L'Isle-sur-la-Sorgue..., se pueden hacer todas las revoluciones habidas y por haber, que al final nada ha cambiado: eres de un sitio cuando has nacido allí y no eres padre si no pones la semillita. Aunque te largues tres meses antes de que nazca el niño. El terruño y la sangre. Son las únicas transmisiones que se admiten sin contrapartida. Lo demás, se consideran concesiones provisionales y tienes que aportar pruebas que a nadie más se le exigen.

Igual tenía razón Torrez, aunque igual no, pero Capestan volvió a sonreírle alargándole un cruasán que él aceptó con extremada satisfacción.

Por su parte, la comisaria solo creía en el mérito.

Una hora después, a pie firme debajo del reloj de la estación de La Part-Dieu, donde el equipo iba a coger el tren para volver a París, Capestan estaba esperando al comisario Pharamond. Lo vio aparecer, apretando el paso, en el otro extremo de la explanada. Un tanto jadeante, se detuvo ante ella y le alargó una abultada carpeta de canon amarillo.

—Tenga, le he hecho una copia de un caso interesante. Se encontrará usted en él al menos a dos de las víctimas, el comisario Rufus y Velowski. Yo creo que la tercera debe de andar también por ahí, pero no es seguro.

Capestan miró la carpeta. No podía quitarle las gomas en el acto, delante del comisario. Pero se moría de ganas de hacerlo. Así que dos hombres, y quizá tres, dormían en ese mismo expediente. Lyon, 1992. Al fin habían dado con la relación.

—Gracias, comisario. Tenga: cortesía por cortesía. Hemos encontrado una mochila. Aquí la tiene. Dentro hay un manuscrito del que he hecho una copia para mí, espero que me disculpe.

Pharamond miraba fijamente la mochila con ojos como platos.

—Pero ¿esto qué es? ¿De dónde lo han sacado?

—Del armario de los contadores de la luz, en el edificio de Velowski.

—¡Genial!

Abrió la cremallera, cogió el grueso paquete de hojas y le dio vueltas y más vueltas con las velludas manos.

—En fin, no nos precipitemos —dijo de pronto Pharamond—. Nunca se sabe muy bien quién va a hacerse cargo de cada caso; entra dentro de lo posible que nos quiten este...

—Sí, igual lo investigan sin nosotros, efectivamente, y vuelven a empezar con la Criminal o con la BRI. Ya veremos qué ocurre. Pero, de momento, gracias por su colaboración, ha sido valiosísima.

—También la suya, comisaria; encantado de haber podido trabajar con usted.

Capestan sonrió y le tendió la mano. Luego se fue de prisa a reunirse con sus compañeros, apiñados en el andén, y, sin haberles dirigido siquiera la palabra, soltó con un restallido la goma de arriba de la carpeta para leer por lo menos el nombre del caso.

«Lyon -4 de agosto de 1992 - Atraco al banco Minerva - Dos muertos y tres heridos.»

Pues sí, una cosa muy gorda. Ahora les iban a quitar la investigación. Precisamente cuando estaban consiguiendo respuestas.

Torrez llenó el hervidor, volvió a dejarlo en la base y apretó el botón. Mientras se calentaba, colocó cerca la mantequilla para que se reblandeciera, sacó seis tazones y los puso encima de la mesa de la cocina, donde había ya una caja de cereales, una botella de leche, la mermelada, cuchillos, cucharillas y servilletas en sus servilleteros con el nombre de cada uno de los miembros de la familia. Metió tres rebanadas de pan de molde en la tostadora y sacó del sobre la bolsita de té de su mujer para ponerla en el tazón. El agua estaba caliente. La echó en el acto; a su mujer le gustaba que al té le diera tiempo a enfriarse un poco antes de tomárselo.

Luego llenó un biberón con doscientos cuarenta centilitros de agua y contó ocho cucharadas de leche en polvo. Lo agitó y lo dejó en la trona. Sacó las tres rebanadas de pan de molde y las sustituyó por otras tres. A continuación cogió la caja de comida para conejos y se acercó a la jaula de Casillas. Otra vez estaba abierta. Torrez suspiró. O aquel conejo era realmente listísimo o sus hijos eran realmente desobedientes. Con voz de trueno, voceó para que lo oyesen todos los de la casa.

—¿Dónde está Casillas?

—En el Real Madrid —contestó su hijo mayor riéndose.

Torrez volvió a suspirar y vio a toda su tribu invadir la cocina, besuquearle la cara y dar tantarantanes a las sillas. Subió a la pequeña a la trona, le destapó el biberón y se quedó de pie, sirviendo a todo el mundo leche, tostadas y cacao. Él se tomaba el café después.

Primero, se aseguraba de que, tras zamparse el desayuno, los niños se lavasen los dientes como es debido. Mientras tanto su mujer acababa de arreglarse, luego le daba un beso y se llevaba al rebaño en su coche para irlo repartiendo por los colegios y guarderías de los alrededores.

Torrez, por su parte, recogía la cocina, los dormitorios y el baño, ventilaba, ordenaba y, finalmente, paladeaba el café en el silencio recuperado. E, inevitablemente, se acordaba siempre de aquella escena de la película *Una jornada particular* en la que Sofía Loren, con una bata muy fea y las medias caídas, recoge la ropa que su familia ha dejado tirada al irse. Solo que él, al contrario que Sofía, era completamente feliz.

Tras tomarse el café, Torrez abrió la tabla de planchar, acercó la cesta de la ropa, llenó la plancha de agua y la enchufó; luego hizo un precalentamiento de las muñecas. Colocó a mano derecha el cronómetro de ajedrez que había encontrado en una tienda especializada y esperó a que la plancha estuviera a la temperatura adecuada para arrancar. Con el

ding del timbre agarró una camisa. Tenía que conseguirlo.

20.

Acurrucada en el sofá de su mansión de la calle de Seine, Rosière miraba la cubierta transparente del manuscrito encontrado en Lyon. Le rascaba maquinalmente las orejas a Pilú, que entornaba los párpados y disfrutaba del momento echado junto a ella. Se recogió por unos segundos antes de hincarle el diente a lo que prometía ser un elemento decisivo en la Investigación de los Tres Fulanos.

Rosière, novelista curtida, había sido la elección lógica para estudiar ese estupendo indicio de seiscientos cincuenta páginas. Era incluso la baza secreta que se guardaba Capestan. La comisaria sabía que tenían poco tiempo para estudiar el caso Velowski, no iban a tardar en encargárselo a la Criminal y perderían toda la delantera que les llevaban. Con los medios de que disponían en el número 36, cuando el expediente del atraco al banco de Lyon llegara a punto de caramelo a sus programas de análisis de datos, largarían con viento fresco a los maderos de la calle de Les Innocents, más quemados que nunca.

Así que Capestan había considerado que si nadie reclamaba ese manuscrito, no había razón alguna para entregarlo. Y si nadie decía que existía ese manuscrito, nadie lo reclamaría. La brigada de Lyon, cuando la relevasen, no aportaría todos los datos sabiendo que Capestan ya los tenía; supondrían seguramente que dentro de una misma jurisdicción la comunicación entre las unidades sería fluida.

Rosière cogió aire y pasó la hoja de la portadilla. La encuadernación termoadhesiva, procedente del Copytop de la esquina, ofrecía cierta resistencia. ¿Qué había necesitado contar Alexis Velowski en semejante ladrillo? ¿Estarían allí las otras víctimas? ¿Tenía talento?

Rosière iba por la página ciento dos cuando las primeras notas de la *Primavera* de Vivaldi sonaron en el piso. Con el ceño fruncido y la mirada más aguda que nunca, la capitán se estaba preguntando por el sentido de lo que leía. No quedaba muy claro que digamos.

Tras la melodía vinieron en el acto unos ladridos del perro, que había salido como una exhalación hacia la puerta para informar de que también dentro había gente, y gente muy feroz. Aquel timbre de Vivaldi ya le estaba empezando a aburrir un poco a la capitán, y eso sin contar con que ahora el perro ladraba incluso en los centros comerciales en cuanto oía cualquiera de las *Cuatro estaciones*. Debía de ser Lebreton, que venía a buscarla. Rosière se puso de pie soltando un «umpf» por el

esfuerzo.

El comandante estaba esperando pacientemente delante de la puerta de la casa, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Les daba tiempo a tomar un café; y, luego, rumbo a la reunión en la que por fin iban a descubrir qué tenían en común esos hombres.

Rosière, envuelta en un vestido cruzado fucsia, con un cárdigan largo de cachemir blanco por encima y calzada con chinelas doradas, le abrió la puerta al perro, que, directamente, le saltó a las rodillas a Lebreton.

—Hola, Louis-Baptiste, ya estoy casi lista. ¿Te hago un café mientras recojo mis cosas?

—Hola, Eva. Por mí, perfecto.

Entró detrás de ella en el amplio vestíbulo, luego en el salón y en el comedor, y llegaron por fin a la cocina, donde Lebreton se acomodó en un taburete de bar de acero cromado mientras Rosière le presentaba una selección infinita de cápsulas en un expositor de madera. Lebreton pilló una al azar; pocos segundos después, Rosière le puso delante, en el mostrador de mármol, una taza humeante.

—Ponte cómodo y haz como si fueras George Clooney un ratito. Voy a buscar el bolso y la correa del perro. Ahora mismo vengo.

Algo intrigaba a Lebreton en la casa, pero no conseguía dar con ello. Examinó el entorno, todo estaba exactamente como de costumbre. ¿Qué era entonces?

Rosière volvió a bajar y, en compañía de Piloto, que avanzaba en círculos, salieron de la casa. Fue al verse en la calle de Seine, coronada de arcos luminosos y de cuyas tiendas, sin excepción, se escapaban notas de *Jingle Bells*, cuando Lebreton cayó en la cuenta de lo que lo había alterado: Rosière, la reina de las decoraciones navideñas en la calle de Les Innocents, no había colgado ni una en su propia casa.

Este año no recibía.

La comisaría en pleno trepidaba de curiosidad. Una colmena antes de la emisión del último episodio de *La abeja Maya*. Lewitz volvía con los brazos cargados con diez ejemplares fotocopiados del expediente. Évrard borraba las pizarras canturreando; Dax, Lebreton y Saint-Lô traían sillas, Rosière seguía leyendo el manuscrito y Merlot se ponía una copa. Orsini, sentado con las piernas cruzadas y las manos encima del bloc que tenía en las rodillas, miraba ya fijamente las pizarras sin una sonrisa. Torrez no se presentaría antes de que empezase la reunión, pero seguía pegando telefonazos para dar con quien hubiera comprado la pintura dorada del monumento a los caídos.

Capestan se había quedado a pie firme delante de la ventana, que rayaba una lluvia de estrellas hechas con un espray de nieve, y estaba pensando. Ya tenían el contexto y el vínculo, no había duda alguna. Una historia de crimen organizado que desde luego se merecía que la

estudiaran la BRI o la BRB[5], si es que algún día les pedía alguien el expediente. Pero Capestan no tenía intención de ser ella quien lo repartiera. Más allá de aquella carrera que se traían entre manos, más allá de su implicación personal, tenía ahora una excelente razón para hacerse la remolona. Iba a tener que tomar una decisión importante, y la comisaria quería concederse tiempo para reflexionar en serio. Una hoja del expediente le había puesto patas arriba su perspectiva de la investigación. No la había mandado fotocopiar, ni siquiera para su propio equipo.

Considerar todas las posibilidades. No amagar sin saber.

Capestan miraba la fuente de Les Innocents, reluciente de escarcha. Las personas que iban por la calle no eran más que montones de lana y plumas oscuras que iban de tienda en tienda encogiendo el cuello, con andares envarados y presurosos. Salían con regalos que les parecían indispensables y cuyo contenido se les olvidaría antes de dos meses. Los logotipos de las bolsas de papel les pasaban por delante de las narices a los sin techo sentados en los peldaños de la fuente. Los árboles de luz blanca del McDonald's interpretaban el papel principal en la magia de la plaza. No tardarían en montar la plétoira de casitas alpinas de encanto efímero que constituía el mercadillo de Navidad, con sus especialidades homologadas. ¿Dónde las aparcaban el resto del año? ¿Habría un parque de casitas de Navidad donde unos renos ociosos bebían a la salud de un Papá Noel que se había vuelto a sus hielos?

Nada. Capestan no podría hablarle de esa hoja a su equipo. Por ahora no. Incluso aunque la desaparición del documento se notase enseguida.

Detrás de ella, el silencio tan característico de la impaciencia la avisó de que los miembros de la brigada por fin estaban en sus respectivos sitios y había llegado el momento de contarles el atraco. Évrard, incluso, había apagado la música, que con frecuencia dejaba en sordina.

Torrez, desde su taburete del pasillo, le hizo una seña discreta con la mano. Las últimas investigaciones lo primero.

—¿Has encontrado algo, José?

—Sí, en lo de la pintura, tengo un comprador, tres días antes, en una tienda de manualidades de Aviñón que encaja con el retrato robot que les mandé escaneado. La noticia en la sección de fallecimientos, en cambio, la pusieron por teléfono y ahí no tenemos nada.

—¿Cómo pagaron?

—Una tarjeta de prepago. Sinceramente, si nos rendimos a la evidencia, ganaremos tiempo: es el mismo asesino.

—Estamos de acuerdo —dijo Capestan, cogiendo un rotulador negro y empezando a escribir en mayúsculas en la parte de arriba de la pizarra. Atraco al banco Minerva, Lyon, 4 de agosto de 1992, dos muertos, tres heridos.

Lewitz estornudó y luego se sonó con la discreción del primer trombón de una banda municipal. Se secó rápidamente la nariz con el

clínex antes de comentar:

—En plenas vacaciones, una buena elección para huir en coche.

—Para la falta de personal de policía también —dijo en el acto Capestan—. Lo cual nos lleva a nuestro primer cadáver: Serge Rufus. Fue él quien se presentó en el escenario del atraco con un policía recién incorporado y otros dos en prácticas, es decir, con una formación mínima. Pero sobre la marcha lo hizo muy bien, porque detuvo a uno de los atracadores, el más peligroso, el que había disparado a las víctimas.

Capestan tapó el rotulador.

—Vuelvo, pues, al atraco: a media mañana, dos hombres con verdugos y armados con pistolas automáticas entran en el banco Minerva, junto a los muelles, en el distrito VI de Lyon. Mientras uno se cuela detrás del mostrador y mete a puñados el dinero en una bolsa, el otro apunta a los dos empleados del banco y a los cuatro clientes que estaban allí a esa hora. Después de coger todo el dinero de las cajas, el primero va a buscar al director, seguramente para que le abra la caja fuerte. Y aquí es donde nos encontramos con Alexis Velowski: en su despacho es donde el facineroso mata a dos personas en presencia suya. Completamente traumatizado, Velowski testificó en el juicio y, acto seguido, pasó una depresión de seis meses en un centro de reposo. El asesino vuelve entonces al vestíbulo del banco, pero ya han dado la alarma y es entonces cuando se presentan Rufus y sus insuficientes tropas. El segundo atracador, el que se limitaba a vigilar, escapa.

—¿Jacques Melonne? —preguntó Rosière.

—A saber. La descripción no coincide: complexión, voz, estatura, color de los ojos. Los testimonios de los clientes y del personal no acaban de encajar con los de la policía. Está lo del verdugo, y también la tensión y la rapidez, porque entre el momento en que llegan y el momento en que todo acaba no pasaron ni quince minutos. El nombre de Jacques Melonne apareció en la lista de potenciales cómplices porque había tenido que ver con el otro atracador en el pasado, pero no fue su candidatura la que más se barajó.

—Ahora la opción es diferente —aseguró Lebreton, quien también tenía la nariz aquilina roja e hinchada por los efectos de un catarro estacional.

La mitad larga de la brigada llevaba a cuestras su virus personal y de las papeleras rebosaban los pañuelos arrugados o hechos una bola. Se oían, a intervalos regulares, sorbetones más o menos discretos.

—Desde luego. Y así tendríamos nuestros tres casos: Rufus, el poli; Velowski, el testigo; Melonne, el rufián.

—En el juego de las siete familias —empezó a decir Évrard—, el que falta tiene que ser...

—... el asesino, eso mismo. Podemos suponer que es el atracador que dispara. Mata a quien lo detuvo, a aquel cuyo testimonio lo mandó a la trena y a quien huyó sin mirar atrás. Ha vuelto para vengarse...

—... O quizá también para recuperar el dinero que tiene Melonne — siguió diciendo Évrard, tirándose de un mechón del pelo rubio y ensortijado—. ¿Ha habido información acerca de los movimientos de las cuentas suizas desde el momento del asesinato?

—No, ninguna. Las cajas fuertes de Ginebra no resultan fáciles de visitar —recalcó Orsini—. Sobre todo sin motivos y sin poder.

—Sobre todo —asintió Capestan, mirando al capitán a los ojos.

Volvió a acordarse de la ausencia de imágenes en casa de Velowski. ¿Se sentía culpable? ¿De qué? ¿De cobardía? ¿De complicidad?

En el salón, los comentarios se disparaban al ritmo del parpadeo de las guirnaldas. Los chasquidos del fuego en la chimenea puntuaban las frases al azar, otorgándoles una hondura a la que no aspiraban.

—Nuestro asesino puede ser también el conductor —indicó Lewitz con voz gangosa—. ¿Quién fue el conductor?

—No había.

—¿Me tomas el pelo? ¿Un atraco sin conductor? ¿Pensaban irse en patinete?

—No, en coche, desde luego, pero estaba aparcado algo más allá.

—¿Aparcado? ¿No estaba dando vueltas? Desde luego, nerviosos no eran, los tíos.

—A lo mejor no encontraron chófer o no querían repartir ni ampliar la banda. En el expediente de los acólitos habituales, no había ningún perfil de conductor, efectivamente —fue la reflexión de Capestan.

El comentario de Lewitz no carecía ni mucho menos de interés; la comisaria le pidió que estudiase la cuestión después de la pausa para almorzar.

Todavía no se decidía a revelar aquí y ahora, en plena reunión, lo que había leído. No le gustaba ocultarle nada a la brigada. ¿Quién iría a hablar? ¿Quién podría callarse? ¿Se repondría de aquello el equipo? ¿Era posible aglutinar si faltaba la confianza?

Capestan les miró el rostro a los policías: Dax, tremendamente atento y, al mismo tiempo, desconcentrado del todo; Rosière, siempre irritada; Orsini, que parecía desafiarla sin gozo; y Merlot, con el vaso vacío en una mano y, en la otra, la rata, a la que por poco aplasta al sentarse. En lo referido al impaciente Saint-Lô, de pie detrás de una silla cuyo respaldo tenía agarrado, la urgencia le daba temblores.

—Bien; nuestro villano está, pues, desenmascarado. ¿Qué estamos esperando para irle en pos? ¿Cómo se llama? ¿Dónde mora?

Sí, esas eran las auténticas preguntas. Las demás podían esperar.

—Se llama Max Ramier. Y, efectivamente, nuestro programa del día es sacarlo de la madriguera.

Lewitz dejó el nivel de burbuja y fue a rebuscar en la caja de herramientas para encontrar la plomada. La arrimó luego a la esquina superior de la estantería que acababa de terminar para vestir la sala recreativa.

Vale. El nivel de burbuja y la plomada coincidían: el mueble estaba claramente escorado a la derecha. O a lo mejor era el suelo; seguramente era el suelo el que estaba en cuesta. Y, además, de lejos no se notaba mucho y en cuanto llenasen de libros la estantería ya no se notaría nada.

Lewitz fue a buscar a la barra del bar los juegos y los libros que habían traído todos para formar el fondo común. Al dejar la caja del Scrabble en la balda del centro, rozó un poco la pintura, fresca aún. Así quedaría un recuerdo.

## 21.

—¿Habrá alguien en toda la administraci3n penitenciaria que est3 dispuesto a contestarme por tel3fono o voy a tener que ir yo? Aviso de que soy el teniente Torrez. Preferir n que me quede al otro extremo del cable telef3nico. S , espero. Sigo esperando.

Exasperado, Torrez solt3 el micr3fono del manos libres y agarr3 la plancha. Apret3 el hocico vaporoso en el cuello de la camisa con tanta fuerza que las patas de aluminio de la tabla de planchar se estremecieron. Llevaban más de una hora pase ndolo de servicio en servicio; y a él, que no solía perder la calma y se empecinaba en las investigaciones, empezaba a parecerle que ya estaba bien de perder el tiempo. Tampoco avanzaba con las camisas, y faltaba tan poco para que venciera el plazo que se estaba preocupando.

Max Ramier no había salido por buena conducta. Había cumplido la totalidad de la pena y sembrado el terror en el itinerario de sus paseos. Pocos presos habían podido granjearse su amistad, menos aún sus confianzas. Era un hombre agresivo y le entraban ataques de ira tan repentinos como inexplicados. Los mentideros no habían recogido muchos datos que digamos, salvo que el individuo aquel nunca había mencionado ningún bot n oculto. No gastaba nada. Tampoco le daba vueltas machaconamente a nada y no mencionaba ninguna venganza venidera ni que tuviese que darle ninguna lecci3n a nadie. Lo que lo diferenciaba de sus congéneres atracadores, que solían airear improbables cuentas pendientes que tenían que cobrarse con sangre y acusaban a los hombres libres en su totalidad de la maldita suerte que los tenía all  metidos, era que Ramier, más que hablar, actuaba. Una persona original.

Como los mentideros no aportaban nada, Torrez estaba concentrando sus esfuerzos en la administraci3n. Necesitaba las señas de Ramier. Las que figuraban en el expediente del atraco no val an ya desde hacía muchos años, pues al ingresar en la cárcel fue como si revocara repentinamente el contrato de arrendamiento; y al no haber contrato, el servicio público de alquiler había regularizado la situaci3n. Pero era imposible que Ramier hubiera salido del penal de Lyon-Corbas sin dejar unas señas, aunque fueran provisionales. Debía tener a la fuerza un asesor penitenciario de inserci3n y libertad vigilada. Esos datos eran los que no acababan de llegar.

Otra arruga en la parte de arriba de la manga. Torrez dej3 la plancha suspirando. No lo conseguiría nunca. Tres golpecitos en la puerta.

Capestan.

—¡Adelante!

La comisaria abrió la puerta, hecha una pura sonrisa, como solía.

—¿Qué dicen los tambores de la celda?

Torrez le resumió las informaciones.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Me das un toque si hay algo nuevo?

El teniente asintió. La comisaria ni siquiera le había preguntado por aquel cuarto de plancha ambulante; se metía tan poco en lo que hacían los demás que a veces su actitud podía llegar a pasar por indiferencia. Torrez sabía que no lo era. Capestan tenía la costumbre de guardarse sus preocupaciones, sus penas y sus enfados. Solo compartía las alegrías y los entusiasmos, convencida de que no desvelaba nada de lo demás. De hecho, el primer contacto era transparente y sincero y parecía mostrarlo todo y no ocultar nada, sin que por ello supiera nadie algo de ella. Pero, a falta de conseguir descifrarla, Torrez estaba empezando a conocerla bien y ahora mismo estaba preocupada. Algún problema le rondaba por la cabeza; el teniente casi lo veía pasar tras las ventanas de su mirada. Él se enteraría y ella lo diría cuando fuera necesario. Y si se callaba, eso era que tenía buenas razones. Torrez nunca dudaba de la comisaria, quien cerró sin dar portazo. El móvil del teniente vibró. Por fin. La amenaza de personarse había dado resultado.

Capestan volvió al salón. Había sopesado el contárselo a Torrez, pero él tenía ya lo suyo; mejor no andar mezclando. Deambulaba por la comisaría, dando vueltas sin quedarse quieta en ningún sitio, como para huir de una eventual llamada de las jerarquías, un telefonazo que los sacara del caso. O una pregunta que la obligase a contestar, a tomar una decisión.

Dax había copiado el nombre de Max Ramier y lo estaba pegando en todos los campos de búsqueda de Internet imaginables. Cada vez que levantaba la cabeza y veía el *post-it* «borrar siempre el rastro», se lo notaba refunfuñar «¡ah, sí!» y volver al teclado. En cuatro horas, había dado ya con tres homónimos; ninguno valía para nada, pero todos estaban debidamente documentados.

La comisaria se sentó detrás de su escritorio y encendió la gran lámpara. Aunque era la primera hora de la tarde, la luz de aquel día tristón no bastaba ya. Capestan reunió todos sus genios, buenos y malos, y los desplazó hasta la aureola cálida de la pantalla anaranjada. Lebreton dio unos golpecitos encima del escritorio.

—¿Ha recibido Diament el expediente del atraco?

—No. La información sigue sin llegar de Lyon. Y esta mañana no me ha dado tiempo a llamar por teléfono personalmente...

—Tenemos que avisarlos, Anne. Va a dar la impresión de que estamos ocultando información. Y, por cierto, no será una impresión: eso

es exactamente lo que estamos haciendo. No es honrado; es incluso actuar de mala fe.

Capestan sacó de un tirón un pañuelo de papel de la caja y limpió el cerco de té que había dejado la taza.

—Vale, vale, pero lo que descubrieron ellos tampoco es que nos llegara a velocidad supersónica.

—Hay que atenerse a las reglas, Anne. ¿Qué sacamos en limpio en esto? Un día, dos quizá. A fin de cuentas, han detenido a alguien que tiene una coartada fabulosa para el crimen de Lyon. Y como los crímenes van juntos..., tienen que soltarlo.

Tenía razón, claro. De todas formas, antes o después el expediente acabaría por aterrizar en el número 36. Pero es que Lebreton no manejaba todos los datos. No había leído la hoja. Capestan tiró el pañuelo a la papelera que tenía a los pies.

—No.

—Pero bueno, Anne...

Capestan titubeaba. La reserva instintiva fruto de sus desavenencias pasadas nunca la había abandonado. Pero se equivocaba. Si alguien en el equipo era capaz de tomar decisiones meditadas y sensatamente sopesadas, ese era desde luego el comandante. Tenía que ponerlo al tanto; lo entendería y su opinión sería muy valiosa.

La comisaria sacó con mucha circunspección una hoja del último cajón del escritorio.

En el caso Minerva no estaban solo las tres víctimas. Otro nombre andaba rodando por allí.

—Toma, lee esto; estaba en el expediente. No se lo voy a entregar, pero podrían dar con esto ellos solos. Y creo que cada minuto que les quitemos puede ser importante, pero dime a ver qué te parece. Está en la parte de abajo de la hoja. El nombre de las víctimas.

La mujer y el muchacho asesinados en el despacho de Velowski se apellidaban Orsini.

—Mierda, mierda y mierda —cuchicheó Lebreton mirando Pijamente el documento.

La idea de una venganza, los hallazgos del equipo en la investigación, todo se veía bajo una luz nueva. En realidad, bajo una oscuridad nueva.

¿Por qué no había dicho nada Orsini? Sabía que su apellido acabaría por salir a la luz.

¿En qué intentaba ganar tiempo?

Y, sobre todo: ¿se había limitado a investigar o había asesinado?

Alguien llamó al timbre de la comisaría. Lebreton alzó la cabeza y miró a Capestan. Ambos sabían que era el teniente Diamant, que estaba esperando al otro lado de la puerta. Había que reaccionar deprisa y decidir ya. Lebreton le alargó la hoja a Capestan:

—Está mejor en el cajón. ¿Quieres que reciba yo a Diament?

Capestan negó con la cabeza. El trabajo sucio era cosa suya. Cogió el expediente amputado y se encaminó a la puerta.

El peso pesado del teniente Diament estaba en el vestíbulo y parecía irritadísimo. Se habían interrumpido los enlaces y se palpaba la firme reprobación del oficial que estaba al cargo.

—Doy por hecho que tienen algo para nosotros.

—Por supuesto. Iba a llamarle.

—No, de eso nada.

No era tan fácil jugar con Diament, le faltaba sutileza. Y ganas. Agarró con la manaza el expediente y lo consultó pasando las hojas con la yema del pulgar.

—¿Está todo?

—Pues claro. ¿Por qué? ¿Ustedes nos entregan expedientes incompletos?

A Capestan sí le gustaba jugar.

A Diament no se le vio ni una sonrisa, ni se le notó un poquito de arrepentimiento o el mínimo talante de jugar limpio. Hasta que no estuvo de espaldas no consintió decir «gracias, comisaria» por pura formalidad.

—Que no se les olvide soltar al detenido, pobre hombre —le espetó Capestan antes de que se metiese en el ascensor.

No había podido por menos de enviar una provocación desde sus tacos de salida a los del otro. La carrera entre los diferentes servicios volvía a empezar. En esta ocasión no podían perderla. Había un compañero en juego.

Con ese compañero también habría que enfrentarse, por cierto, pero antes la comisaria tenía que llevar a cabo unas cuantas comprobacioncillas.

Instalada en el sillón de cuero que había debajo de la ventana de la sala de billar, Rosière estaba llegando, como quien dice, al final del manuscrito. Se lo había chapado de un tirón, para pillar de entrada el sentido de la historia. Algo así como una novela costumbrista victoriana del estilo de las de Jane Austen. Ni el argumento ni los personajes tenían nada que ver con el episodio del atraco de Lyon o los traumatismos que había causado. Sin embargo, había algo, del orden de lo subliminal, una sensación difusa que tenía a Rosière a mal traer. La novela propiamente dicha era una birria, las situaciones estaban fuera de lugar y las reacciones no venían a cuento. Podría haber parecido obra de un aficionado; pero, curiosamente, todas las páginas y todas las frases parecían fruto de una madura reflexión y estaban alineadas de forma muy consciente. Velowski pretendía decir algo, pero sin querer decirlo, al tiempo que deseaba que lo entendieran, pero sin saberlo. Había escrito

con las manos en el teclado y un follón tremendo en la mollera. Había que tomarse tiempo para conocerlo. Con ese manuscrito, y solo con ese manuscrito, había decidido salir huyendo. No era un detalle anodino, aunque los escritores tengan por sus textos más apego que por un hijo pequeño. Rosière iba a ponerse en marcha, a ir más allá del argumento y a trabajar en modo Escritora. En una cartulina A3 dibujó una tabla y puso en las casillas títulos en vertical y en horizontal: nombres, objetivos, medios, interacciones, rasgos de personalidad.

Cuando se estaba colocando bien las gafas, Lewitz asomó la cabeza por la puerta y la avisó:

—Torrez le ha mandado novedades a Capestan. Si quieres venir...

—Ya voy —refunfuñó la capitán.

Piló tomó la delantera cual pez piloto.

—Veinte años en la cárcel y ni una visita —resumió la comisaria—. Ramier mató a Melonne por dinero, pero el resentimiento también debió de hacer fuerza en el gatillo —dio una palmada antes de añadir—. Resulta que tenemos unas señas, estupendo. Avenida de Montaigne, 23. Vamos allá.

—¿La avenida de Montaigne? —preguntó Rosière.

—Sí.

—Esas son las señas del hotel Plaza Athénée. ¡Cómo se cuida el tío!

## 22.

Había hecho falta organizar de golpe y porrazo un plantón de vigilancia porque, cuando se presentaron Capestan y Lebreton en el hotel, Ramier no estaba. A esa improvisación se sumaban dos problemas. Para empezar, la brigada, sin conexión con la fiscalía, no tenía ninguna orden de detención para ese nuevo sospechoso. A menos que lo pillasen con las manos en la masa o intentando huir, no podrían detener a Ramier. Y, además, en cuanto la BRI leyese el expediente, no tardaría en llegar a las mismas conclusiones que la brigada de la calle de Les Innocents, pero ellos tardarían menos en conseguir las señas y la orden. A lo mejor ya estaban en camino.

Si les cogían la delantera y trincaban a Ramier, entonces el caso no tardaría en quedar resuelto. La BRI tendría al culpable que necesitaba. La brigada podría largarse con la investigación a media asta y la humillación en alza. Desde su banco, apostada antes de llegar al hotel, más abajo del paseo, Capestan acechaba el extremo de la opulenta avenida de Montaigne repitiendo conjuros. Ramier tenía que llegar ahora.

A los castaños sin hojas y con erizos necrosados los habían adornado con guirnaldas de bombillas cuyo peso agobiaba a las ramas depauperadas. La ausencia de follaje permitía ver por completo el hotel y su fachada de cantería con balconillos orlados de geranios rojos. El color de los toldos entonaba con las pletóricas jardineras y ponía su cuño al lugar.

Como si estuvieran esposadas a las verjas en que se apoyaban los bosquecillos de boj que bordeaban la terraza, prietos racimos de jovencitas, con los *smartphones* desenfundados, hacían tiempo y parecían, también ellas, repetir conjuros. Seguramente no lo hacían por Ramier. Al ver que otras seguían afluyendo desde las bocacalles, Capestan se preguntó por un momento qué otro personaje hacía acudir a tal gentío.

Aparcados unos cuantos metros más abajo del Athénée, Saint-Lô y Lewitz aprovechaban los retrovisores y la perspectiva más elevada de los asientos del 4 × 4 para pasarle revista a la ancha avenida con mirada de expertos.

Lewitz no se podía creer la suerte que había tenido. Acariciaba el volante deportivo de cuero negro y rozaba con las yemas de los dedos la

palanca de cambios con un respeto y una admiración que no habría concedido ni siquiera al culo de la mismísima Rihanna. Lo único que lamentaba era lo de los cristales tintados. Incluso se lo había dicho al de la empresa de alquiler:

—Espere, quiero cristales transparentes; si me llevo un Porsche es para que se me vea el careto en los semáforos. No voy a conducir con las ventanillas bajadas en pleno mes de diciembre.

—No, no, el señor no sabe lo que dice —zanjó Rosière, sacando la tarjeta Platino—. Está encantado con esos cristales.

Y mientras el empleado se alejaba pensando que la millonaria aquella no mimaba nada a su queridito, Rosière se volvía hacia Lewitz y le recordaba por qué optaban por el modelo de lujo.

—Es para un plantón, Lewitz, para un PLAN-TÓN. Hay que esconderse. Delante del Plaza, un Cayenne será lo que menos llame la atención, estamos de acuerdo, pero si vas asomando esa cara de *pasmao* por la ventanilla, no hay discreción que valga.

Lewitz había cedido más por la Visa que por el razonamiento, pero había cedido. No lo lamentaba: qué línea, qué confort, botones por doquier y el motor lleno de purasangres. Rendido por completo a su Porsche, intentaba transmitir su entusiasmo a un compañero indiferente por completo a las sutilezas de los automóviles. Saint-Lô se volvió brevemente hacia él y condescendió a un asentimiento halagüeño de mera cortesía con la cabeza. Tras horas de conversaciones de cuerpo de guardia padecidas en tabernas de ramerías desdentadas, el capitán y su alma de poeta habían aprendido a oír sin escuchar. Arrullado con los versos de François Villon, Du Bellay, Ronsard y Clément Marot, sabía ausentarse del mundo, de ese mismo mundo que, en cualquier caso, no le daba ya carta de ciudadanía.

De niño, Saint-Lô se había imaginado un destino muy otro, forjado con airosa bravura y batallas. Había soñado tantas veces con liberar una Excalibur y con cabalgar sin descanso para conquistar tierras y gloria... Pero sus entretelas y sus talentos estaban pillados aquí, en este siglo donde todos se reían con sorna.

Saint-Lô sin embargo notaba que le daba un viento nuevo en la cara; sus bigotes habían captado los efluvios característicos de la aventura. Hacía ni se sabe el tiempo que no le encomendaban ni una triste misión, y estar observando, a efectos policiales, aquel nuevo palacio de las vanidades lo tenía tan absorto como cuando oficiaba de vigía, antaño, junto a los campamentos del rey. Así que Lewitz parloteaba, pero Saint-Lô renacía. Notaba vibrar en sí la savia de los mosqueteros despertándole, al pasar, todos los ardores. Sabía que estaba presto para arremeter contra el enemigo y combatir hasta el remate. La elocuencia y la batalla trepaban por su persona como hiedra al asalto de una fachada virgen; el mejor espadachín del reino había regresado para lo que le ordenasen.

Si Max Ramier se escurría entre la muchedumbre de jovencitas vociferantes apelonadas como hormigas delante del hotel, Saint-Lô sería capaz de verlo y de sacar a Lewitz de su extático entumecimiento.

Con un cubierto de plata de refinado diseño, Rosière no paraba de arponear el plato de ensalada italiana.

—Qué puñetera es la rúcula: puedes clavarle hasta cinco veces el tenedor sin pescar nada.

Sentado a la mesa, a su lado, Lebreton removía el café en la taza de porcelana fina. Rosière soltó el cuchillo y pellizó un trozo de pan para mojar en la salsa, ya estaba bien, coño. Y eso sin contar que llevaban dos horas aparcados en el bar del hotel y se habían cruzado con mogollón de cristal, de caireles y de pijos, pero ni rastro de Ramier ni de ningún famoso. Una pérdida de tiempo. Todas las cosas que odiaba. El zapato de salón de Rosière interpretaba el ritmo desenfrenado de su impaciencia.

—Menudo coñazo son los plantones. No me gusta esperar.

—A nadie le gusta esperar, Eva —comentó Lebreton, cruzando las piernas largas y elegantes.

Su apariencia de triunfador junto con el porte de dandi se integraban a la perfección en aquel escenario hecho a su medida. Y estaba claro que le importaba un bledo.

—Sí, a ti. Mírate. Estás ahí tan pancho. Como si esto fuera un *hobby*.

Lebreton sonrió de lado, levantando una comisura, lo que prestó vida al delgado tajo de la cara. Siguió con la mirada los cócteles que cabeceaban elegantemente en la bandeja de un camarero de esmoquin. El retrato del vello verde y el escudo le volvió a la memoria.

—Resulta raro que un facineroso que no quiere llamar la atención se instale en un hotel de lujo.

—No te creas. Para empezar, igual no es cierto que no quiera llamar la atención. Al contrario, no para de exhibirse y de montar numeritos teatrales. Igual que todos los atracadores, debe de tener un orgullo tan potente como un coche de alunizaje. Además, en la trena seguro que fantaseaba con tirarse pedos entre sábanas de seda, se está dando la gran vida con la pasta que tanto le ha costado conseguir y que ahora puede permitirse. Y, para rematar, el sello distintivo de los hoteles de lujo es precisamente una discreción que linda con la ceguera en lo referido a las actividades de sus clientes. Antes de que un escándalo acabe con esa impunidad tan cómoda, más de un príncipe empingorotado se alojará en las *suites* de la capital junto con su rebaño de esclavos. Y en recepción repartirán las llaves sin inmutarse, el señor se lo puede permitir, el señor ha elegido bien, la casa espera volver a verlo pronto. O sea que ese Ramier tuyo, comparado con eso, es una cagarruta.

—Sí, tienes razón. Y, de propina, seguro que disfrutó dándole las

señas a su asesor de libertad vigilada.

—Me dejas pasmada. La rata que se va a vivir al almacén de harina.

—Hablando de ratas, ¿dónde anda Merlot?

—Está entrenando a Ratafía para la policía.

—¿Y cómo les va? —se extrañó Lebreton.

—Ah, pues al animalito ya no le puedes dar Beaujolais por Côtes-du-Rhône, eso desde luego. Ahora que en cuestión de explosivos o de cocaína, supongo que el adiestramiento es menos riguroso. Pero Ratafía consigue ya ir detrás de Merlot sin que la espachurren; le funciona bien el instinto de supervivencia y puede que algún día esté al servicio de Francia. Nunca llegará a la altura de un perro, pero cada cual tiene sus manías.

Un hombre barbudo pasó por la galería y se reflejó en centenares de espejos. Los dos policías se inmovilizaron y se quedaron pendientes de cómo avanzaba, rebotando hasta el infinito. No, demasiado grueso y con demasiadas canas; falsa alarma.

—Qué fallo. Era Papá Noel —dijo Rosière dándose con el puño en la palma de la mano—. O más bien un *hipster* de esos que últimamente acuden a los platos de diez en diez, un día sí y otro también.

La capitán meneó la cabeza sonriendo con regocijo. Lebreton dio unos golpecitos con el índice en el borde de la taza.

—Por cierto, ya que mencionas la Navidad, ¿no querrías venir conmigo a casa de mi familia en Nochebuena? Va a ser el primer año sin Vincent y... una amiga me vendría muy bien.

Rosière desvió la mirada para ocultar el alivio. Un peso tremendo se le desplomaba plexo abajo y se esfumaba en el aire compartido de la amistad. Reconocía en esto la delicadeza de Louis-Baptiste, que presentaba como un favor que pedía él los ánimos que le daba a ella. Alargando por encima de la mesa la mano cubierta de piedras multicolores, le palpó afectuosamente el antebrazo a Lebreton:

—¡Ay, Loulou mío, gracias! Me encantará hacerte de señora de compañía. Gracias, de verdad. Iremos de compras.

Évrard, con una Nikon enorme colgando encima del vientre, se había integrado en el gentío. Las jovencitas, igual que los dependientes de las tiendas de las intermediaciones, pero metiendo más escándalo, estaban acechando la aparición de Kim Kardashian y Kanye West. Así que ni se inmutaron cuando Évrard se puso tensa al ver a un hombre moreno de estatura media, que no llevaba ya ni barba ni gafas.

—Tengo una visual. Está pasando delante de la Embajada de Canadá —informó a la pantalla del móvil, bloqueado en una llamada múltiple.

Tras echar ella también una ojeada rápida en dirección a la embajada, Capestan respondió, dirigiéndose a todas las unidades móviles.

—Vale. Évrard, dejamos que nos adelante y lo seguimos las dos.

Lebreton y Rosière, salís a nuestro encuentro de frente, pero sin que se os vea, que se imagine que tiene una salida para escapar. Cuando estemos lo bastante cerca, Évrard y yo enseñamos el carnet. Yo creo que saldrá corriendo y podréis pillarlo por delante. Si resulta que consigue escabullirse, contamos con vosotros, Lewitz y Saint-Lô, poned el motor en marcha —dijo la voz de Capestan.

La comisaria se reunió con Évrard y ambas se acercaron a Ramier caminando al unísono. Cuando Lebreton y Rosière estaban apareciendo ya en posición en su zona, un SUV enorme los adelantó y les cortó el paso para frenar en seco a la altura de Ramier haciendo chirriar los neumáticos. El atracador, cuyos reflejos no había embotado la cautividad, arrancó a una velocidad fulminante para un hombre de su edad. Los seis policías supercachas vestidos de negro que salieron del vehículo, enfundados en los chalecos antibalas, se quedaron estupefactos por un momento. Y fue ese momento el que les bastó a las jovencitas para dar por hecho que en el rutilante SUV iban metidos los ídolos y sus guardaespaldas. Se lanzaron de inmediato al asalto de las fuerzas especiales y de la carrocería. Tumbadas encima del capó, pegadas al parabrisas, llevándose por delante a Lebreton y Rosière, taponaban el paso. Perforándoles los oídos a los policías con sus gritos estridentes, las adolescentes movían los teléfonos en modo *selfie* e inmortalizaban la cara adusta de los chicos de la BRI, completamente desesperados. Mientras el número 36 arrasaba en Instagram, Kim y Kanye iban a poder aprovechar la maniobra de diversión para llegar de incógnito a su *suite*.

Capestan no se lo podía creer. En el preciso instante en que la brigada iba por fin a echarle mano a su principal sospechoso, se presentaba la Brigada contra el Crimen Organizado arrollándolo todo para intentar birlarles al individuo delante de las narices. El plantón ya se había jodido para todos; a Max Ramier ni se le ocurriría volver a pasar por el triángulo de oro. La comisaria echaba pestes hasta que vio el Porsche de Lewitz y Saint-Lô cambiar de carril y meterse por la avenida en la dirección que había tomado el fugitivo.

Habían tomado el relevo, el acoso continuaba. Capestan, estirando el cuello, seguía al coche con la mirada. Algo no encajaba. Si se tenía en cuenta la potencia del bólido y el temperamento del conductor, el Porsche iba a poca velocidad. Seguramente un problema mecánico; lo que faltaba. Estaba visto que la suerte les negaba aquella caza.

—¡Acelera! —exhortaba Saint-Lô, al ver cómo la silueta de la presa corría como una flecha por la acera.

Lewitz, cerril, se negaba a pisar el acelerador y conducía con el ímpetu de una viejecita reumática. Había racaneado para pasar a segunda y le parecía que ya estaba bien. Su reputación de loco del

volante y de destrozamotores parecía hoy tener los pies de barro.

—¡Dale!

—No, no, no, que se va a estropear. No pasa nada, no pasa nada, ya volveremos a encontrar a Ramier, no pasa nada, no, no, no.

—Pero ¡voto a Cristo! —dijo Saint-Lô iniciando un gesto hacia el conductor.

—¡No! ¡No toques este volante, que es mío! —vociferó Lewitz poniendo ojos de loco furioso.

Saint-Lô, pasmado, miró fijamente a su compañero. Él también había tenido un apego así por Alazana, su primera yegua, y de repente lo entendió: la idea de desbaratar aquel coche, y no cualquier otro, paralizaba a Lewitz. Estaba enamorado de él. Al brindar a su loco del volante el motor más potente, la brigada lo había neutralizado. Cuando tuviera que devolverlo a la empresa de alquiler, el cabo iba a derramar muchas lágrimas.

Entretanto, Ramier ya había llegado a los muelles del Sena y con aquella carrera parecía ir al asalto de la mismísima torre Eiffel. Había que volver a empezar.

Aquel plantón concluía con un abominable fracaso.

Merlot tenía la intención de aprovechar la tranquilidad que reinaba temporalmente en la comisaría para estudiar más de cerca el calendario de Adviento que Rosière había presentado con tanto entusiasmo. Un chillido agudo lo distrajo momentáneamente de sus proyectos. Apuntó con la vista a los pies por encima de la tripa. La que gritaba era Ratafía, a la que acababa de pisar el rabo. Merlot se inclinó peligrosamente con las piernas tiasas y alargó la mano abierta para que la rata le trepase por la manga de la chaqueta. Cuando el animal se le acomodó en el hombro, Merlot le achuchó la cabeza y el lomo con una caricia reconfortante.

—Ea, ea, Ratafita, no pasa nada.

Con la rata ya más serena, el capitán pudo volver a lo que le interesaba en un principio: el calendario de Adviento que seguía entronizado en la consola. Merlot despegó con el grueso índice la ventana del día. Vacía. La siguiente. Vacía también. Forzándolas todas cada vez con menos paciencia, el capitán llegó al hueco del día de Nochebuena, donde estaba enroscado un tubito de papel. Merlot lo desdobló y leyó: «Ja, ja, ja, para que aprendas».

Así que Rosière se había atrevido a pronosticar que le iba a robar los bombones. ¡Qué falta de confianza! A Merlot le parecía un ultraje.

23.

—Para eso creamos unidades de elite, para que cualquier brigada de payasos descontrolados no se cargase las detenciones. A estas horas, Ramier debería ir esposado y no andar por ahí suelto.

—Y ese sería el caso si los maromos esos no fueran tan chulos. No les faltaba más que la sintonía de *Texas Ranger* sonando por los altavoces.

Las apariencias tenían su importancia y Capestan, sentada en un sillón, se esforzaba por conservar la calma. Luchaba contra el impulso de rebelarse y los respingos de indignación que le palpitaban por todo el cuerpo en cuanto el comandante Frost, jefe de grupo de la BRI, emitía el mínimo sonido. Con esa frente de cabracho, sonrisa de motosierra y la mirada más vacía que las simas de Les Causses, destilaba suficiencia y no se complicaba la vida siendo educado ni humanitario. Cada vez que decía algo era para repetir machaconamente que sobre el terreno se pasaban muy putas, y le servía tanto de disculpa como de estandarte.

La habían convocado a una reunión con él en el despacho de Buron y a Capestan le costaba respirar el mismo aire. Duperry, jefe de división de la Criminal, parecía sentir no menos repugnancia, pero esta incluía también al teniente Diamant, un engranaje insignificante, y a Capestan, jefa de pública notoriedad de la hez policíaca. Aquí nadie sentía aprecio por nadie, y ni tan siquiera respeto, con la excepción del santo patrón Buron, quien reinaba, con los brazos abiertos encima de la mesa, igual que Zeus en el Olimpo. Exactamente el tipo de público que a Capestan le gustaba tener cuando le leían la cartilla.

—De eso nada —contestó Frost rechinando los incisivos—. Es solo que ustedes alucinan cuando se encuentran con policías con permiso para llevar armas. Y, dicho sea de paso, con una orden de detención. Usted, ahí sola en su rinconcito, ¿qué pensaba alegar para detenerlo? Hay que informar de los expedientes cuando no se tienen medios para sacarles provecho. Aficionados.

—Le recuerdo que los que dieron con el expediente fueron los aficionados, mientras que los profesionales excelsos llevan una semana alardeando de haber detenido a un inocente.

—¡Mujer tenía que ser! Si vieran ustedes el careto del inocente... — les dijo Frost a Buron y Duperry.

Estaba claro que ninguno de los dos tenía intención alguna de disfrutar de esa viril conversación de tíos que saben de qué va la cosa. Buron, que hacía gala de un talante moderno tan político como ya probado, no era aficionado a esa clase de chistes. Estaba presenciando,

en el papel de árbitro, una partida de ping-pong cuya pelota no iba a tardar en confiscar. En cuanto a Duperry, no escuchaba. Miraba el móvil con muy poco disimulo y soltaba un leve suspiro cada vez que transcurría otro cuarto de hora irrecuperable. En la alineación de los sillones frente al escritorio de Buron, Duperry ocupaba el de la derecha, el más próximo a la puerta. El traje impecable, la camisa azul celeste y la corbata, de elaborado nudo, contrastaban con la cazadora arrugada y las canas revueltas de Frost. A la izquierda del todo del escritorio estaba Diamant. Tenía demasiadas anchuras para meter el torso entre los brazos del sillón y había tenido que sentarse ladeado, con lo cual parecía que solo prestaba atención a su jefe. Un jefe que lo ninguneaba ostensiblemente y lo interrumpía cada vez que tomaba la palabra, chasqueando la lengua irritado.

Capestan no se dio por enterada de aquella provocación deliberadamente sexista, pero como llevaba treinta minutos aguantándole a ese fanfarrón cegato un desprecio de los que hacen época, las ganas de plantarle cara empezaban a estar al rojo vivo. No le bastaba con haberles chafado el interrogatorio, encima se permitía darles lecciones.

—Sí, seguramente es culpable, pero en un caso diferente. Ahora bien, si el nuevo sistema de la BRI es trincar a un tipo al azar y ver con qué expediente lo puede emparejar, como si fuera un calcetín, allá usted. Con lo que me quedo, al final, es con que esa elite suya estaba a miles de kilómetros de la pista. Nosotros a lo mejor somos unos payasos, pero no he visto yo destacar el nombre de ustedes en muchos frontispicios que digamos.

—Ya está bien, Capestan —intervino Buron con voz reposada.

Frost, complacido, se volvió hacia el director.

—Está usted...

—Lo mismo le digo, Frost. Sus dos brigadas se han portado de forma irresponsable. El resultado de sus tapujos y sus tanteos es que se ha escapado el principal sospechoso de un caso de triple asesinato. Y les recuerdo que uno de los asesinados era un compañero. Han dejado en ridículo a la Casa. Menos mal que esa manía que tienen los dos de hacer las cosas de tapadillo ha permitido que no se divulgue esa estampida. Pero no les he mandado venir para aguantar sus piques, estamos hablando de la policía judicial, modérense. Espero de ustedes una colaboración que honre a la institución, no guerras pueriles de bandas. Duperry, no ha dicho usted nada. Y eso que esto corre a cargo de su brigada.

Apartando de mala gana la nariz de la pantalla, Duperry se metió el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta gris. Esbozó un ademán de disculpa que solo iba dirigido al director.

—Un caso que está en marcha, tengo que dar el visto bueno a las investigaciones... —cuchicheó en tono confidencial antes de aclararse la

voz—. Efectivamente, este triple asesinato está a cargo de nuestra brigada. Sin embargo, por respeto a la memoria del comisario Rufus y deseosos de honrar el empeño que pone la BRI en resolver esta investigación, no queremos meternos en sus indagaciones. Las labores de coordinación resultan con excesiva frecuencia complicadas y preferimos remitirnos con total confianza a las decisiones de la BRI, en quien hemos delegado por completo. Solo intervendremos al final del todo, atribuyéndoles, por descontado —recalcó con sonrisa untuosa—, todo el mérito del desenlace.

Luego, volviéndose hacia Buron con una malicia forzada en los ojos, añadió:

—En el caso de que haya desenlace, claro.

En el presente caso, Duperry se lavaba las manos, especialmente de todos los fracasos que tachonaban la investigación desde el principio. A la Criminal nunca le había entusiasmado la BRI y no tenía intención ahora de empañar su blasón inmaculado en tan lamentable compañía. En cuanto a la brigada de la calle de Les Innocents, era algo irrisorio de lo que el jefe de división se había olvidado por completo; así de sencillo.

Frost, cuya incapacidad para las sutilezas le había impedido quedarse con nada que se saliera de los principios de delegar y recordar, cabeceó a su vez, mirando a Buron. Tenía intención de dictar también él la exclusión de la brigada de Capestan.

—Bueno, pues supongo que nos quedamos con todos los expedientes...

Buron cerró las gafas y se hundió en el sillón, como si estuviera considerando en serio esa eventualidad. A Capestan le corrió por el espinazo un escalofrío de angustia y de incredulidad. ¡No se atrevería! El director le dio vueltas a la patilla de las gafas entre el pulgar y el índice y luego se dirigió directamente a la comisaria:

—Debería haberle transmitido el expediente de Lyon al teniente Diamant nada más volver. Y también lo que descubrieron anteriormente sobre Jacques Melonne. No se lo pienso repetir dos veces, Capestan.

Irritada, la comisaria se contuvo para no argumentar que no se lo había dicho ni una vez y que, concretamente, le había especificado de forma clara que fuera reservada. Capestan sabía que la supervivencia de su brigada estaba directamente relacionada con los rodeos de aquel mentor que practicaba el arte de la hipocresía. Estaba cebando a las dos aves de presa que rodeaban a Capestan. Así que la comisaria asintió.

—Tomo nota, señor director.

—Bien. En tal caso, los términos de la colaboración se quedan tal cual. La insto sin embargo a no cruzarse en el camino de las brigadas del número 36.

Una cosa y la contraria; informen, pero sin exhibiciones. La comisaría interpretaba con toda facilidad las filigranas de Buron. Y Frost, no.

—Con todo respeto, estará usted de broma, señor director —dijo—.

Entiendo que haya pensado que la amiguita del hijo podría aportar otro enfoque, pero ya hemos visto los resultados... Existe un conflicto de intereses, esto no va a funcionar nunca y sus discutibles decisiones nos estorban para la buena marcha de la investigación.

Sin alzar la voz, Buron miró a los ojos a Frost para ratificar quién tomaba allí las decisiones. El director no tenía que justificar sus preferencias.

—Quiero que la policía judicial tenga a su disposición toda la diversidad de talentos de sus componentes. No exijo sinergia, sino buenas relaciones. Y deseo que se me tenga al tanto diariamente de cómo evoluciona la investigación. Teniente Diament, cuento con usted también.

El teniente, sorprendido de que se dirigieran directamente a él en aquella reunión en la que Frost le había quitado la palabra de entrada, tartamudeó por un instante antes de recobrar todo su envaramiento natural.

—Afirmativo, señor director.

Antes de que Frost dijera una palabra más y cuando Duperry estaba levantando una nalga del sillón, Buron dio por terminada la reunión poniéndose las gafas antes de abrir otro expediente.

—Señora Capestan, caballeros, pueden retirarse. Adiós.

## 24.

Rosière, con el manuscrito debajo del brazo y Pilú pegado a la pantorrilla, se fue derecha hacia Capestan, que se estaba tomando un té en el aire gélido de la terraza desierta.

—Te traigo una mala noticia, Anne.

Una mala noticia. A Capestan acababan de ajustarle las cuentas; uno de sus colegas, Orsini, estaba probablemente implicado en un caso de triple asesinato, y el principal sospechoso se había esfumado tan deprisa como un caramelo a la puerta de un colegio. Una mala noticia. En ese preciso momento a Capestan no se le ocurría qué otra cosa podría mejorar su colección.

Aprovechando que estaban en la terraza, Rosière soltó el manuscrito en una tumbona y sacó uno de sus largos cigarrillos. Cerró de golpe el mechero de oro y exhaló una bocanada corta antes de especificar:

—Tiene que ver con tu suegro...

Sí. Su marido podía mejorar la dichosa colección. En esta investigación, a Aquiles le quedaba un talón libre donde podían volver a herirlo. ¿Qué recado iba a tener que llevarle a Paul? Su suegro, por una vez en la vida, aparecía en este caso con un perfil digno. ¿Rosière iba a proporcionarle lo necesario para cargárselo? Una «mala noticia» no olía a gamuza para sacarles brillo a las medallas; al acabar, no habría nada que reluciera. Capestan siguió removiendo el té, sin mirar a la capitán. Luego, levantó la cara para indicar: «Venga, suéltalo, te escucho».

—Esto es lo que hay. He leído y vuelto a leer el manuscrito; está cifrado. Empecé por contrastar los lugares, los cometidos, los nombres, las edades y las iniciales; luego fui más al fondo, desmontando por lo menudo las motivaciones de los personajes. Y, al llegar ahí, aislé a los protagonistas del atraco. Los he comparado con los expedientes que teníamos, para afinar los currículos y trazar el itinerario en la vida real. Encaja. Alexis Velowski era un cómplice, no un simple testigo. Me parece incluso que era el cerebro del asunto. Pero no había previsto que se convertiría en un drama, y se vino abajo. También Rufus era cómplice. En el texto, el hombre en quien se encarna la justicia necesita fondos para poner en marcha la carrera pública de su hijo. Y la identidad del mecenas del libro podría corresponder a la del productor del trío que montó tu exmarido.

—¿Cómo dices?

—Fue la pasta del atraco que organizó tu suegro la que le permitió a tu marido jugar a los humoristas.

Capestan movió la cabeza y cogió el expediente de una de las tumbonas. Se sentó y dejó la taza en la mesa de metal pintado. Rosière se acomodó enfrente, con el perro debajo del asiento.

Rufus era un vendido. No es que fuera una sorpresa fulminante. Esta capitulación profesional no era sino el remate de una penosa existencia. Pero lo había hecho por su hijo, que le debía la fama a la ocultación de un delito.

Capestan no sabía cómo iba a afectarle a Paul aquella financiación. ¿Culpabilidad, arrepentimiento o, al contrario, rechazo definitivo de aquella corrupción y de aquella injerencia? Así, en caliente, Capestan no estaba segura de querer contárselo. Ya lo pensaría más adelante.

Quedaba lo de la investigación. Si Rufus estaba implicado, se entendía mejor que su unidad se hubiera tomado tan a la ligera su intervención en algo tan serio como un atraco. La policía había acudido para dejar que se escapasen. Rufus seguramente no se esperaba que corriera la sangre.

—¿Quién acudió a quién para organizar el golpe? —preguntó Capestan, recorriendo con el dedo el asa de la taza—. ¿Sabes quién los presentó y quién tenía contactos?

—Melonne. Velowski y él crecieron en el mismo barrio. El manuscrito no especifica cuál, ni los expedientes de la policía tampoco. Cuando Velowski llegó a banquero, Melonne, que tenía ya unos cuantos antecedentes, reanudó la relación. Melonne era un atracador, pero no un sociópata. Nunca le disparó a nadie. Y le hacía de soplón a Rufus. Los tres debían de tener los mismos sueños de grandeza y de dinero fácil. El error, la incógnita, era meter a Ramier. Y aquí también fue Melonne quien hizo de intermediario. Lo había conocido en la cárcel, de jovencito. No supo calibrar lo peligroso que era aquel individuo. Rufus tampoco. A Ramier, por entonces, no lo habían identificado en los golpes grandes y tenía unos antecedentes de *pringao*.

—¿No participó nadie más?

—Puede que sí; no puedo asegurarlo. Para el análisis me basé en los datos de los que disponíamos.

Dos palomas acudieron, con rumor de alas, a arrullarse en la esquina opuesta de la terraza. La presencia de dos seres humanos sentados pacíficamente, al ralentí por el frío invernal, no bastaba para impresionar a las aves parisinas. Los escasos metros de hiedra a media asta eran un solaz en el paisaje mineral de la plaza. Se adueñaban de él. Piloto suspiró; no iba a tener más remedio que levantarse para poner un poco de orden.

Melonne había cobrado una cantidad considerable; daban fe de ello sus viajes de ida y vuelta a Suiza. La había gastado con prodigalidad, para resarcirse de los dos cadáveres que seguramente lo obsesionaban por la

noche. Velowski, a quien también le corroían la vida, había optado por la autodesaparición; el dinero le había permitido retirarse del mundo. Pero ¿y Rufus? Capestan llevaba veinte años sin verlo. En su informe sobre rumores, Merlot no había incluido ningún indicio de vida opulenta.

—Después de la detención preventiva, cuando creían que habían resuelto el caso, los vaqueros esos nos pasaron unos expedientes. ¿Estaban ahí los extractos bancarios de Rufus?

—Creo que sí. Pero a un poli ni se le habría ocurrido meter su dinero sucio en la caja de ahorros. Ah, oye, podemos mirar a ver si hay reintegros en efectivo: si no vemos ninguno, eso es que tenía una reserva oculta.

—Sí. Sabremos si escondió la guita en algún sitio y si es la dirección de ese sitio lo que Ramier intentó sacarle torturándolo.

—O a lo mejor lo metió todo en la carrera de su hijo.

Rosière aplastó la brasa del cigarrillo en el cenicero y luego le dirigió a su colega una sonrisa de lo más maternal.

—Esta vez vas a tener que ir a verlo, chatita.

Capestan asintió. Tampoco es que pudiera elegir. Los escalofríos de impaciencia y de contrariedad chocaron, se fusionaron y se evaporaron, cediendo el sitio al vacío.

También estaba el asunto de divulgar la información. Igual que en lo referido a Orsini, el silencio era seguramente la mejor opción.

—¿Se lo has contado a los demás?

—No. Ese follón es tuyo, no nuestro. Tú decidirás.

Y a Capestan, que aborrecía ocultarle algo a su brigada, se le presentaba un segundo caso de conciencia. En aquella investigación, los había puesto a todos a currar y los había pinchado a todos para, al final, no revelarles ninguno de los descubrimientos. No le gustaba mucho mirarse en ese espejo.

Con la corrupción de Rufus, iba a volver a empañar la reputación de un policía. Otra vez iba a tener a uno en el punto de mira y a todos los demás en contra de ella. Y a lo mejor, incluso, ensuciaba a dos, contando a Orsini. Los de Les Innocents habían acertado al mostrarse remisos al principio; iban a bajar rodando unos cuantos pisos más.

Por otra parte, a la Criminal y a la BRI no les habían dado el manuscrito. E incluso aunque se hicieran con él, no tenían a Rosière para descifrarlo. Esas informaciones, si ella lo decidía así, podían quedarse encerradas entre aquellas cuatro paredes.

¿A quién contar lo vergonzoso y a quién mentir? ¿A la brigada? ¿Al número 36? ¿A la justicia? ¿A Paul? ¿A quién decirle qué?

Capestan les daba vueltas y más vueltas a esas preguntas en la cabeza, igual que se pone bocabajo un jarrón desportillado para arreglarlo. Un golpe y todo se haría pedazos.

Tenía que enfrentarse con Paul y deteriorar la imagen que había prometido, demasiado a la ligera, no tocar cuando le comunicó el

asesinato.

Capestan podía también callar ese punto y esperar un diluvio oportuno.

Pero tenía que volver a ver a su marido; de eso al menos no cabía duda. El deseo, el miedo y la culpabilidad riñeron otra batalla de la que Capestan fingió no enterarse.

La comisaria buscó una excusa en la mirada de Rosière, rebosante de compasión y certidumbres. Soltando un profundo suspiro, muy despacio, cogió el móvil que estaba esperando encima de la mesa, al lado del té que se había quedado frío.

25.

Las filas de butacas vacías del teatro a la italiana se alineaban en la oscuridad. Al fondo, en el escenario encendido, había un joven rebosante de energía y de soberbia. Paseaba por las tablas con cara de preguntarle al mismísimo Dios Padre qué le parecía su monólogo y si lo había entendido todo. Exigía más luz, más sonido, más risas. Tenía talento, pero tenía aún más ambición. Capestan reconoció aquella cara que, con un mohín entre ingenuo y chistoso, aparecía en unos carteles por todo París.

Dios no le contestaba; el director, en cambio, sentado en el centro de la sala, le daba indicaciones con su voz espléndida, que tenía el timbre justo en ese diapasón que le erizaba el espinazo a Capestan. La comisaria se detuvo a la entrada de la sala y, sumida en la oscuridad, contempló el abundante pelo cuyo tono rubio aparecía por transparencia a la luz de los focos. Las espaldas anchas se salían del sillón. Con los años, había ganado peso sin engordar. Paul no se descuidaba. Era coqueto. Bastante se había metido con él su padre en ese aspecto. El hijo había heredado su postura, muy viril, pero sin la parte rústica. Un humorista, un vacilón. Leal y simpático, pero que huía de la adversidad con un empeño que le venía directamente desde la infancia. Cuando Capestan había perdido pie, no había aguantado ni un año. Ella había dejado de reírse y él había dejado de quedarse. La sentencia había llegado sin apelación y sin demora.

Anne sabía que no se había portado de forma equilibrada, y ni siquiera amable. Por entonces se mostraba dura, reservada, cortante. Tenía todas las fuerzas puestas en otras cosas, las investigaciones y la necesidad de seguir a flote. No le quedaban recursos para seguir siendo soportable sin más. Aquella existencia junto al príncipe supremo de las veladas deslumbrantes la hacía caer en plena esquizofrenia y también, a veces, en pleno resentimiento. Enamorarse de Paul había sido una acrobacia que le había puesto el estómago del revés. Había ido en busca de lo luminoso, de la alegría, de la inteligencia; pero, al compararlo con lo que estaba pasando ella en su oficio, de pronto aquello le pareció indecente. Lo intentó. No lo bastante.

Paul tampoco.

Capestan soltó aire. Le guardaba rencor a esa silueta que dirigía la escena desde la butaca, con voz reposada. Pero, al tiempo, la impaciencia le agujoneaba las piernas y la impulsaba a bajar, siguiendo las filas de asientos, lo más deprisa posible, para sentarse a su lado y respirar juntos

en aquel teatro apagado. Lo malo era que tenía que hacerle unas preguntas.

Al verla en la otra punta de la fila, Paul se puso de pie en el acto con aquella cara suya de traca final; la parte de abajo de la butaca le entorpecía las rodillas. Con mano solícita le indicó a Capestan que se acercase. Capestan fue siguiendo la fila y pensó en dejar una butaca vacía entre los dos, pero acabó por quedarse en el asiento contiguo. Abrazándola por el hombro, le dio un beso rápido en la mejilla. Se sentaron y miraron luego al individuo que levantaba el tono en el escenario, dando de lado el tema de los asesinatos y las sospechas. Paladearon así por unos instantes el contacto de sus auras, como si estas volvieran a encontrarse con alivio. Por capilaridad, benevolente transmisión del tejido a la epidermis, Capestan sentía el algodón de la camisa de Paul pegado al cachemir de su jersey. Tras disfrutar de ese instante de gracia y antes de que tomase las riendas de sus resoluciones, la comisaria empezó a decir, en sordina:

—Vamos adelantando. Seguramente hemos identificado al asesino de tu padre. Max Ramier, no sé si te sonará de algo. Esta es su foto — añadió, enseñándole en el móvil la imagen proporcionada por la policía.

—No... Nada que me venga ahora a la memoria, por lo menos.

—¿Estos tampoco? —preguntó la comisaria pasando a las fotos de Melonne y Velowski.

—Esos a lo mejor. Pero es algo muy borroso, no voy a poder decirte nada concreto. Y... ¿se sabe por qué lo mató?

—Parece claro que fue un arreglo de cuentas.

Capestan titubeó brevemente. Ahora era cuando había que decirlo o no decirlo.

—Se trata de un atracador, y un asesino por añadidura. Tu padre lo detuvo y lo mandó a la cárcel. Al salir, se vengó.

Paul asintió con la cabeza. Asimilando una información que, seguramente, no había esperado que le resultase favorable a su padre. ¿Qué sabía él de la corrupción de ese policía? ¿Y si, a fin de cuentas, ya estaba enterado? Capestan no habría podido asegurarlo, y aquella duda, que nunca se le había pasado por la cabeza, la alteró de repente.

En cualquier caso, ya había elegido un camino. Mentir por omisión, y por ahí tenía que seguir. Incluso aunque dificultase las siguientes preguntas y obligase a Capestan a decantarse por maniobras de distracción.

—¿Qué tal te funciona el nuevo?

—Muy bien. Hay que estar muy pendiente de él, pero ya empieza a ser conocido de verdad. Tiene en YouTube unas cuantas píldoras televisivas; es el candidato ideal para los concursos de los viernes y se va forjando su estrellato con mucho empeño.

—¿Y tú? ¿Sigues sin ganas de volver a las andadas?

—A veces...

Paul se atusó el pelo en una parodia de arrogancia.

—Me enteré ayer de que ya no era un artista acabado.

—¿Otra vez estás de moda?

—No, no. Soy *vintage*. Es solo cierta efervescencia, pero la idea de volver a juntarnos se está abriendo paso en las productoras. Cine en esta ocasión. Un largometraje, en plan reencuentro nostálgico.

—Bien...

Paul hizo una mueca que incitaba a no entusiasmarse demasiado.

—Si el guión se sostiene, puede quedar muy bien, sí.

—Supongo que hay que encontrar fondos.

—Ah, sí, claro. De eso se trata, precisamente —dijo Paul, calibrando su afeitado con la mano.

—¿Cómo llegasteis a París en los primeros tiempos?

Paul soltó una risa breve.

—¿De verdad quieres saberlo? No tengo ni la menor idea.

—¿Estás de broma?

—No; ya sé que parece increíble, pero hay que ponerse en la situación de entonces. ¿Te acuerdas de cómo era yo a esa edad? Menudo fantasma. Esos asuntos los llevaba más bien Denis, yo me limitaba a pavonearme.

—Y algo más, Paul. Deja ya eso.

El desmerecimiento tallado a cincel seguía grabado en la peana. Nadie había podido lijarlo nunca. Sin embargo, además de pavonearse, Paul había escrito de punta a cabo aquellos *sketches* con los que millones de personas se habían muerto de risa. Su sentido del humor daba en el blanco sin herir nunca, uniendo a las masas, y ello a costa de un esfuerzo y un rigor del que no habría sido capaz ningún fantasma. Del tema económico, en cambio, se ocupaba bastante poco, no quedaba más remedio que reconocerlo. Y habría que comprobar con Denis esos asuntos de producción. Él tenía que saber cosas que Paul ignoraba; y saber, sobre todo, por cuánto salía la producción.

—Bah, no es que fuera yo ningún fénix por entonces; y no aspiraba a mucho —dijo Paul con muy poca indulgencia en el tono—. Lo único que me preocupaba era salir adelante y vivir mi vida. No era consciente ni de las circunstancias, ni de las causas, ni de las consecuencias.

—Intentabas evadirte. Y tenías la edad que tenías.

Paul se encogió levemente de hombros y la camisa rozó el terciopelo de la butaca.

—¿Tú también la tenías? —preguntó con sinceridad.

—Un poco. Pero algo menos —admitió ella, sonriendo.

—Ah.

Menos cuando estabas tú delante, pensó ella. En aquella época, Paul le quitaba de encima diez años y cien puntos de cociente intelectual. Bastaba con que hiciese acto de presencia para que a ella se le cortocircuitasen las neuronas. Eran los primeros tiempos del amor,

cuando en la cabeza solo tenía gelatina, y diodos por el resto del cuerpo.

—Esto que me estás preguntando ¿tiene que ver con la investigación?

—No, en absoluto —mintió ella.

Las butacas aquellas no propiciaban las conversaciones cara a cara, lo cual facilitaba las cosas.

—El atraco fue cuando estabais todavía en Lyon. ¿Te acuerdas de si tu padre tenía trato con gente rara u horarios que se salieran de la normalidad? ¿Amenazas o chantaje quizá?

Titubeó y añadió, aunque fuera lo habitual:

—¿Cambios de humor?

—Cambios de humor. —Paul soltó un profundo suspiro—. Sí, los últimos años de Lyon fueron peculiares, pero no sabría muy bien decir por qué. Estaba descubriendo una vida diferente, a gente distinta, la necesidad de empezar a defenderme solo también. Ya no vivía en casa. ¿Se portaba de otra forma porque tenía un hijo adulto en la casilla de salida o era por el trabajo por lo que había cambiado de actitud? La verdad es que no puedo decírtelo. Te repito que en aquella época, fuera de ti y de mi carrera, no me enteraba de que existiera nada más. Y a mi padre ya lo tenía muy visto.

—Sí, sí. Y últimamente, ¿lo veías? ¿Te fijaste en algún detalle, en si estaba algo nervioso?

—No.

Paul clavó la vista en una pelusa fantasma de los vaqueros, la quitó despacio y, luego, se volvió hacia Capestan.

—No volví a verlo después de la boda, ¿sabes?

Capestan lo sabía.

26.

*Alrededores de París, septiembre de 1993*

En la habitacioncita del hotel rural, Paul intentaba, nervioso, hacerse el nudo de la corbata, pero le temblaban las manos de rabia. Veía el rictus asqueado de su padre en la luna del armario. Con la superioridad de su elevada estatura y de aquellos músculos que amenazaban con reventar las costuras del traje, le estaba soltando una arenga a su hijo con la esperanza de que renunciara, de que se echara atrás.

—No estarás nunca a la altura de una policía, no tienes talla para eso, solo eres un gracioso. Mírate, con esa corbata tan conjuntada. ¿A que has tardado horas en elegirla? Por no hablar del dineral que te habrá costado ese trajecito de *playboy*. Hala, ahí lo tenéis, tan bien afeitado, tan perfumado, tan trajeado...

—Cállate de una puta vez —le soltó Paul.

Esta vez, a Serge se le puso una sonrisa aviesa; se acercó y lo miró de arriba abajo.

—A tu padre no le hables en ese tono, que no te lo puedes permitir. Y óyeme, mocoso de mierda. A Capestan tampoco te la puedes permitir. Va a tener que enfrentarse a cosas de las que tú no tienes ni la más remota idea. Mientras tú andas de copichuelas por las noches, ella se comerá unos marrones de los que tú no quieres ni enterarte. Y cuando vuelva a casa y necesite apoyarse en un tío sólido, que sepa encajar, ¿con qué va a encontrarse? Mírate, cojones, ¿con qué va a encontrarse?

—Con un hombre que le hable, que la escuche y que no le pegue hostias a su hijo. A lo mejor a mamá le habría gustado tener algo así.

Paul no se atrevió a pronunciar el «pedazo de capullo» que venía detrás. Notaba que le iban subiendo las lágrimas y no quería darle esa alegría ni darle la razón. Joder, por fin le pasaba en la vida algo hermoso, bueno, grande, algo que le iluminaba todos los rincones, y resultaba que no, que la oscuridad seguía al acecho e intentaba crecer y ser una amenaza para todo.

—Tu madre siempre pudo contar conmigo...

—¿Contar con quién? El peor marido que pudo tener eras tú, ese pedazo de macho que le dio una vida de mierda; se murió de pena.

El puño le arreó en la ceja, que se le abrió con el golpe. Cegado, sonado, Paul chocó contra el armario y rompió el espejo, cuyos cristales se esparcieron por el parquet. Consiguió mantenerse de pie, aferrándose con los dedos engarfiados a la puerta del armario. Un trozo de cristal que

se había quedado pillado en el marco le hizo un corte en la palma de la mano. Se limpió los ojos con la manga de la camisa almidonada. El resplandeciente color blanco de la tela estaba manchado de rojo; el traje y la corbata se empapaban de la sangre que le corría desde la ceja. Paul levantó la cabeza y vio la mirada satisfecha de su padre, dispuesto a volver a golpearlo para demostrarle quién mandaba allí. Otra vez se alzó el terror, que desde tan lejos llegaba, desde antes de la memoria, inscrito ya en un cuerpo muy pequeño. Mucho peor que el dolor, le paralizaba los miembros y el pensamiento, todos los instintos que podían ayudar a defenderse ante la mismísima encarnación del mando.

Pero Paul había crecido. Rugby, boxeo, *hockey*, artes marciales y provocaciones de fin de fiesta, había hecho de todo para hacer suya la violencia. Llevaba ya varios años preparándose. Estaba esperando la oportunidad, la chispa que apagase el miedo.

—Hoy es el día de mi boda, papá. No deberías andar jugando con los símbolos. Es el momento en que las situaciones dan un vuelco.

Con el ojo hinchado y medio abierto, Paul se estaba incorporando. Se daba cuenta de que era tan alto como su padre. O puede que incluso más. Y no menos ancho. Desde su edad más remota, un aflujo de fuerza le llegó a los brazos y le dilató la caja torácica: Paul agarró a su padre por las solapas y le soltó en la barbilla un gancho henchido de rabia.

De un solo golpe, lo dejó KO.

Lo despertó a bofetadas.

—Vete a tu cuarto, cámbiate y límpiame también tú la sangre. Me caso dentro de quince minutos.

El alcalde miraba alternativamente el rostro sublime de la novia y la cara tumefacta de su futuro marido. A Paul le daba pena el pobre hombre, que mascullaba, tartamudeaba y no paraba de consultar sus notas, incapaz de concentrarse.

Anne, con veinte años, llevaba un vestido crema de original sobriedad; la coronaba un moño cuya elegancia residía en la sencillez. Paul había sacado los vaqueros y el polo verde que pensaba ponerse al día siguiente. Lo que seguramente alteraba aún más al edil era la total ausencia de estrés o de contrariedad en el comportamiento de la futura esposa y la radiante sonrisa de la felicidad más pura en la jeta hecha un cristo del novio.

Tras el enfrentamiento, Paul se había calmado la rabia en la ducha. Había hecho una bola con la ropa ensangrentada, la había metido en la bolsa y se había cambiado. Poco a poco, el odio había retrocedido para hacer sitio a la única verdad del momento: había respondido. Su padre, tras ordenárselo él, había salido de la habitación. Por primera vez había hecho retroceder al enemigo, que no volvería a arriesgarse, como buen conecedor que era de la campana final. Ahora podía unir su vida a la de

Anne, estaba libre de trabas. El miedo aún le duraría años, estampado en el córtex, pero la voluntad iba por delante.

Cuando entró en la habitación de Capestan para avisarla, a esta se le descompuso la cara. Dijo él las primeras palabras y ella en el acto hizo un movimiento para ir hacia la puerta. Paul la sujetó. Hablaron. Esta guerra era de él. Le explicó la rabia y la paz. Y ahora, incluso, la alegría; notaba que lo henchía una existencia nueva; los estaba esperando una ceremonia. Ella mostró su sonrisa, esa que ponía patas arriba todos los pronósticos del tiempo. Bajaron y se fueron juntos al ayuntamiento.

Tras officiar trabajosamente ante una sala llena y perpleja, el magistrado los declaró por fin marido y mujer. Intercambiaron unas alianzas finas, juveniles, y se dieron un beso muy rápido; los invitados estaban mirando. Y además, a Paul aún le dolía mucho el pómulo.

Los recién casados se volvieron, de cara a la asistencia. Las familias se esforzaron por sonreír; distribuidas cada una por un lado de la sala, se miraban con desconfianza. El padre de Paul, desfigurado también, estaba tieso como un palo, con los labios apretados y mirada amenazadora. Los tíos y primos, apurados, no muy sorprendidos, fingían no verlo, al tiempo que evitaban mirar a la familia Capestan. Resultaba muy incómodo.

Los familiares y amigos de Anne, sin dejar de conservar una apariencia de perfecta dignidad y poniendo, incluso, cara de no haber notado nada fuera de lo normal, parecían no entender ni jota de aquella historia, de aquella equivocación. Seguramente se estaban preguntando si su decepción debería ser aún más honda y afectar a los propios fundamentos del aprecio que sentían por aquella niña traviesa y cariñosa que se había hecho mayor de un modo tan peculiar.

Ya al hacerse policía, Anne había escogido una vía poco habitual. Aunque sus éxitos en la escuela de Saint-Cyr le habían abierto de par en par las puertas de los cargos más prestigiosos en ese ámbito, puestos a quedarse en el ramo de la justicia, la magistratura habría parecido más lógica para una joven de su condición. Pero, como decía su abuelo, con más disgusto que admiración: «Anne es muy suya; una excéntrica». Con aquella boda, andaría a partir de ahora coqueteando con la condición de paria. Nadie quería emitir un juicio, por supuesto, pero los enlaces tan poco homogéneos no solían salir bien. Llegado el momento de criar a los hijos, esas diferencias, que la fuerza de las pasiones postadolescentes borran, no tardarían en salir a la luz y la pareja volaría en pedazos.

Paul era consciente de que su atuendo, su cara y su padre fomentaban en su familia política unas aprensiones ya muy arraigadas y, seguramente, lógicas. Lo sentía mucho por Anne y no paraba de peinarse para minimizar los daños.

A su lado, Anne pasaba de todo. Estaba radiante y no le importaba nada más.

Los amigos y los testigos, tranquilizados, habían trabado

conocimiento y se caían la mar de bien. Con el tema de conversación que les brindaba la ceremonia ya estaba colocada la alfombra rosa.

Había llegado el momento de ir al hostel para la cena y el baile. Anne y Paul habían escogido algo sencillo. En parte para no recalcar más las diferencias, y mucho más porque Paul tenía empeño en que la factura corriera solo de su cuenta. El lugar era acogedor y rústico, perfecto para los cerca de sesenta comensales.

Todos los invitados se acomodaron en dos largas mesas de banquete, algo sorprendidos al ver que los cócteles de bienvenida se habían servido con antelación y las postreras burbujas espiraban en la superficie. Todos alzaron la copa tibia para brindar por el enlace, teniendo buen cuidado de no sacar a relucir los pésimos auspicios con que se estaba celebrando. Luego, esperaron las fuentes. Mucho rato.

Por fin, el dueño, con la chaquetilla blanca de cocinero, los ojos encarnados y cara de pocos amigos, trajo unos cuantos platos de entrantes. El joven ayudante, nada a gusto con sus pantalones de cuadritos, repartía platos también. Cuando pasó cerca de Paul, este se inclinó por encima de la mesa para preguntarle en voz baja:

—¿Qué pasa?

El muchacho rebulló, incómodo, y echó una ojeada a su espalda para ver si podía oírle el dueño.

—La jefa. Se ha ido esta mañana. Lo ha dejado. Así que, claro, un banquete de bodas no es lo ideal... Le cuesta. Y por sí fuera poco, viéndolos a ustedes tan felices, se desmoraliza.

Paul y Anne cruzaron una mirada desconsolada.

—Pobre hombre...

—Pues sí, porque, además, el problema es que los platos se están enfriando porque del servicio se encargaba ella.

—Pero... ¿no tienen a alguien de refuerzo que pudiera arrimar el hombro? —preguntó Paul, siempre a media voz.

—Pues por esta zona, en sábado y en el último momento, no se me ocurre nadie. Además, no creo que esté en condiciones de llamar a nadie...

El ayudante miró al cliente a los ojos; aún le quedaba algo por soltar para rematar su misión.

—Y encima, lo siento mucho por ustedes y por su fiesta y todo eso... pero la jefa... se ha largado con el equipo de sonido... Para joderlo aún más.

Sacudió la cabeza, consternado.

—Lo del baile va a ser un problema.

Tras un rato largo de silencio, Paul y Anne notaron los primeros síntomas de un ataque de risa nerviosa. El día empezaba a pasarse de complicado y lo absurdo de la situación empezaba a tomarle la delantera a la compasión.

La voz sepulcral del dueño, al que no habían oído volver, se alzó al

lado del pinche, que se esfumó en el acto.

—No se preocupe, estamos en ello, estamos en ello, le voy a sacar a usted adelante el banquete.

—Sí, sí... No me preocupo, desde luego —admitió Paul, conciliador—. Pero ¿permite que le echemos una manita en el servicio?

—Si le parece necesario...

—Sí, sí. Me parece.

Los testigos y los primos se turnaron sin fallar durante toda la velada para garantizar un servicio poco ortodoxo pero eficaz. Nadie tuvo en cuenta las huellas de dedos en los platos; los cubiertos no siempre tuvieron claro si iban a la izquierda o a la derecha; pero a nadie le faltó de nada.

Denis se había chapado cincuenta kilómetros de ida y vuelta en moto: iban a tener un equipo de sonido para los CD. Sentados ambos en el centro de una mesa cuyos comensales no paraban de levantarse para ir a buscar fuentes, y levantándose también ellos cuando les tocaba, Paul y Anne se cogieron de la mano un momento.

—Va todo bien, ¿no?

—Maravillosamente.

Anne hundió la mirada en los ojos de Paul, como sabía hacerlo para dejarlo clavado a la pared.

—Maravillosamente, de verdad.

A Paul se le hinchó el pecho como a un orgulloso zepelín. Era feliz. Apenas si notó una punzada cuando su padre se fue del hostel, sabiendo que no volvería a verlo.

Cuando, a las cinco de la mañana, Paul fue a ver al dueño, que seguía muy afligido, para abonarle la cuenta, este le dijo que Serge Rufus ya lo había pagado todo.

Paul no supo nunca si había sido para que lo perdonara o para humillarlo por última vez. No se atrevió a decirle nada a Anne.

27.

Sentada, en el museo de Orsay, delante de *La encantadora de serpientes*, Capestan se preguntaba qué maldición se cernía sobre el pueblo francés para que cada vez que tenía un momento de recogimiento ante una obra magna, sombría y poética del Aduanero Rousseau, el grupo La Compagnie Créole empezase a cantarle dentro de la cabeza: «Comme dans les, comme dans les, comme dans les tableaux» [6]. Que, por cierto, a ella le gustaba bastante.

Al salir de la entrevista con Paul, la comisaria había llamado directamente a Denis para quedar con él. Desde aquel mismo momento, estaba haciendo tiempo en ese banco y preguntándose por qué exactamente no había dicho nada de que su suegro fuera un corrupto. ¿Para proteger a quién?

¿A Serge Rufus y lo que quedaba de su imagen? ¿A Paul y su incierto dolor de huérfano? ¿A sí misma y su condición de mensajera? ¿A sí misma y su última oportunidad de que su marido decidiera recuperarla?

—¡Uah!

Capestan se sobresaltó cuando las patas de una fiera la agarraron por los hombros. Estaba tan ensimismada que no había oído llegar a Denis, con un pañuelo de papel al cuello y recién maquillado, listo para su siguiente escena. Cumplidos los cuarenta, su encanto guasón se había acentuado y los mofletes habían cedido el sitio a un temperamento en bruto de hombre de acción. Hecho de una pieza, con el pelo al rape y la nariz aquilina, Denis parecía siempre a punto de subirse de un salto al capó de un coche para impedir alguna explosión. La ventaja de tener amigos muy famosos es la posibilidad de verlos evolucionar en las vallas publicitarias si por casualidad estás una temporada sin coincidir con ellos. Era el triunfador del trío, la punta de lanza de esa comparación que los iría acompañando en toda su carrera.

Denis se inclinó hacia Capestan y se dieron un golpe con la frente en la sien izquierda y luego en la sien derecha, una costumbre que habían cogido un día en que Denis se estaba burlando de un conocido humorista que daba besos al aire para no estropearse el peinado, o algo por el estilo, no estaban ya muy seguros de la historia, solo había perdurado la tradición.

—¿Qué tal, preciosa?

—Bien, ¿y tú, guapetón?

Denis abrió los brazos para aludir a la superproducción que, una vez más, estaba protagonizando y cuyo rodaje transcurría a sus espaldas. Un

*thriller* que transcurría en parte en Orsay, que el Louvre ya estaba muy visto.

—Mientras nadie empuje la escalera y yo siga en lo alto, todo va bien. Mis padres están bien de salud, los amores abundan, las vacaciones están al caer, todo rula. ¿Y tú? ¿Se van acabando estos últimos años de reclusa? ¿Vuelves a los mojitos?

El humorista sonrió, los mojitos eran cosa de sus juergas de juventud; caían ya lejos y Denis lo sabía. Preguntó, más en serio:

—¿Has vuelto a ver a Paul?

—Sí. De hecho, por eso es por lo que he venido.

Detrás de ellos, los vozarrones de los directores de fotografía y de los técnicos de sonido echaban broncas a los becarios de luces y a los asistentes de los micrófonos jirafa, mientras otras voces encaramadas en los tonos agudos del estrés pedían a gritos *planning*, presupuesto, silencio.

—Se ha muerto su padre, Serge. Asesinado.

—Vaya por Dios.

Denis volvió la cara hacia los cuadros que tenía a la derecha. Varios pensamientos parecieron cruzarle por la cabeza y Capestan no tenía la seguridad de poder descifrarlos todos. Entre ellos no estaba la sorpresa. Volvió a mirar a Anne.

—¿Sabes quién ha sido? ¿Y Paul, cómo está, cómo lo lleva?

—Paul no está demasiado mal. En cambio, en lo que tenga que ver con la investigación, no te molestes si no entro en detalles —dijo Anne, con un mohín de disculpa—. Pero tengo que hacerte una pregunta.

—Soy todo oídos —dijo Denis, en jarras y frunciendo el entrecejo.

—Cuando os vinisteis a París para actuar en aquel café teatro, os costaría dinero, ¿verdad? El alojamiento, los gastos... Además, erais coproductores.

—Sí —confirmó él con mirada huidiza.

—¿Quién lo pagó?

Capestan tenía la esperanza de que Denis le dijera la verdad. Habían sido muy amigos, pero llevaban dos años largos sin verse. Y los asuntos de dinero, como los de la policía, conducían a los tapujos. Sobre todo en el caso de los famosos aquejados de paranoia.

—Vale, vale —se resignó el actor—. Fue Serge. Me hizo jurar que no diría nada, pero en aquella época me dio una gran cantidad de dinero. En efectivo.

—¿Cuánto?

—Quinientos mil francos.

—Vaya, no está mal —dijo Capestan con un silbido—. ¿No te extrañó?

Denis restregó una pelusa en el reluciente parquet del museo con la punta de las deportivas.

—Sí, un poco. Pero..., bueno, ya sabes la clase de tío que era; no me dio por entenderlo, lo cogí.

—Y ¿te dijo de dónde lo había sacado?

Denis soltó una risa breve.

—No, claro que no. Dijo que era para el lanzamiento de Paul. Lo primero que se me ocurrió fue: «¿Para lanzarlo o para librarte de él?».

—¿Qué te contestó?

—Ah, no; no lo dije en voz alta. A mí Serge me acojonaba. El único que le replicaba era Paul, como para demostrarse que era valiente.

—De hecho, lo era.

—Sí, tienes razón.

Aquellas informaciones económicas encajaban con las ideas que se había hecho la comisaria y, sin embargo, no conseguía librarse de la impresión de que Denis no se lo contaba todo. Aquella sensación se le quedó pegada como un *post-it* en un recoveco de la cabeza.

Desde el plato, les llegó la voz del director que petardeaba en un *walkie-talkie*: «¿Dónde ha vuelto a meterse la estrella?».

—Bueno, dentro de nada me van a volver a llamar más educadamente. Tengo que volver —dijo Denis, dándole de nuevo con la frente a Capestan.

De una consola cogió una réplica de un Taurus Raging Bull y lo sacudió antes de añadir:

—¿Has visto? No solo los polis tienen pistolones...

Una broma estúpida para poner punto final; pese a la noticia, el viejo amigo seguía cumpliendo con los rituales. La comisaria le siguió la corriente.

—Sí, solo que si te lo cargasen de verdad con cartuchos .44 Magnum, el retroceso te mandaría fuera de campo, guapo.

—Vaaaale, vale. Has ganado, apúntate este tanto.

Un tanto por la broma, pensó Capestan. Pero no estaba segura de que también era aplicable a la veracidad de la información.

Dax no tenía muy claro lo de las citas rápidas, pero el amigo había insistido. Él lo apadrinaría. Había que intentarlo antes de que se pasara de moda, decía.

Al teniente, incómodo en aquel bar tan grande, cerrado al público para el acontecimiento, recién afeitado y vistiendo su mejor camiseta blanca bajo la cazadora de cuero, lo recibió una joven muy bonita que no participaba, pero que le explicó el procedimiento. Un poco deprisa. Pero Dax se quedó sin embargo con lo esencial: se sentaba delante de una chica, tenían siete minutos, luego sonaba una campana y se iba a la siguiente mesa, con la siguiente chica.

Nervioso, volvió a colocarse bien el tupé y se acomodó frente a «Doriane», como informaba la chapita.

—Hola, me llamo Doriane. Tengo treinta y dos años, soy consultora de telefonía móvil, me gusta el deporte, coser y las novelas de fantasía heroica. Y a ti, ¿qué te apasiona?

Dax se lo pensó antes de contestar una tontería: le gustaban su trabajo y la informática, también le gustaba mucho pasear, sobre todo por el bosque, y los videojuegos, claro. Observar a los pájaros. El boxeo, por supuesto. ¿Qué entendía Doriane por pasión? No estaba seguro de que...

Sonó la campana. Antes de haber podido contestar, Dax tuvo que dejar a Doriane.

28.

Embalado, el metro en el que volvía del museo de Orsay traqueteaba por las vías a su ritmo cotidiano. Ocupando el grial de los vagones, el asiento individual, Capestan volvía a leer *Saga*, un libro de bolsillo antiguo y abarquillado de Benacquista. En el metro no pensaba nunca. Leía o dejaba que la atrapasen los segundos de vida que la rodeaban, luchando consigo misma para no mirar a la gente hasta que la calaba. En Palais-Royal, se estuvo fijando en cómo pegaba carteles un hombre que llevaba un jersey grueso de lana marrón y estaba trabajando en su subterráneo de azulejos. A mil peldaños de la luz del día, encolaba metros cuadrados de papel gris y luego los desdoblaba, rectángulo a rectángulo, revelando el azul intenso del Pacífico, la arena blanca, las palmeras, una mujer feliz en bikini. El hombre bosquejaba la imagen de la felicidad sin inmutarse, antes de pasar a la siguiente y a la siguiente de la siguiente.

Capestan salió a la superficie en Châtelet, donde un viento frío y seco le puso encarnados los ojos y la nariz. Se abrió camino entre el gentío comprador de la calle de Rivoli para llegar a la tranquilidad relativa de la plaza de Sainte-Opportune. Denis había visto el dinero veinte años atrás y no había podido por menos de darse cuenta de que no era dinero limpio. Capestan no podía consentir que Paul no supiera un dato del que su mejor amigo y ella estaban enterados; lo llamaría al llegar.

En aquel barrio, los adoquines se dispersaban por decenas de callejuelas, peatonales casi todas. París se movía, era un hormiguero, daba impulso a miles de personas para que se cruzasen y se empujaran. Entre esas personas había asesinos. Pero ¿se había ido Ramier de la capital tras el episodio del hotel Plaza? La comisaria habría apostado a que no. Pero ¿dónde buscarlo ahora?

Rosière había hablado con la dirección del hotel y se había enterado de que Ramier había pagado su *suite* en efectivo con varios días de antelación. Una bagatela de veintiséis mil euros. Pero, en contra de lo que había indicado a la administración, no se había mudado allí más que un mes después de haber salido de la cárcel. O sea, tres días después de la muerte de Jacques Maire. Lo más probable era que se hubiese hecho con determinadas cantidades en cada asesinato y, más allá de la venganza, la cuestión pecuniaria fuera seguramente la que guiara sus actos. Según el expediente, el dinero del atraco, veinte millones de francos recién impresos, más el contenido de las cajas fuertes, nunca había aparecido. ¿Quedaba aún una parte por recuperar? ¿Ramier le había sacado a Rufus la suya o este lo había invertido todo en su hijo?

En el supuesto de que la lista de los asesinatos estuviera ya cerrada, había pese a todo posibilidades de que Ramier se hubiera ido de la ciudad, e incluso del país. Seguramente había reconocido a los de la BRI y no se demoraría mucho.

La comisaria había puesto a su equipo a buscar al fugitivo a pleno rendimiento, mientras ella se centraba en la espinosa cuestión de Orsini. Le faltaba un dato y, para conseguirlo, tenía que hablar con Buron.

Capestan se ponía en el lugar del capitán. Si un atracador hubiera matado a sangre fría a su familia, lo habría perseguido hasta lo más remoto de la pampa, hasta el final de los barrios de chabolas, hasta la copa de los bosques más altos; le habría dado alcance y lo habría colgado por los pies como un saco de arena. Y, luego, seguramente lo habría molido a palos hasta quedarse agotada.

Orsini había esperado años. ¿Esperado a qué? ¿Qué informaciones buscaba antes de pasar a la acción? A lo mejor le faltaba por saber la identidad de los cómplices y había esperado basta que soltasen a Ramier para seguirlo. Los test de ADN de los asesinatos daban fe de que se trataba del mismo criminal en los tres casos. Pero no proporcionaban la identidad del asesino. ¿Era Orsini el que llegaba después de que Ramier reclamase el dinero? Capestan había comparado el calendario del capitán con las fechas de los asesinatos. En ninguna de esas ocasiones estaba en la comisaría. Sin embargo, esa sangre de vengadora que le irrigaba a Anne las venas no tenía por qué correr por el pético Orsini. A lo mejor los estaba buscando para detenerlos. Y a lo mejor Ramier, al matarlos, se le había adelantado.

La comisaria había sacado el expediente de recursos humanos del capitán. Desde luego, había ingresado en la policía después del atraco. Seguramente a eso se debía que hubiera cambiado de profesión: había que averiguar más. ¿Sospechaba en aquella época de Serge Rufus y había querido desde ese mismo momento vigilarlo?

Si había sido esa búsqueda lo principal en todas las decisiones de Orsini dentro de la policía, también era posible preguntarse por las razones que habían hecho que lo destinasen a la brigada de Les Innocents.

Capestan se puso los auriculares y fue pasando los números de la agenda hasta llegar al de Buron.

—¿Qué hay, Capestan? ¿Me llama para explicarme la factura que acaba de recibir la policía judicial de una suscripción a *World of Warcraft*?

—No, pero si le parece necesario que hablemos de ello, soy toda oídos, señor director. Luego tendría que hacerle una pregunta.

Buron notó una preocupación seria y dejó el tono de jefe de estudios.

—La escucho.

Capestan le dio unas cuantas vueltas al micrófono entre el pulgar y el índice. No había demasiadas formas de hacer aquella pregunta.

—¿Cómo aterrizó Orsini en nuestra brigada? ¿Quién lo envió?

—Fue cosa suya. ¿Por qué?

—¿Pidió el traslado al peor servicio de toda la policía? ¿Se desterró voluntariamente y no me dijo usted nada?

—Honradamente, debo decir que sus compañeros lo aborrecían en todos los sitios por los que pasaba; pensé que estaba huyendo de algún acoso. ¿Por qué? ¿Qué pasa ahora con Orsini?

—Nada nuevo, pero me he cruzado con un periodista muy curioso. Y me estoy haciendo preguntas.

La comisaria casi podía oír cómo el director tamborileaba con los dedos en el vade de tafiote.

—Suele usted mentirme mejor, Capestan.

—Sí, pero en este momento no tengo tiempo de andarme con detallitos, señor jefe de división, lo siento mucho. En cualquier caso, ya sabe que un buen día le llegará la verdad, a punto para que la entierren, ¿a que sí?

—Cuento con ello, comisaria, cuento con ello.

Capestan estaba llegando frente al edificio donde anidaba la comisaría. Así que Orsini había pedido el traslado. Su condición de nuera de Rufus no podía ser ajena a ese traslado.

Orsini había ido allí porque estaba ella.

La observaba, la calibraba, la juzgaba y, tal vez, incluso sospechaba de ella.

Mientras frotaba la suela de los botines en el felpudo, Capestan seguía sin saber qué hacer con aquel engorro de capitán. Estaba riñendo una batalla que ella entendía, pero de una forma perjudicial para la brigada.

Abrió la puerta en el preciso momento en que parte del equipo se abalanzaba hacia ella para salir. Saint-Lô, Rosière, Lebreton, Évrard, Merlot y Lewitz la agarraron por los hombros para ejecutar un hábil giro de comisaria. Detrás venía Torrez.

—¡Lo hemos localizado!

—¿A quién? ¿Dónde?

—A Ramier, en el Lutetia.

—¿Ha vuelto a coger una *suite* en un hotel de lujo? ¿A nombre suyo?

—No —contestó Rosière pulsando el botón de llamada del ascensor como con un martillo neumático—. Con el nombre que lleva en el manuscrito de Velowski. Pensé que a lo mejor era su apodo habitual y le pedí a Dax que lo investigara. Y esa información solo la tenemos nosotros...

Durante la reunión, las instrucciones de Buron, claras en cuanto a la forma, concedían cierto margen de maniobra en cuanto al fondo. Esa fue al menos la interpretación con la que Capestan decidió quedarse, puesto

que había prisa. Si con los cientos de cámaras de vigilancia de la capital a su disposición, y los GPS y otras herramientas de localización, la BRI de Frost no había pescado esas señas, no iban a ser unos aficionados quienes se las pusieran en bandeja.

Estaba claro que, con aquella clase de lógica revanchista, la brigada no tenía derecho a quedarse quieta.

—Andando. Esta vez, prohibido fallar.

—¡Es como si ya lo tuviéramos! —lanzó las campanas al vuelo Dax.

—¡Ayyy, esas cosas no hay que decirlas nunca! —gimió Torrez.

29.

—Ahora ya no puedo ir con vosotros.

—Que sí, José, ven.

—No, va a salir mal, demasiados presagios.

—No hay ningún presagio, solo una frase un poco entusiasta de Dax, nada fuera de lo normal. Ven. Es una orden.

Con la frente más arrugada que un dogo al que arrastran para bañarlo, Torrez sacudió la cabeza. Luego se metió en el Peugeot 306, cerrando de un portazo. Como para dejar claro que ellos lo habían querido y que se iban a enterar.

El hotel Lutetia, ese mítico paquebote de la calle de Sèvres, tenía en ese momento los balcones raídos y cubiertos de redes anticaída, como las vendas de la última rinoplastia de una diva.

Al aparcar delante de la puerta del hotel, Capestan y Torrez vieron a Lebreton y a Saint-Lô subiendo de cuatro en cuatro las escaleras; Évrard se había quedado en recepción. Rosière, Piloto, Dax y Lewitz salían del Porsche, al que este último, por miedo sin duda a los despiadados ganchos de la grúa, le había buscado una plaza de aparcamiento como Dios manda, al pie del andamio que cubría la fachada oeste del hotel. Echaron a andar los cuatro. Lewitz cerraba la marcha, sin soltar la gamuza con la que había limpiado las huellas de todos.

Algo se movió en las alturas y le llamó la atención a Capestan, que alzó la cabeza. Todos la imitaron. Un hombre había salido por una ventana y estaba bajando por el andamio. Max Ramier.

Con las prisas, el fugitivo resbaló en el aluminio húmedo de una pasarela, tropezó con la fachada y se agarró a algo *in extremis*, arrancando para siempre un sillar de piedra blanca que, botando y dando tumbos, inició una larga caída. Ramier rodó detrás. Buscaba con la mano otro asidero y se aferró a una barandilla, con lo que pudo recobrar el equilibrio.

El primero en reaccionar fue Lewitz, que salió disparado por el bulevar de Raspail. Con una salida así, el cabo seguro que pescaba a Ramier antes incluso de que tocase la acera. Se marcó un *sprint* de varios metros y dio un salto enorme, estirando cuanto pudo aquel esqueleto suyo tan largo. Aterrizó encima del capó del Porsche y se quedó allí tumbado, justo a tiempo de amortiguar el sillar, que le partió una tibia. El ruido sordo de la fractura le llegó a los oídos a la brigada, que

instintivamente se volvió durante medio segundo hacia Torrez antes de reaccionar. El teniente, abrumado, agachó la cabeza y retrocedió un paso.

Capestan le puso brevemente la mano en el hombro antes de apresurarse a socorrer a Lewitz con todos los compañeros siguiéndola. El cabo soltaba alaridos de dolor; la pierna formaba un ángulo antinatural. Los policías se quitaban el sitio para calibrar los daños y llamar al SAMU. Lewitz había acudido a socorrer a un coche. Ese momento de confusión le bastó a Ramier para colarse entre las mallas de la red y salir al bulevar. Capestan echó a correr en su persecución y enseguida se le unieron Lebreton y Saint-Lô, que también habían bajado precipitadamente del andamio.

Ramier iba disparado, sin complejos, por la ancha acera; corría en línea recta, sin intentar hacer algún quiebro por una de las calles laterales. Parecía capaz de llegar a Lyon sin cambiar de dirección. Lebreton, con sus largas zancadas, y Saint-Lô, con su energía, no le permitían distanciarse ni un metro. Capestan iba detrás, pero tiraba más de sus reservas para conseguirlo. Al llegar al cruce con la transitadísima calle de Rennes, del que surgían coches y peatones en todas las direcciones, Ramier tiró por el camino más corto, como si estuviera solo en el mundo. Los chirridos de las ruedas y los alaridos de las bocinas se sumaron a las exclamaciones de los transeúntes horrorizados. Los policías fueron detrás, levantando los brazos con un ademán de disculpa. Ramier acababa de sacarles otros veinte metros. Sin cambiar ni un ápice su método de kamikaze, cruzó sin detenerse la calle de Vaugirard y, luego, torció de repente a la izquierda por la calle de Fleurus.

Durante seis segundos eternos dejaron de tenerlo a la vista. El plano del barrio le sugería a Capestan todo un desorden de salidas posibles; seis segundos bastaban para tirar a la izquierda por la calle de Jean-Bart o seguir hasta la calle Madame y esfumarse por cualquiera de los patios. Un camión de mudanzas, aunque bien aparcado, era tan alto que quitaba toda la visibilidad. Por eliminación, los policías tuvieron que optar por seguir todo recto. Ese instinto tuvo su recompensa cuando divisaron la silueta de Ramier cruzando la calle de Guynemer y metiéndose por las verjas negras con puntas de flecha doradas de los jardines de Le Luxembourg.

Ese nuevo encuentro, tras tantos metros de incertidumbre, electrizó a Lebreton y a Saint-Lô, que entraron a toda velocidad en el parque. Unas cuantas zancadas más atrás, Capestan se preguntó de repente si aquel hombre iría armado. Le corrió un sudor frío por la nuca. Ramier era peligroso y no se andaba con chiquitas, y, por desgracia, ya sabían que era capaz de dispararle a un niño. Niños eran lo que abundaba en el parque.

Al tiempo que forzaba la vista para intentar evaluar el contorno de la ropa y la libertad o la torpeza de los movimientos del fugitivo, Capestan

se planteó dejar la persecución. Pero Lebreton y Saint-Lô le iban pisando ahora los talones al individuo y eso les daba más aliento. Ramier torció por un paseo estrecho, que cerraba a la derecha la verja de la plazoleta de los columpios. Antes de que los policías pudieran seguirlo, les cortó el paso la caravana de los ponis que volvían al punto de salida.

Incluso sin jinetes, iban despacio, al paso, por costumbre. La fila interminable impedía sortearlos.

Ramier iba a ser dentro de nada un punto en la lejanía de los jardines.

Lebreton y Capestan soltaron de golpe el aire que les abrasaba los pulmones, a punto de renunciar. Pero Saint-Lô, que seguía tan fresco, se abalanzó hacia el hombre que conducía la recua y le arrancó de las manos el cabestro sin más explicación. Luego, aprovechando que tenía complejión de yóquey, se subió de un salto a la silla del poni que estaba delante y lo espoleó con un rugido. El animal, sorprendido, dio un respingo y salió disparado. Los demás, como estaban atados, no tuvieron más remedio que seguirlo.

Repuesto del susto al recibir una ruda caricia en el cuello, el poni se dejaba llevar por el impulso y la alegría de poder correr por fin y se merendaba la distancia que lo separaba de Ramier. Con voz estentórea, Saint-Lô animaba a su joven montura. El rosario de los que iban detrás galopaba pisando sus huellas y cruzaba el parque a toda velocidad como una ristra de salchichas enloquecida. El movimiento de los cascos levantaba nubes de polvo al golpear la pista con un estruendo apocalíptico. Los turistas, asustados, se apartaban dando voces. Los transeúntes se metían de un salto en los setos o se subían a los bancos; los adolescentes dejaban atrás quedadas y porros con una energía que nadie habría sospechado y luego sacaban el *smartphone* para grabarlo todo en vídeo.

Aquella repentina autonomía les resultaba inspiradora a los équidos, que empezaban a tirar para todos lados, retrasando la carrera del valiente poni de cabeza. Saint-Lô, dando pruebas de una agilidad admirable en aquella carrera caótica, volvió velozmente la cabeza para calibrar a la comitiva indisciplinada. Con un gesto casi automático de la mano derecha, se levantó una pernera y desenfundó el puñal que llevaba por encima del tobillo. Con un único tajo seco, cortó el ronzal que separaba a su poni del resto de la recua.

Liberada del peso del grupo, su montura notó que le nacían alas. El Pegaso en miniatura, como electrizado, aceleró de pronto, con un baile de crines y golpeteando con las cortas patas los paseos enarenados, en persecución de Ramier. A partir de ese momento los demás ponis se desperdigaron por el jardín buscando algo que mordisquear o con lo que distraerse, con la excepción del más gris, que se volvió muy formalito a su estaca, porque seguramente no tenía ya edad para aquellas bobadas.

Max Ramier se volvió furtivamente e incluso de lejos se le pudo leer el asombro en la cara cansada. Pero era un hombre astuto; dejó atrás el

Senado, subió las escaleras y se metió volando en la calle de Médicis y en toda la circulación. Hasta otra.

Saint-Lô tiró con suavidad de las bridas y le acarició el costado al poni para invitarlo a acortar el paso. El animal accedió de mala gana. Saint-Lô descabalgó de un salto y, tras rascarle las crines entre las dos orejas y sin soltar el ronzal, se encaminó hacia un trozo de cartón que se estaba posando, tras un revoloteo, en la parte de abajo de las escaleras.

Se le había caído del bolsillo a Ramier al tropezar con el primer peldaño.

Capestan, llena de admiración, le dijo a Lebreton:

—Debía de ser uno de los mejores jinetes de su compañía.

## 30.

Pese a la espectacular iniciativa de Saint-Lô, Ramier se les había vuelto a escapar. La brigada había regresado, penosamente chasqueada, a sus lares, rezando para que ni la BRI ni nadie más tuviera noticias de aquel ruidoso fracaso marcado con el sello infamante del individualismo. Habían preferido actuar solos, y la obviedad de su incompetencia no admitía apelación. Si se enteraba, el número 36 seguiría confeccionándoles vergonzosos blasones hasta mucho después de la edad de jubilación.

Les quedaba ese trocito de cartón, fruto tanto del esfuerzo como de la casualidad. Llevaba escritos a lo largo con bolígrafo azul seis números. Seis cifras sin nombre, sin señas, sin indicaciones, tal era su único botín de guerra. Orsini se había adueñado febrilmente de él antes de encerrarse en su despacho. Sus compañeros se lo habían entregado sin rechistar. Mientras Saint-Lô, Merlot, Lebreton y Rosière se sentaban en silencio en los taburetes de bar de la sala de billar para tomarse la copa de la derrota, Évrard y Dax se habían ido al hospital para dar apoyo a Lewitz, que ya estaba muy bien acompañado por su familia. Torrez hacía mucho que se había vuelto al hogar.

Capestan se había ido a la terraza para llamar a Paul e ilustrarlo acerca del papel tan poco lucido de Serge Rufus en el atraco. También le había comunicado el destino del dinero y el papel de ese dinero en el espectáculo de antaño. Al otro lado del cable, en el tema del atraco Paul había parecido más resignado que extrañado. En cambio, aquel gesto de mecenas por parte de un padre tan poco amante de su hijo como reacio a las indignas artes escénicas lo había dejado sin esquemas. Iba a tener que destilar la noticia varias veces antes de encontrar el frasco adecuado, taponarlo y guardarlo bien.

Cuando se estaba quitando ya uno de los auriculares y rozando con el dedo el círculo rojo del móvil, Capestan oyó claramente, en respuesta a su propio «¡hasta pronto!», el punto de interrogación y la esperanza que acentuaba el «¿hasta pronto?» con que él le correspondía. Habría querido contestar al menos con un silencio, con una pausa, pero vio la pantalla apagada: había colgado.

Suspiró. Y ese suspiro, por el propio cansancio que brotó de él, le recordó otra obligación. Pulsó el nombre de Buron.

—Señor jefe de división...

—Sí, Capestan, esperaba que me llamase. Lo de los ponis de Le Luxembourg ha sido cosa de su brigada, ¿verdad? ¿Se les ha vuelto a

escapar Ramier?

Del tono del director no se desprendía el menor rastro de dureza y ni siquiera de ironía.

—Sí. Lo siento mucho...

—Ese hombre es una anguila, pero lo han localizado dos veces. Eso es dos veces más que los otros. Lo volverán a encontrar por tercera vez. Confío en usted. Pase buenas fiestas, que bastante poco tardará la investigación en volver a caerle encima...

Buron no era hombre que dejase pasar las cosas, pero tampoco era de los que empujan para que los ahogados no saquen la cabeza del agua.

—Gracias, señor director. Gracias por todo. Le deseo también felices fiestas.

—Bah, las fiestas y yo... —dijo el jefe de división antes de colgar.

Arme cruzó el amplio salón donde no había nadie de su brigada y centelleaba, a solas, el abeto. Era lo primero que encendía Rosière al llegar y lo último que desenchufaba al irse. Se fue a la sala de billar, con sus cuatro colegas y la copa del consuelo.

Al día siguiente, 24 de diciembre, la comisaria les había dado permiso. Una tregua muy bienvenida para borrar la pizarra y volver a empezar con investigaciones nuevas.

31.

*24 de diciembre de 2012*

Diez de la mañana. Capitán Orsini.

Hacía casi veinte años que el capitán Orsini aborrecía las celebraciones navideñas y, más que ninguna otra, la cena de Nochebuena. También aborrecía la reanudación del curso escolar, el día de la Madre, el día del Padre, los cumpleaños, la playa, los trineos, las plazuelas ajardinadas, el mercado, Disney, los globos, su propia existencia agostada y sus delirios de rencor. Orsini no era ya sino un traje vacío que se aferraba a una investigación de la que ya ni siquiera le interesaba el objetivo. Pero era eso o nada.

Aquel 24 de diciembre, una de las centenares de balizas de esta investigación tenía el buen gusto de distraerlo del ambiente festivo que reinaba fuera, por todas partes. Allí estaba el indicio, encima de su escritorio, los cinco centímetros de cartón que había recogido Saint-Lô.

947091. Un enigma. Con un día entero y una noche entera para resolverlo.

Once de la mañana. Cabo Lewitz.

Le daban punzadas en la pierna, le picaba la escayola y lo que le preocupaba a Lewitz era el Porsche que había salvado de quedar desfigurado, vale, pero que ya no podría conducir hasta dentro de mucho tiempo. Temía que Rosière lo devolviera a la empresa de alquiler. Acomodado en el sofá, con el pie apoyado en la mesa baja, estaba esperando a su novia y a su familia política, que se habían empeñado en trasladar la cena a su salón, ahora que él no podía moverse.

—No te preocupes, que lo tenemos todo preparado; traemos el aperitivo, la cena, los platos, las sillas plegables, todo.

Lo cual no era óbice para que, en su primer encuentro con los padres de su novia, Lewitz hubiera preferido quedar más favorecido. Al volante del Porsche, sin ir más lejos. Menos mal que su piso de dos habitaciones estaba hecho un primor. Había llamado por teléfono a la portera suplicándole que le consiguiese a alguien que pudiera venir a limpiar el 24 de diciembre; le pagaría lo que pidiera. Luego había cogido su mejor traje —el azul oscuro que hacía aguas— y las tijeras grandes de la cocina. Había cortado de abajo arriba la pernera izquierda para que cupiera la escayola. Afeitado y repeinado, estaba tan estupendo como un camión

con una llanta menos.

Doce de la mañana. Teniente Diament.

Entre aquellas manazas, el diario parecía un libro de bolsillo. Estaba en la página 30; un suelto. En el departamento de Nord, un agente de la autoridad se había matado en su centro de trabajo. Otro colega que se había metido la pipa en la boca. Dentro de nada ya no se los podría contar.

—Basile —dijo el teniente Zahoui, asomando la cabeza por la puerta del despacho—. He mirado el tablón, te toca turno también mañana, el 31 y el día 1. Lo siento. Y... se supone que no debo decírtelo, pero el lunes mismo te mandan a mantenimiento del orden.

—¿Tú crees que esto va a durar mucho?

Zahoui asintió con la cabeza melancólicamente.

—Ya te digo, tío. ¿Te creías que no se iba a cabrear? Lo criticaste en el servicio delante de gente de fuera. El jefe no es de los que se andan con sutilezas. Y encima es rencoroso.

El 9 de noviembre, para celebrar el centenario de la policía judicial, abrió sus puertas una gran exposición en Le Champ-de-Mars. Con el corazón rebosante de un legítimo orgullo, Basile Diament invitó a su madre a ir a verla. Uno de los vídeos en pantalla gigante de la exposición estaba dedicado a la unidad de Diament, el grupo de escalada, y Basile se relamía por anticipado pensando en su expresión de orgullo materno. Antes de acomodarse para ver la proyección, pasaron por la zona de la exposición dedicada a los diversos servicios de la policía judicial: el estado mayor, la Brigada de Menores, los estupas, la policía financiera... Todos estaban en el candelero y, por supuesto, la famosa BRI también. Había un documento en el que se recapitulaban las principales misiones y, además, fotos de los varios despachos mostraban el ambiente que reinaba por allí. En una de esas fotos, entre ceniceros que se reían de las leyes antitabaco, destacaba un retrato dedicado y enmarcado del exdirigente del Frente Nacional.

Como si la hubiera picado una avispa, la madre de Basile dio un paso atrás. Luego volvió hacia su hijo una mirada llena de compasión y le acarició suavemente la mejilla. Una ola de humillación arrastró a Basile y sumergió al pasar todos los vídeos y todas las pantallas gigantes que nunca le podría enseñar. No había ido para que lo compadecieran, no había ido para que vieran las ofensas que padecía.

Cuando al día siguiente, durante la inauguración, el jefe de división Buron, director de la policía judicial, el prefecto y unos cuantos peces gordos le pidieron su opinión, con la vista al frente, en posición de firmes y con voz alterada, el teniente Basile Diament se lamentó de que se vieran en las fotos indicios de militancia política que estaban de más en un centenario como aquel y reflejaban las opiniones de un individuo y no

las de una brigada.

Diament no ignoraba que el despacho de la foto era el de Frost. Habían pasado dos meses y todavía le estaba pasando factura.

Una de la tarde. Teniente Évrard.

En el mercado del bulevar de Richard-Lenoir, unas moñas de papel blanco adornaban los muslos de las aves de corral, y los salmones ahumados yacían perezosamente en sus cajas de cartón dorado. Los protagonistas eran los volovanes, los bocaditos salados, los troncos navideños de chocolate y los últimos abetos. No tardarían en desaparecer y las zanahorias ralladas y los tabulés volverían por sus fueros. Évrard, tirando del pesado carrito de lona escocesa repleto de hortalizas, anduvo detrás de sus padres por la calle de Le Chemin-Vert. En la esquina, un castañoero daba la vuelta a las castañas asadas en el hornillo y el olor dulce entibiaba el aire de alrededor. Al pasar sus padres por delante de una agencia inmobiliaria, anduvieron algo más despacio. Évrard miró por el rabillo del ojo intentando examinar según pasaba las ofertas de alquiler. Una de ellas era de un apartamento que no caía demasiado lejos y no era demasiado caro, y Évrard no pudo por menos de hacer un alto. Su padre se detuvo en plena acera.

—¿Quieres que vayamos a verlo contigo?

Llevaba más de seis meses sin jugar ni un céntimo. La brigada y los amigos le habían proporcionado una rutina. Aún le quedaban algunas deudas, claro, pero el sueldo llegaba con regularidad. Évrard quería creer que ya estaba. La buena suerte había regresado. Se volvió hacia su padre y asintió con la cabeza.

—Sí. Muy bien.

Dos de la tarde. Teniente Torrez.

José Torrez pasó por debajo de las cuerdas y subió al ring con la plancha en la mano. Un cesto de ropa arrugada estaba esperándolo a la derecha de la tabla de planchar que le había correspondido. Enfrente, su contrincante, un robusto ancianito, le lanzó una mirada que era puro desafío. Entre las dos tablas, el árbitro y presentador de dientes blancos sobaba las fichas de cartón. Para que se notase que era un día diferente se había puesto un gorro rojo con borla blanca y estrellas parpadeantes.

Cuando ambos adversarios ocuparon su puesto, la banda sonora de *Rocky* retumbó en el local lleno y el árbitro cogió el micrófono para anunciar con voz entusiasta: «Señoras y señores, para la final de Francia de la Plancha de Oro Philips 2012 tengo el honor de presentarles, a mi derecha, a José Torrez, que viene de París, ¡cinco camisas en diez minutos! ¡Un fuerte aplauso para él! A mi izquierda, François Sarton, de Mulhouse, ¡nueve camisas en diez minutos! ¡He dicho nueve! ¡Otro fuerte

aplauzo! El vencedor de esta última prueba tendrá el inmenso privilegio de representar a Francia en la Gran Final que se celebrará este año, una vez más, en Hawái. ¡Gracias por animarlos con mucho entusiasmo!».

Entre todos los gritos y los aplausos, Torrez oyó claramente la voz de sus hijos: «¡Hala! ¡Venga, papá! ¡Machácalo!».

Tres de la tarde. Comandante Lebreton.

Lebreton miraba el maletero del Lexus, lleno hasta el borde. Rosière y él se iban a Sceaux, en los alrededores de París, a casa de la hermana del comandante.

—Eva... Es demasiado...

—Sí, pero es que...

—Ya lo sé. Pero es demasiado, se van a sentir violentos. Nosotros nos hacemos regalitos muy modestos, algo simbólico más que nada. Y además... Bueno, a las once como mucho ya habremos terminado, ¿sabes?

—Vale, vale —abdicó Rosière—. Elige tú, gran chambelán.

Louis-Baptiste sacó los paquetes del montón que llegaba hasta la bandeja trasera de la berlina. Leía las etiquetas y se quedaba con un solo regalo por cabeza, dejando los sobrantes en las escaleras de la casa de Rosière. El hocico de Pilú iba siguiendo el trayecto de todos los paquetes, como para comprobar que el comandante no quitaba el paté.

La familia de Lebreton era más bien sobria en cuestión de libaciones. Lindaba incluso con el ascetismo. Bastante iba a desentonar ya Eva, con aquel temperamento suyo, como para echar más leña al fuego con sus arrebatos compensatorios y su agradecimiento expansivo. A Lebreton le importaba un bledo que Rosière escandalizase a su familia por el motivo que fuera. Lo hacía feliz tener a Eva junto a él aquella noche, Eva, cuyo verbo explosivo era una continua diversión para cualesquiera dolores; y lo que menos quería era que alguien hiciera algún comentario que pudiese herirla. Era su amiga y él tenía que salir fiador de que estuviera a gusto toda la velada.

Enarcando con sorna las cejas por encima de los ojos verdes, Rosière lo miraba achicar regalos, champán, caviar y salmón. Cuando Lebreton hubo terminado y cerró la puerta del maletero, hizo molinetes con las llaves del coche y le soltó:

—Me importa un carajo, has dejado los más pequeños y son los más caros.

Tres y cinco de la tarde. Capitán Rosière.

Rosière había estado mirando a Louis-Baptiste, que no paraba de ir y venir, como quien contempla una obra de arte: con admiración, respeto, emoción y apego. Era su amigo, su compañero, el mejor y el más delicado

que hubiera tenido nunca. Todo ello empaquetado en ese físico imponente de *Golden Boy*. Y también era el santísimo Salvador de su cena de Nochebuena.

Al mirar aquellos paquetes tan bonitos que se amontonaban ante su puerta, Rosière lamentó sin embargo que se quedasen así, huérfanos de destinatario. Sacó un rotulador del bolsillo interior del bolso, agarró el primer regalo y, con la tapa entre los dientes, le masculló a Lebreton:

—Vamos a dar un rodeíto antes de tirar para allá.

Cuatro de la tarde. Teniente Dax.

Con los brazos cargados con los últimos paquetes, Dax apretaba el paso y hacía eses entre los transeúntes. No quería llegar tarde. Era el año de las familias políticas. Sus hermanos iban todos con sus cónyuges y sus hijos a otras casas, a otros hogares. Ese año, Dax iba a ser una vez más el único hijo en casa de su madre.

No quería hacerla esperar, seguramente ya lo tenía todo a punto y había hecho comida para alimentar incluso a los que no estaban. Dax se había puesto una chaqueta de vestir, pero había elegido un pantalón flojo y de cinturilla ancha. Aquella noche estaría allí por todos los demás.

Cinco de la tarde. Capitán Saint-Lô.

Saint-Lô se había puesto una copita de un licor de ciruela que solía reservar para horas más avanzadas. Sentado en el sofá cama, miraba con acritud la chimenea tapiada con ladrillos.

Así iban a ser las cosas a partir de ahora. Chimeneas tapiadas; dobles techos; todos los penachos, apagados, todas las alturas, racionadas. Ningún paso a otra parte. Una vida aún más pequeña que su cuerpo.

En aquella Nochebuena, en el cumpleaños del mismísimo Cristo, se compraban los abetos atascados en tiestos. La misa del gallo se celebraba a las seis de la tarde. Les ponían lazos a miles de paquetes sin encender una mala hoguera.

Saint-Lô quería leños y fuego.

En la comisaría había una chimenea, una chimenea de verdad. Saint-Lô se echó al colete la copita de un trago y la dejó encima de la consola, junto al brazo del sillón, con cara de determinación.

Se levantó, se puso el largo abrigo, se calzó las botas y se encasquetó el sombrero. Luego, salió.

Seis de la tarde. Capitán Merlot.

La hora del aperitivo. Cuando uno está solo, resulta triste. Una rata no era en realidad una compañía. Con el dedo índice, Merlot le acarició el pelo tupido entre ambas orejas. Titubeaba. Por fin, salió del sillón en el que estaba mirando el televisor apagado y hurgó en los cajones,

buscando unas cuantas fruslerías. Las envolvió luego con papeles de regalo viejos que reciclaba. Había que conservarlos, así siempre encontraba alguno del tamaño adecuado.

Se metió los paquetitos arrugados en los bolsillos de la chaqueta y del abrigo. Luego, con la rata pisándole los talones, salió a la calle y entró en la tienda de ultramarinos de abajo para comprar una botella de vino espumoso.

Ahora estaba esperando en la parada del autobús que iba a la comisaría. Así, si por casualidad había alguien por allí, estaría preparado para la fiesta.

Siete de la tarde. Comisario jefe de división Buron, director de la policía judicial.

El jefe de división se retocó la corbata de pajarita una última vez en el espejo del amplio vestíbulo mientras esperaba a su mujer, que se estaba poniendo la estola de pieles. Sus hijos no iban hasta el día siguiente, a pasar con ellos el día 25. Aquella noche cenaban los dos en casa de unos amigos. Una cena para seis, bajo altos techos de artesanado y arañas espléndidas. Otro coñazo de velada.

Once de la noche. Comisaria Anne Capestan.

Anne, sentada a la mesa entre dos de sus sobrinos, le daba la enhorabuena al cuñado que tenía sentado enfrente por aquella corbata tan bonita, que no pegaba ni con cola con lo que llevaba puesto y que conseguía localizar año tras año en las mismas fechas para tener la seguridad de que saliera en las fotos. El cuñado le contestaba que si no quería vino, que lo dijera, así de sencillo.

Capestan lo oía mal porque el concierto de risas de sus hermanas alcanzaba altas cumbres de decibelios. Cosa que no desanimaba a su madre, que levantaba la voz por encima de las demás para pedir ayuda, el *écrasé* de patatas con trufa se estaba enfriando y nadie pasaba ni las fuentes ni la salsa, y el que menos su marido, que le estaba explicando al nieto más pequeño cómo se diferenciaba un cuadro impresionista de un cuadro puntillista. El nieto en cuestión, por descontado, no le hacía ni maldito caso y estaba esperando a que acabase el abuelito para seguir actualizando *Minecraft* con su primo.

Anne dejó el plato de puré vacío en la encimera, atestada ya de cacharros sucios. En una sola velada su cocina estaba más animada que en los dos últimos años. De forma mecánica, porque sus pasos la llevaban siempre allí, Capestan se apostó delante de la ventana y miró, más abajo, la calle de La Verrerie.

En la acera de enfrente, en la fachada de la tienda de comida para llevar de un vietnamita que al día siguiente se iba a quedar pasmado,

tres palabras escritas con letras altas y estrechas en pintura blanca: «ANNE, COMO SIEMPRE». La sonrisa que le floreció en la cara a Capestan fue al menos tan grande como la de sus veinte años.

Cuando cayeron los primeros copos, no pudieron tapar del todo el mensaje.

Once y cinco de la noche. Paul Rufus.

El *smartphone* parecía ocupar todo el mostrador de la cocina. Sentado en una banqueta de bar, Paul, con una gota de pintura blanca pegada aún al vello rubio de los antebrazos, vigilaba el aparato. La atención le movilizaba todas las células. No se acordaba de si hasta el momento había bebido, comido o andado. No existía nada alrededor de esa pantalla negra, ese rectángulito de plasma que a lo mejor se encendía aquella noche.

No es que fuera el momento más indicado, pero a Paul le importaban un bledo las circunstancias y todo lo demás. Todo menos Anne.

El timbre, con el vibrador de propina, estaba al máximo y Paul se sobresaltó cuando sonó. Miró fijamente el nombre de Anne, que aparecía en pantalla. Una ola enorme de alivio lo hizo desplomarse en la banqueta. Se enderezó para pulsar el icono verde del teléfono.

Por lo dulce que sonó el «¿diga?», supo que por fin habían vuelto a casa.

Once y media de la noche. Comisaría de la calle de Les Innocents.

«Más os vale esperarnos para abrirlos.» Al pie del abeto, delante de los paquetes, el recado de la hoja A4 doblada en dos estaba muy claro. Saint-Lô y Merlot llevaban toda la velada tascando el freno; e incluso Orsini se había dado una vuelta por allí dos o tres veces. Por espíritu festivo y solidario, Merlot les había enviado mensajes de texto a los compañeros ausentes. Dax, que al igual que Évrard había terminado de cenar pronto, fue a buscarla a su casa. Llegaron risueños y con el pelo y los hombros espolvoreados de copos relucientes. Con una puntualidad que parecía cosa de magia, la nieve había decidido cumplir con su contrato tácito de teñir de blanco la Nochebuena. Ya habría tiempo al día siguiente de pensar en el barrizal; de momento, aquel donaire immaculado cubría los grises, amortiguaba los ruidos y reflejaba la luz naranja de los faroles y los neones de los *sex-shops*. Por fin aparecieron Lebreton, Rosière y Piloto, entre un «¡ahhh!» colectivo y el «plop» característico de un corcho que salta. Ahora ya podían arrancar, por todos los rincones rasgaban papeles y cortaban cintas. El espumoso corriente y moliente y el champán de primera corrían indistintamente por las mismas gargantas. El aroma del abeto, mezclado con el de las clementinas y los bombones, caldeaba aún más el ambiente.

Se daban regalos, los de Rosière, los de Merlot, los de Évrard y Dax, que habían pasado por una tienda abierta las veinticuatro horas. Cinturones Hermès a cambio de ceniceros de Marseillan Plage, *tote bags* de Colette a cambio de abrebotellas de acero inoxidable; y todos los destinatarios se quedaban embobados, vociferaban de entusiasmo y reían sin cortapisas.

Saint-Lô se alisó el bigote con ambas manos antes de meterse con Merlot.

—Amigo mío, con la panza que tienes, aquí faltan lo menos ochenta centímetros.

—¡Y ocho agujeros si fuera para la tuya, compañero! —contestó el capitán, dándole al mosquetero una palmada en la espalda que lo levantó en vilo.

Al abrir uno de los paquetes que había traído Merlot, Rosière se encontró con algo que se parecía mucho a un pedrusco. Perpleja, perforó con la mirada todas las facetas del guijarro antes de preguntar:

—Pero ¿en realidad qué es esto?

—Ojo, que es algo muy valioso —dijo Merlot, alzando un dedo índice sentencioso—. Es un trozo del muro de Berlín.

—¿Tú has ido a Berlín? —dijo Dax patidifuso.

—Sí, en 1960 con mis queridos y difuntos progenitores.

—¿Quieres decir que es un trozo del muro de Berlín de antes de que construyeran el muro? —inquirió Rosière, cuyos labios empezaban a estremecerse nerviosamente.

Orsini se echó a reír. Aquel sonido lo sorprendió incluso a él, que se dio la vuelta para comprobar de dónde venía. Luego, recobrando la seriedad, contestó a Rosière:

—No, Eva, en realidad es un trozo de *un* muro de Berlín.

—Es que no respetáis nada —dijo Merlot apurando la copa de Dom Pérignon.

A Saint-Lô le daba apuro estar recibiendo tantas cosas sin poder dar nada a cambio. Así que cuando la algazara empezó a calmarse para alcanzar la alegría de crucero, aprovechó un momento de silencio para ofrecer todo cuanto tenía.

—Amigos, no tengo presentes que brindaros, pero si os acomoda os puedo recitar un poema que pertenece a mis memorias.

—¡Estupenda idea! —aplaudió Rosière, siempre loca por los espectáculos—. Somos todo oídos.

—Se trata de un poema épico de la Edad Media muy conocido: *La canción de Roldan*.

Al llegar más o menos al verso cien, los convidados empezaron a rebullir, al caer en la cuenta de que no se trataba de un mero soneto. Saint-Lô hizo una pausa.

—Los poemas épicos y las canciones de gesta duraban toda la velada; deben de quedar unas doscientas estrofas. Valdrá más que os pongáis

cómodos...

La brigada, ahíta de burbujas y de manjares, se buscó, pues, sillones y alfombras, mantas escocesas y almohadones para oír al trovador al amor de la lumbre, con aquella voz matizada de narrador que arrullaban el suave crepitar de las brasas y los beatíficos ronquidos de Merlot.

Doce de la noche. Auxiliar de policía Piloto.

Sentado bien erguido en la alfombra, con las llamas que tenía detrás calentándole el espinazo, Pilú miraba de arriba abajo a la rata con expresión de desagrado. La recién llegada empezaba a coger confianza y se aventuraba cada vez más por territorios que le correspondían por derecho propio a él, el primer morador. Le convenía marcar los límites.

En espacios interiores, Pilú tenía prohibido recurrir al chorro de orina para señalizaciones. Una ojeada furtiva a su ama adorada lo disuadió de intentarlo siquiera, incluso en aquella situación crítica. Orientó el hocico hacia la intrusa. La rata, seguramente por pura provocación, puso a su vez una pata en la alfombra.

Pilú enseñó los dientes y soltó un ronco gruñido tras el que vino un ladrido de aviso.

La rata retrocedió en el acto. Había entendido quién mandaba allí.

Doce de la noche y un minuto. Auxiliar de policía Ratafía.

Desde debajo del sofá, los ojos como canicas negras de Ratafía estaban clavados en el animal que tenía delante. Menudo perro cretino.

32.

*Bosque de Vincennes, 25 de diciembre de 2012*

Capestan, Lebreton, Orsini y Rosière, aturcidos, estaban ante el cadáver de Max Ramier; los policías de la Brigada contra el Crimen Organizado, que pasaban sin verlos, los empujaban y los oficiales de la Criminal no les hacían ni caso.

Se habían quedado sin asesino.

Tenían tres crímenes y ya no tenían culpable.

Por cierto, que ahora ya no eran tres crímenes, sino cuatro.

—Esto es como los *Diez negritos* de Agatha Christie —comentó Rosière—. Cascan todos y al final ya no queda culpable.

—Con la diferencia de que en ese libro el asesino hace como que se muere. En una isla, puede funcionar; pero en la camilla del forense resulta más complicado —contestó Capestan.

Con la piel caldeada y la cabeza perdida en una blanda bruma, se había ido de casa de Paul a la suya para soñar a gusto, a su aire, sin hacer castillos en el aire. El SMS de Buron, que la citaba para aquel nuevo asesinato, la había pillado en las nubes. Vuelta a la realidad en bruto. Según iba hacia allá, lo que se esperaba era otro protagonista del atraco, y no a Ramier.

Por supuesto, Capestan se preguntó por Orsini. Plantado en la escena del crimen, el capitán lo estudiaba todo detalladamente. ¿Estaba al acecho de sus propias huellas? Fruncía el entrecejo, entregado a sombrías reflexiones. ¿Se le habría olvidado algo?

Ahora que la policía científica disponía del cadáver de Ramier, no tardarían en tener el ADN para compararlo con el de los tres primeros asesinatos y obtener una prueba indiscutible de su culpabilidad. Que era lo que seguía siendo más plausible.

Pero en tal caso, a él, ¿quién se lo había cargado?

¿Orsini? Capestan volvió a hacerse la pregunta y una vez más se quedó sin respuesta.

A lo mejor encontraban otro ADN en esta escena. El de un desconocido. Un hombre que aún no figuraba en la ecuación e iba a tener una aparición estruendosa. Un cómplice que no estaba en ninguno de los expedientes. O un compañero de celda que había oído mencionar la futura cosecha.

Pero ahora no había habido ningún anuncio, ni rastro de escenificación; o se debía a la precipitación o era que había otro asesino,

lo cual seguía siendo la tesis más plausible.

Eran las once de la mañana y parecía como si nunca hubiera amanecido en aquella parte del bosque de Vincennes. Los árboles sin hojas podrían haber dejado pasar el sol, pero la mole compacta de nubes negras oprimía sus débiles rayos hasta asfixiarlos. Una lluvia fina y penetrante había podido más que la nieve y alimentaba el barro que se les pegaba a las suelas. Aparecían huellas que se reblandecían en el acto. Unos cuantos matojos de hierba pelados se mezclaban con las ramas quebradas y las hojas secas; los risueños prados de césped del verano de los excursionistas parisinos no eran ya sino un rincón lóbrego donde el pesado cuerpo de un gánster asesinado estaba muy en su lugar.

—¡Recientito de esta mañana! ¡Sacado directamente del saco del mismísimo Papá Noel, con entrega especial por trineo!

Era el teniente Zahoui de la BRI el que soltaba su retahíla de gansadas como si quisiera darles salida. Detrás de él, Diamant les hizo una seña minimalista con la mano.

—Dos balas en la tripa, dos en el tórax, una en el hombro y dos en los árboles.

—Dispara fatal, Papá Noel; o será que se movieron los renos —indicó Rosière, que tampoco andaba mal de bromas.

Zahoui se echó a reír, alegrándose de haber encontrado una compañera. Le dio una fuerte palmada amistosa en la espalda a Rosière, que no habría condescendido a esas confianzas, pero las toleró con la altanería de una estrella a la que no dejan de asediar los fans.

Las siete balas habían retumbado en aquel barrio residencial y familiar de las lindes del bosque. Habían avisado en el acto a la policía. Sin embargo el tirador había tenido tiempo de sobra para escapar. Sin silenciador ni puntería; era fuego de aficionado. Pero de un aficionado con pistola automática y dispuesta a largar medio cargador sin moverse del sitio. El perfil podía ser el de un gánster cuyo cometido no fueran las armas, un conductor por ejemplo, como ese que Lewitz echaba de menos en el atraco.

A eso se sumaban los montones de enemigos que debía de tener Max Ramier. No quería a nadie ni nadie lo quería. No había quien lo controlase, era violento, no respetaba ni la vida ni sus compromisos. Así que este crimen era del todo independiente de la investigación y un desahogo de los maltratos de antiguos compañeros de celda. Los cabrones como Ramier dejaban tras de sí toneladas de pistas y motivaban muy poco a los policías, que tenían otras justicias que atender.

Algunos de los chicos de la Brigada contra el Crimen Organizado se reían con sorna delante del cadáver, pero la mayoría estaban picados, más que nada porque un desconocido les había quitado la presa delante

de las narices. Se suponía que la BRI tenía que volver con los restos mortales del asesino del noble señor Rufus colgando de lo alto de un mástil, y se encontraban con un cuerpo lleno de barro y con un listillo que se había esfumado en el bosque. Bastante jodidos los tenían ya los polis de la Criminal y los del aparcadero; si el resto del mundo arrimaba el hombro, dentro de poco lo único que tendrían que hacer los vaqueros sería tocar la armónica.

Aquellos vaqueros, sin embargo, iban a tener los resultados de balística mucho antes que los Inocentes; y entonces bastaría con que el arma estuviera fichada para que se hicieran con una ventaja decisiva. Tenían fichados a todos los componentes del crimen organizado, o en sus archivos o en su memoria; a la policía le bastaría con hincar los codos.

Si se basaban en la llamada que había puesto sobre aviso a la policía, los disparos habían sido a las diez. Muy madrugadores para un 25 de diciembre. En lo tocante a coartadas, Capestan se preguntó si la Navidad le facilitaba la tarea al asesino o se la complicaba. Solo una persona solitaria podía salir de casa a esas horas sin que lo notase alguien de la familia.

La mitad de los gánsteres por lo menos. Y más de un tercio de los policías.

No; pistas falsas. El que disparó es un aficionado, recordó Capestan.

A primera vista, aunque lo habían cosido a balazos, a Ramier en cambio no le habían pegado; no intentaban hacerlo hablar. No era el dinero lo que había llevado al crimen. A menos que se lo hubiera quitado directamente a la víctima, que anduviese por ahí llevándolo encima.

¿Qué pintaba Ramier por aquella zona? En el expediente, no constaba que se tratase con nadie por las inmediaciones de Vincennes. No había ni un bar a menos de doscientos metros a la redonda. ¿Qué había ido a hacer allí? Capestan se alejó algo de la escena para tener una visión de conjunto y valorar los puntos de interés del paisaje. En la bocacalle que arrancaba del bosque: una mercería, un club de *fitness* y una peluquería. En la avenida: un banco, una tienda de móviles y una farmacia. Todos aquellos comercios parecían estar cerrados en aquel día festivo.

Una berlina muy larga se detuvo en la avenida. Salió de ella Buron con menos agilidad que en sus años mozos, pero cuando se colocó bien la trenca y se acercó despacio, cundió por los alrededores un silencio distinto a otros tipos de silencio. Estuvo un buen rato saludando a las cabezas de puente que trabajaban en la escena del crimen y escuchando el resumen de la situación desde los diferentes puntos de vista. Luego se acercó a Capestan y, sin dejar de abarcar el escenario con aquella mirada respetable de basset artesiano, preguntó:

—¿Qué, Capestan? ¿A usted también se le ha chafado toda la

investigación?

—Hay que reconocer que este cadáver nos deja las pistas en un buen callejón sin salida.

—¿También todas sus pistas, Capestan? ¿De verdad? ¿No tiene por ahí, perdido en sus papeles, a algún otro sospechosillo?

La pregunta de Capestan sobre Orsini no había caído en los oídos de un novato. Buron debía de haber pedido algunos expedientes.

Teniendo en cuenta el aparte y el tono, más insinuante que afirmativo, le estaba dejando, sin embargo, cierto margen de maniobra a su comisaria. Esta tomó buena nota y le echó una ojeada al capitán Orsini, que también se estaba alejando del barullo y salía del bosque para recorrer la avenida que lo flanqueaba. Estaba buscando algo. Pero él parecía saber qué.

### 33.

Lebreton y Capestan habían vuelto a ponerse el abrigo para aprovechar la terraza de la comisaría. Louis-Baptiste se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la derecha y encendió uno. Cuando le dio una calada, la brasa incandescente, la única señal de calor en el frío invernal, chisporroteó.

Sin llegar a decirlo, los dos policías se estaban preguntando lo mismo. En la brigada, Orsini seguía sin mencionar su dramática relación con el ataque al banco Minerva, lo cual colocaba a Capestan y a Lebreton en una posición delicada. O seguían mirando para otro lado o se lo contaban ellos a la brigada. Aunque no fuera más que para que tomara en consideración el asunto.

Capestan, de codos en el antepecho y con las manos juntas, miraba a los escasos transeúntes que pasaban por aquellas calles cuyo frenesí parecía haber atajado bruscamente la Nochebuena. Después de la maratón, el desierto, sin transición. Primero se compra de todo y, luego, de golpe y porrazo, ya no se compra nada. Volvía uno a una vida normal, con la cuenta bancaria centrifugada y el cuerpo atontado con tantas carreras.

Lebreton soltó una larga bocanada y apoyó la espalda en la pared de la terraza. Tanto la postura como el abrigo corto, de buen corte, resaltaban la elegancia natural del comandante. Aquella sobriedad, aquel minimalismo en los ademanes imponían una presencia fuerte, pero nunca engorrosa.

—Tiene que saber que lo sabemos. Es imposible que no sea así.

—Sí, las fotocopias de los expedientes estaban incompletas, pero tiene que imaginarse que yo por lo menos he tenido en las manos el expediente completo.

—Y, sin embargo, no ha ido a hablarte de ello —comentó sosegadamente Lebreton.

Capestan se enderezó y se metió las manos entumecidas en los bolsillos del abrigo, donde se toparon con un billete de metro usado. La comisaria, maquinalmente, jugueteó con él, metiendo una esquina en la uña del pulgar.

—No, no ha ido.

—Al menos tenemos que mencionarle el problema a la brigada. El asesinato de Ramier ha cambiado la situación. Antes, Orsini era solo una víctima. Un potencial manipulador de nuestro grupo que se dedica a guardarse información...

—Fue él quien nos orientó hacia Jacques Maire.

Lebreton recogió el cenicero que tenía a los pies y, con un movimiento giratorio tan lento como certero, apagó en él el cigarrillo. Luego dio un par de pasos para dejarlo en la mesita redonda.

—Cierto. Pero fue seguramente para utilizarnos con fines personales. En cualquier caso, no podemos protegerlo si ha matado a alguien. No podemos seguir jugando a desenfocar los hechos ni a estirar los límites. No si es un caso de asesinato.

Capestan había convertido el billete en un tubito diminuto y le daba vueltas entre los dedos.

—No, bueno, no lo sé...

—Por cierto, ¿cómo se enteró de lo de L'Isle-sur-la-Sorgue? —preguntó el comandante, guiñando un poco los ojos claros.

—Por el diario *La Provence*.

—Pero ¿cómo sabía que Jacques Maire se había cambiado de nombre y que estaba allí? ¿E incluso que estaba implicado en el atraco?

—No lo sé.

Capestan titubeó. Rosière estaba al tanto, por supuesto, pero tener que comunicárselo a los otros se le hacía muy cuesta arriba. Sin embargo, llegados a aquel punto, no quedaba más remedio.

—... Además de lo de Orsini, hay otra cosa. A priori, según el análisis que ha hecho Eva del manuscrito, Rufus fue cómplice. Y seguramente si le correspondió una parte fue para que todo fuera sobre ruedas.

—Y sin embargo detuvo a Ramier —hizo notar Lebreton, escéptico.

—A lo mejor no se esperaba que disparase y le desbarató el plan; la cosa era demasiado gorda para protegerlo. Le puso las esposas a él y dejó que el otro o los otros se largasen con la pasta...

Unos nubarrones color acero inoxidable progresaban por encima de la imponente iglesia de Saint-Eustache. Absorto en sus deducciones, el comandante los miraba avanzar sin verlos.

—En esa versión del caso, se entiende que Ramier estuviera furioso y le diera una paliza al salir. Pero ¿por qué no lo denunció cuando lo detuvieron? No me creo para nada todo eso de la palabra de los malhechores y demás cuentos chinos.

—Yo tampoco. En mi opinión fue por el dinero. Para recuperarlo. Ramier sabía dónde estaba, donde no podía incautarse de él la justicia. Eso le ofrecía mejores oportunidades de cogerlo después de salir de la cárcel, aunque le supusiera una condena más larga. O a lo mejor Rufus negoció con él en plena acción.

—No deja de ser una maldita coincidencia que enviaran a Orsini a la brigada de su nuera.

Con un gesto automático, Capestan se sacó la melena del cuello del abrigo.

—No fue una coincidencia precisamente; fue él quien pidió el traslado. Vino por mí. Seguramente suponía que había secretos de

familia. Una tradición de corrupción, quizá.

—En cualquier caso, te tenía vigilada. Como a todos los potenciales sospechosos... Recuérdame si en el expediente de Lyon no se citaba a Jacques Melonne como posible fugitivo.

—Sí, pero muy de pasada. No encajaba en absoluto en la descripción...

—Que era la descripción de Rufus, o sea, la de un corrupto. Y la de unos rehenes en estado de choque.

—Tienes razón... A lo mejor Orsini fue siguiendo todos los nombres sabiendo que uno de ellos iba a ser el correcto.

—Pero ¿por qué lo hacía? ¿Qué esperaba? Bien pensado, el que había disparado estaba en la cárcel. Se había hecho justicia.

—Sería cosa de preguntárselo a él.

—Sí, y lo más seguro sería que os contestase —intervino la voz de Orsini.

Capestan y Lebreton dejaron que el capitán los llevara a la sala recreativa donde estaba reunido el resto de la brigada. Orsini se situó en una punta del billar, dejando la gran mesa entre sus compañeros y él. La claridad apagada que penetraba trabajosamente por los cristales no bastaba para que se viera bien en la habitación, y Rosière, al entrar, había encendido instintivamente todas las lámparas auxiliares, la luz del billar y las guirnaldas de alrededor del bar. Reinaba en la habitación un ambiente cálido, que contrastaba con el frío repentino que había irrumpido con la información de Orsini. Había cortado tajantemente las muestras de compasión tras mencionar la muerte de su mujer y de su hijo; y se había puesto inmediatamente al mando de la investigación relacionada con ellos. Como para recordarles el cariz estrictamente profesional de las relaciones que los unían.

Capestan se preguntó si lo había hecho en mayor medida para rechazarlos o si, antes bien, quería proteger sus conciencias y dejarles vía libre para sospechar y decidir.

—No tenía al cerebro. Quería saber quién había montado el golpe.

—Podía ser Ramier —comentó Rosière.

—Honradamente, capitán, incluso sin ideas preconcebidas, ¿usted le ve a Ramier cara de tener cerebro?

—Para sacar adelante un atraco, no, estoy de acuerdo. Pero para cargarse uno...

—No, un policía no se habría apuntado a nada con un chalado así. El asunto venía de otro sitio. Quería saber de dónde.

—¿Por qué pensabas que Ramier te conduciría hasta ahí cuando saliera?

—Para empezar, porque no había denunciado a sus cómplices. Tengo unos cuantos contactos en el penal de Corbas. Sabía que Ramier no tenía

dinero. No había cobrado su parte. A la fuerza tendría que querer hacerse con ella.

«Un policía no se habría apuntado a nada con un chalado así.» La frase le rebotó de pronto en la mente a Capestan, que interrumpió el desfile de las otras preguntas:

—Espere, espere, ¿cómo sabía que el policía se había «apuntado»? A fin de cuentas, a Rufus por entonces nunca lo acusaron de complicidad.

La comisaria se volvió hacia el resto del equipo y habló tajantemente, como para dejar cerrado el tema:

—Pero ahora sí es el caso. Lo cual explica, Lewitz, que no hubiera un conductor: no tenían prevista una huida precipitada.

—Era una suposición, es cierto —contestó Orsini—. Una sospecha muy evidente. Y me asombraba mucho, a decir verdad me indignaba, ser yo el único que la tomaba en consideración. Fíjense en los hechos: las descripciones de los testigos no concuerdan, las circunstancias no están claras; ¿el policía consigue detener al más peligroso pero deja que el otro se escape? ¿Tiene que enfrentarse a un atraco con unos novatos? ¿Llega antes que nadie —y muy deprisa— aunque la alarma, según los empleados, acababa de saltar? Me parecía que tenía una suerte muy selectiva. Si no hubiera sido un personaje con tanto prestigio o sin la ceguera de los compañeros, siempre dispuestos a proteger a los suyos...

Los policías movieron la cabeza suspirando; tampoco había que exagerar.

—¿No? ¿No les parece? Usted, sin ir más lejos, comisaria, le dio a nuestros compañeros un expediente en el que mi nombre, que sin embargo aparecía con todas las letras, ya no estaba. El instinto de lavar la ropa sucia en familia. Hoy, soy sospechoso de asesinato y me sigue protegiendo, ¿verdad?

La gama de miradas que se posaron en Capestan iba del reproche más claro a la comprensión más total. La comisaria hizo un leve mohín de disculpa. Tampoco se iban a pasar tres horas con aquello; habría hecho lo mismo con cualquiera de ellos.

—Ninguna protección definitiva —recordó Lebreton, tanto más molesto con la demostración aquella cuanto que sabía que era, a un tiempo, justificada y contraria a sus convicciones.

Antes de entrar en aquella brigada perdida, el comandante habría hecho constar que Orsini aparecía en el expediente sin titubear.

—Ya lo sé —contestó el capitán—. Pero pueden estar tranquilos sin embargo. No he sido yo quien ha matado a Ramier.

En la habitación se dividieron las tendencias. La mitad de los policías se creían esta última declaración. La otra mitad, no.

Capestan estaba en medio, doblemente escéptica.

## 34.

La unidad móvil a la que habían destinado a Diament iba por el bulevar de Sébastopol arriba, la arteria norte-sur que separaba el barrio de Le Marais del de Les Halles, dejando atrás el austero Théâtre de la Ville para sumarse a la comedia ligera de los bulevares. En las anchas aceras se mezclaban turistas y vecinos de la zona entre locales de Kentucky Fried Chicken, bancos y escaparates de tiendas de muebles. Los policías, con los chalecos antibalas ensanchándoles el pecho y calzados con Rangers que los clavaban al suelo, patrullaban en cuanto se hacía de noche.

Poco antes de llegar a la calle de Rambuteau, debajo del letrero de una oficina de Le Crédit Lyonnais, había un colchón cubierto con un desorden de mantas y sacos de dormir, una bolsa de plástico muy grande y agujereada y una sillita para niño muy sobada que hacía las veces de cabecera. En aquella cama dormían un hombre, una mujer y, entre los dos, una niña que debía de tener unos cuatro años. O quizá cinco.

Ignazio, el responsable de la unidad, un hombre ancho de pecho y espaldas y un tanto barrigón, suspiró.

—Venga, vamos allá. Diament, te ha tocado.

—¿Qué? —preguntó el teniente, seguro de haber entendido bien pero sin poderse lo creer.

Basile Diament miraba a aquella familia preguntándose cómo habrían conseguido quedarse dormidos con el frío, la luz, el ruido, la gente que pasaba y sin paredes alrededor. La costumbre, el cansancio quizá. ¿A partir de qué grado de tremendo cansancio o de indiferencia podía alguien relajarse así pese al flujo de los intrusos que pasaban a los pies de la mísera cama? ¿Cuántos gorros necesitaba una niña para dormitar al raso en la noche parisina? A lo mejor le bastaba con que la rodease el calor de los adultos.

—¿Qué de qué? Los largamos y se acabó.

Diament respondió sin pararse a pensar, como si fuera una evidencia; la respuesta sencilla a una pregunta sencilla.

—Negativo.

El tono, que no era desafiante, consiguió que el jefe se compadeciera de él.

—Diament, voy a hacer como si no hubieras dicho nada, es tu primera ronda, así que empezamos otra vez de cero. A los rumanos esos, por los vecinos, por los turistas, por la imagen de la ciudad, por todas esas cosas, no podemos dejarles que prolonguen esta situación. Ya lo

sabes. ¿No estás de acuerdo?

—Sí.

—Entonces vamos allá.

—No. No quiero hacer una cosa así.

—Nadie quiere hacerlo, teniente, nadie. Pero hay que hacerlo.

Pues no, mucha gente y muchos policías pasaban sin verlos, así que ¿por qué esta noche no podían concederles ni siquiera esos cuatro metros cuadrados de acera? Diament miraba a la niña. No había pasado tantas horas entrenándose ni había echado kilos de músculos para despertar a los niños.

No podía ser, ya estaba bien.

Basile tragó saliva. Era como si hubiese oído dentro de la cabeza cómo crujían las compuertas; el caudal de lágrimas crecía y amenazaba los muros. Los ojos le escocían, cogió aire. Llevaba seis años aguantando, había que aguantar algo más, solo unas pocas horas, para no derrumbarse aquí. Mejor aferrarse a la ira, a la rebelión, no ceder al agotamiento, la depresión, la tristeza. El síndrome del *burn-out*, como lo llaman los médicos. Estar hasta la coronilla, pensó Basile para darse bríos.

—No, no los he visto, me voy.

—Ya vale, Diament. ¿Es cosa de política o qué? ¿Vas a manifestarte a favor de la migración?

—¡De eso nada! Me importa un carajo la política. Pero esto no lo voy a hacer.

Ignazio era comprensivo, no era un mal tío, hacía el trabajo que le correspondía. Velar por el orden, hacer que sus subalternos obedecieran. Disuadir a los rumanos. Quería convencer a Diament. No veía que el paso al cerebro estaba cerrado.

—Pero si no pasa nada —le dijo por lo bajo—. Si a mano viene, ni siquiera son familia, apenas si se conocen. Ese es su curro. Y el nuestro. Ya sabes cómo van las cosas, les damos un toque, se van diez metros más allá, esperan a que nos marchemos y vuelven a hacer lo mismo.

Pero Diament no quería hacer su curro. Empezaban a entrarle temblores; meses y años de vejaciones, de humillaciones, ¿y ahora esto? Desalojar a niñas. ¿A qué más querían que renunciase? ¿Cuál iba a ser la etapa siguiente? Solo sabía una cosa, y es que esta noche, aquí y ahora, no era no. Intentó hablar. Último intento. Luego lo dejaría correr. Dejaría que tomase el mando su cuerpo. Aún no había cumplido los treinta, pero qué se le iba a hacer. Su madre lo entendería. A lo mejor es que ya no tenía edad de ser su hijo.

—¡Pues por eso mismo! ¿Qué más dará? Mira a la cría, acaba de dormirse. Lo han colocado todo, por fin pueden descansar ¿y los voy a levantar a golpes?

El teniente vio que un compañero le pasaba por la derecha para poner manos a la obra, a lo mejor para acabar de una vez o a lo mejor

para hacer méritos. Diament le cortó el paso. Interpuso sus dos metros y sus ciento veinte kilos entre los policías y el colchón.

—Y vosotros tampoco, por cierto. Nadie hace nada. A otra cosa.

—¿Y si no? —preguntó el compañero pulsando el botón del *walkie* que llevaba enganchado en el hombro izquierdo.

—Tú ven y lo sabrás.

Cuando Diament, de perdidos al río, se alegraba de ese último combate que se iba a regalar, un coche sin distintivos se detuvo a su altura. Frost, el comandante de la BRI, bajó el cristal de la ventanilla con una sonrisa aviesa en los labios.

—Ya lo has conseguido, chaval. Te trasladas.

## 35.

Capestan había aguzado el oído porque el timbre de la puerta era un ultrasonido que, apenas brotaba, intentaba esfumarse. Buron la había llamado para avisarla: «Abulta mucho y usted solo le ha visto un trocito. Creo que todo lo demás está roto. Compóngalo si puede, comisaria, gracias».

En las manos de Diament, la caja con sus efectos personales no parecía mayor que una de zapatos. El teniente estaba en el vestíbulo, con cara huraña y mirada intranquila. Aquella mole gigantesca de músculos menguaba las proporciones de cuanto había alrededor.

Pese a sus desavenencias pasadas, Capestan lo recibió sin la menor ironía.

—Bienvenido, teniente. No estoy segura de que nos queden despachos de su tamaño, pero algo encontraremos, ya verá.

—¡La sala recreativa ni tocarla! No te lo tomes a mal, guapo, pero es que le he cogido afición al billar —dijo Rosière, con el cigarrillo sin encender aún en la mano, antes de irse a la terraza, pisándole a Pilú los animados cuartos traseros.

—Eso le pasa desde que ganó —explicó Lebreton—. Hay dos despachos pequeños al fondo; podemos tirar el tabique.

—¿Por qué no? O ahí, en el salón —propuso Capestan.

—Nos va a tapar la luz de la ventana.

—Disculpe que hablemos de usted como de un armario de luna —dijo la comisaria, volviéndose hacia Diament, que asistía al cruce de opiniones sin atreverse a meter baza.

—La verdad es que mi integración despertó menos pasiones —comentó Saint-Lô con amargura.

Unas voces que venían de la terraza los sacaron de sus reflexiones. Capestan se fue a la cocina, seguida de Saint-Lô, Lebreton y Diament, que soltó la caja.

Merlot y Rosière tenían otro enfrentamiento. Pero, en esta ocasión, estaban en una postura que no animaba a disfrutar de ningún juego; se estaban peleando en serio.

—Sigo pensando que mató a Ramier —afirmó Merlot.

—No, no lo creo; él nos ha dicho que no. Y además un madero no habría ametrallado todo lo de alrededor antes de meterle una bala en el *body*.

—No estoy de acuerdo, Eva —intervino Évrard—. Orsini no se entrena nunca, no es un loco del gatillo. Se torció un poco al apuntar,

pero opino como Merlot, creo que fue él.

—¡Pues por eso mismo, joder! ¡Si hubiera querido dar en el blanco, habría ido a la galería de tiro! ¡Os digo que no es él!

—Sí que es. Y no deja de ser un asesinato. Habría que informar a Asuntos Internos —insistió Évrard con voz de resignación.

—¡Ah, no! En eso, queridísima amiga, discrepamos —la interrumpió Merlot, sacudiendo un dedo índice reprobador—. Cierto es que ha podido apartarse del camino recto, pero de ahí a que nos chivemos..., a tanto no llego. Estas cosas conviene arreglarlas *en petit comité* sin meter por medio a las instancias mal intencionadas —añadió, evitando de forma ostensible mirar a Lebreton.

Desde la víspera, la discusión hacía estragos en la brigada, que se había organizado imperceptiblemente en facciones rivales: los pro-Orsini y los anti-Orsini. O, dicho de forma menos radical, quienes lo creían y quienes no lo creían. Dos subgrupos discutían aún con más violencia: los partidarios de una auténtica investigación contra los que preferían los apaños caseros. Capestan había decidido no pronunciarse y, de momento, estaba de acuerdo con todo el mundo, lo que, por supuesto, no era una posición muy jerárquica que digamos.

Estaba esperando que algo así como una vía de sabiduría emergiera del fondo turbio y turbulento de su conciencia, tan poco ejemplar por otra parte. A lo que tenía miedo sobre todo era a que ese acontecimiento empañase la frágil cohesión de la brigada. Empezaban a notarse grietas. Torrez, desde el accidente de Lewitz en el capó del Porsche, estaba padeciendo otro destierro que ya no dependía solo de su voluntad. Orsini, por su parte, seguía acudiendo a la comisaría y deambulando por los pasillos, observando un silencio de glaciador noruego. No se lo podía acusar de jugar la baza de la compasión. Cuando él pasaba, las discusiones amainaban, y luego se reanudaban con mayor crudeza.

—No hay nada que arreglar —espetó Rosière—. Hay que encontrar al auténtico culpable antes de que la BRI o el primer borrico que pase le apriete las tuercas a un compañero, así a lo tonto.

Dax y Lewitz, que habían dejado la conversación a falta de que les llegase el turno de palabra y estaban mirando la calle desde el antepecho, soltaron la misma exclamación:

—¡Ahí va, la hostia!

Se volvieron hacia sus colegas haciendo molinetes desaforados con los brazos.

—¡Venid a ver esto, venid a ver esto! ¡Corred!

Todos los miembros presentes de la brigada se abalanzaron a la terraza. En la calle, las estampidas rugían como un trueno. Caras aterradas aparecían en las ventanas de todos los edificios.

Había empezado la invasión. Los *hooligans* brotaban como un chorro inagotable de las escaleras mecánicas del metro, como si los vomitasen las plantas subterráneas del centro comercial Le Forum des Halles.

Inundaban luego las vías aledañas para dirigirse a la calle de Saint-Denis, por la que, por alguna razón misteriosa, pensaban andar arriba y abajo pegando alaridos, como una horda de salvajes con camisetas de su equipo. En menos de un segundo, todos los vecinos del barrio estaban al tanto del programa: aquella noche el Paris Saint-Germain se enfrentaba al Chelsea.

Los hinchas berreaban, a tope de cerveza y de hormonas de buey. En cabeza del cortejo, tres individuos con el pelo chorreando sudor enarbolaron unos petardos del tamaño de cartuchos de dinamita, que encendieron y empezaron a arrojar contra las tiendas. Los comerciantes protegían los escaparates a toda prisa mientras los camareros metían urgentemente las sillas de las terrazas.

Un tipo, más pedo seguramente que sus compañeros, agarró una mesa de hierro colado de uno de los bares y, sin importarle el peso, la levantó para tirársela a unos transeúntes. La muchedumbre de descerebrados se apuntó en el acto a esa nueva idea e hizo volar en todas direcciones sillas o paneles publicitarios, sin cuidarse de la gente, hombres, mujeres, niños, cochecitos de bebé y ancianitas.

—Vamos allá —dijo Lewitz colocándose la muleta.

Capestan asintió y todo el equipo se metió en el acto en el piso. Ratafía se colaba por entre las piernas, se deslizaba por encima de los zapatos para abrirse paso como avanzadilla. Según iban andando, cogían de los escritorios o de las cazadoras su brazal rojo de «Policía» y se lo ponían en el brazo izquierdo. Cuando Rosière se disponía a salir, Capestan la detuvo:

—Te dejo aquí para que avises a los antidisturbios; a la prefectura y todo lo demás.

Así que la capitán se quedó con su Pilú desconcertado y un Diament estupefacto. Este miraba alternativamente lo que pasaba en la calle y a sus colegas, que se iban con paso decidido.

—¡Son unos inconscientes! ¡No van a bajar sin equipo a juntarse con esos salvajes! No tienen chalecos, ni porras, ni gases lacrimógenos, ni cascos. ¡Esto es cosa de profesionales, hay que esperar a los refuerzos! Dígaselo usted —le instó a Rosière.

Esta se encogió de hombros; conocía a sus compañeros.

—Los transeúntes también se la están jugando. Habrá que ayudarlos.

Diament se quedó mirándola un momento sin podersele creer; luego dio media vuelta de golpe antes de salir corriendo detrás de ellos.

Se desplegaron al llegar a la plaza, abriendo los brazos y pidiendo calma. Esas intimaciones cayeron en saco roto, porque está visto que el famoso respeto por los *bobbies* no es artículo de exportación. Al contrario, envalentonados por su superioridad numérica y acalorados tras recorrer tantos kilómetros sin desahogos, unos cuantos hinchas,

más guerreros que el resto, vieron una estupenda ocasión de montar bronca e iniciaron el eterno ciclo de provocaciones, insultos y escupitajos varios.

Tenían que contenerlos y quebrantar como fuera aquella energía destructora. Aunque fuera canalizándola hacia sus propias personas.

Un joven imberbe que debía de aspirar a la categoría de cabecilla empezó a empujar a Évrard dándole golpes en el hombro. Sin dejar pasar ni un segundo, Dax lo dejó KO de un directo en toda la cara. Ya estaba dado el toque de salida.

El impetuoso Saint-Lô, embistiendo como una cabra montesa rabiosa, se lanzó en el acto para golpear en el centro de aquella columna sudada y escandalosa que unos minutos antes avanzaba en línea recta hacia una meta inexistente. Merlot, Lebreton y Dax salieron disparados hacia los flancos, alcanzando a los elementos dispersos que rompían el mobiliario urbano y amenazaban a los transeúntes acorralados contra los edificios. Lebreton el atlético y Dax el boxeador no tardaban en darles su merecido a esos hombres sorprendidos de encontrar resistencia y demasiado borrachos para reaccionar con rapidez. Merlot, pese a tener un físico menos apto para el ejercicio, lo compensaba con la temeridad. Buscaba el contacto directamente y les arreaba en el hígado sin previo aviso. Ratafía colaboraba mordisqueando tobillos y creando salutíferas distracciones.

Capestan se volvió hacia Évrard, Diament, Orsini y, algo más atrás, Torrez. Les señaló con la barbilla a los de los petardos. Los policías, como un solo hombre, se les echaron encima para desbaratar esa fuerza compacta.

Évrard, la que pesaba menos, pareció rebotar contra una pared. Cuando estaba ya en el suelo, un hincha la agarró por los vaqueros y el chubasquero para arrojarla contra el kiosco de periódicos. Évrard, atontada, se desplomó y se quedó ahí, inconsciente a medias, al pie de los anuncios de revistas.

Tenían demasiada fuerza, eran demasiados, estaban demasiado exaltados; a la escasa brigada y a lo que parecía ser ya una misión suicida les llovían los golpes. No se oía ninguna sirena, los largos autobuses negros de los antidisturbios tardaban en llegar, y, aunque sin caballería, los maderos iban a marcarse una batalla de El Álamo.

Orsini tenía ya la cara ensangrentada. Le chorreaba la sangre de las cejas, de la nariz y de la boca, pero el capitán seguía adelante, dando tumbos, con mirada alucinada, y arrojándose sin método alguno sobre todas las camisetas blancas y azules que lo rodeaban; él no era un pependenciero. La chalina no se le había movido, en el resto tenía manchas de suelas.

Lewitz, en retaguardia, intentaba enganchar a los que corrían y romper unas cuantas cabezas, pero su precario equilibrio le impidió defenderse cuando uno de aquellos hombres se adueñó de la muleta y

tiró bruscamente de ella. Lewitz se cayó. El hombre, en el acto, con ayuda de dos compañeros, le pegó una tanda de patadas en el vientre.

Diament, como un luchador de lucha libre rabioso que hubiera caído entre el gentío, agarraba las cabezas que tenía cerca y las aferraba metiéndoselas debajo de los brazos para retorcerlas, a veces en lotes de tres. Gritaba y berreaba más alto que sus adversarios, marcándose una *haka* de tamaño natural y aplastando todas esas narices que veía desde una altura de treinta centímetros. Golpeaba con el regocijo feroz de quien se ha enfrentado con demasiados sacos de arena, paladeando el canto de los huesos rotos, con la tibieza de la sangre en las falanges. Parecía lanzado para seguir peleando en un campo vacío de contrincantes. De hecho, se iba formando una ancha zona despejada a su alrededor, por falta de voluntarios, y tenía que andar cada vez más para ir a buscar a sus presas. Se había olvidado de su nueva brigada y peleaba solo, sin trabas y sin procedimiento, por fin. Perdido en su mundo, le llegó sin embargo la voz de Lewitz y fue a reunirse con su compañero a paso ligero. Echando mano al asaltante más gordo, lo alzó en vilo y lo soltó encima de sus congéneres igual que un halterófilo suelta en el suelo las pesas récord. Luego cogió en brazos con mimo al cabo para ir a dejarlo a buen recaudo, apoyado en una pared.

Torrez se había ido a pelear solo también, cazando por las calles adyacentes para librar a sus colegas de su presencia desmotivadora y de su sombra, más funesta que una bandada de buitres. Incluso siendo uno contra dos, la seguridad que tenía de estar del lado más sombrío le infundía valor.

Con el dolor del primer golpe, la ira había prendido en Capestan. Más colorada que el mismísimo Satanás, había golpeado a ciegas y dado salida a todas las llaves que el entrenamiento le había dejado impresas en los músculos. Pero ahora veía las cosas desenfocadas y el suelo daba bandazos. No había podido prever el ataque de un estrangulador que se le había acercado por la espalda. El hombre había apretado y apretado y no había soltado la presa hasta que estaba ya al borde de la asfixia. Capestan había quedado tirada, hecha un guiñapo en la acera. Luego había notado que alguien la agarraba por debajo de los brazos. Era Dax, que la estaba trasladando, igual que a Évrard y a Merlot, a quienes había colocado ya en fila al lado de Lewitz, sentados en la calzada, con la espalda apoyada contra la piedra rugosa de un edificio. Dax era un enfermero considerado, que los trasladaba lejos, pero los ponía de cara a la batalla.

Dos hinchas sujetaban por los brazos a Orsini, que estaba padeciendo la paliza de un tercero. Esta vez se le estaba yendo a pique la chalina. Capestan vio entonces cómo un elemento de cada uno de los bandos de la brigada, los pro-Orsini y los anti-Orsini, corría a socorrerlo. No hizo falta que Saint-Lô llegase a intervenir: Lebreton, que estaba más cerca, agarró al de los golpes por detrás de la camiseta, que se estiró, sujeta por

aquel puño de hierro. Le dio la vuelta para tenerlo de cara y le soltó un cabezazo que lo dejó fuera de combate. Los otros dos, muy valientes ellos, soltaron al capitán y se perdieron entre la muchedumbre de sus compañeros.

Rosière abrió la pesada puerta del edificio de la comisaría. Se había puesto unas deportivas, más acordes con las circunstancias que sus zapatos de salón de tacones vertiginosos, pero que pegaban bastante poco con el vestido de raso esmeralda. Llevaba consigo un voluminoso maletín de primeros auxilios y un perro policía decidido a enfrentarse a lo que fuera. Nada más llegar a la calle, Pilú se lanzó al asalto de las pantorrillas enemigas.

Dax fue a recoger a Orsini y lo dejó junto a Capestan.

Tras haber pasado un buen rato tosiendo y antes de que Rosière empezara con él, este volvió el rostro tumefacto hacia la comisaria y le puso, sin hacer fuerza, los dedos de la mano derecha en el brazo para que le prestase atención. Capestan se inclinó; la respiración de Orsini le silbaba en los oídos. Contuvo un quejido antes de articular:

—He encontrado algo. Creo que sé quién mató a Ramier...

—¿Qué? ¿Quién? ¿Lo conocemos?

Orsini asintió trabajosamente con la cabeza.

—Luego, luego... Cuando se acabe esto —dijo en un soplo, señalando la plaza donde aún imperaba el caos.

La brigada había iniciado los enfrentamientos en una proporción de diez contra trescientos. Ya solo quedaban cinco y el adversario, en cambio, parecía volver a levantarse siempre. Las ninfas de piedra de la fuente observaban la carnicería sin perder su imperturbable sonrisa.

Saint-Lô, pillado en una tenaza, retrocedía ante tres tipos musculosos. Intentaba acercarse a la pared para proteger la retaguardia. Con el rabillo del ojo vio a Lewitz, sentado algo más allá, que se agarraba a un canalón para ponerse de pie y acudir en su ayuda. Saint-Lô le hizo con la cabeza una seña negativa y le gritó:

—¡No, no! ¡Basta con la muleta!

Con gesto seguro de tirador de jabalina, el cabo le lanzó el utensilio y Saint-Lô lo agarró al vuelo. Una amplia sonrisa le dejó al aire los caninos. Sopesó aquel largo palo con ademán de experto y, cuando dio con el equilibrio perfecto, se lo aseguró en la mano, precisamente entre los dos semicírculos de plástico, que volvió hacia fuera. Luego, enarbolando la prótesis, proclamó con voz vibrante de confianza y de contento:

—¡En guardia!

Los ingleses del Chelsea no entendieron las palabras, pero captaron el sentido. Cierta detalle en la mirada de Saint-Lô les impidió no obstante tomárselo a broma. Siguieron avanzando. Antes incluso de que se la viera moverse, la muleta salió disparada contra el plexo del primer hinch, que puso unos ojos como platos con el golpe y se desplomó sin respiración. Alcanzó luego en la nuez al segundo, que cayó en la acera

escupiendo. Solo quedaba el tercero, cuyo aplomo iba menguando, pero al que el orgullo mantenía aún en la brecha. Con un gesto rápido saltó sobre Saint-Lô, buscando el cuerpo a cuerpo. El capitán lo esquivó sin esfuerzo, agarró a su adversario por el brazo, le hizo perder el equilibrio y, girando ciento ochenta grados, retrocedió un paso y le plantó el canto de la muleta exactamente entre los ojos.

—¡La estocada de Nevers, amigos míos! —exclamó Merlot encantado de la vida—. Con la contera de goma se pierde algo de eficacia, pero ¡qué seguridad en el ataque!

El hombre no quiso saber nada más y corrió hacia la calle de Les Lombards. Pero la oleada de camisetas volvía a formarse, sin que fuera a menos la borrachera. Saint-Lô le tiró la muleta a Lewitz, para devolvérsela, y desató la daga del tobillo. Hizo un gesto breve para tranquilizar a Capestan. La daga seguía en la funda de cuero; solo iba a officiar de sólido punzón.

Con un rugido, Diament le indicó su presencia al ágil capitán. Separaba los miembros y parecía querer acabar de una vez. Igual que una excavadora en una playa, recogió a brazadas a aquellos cretinos y los tiró unos encima de otros. Enfrente de él, a contracorriente, Saint-Lô los pinchaba con la daga, como un relámpago furibundo que golpeaba y desaparecía. La alianza del *grizzly* y el abejorro comprimía la mole de esas esponjas de cerveza.

Merlot se volvió hacia Ratafia:

—¡Ve, ve a ayudarlos, Rati, bonita!

La rata corrió hasta los talones del mosquetero. El roedor no se contentaba ya con los tobillos; había cobrado seguridad y trepaba por dentro de los pantalones, atacando los muslos. Los individuos chillaban, dándose golpes a ciegas en los pantalones de chándal anchos para ahuyentar a un bichejo al que no habían visto llegar.

Ciñéndose a la misma estrategia sándwich que Diament y Saint-Lô, Piloto se abalanzó para prestar apoyo y mordió en las nalgas a las víctimas de la rata, que no sabían ya dónde pegar.

—¡Más arriba, Rati! ¡Más arriba! —la animaba su dueño.

Con el hocico afilado apuntando hacia delante y clavando las garras en la piel, Ratafia fue ganando terreno; se divisaba aquella silueta que se achataba entre los pliegues de la ropa y llegaba ya hasta la entrepierna; la sangre ponía aureolas oscuras en el blanco del algodón. Arrodillados, los hombres lloraban.

—¡Eso, ratita mía, adelante! ¡Ataca, ataca! —gritaba Merlot, ya de pie, completamente galvanizado.

Se volvió hacia Capestan:

—¡He amaestrado a una rata policía! ¡He amaestrado a una rata policía!

—Chsss, chsss, calla, más bajo —dijo sin alzar la voz Capestan.

Lo que faltaba; que corriera la voz de que la policía amaestraba ratas

para emascular a las muchedumbres. A Buron le iba a encantar.

No tardó en reabsorberse la pelea generalizada que se había adueñado de la fuente de Les Innocents. La cohorte de hinchas que volvió a ponerse en marcha hacia Châtelet no rompía ya como una ola, iba cojeando, herida, doblada en dos, con prisa por llegar a los asientos de plástico de esas tribunas en las que a la mayoría le costaría sentarse.

Los esfuerzos conjugados de las dos nuevas adquisiciones de la brigada, tres contando a Ratafia, habían derrotado a los bárbaros.

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Hemos ganado! ¡*Veni, vidi, vete!* ¡Gracias a mi rata!

A Merlot no había quien lo sujetara ya. Incluso aunque el ojo derecho, tumefacto, le abultaba el doble e iba a tener que ponerse unas cuantas coronas dentales; incluso aunque sus colegas, hechos unos zorros, se estaban contando los pocos miembros que les quedaban aún intactos, y Torrez, Lebreton, Dax, Saint-Lô y Diament, los últimos combatientes, se les acercaban andando despacio, agotados, en compañía de un perro y de una rata encarnada, Merlot, por lo que a él se refería, estaba celebrando Austerlitz.

—¿Sabes? En el fondo es lo que andaban buscando; no creo que les hayamos estropeado la velada —quiso quitar hierro Évrard, aunque sonreía.

En torno, los orgullos, incluso con los dientes mellados, no ocultaban ya su alegría. Merlot, muerto de risa, con las uñas llenas de sangre, le rascaba el cuello a su rata.

—¡Huy, yo creo que sí! ¡Tú hazme caso!

Hizo una pausa de un segundo, se inclinó y, luego, le agarró el brazo a Évrard con mano convincente:

—Sin cojones, la fiesta no pone.

36.

—No, no le creo, no es él.

Capestan se negaba tenazmente a oír a Orsini.

Estaban ambos en el despacho del capitán, que llevaba ya la chalina anudada como es debido. Igual que el resto de la brigada, los policías estaban llenos de tiritas, vendas, pomadas y desinfectantes. El cuarto de baño de la comisaría se había convertido en hospital de campaña donde oficiaba Rosière con muchas bromas cuarteleras. Había venido un médico y los había puesto en hilera en el pasillo, cada cual en su silla, para reconocerlos en fila y clasificarlos por orden de prioridad. A Évrard y Lewitz los había mandado a urgencias para que les hicieran unas radiografías de control por si acaso; los otros se podían apañar con unos remiendos. El médico le había echado un ojo también a Ratafia, que estaba como una rosa y apuntaba con el hocico al cielo junto a Pilú. Todos se habían dado muchas palmadas en la espalda y habían repartido parabienes y elogios. Dax incluso había soltado unas lagrimitas entre el fervor de los agradecimientos colectivos. Y apenas unos segundos después de haber saboreado el regreso del compañerismo a la brigada, allí estaba Capestan, en aquella silla, escuchando los disparates que decía Orsini.

—Sí, comisaria. Todo indica que así es.

—Le digo que no.

—Mire... La comprendo. Le dejo lo que he encontrado; y llegará a las mismas conclusiones que yo —propuso Orsini con voz mucho más suave que de costumbre.

Encima del cristal inmaculado de su mesa colocó, en orden, el trozo de cartón con el código, un DVD de una cámara de vigilancia, la tarjeta de un club y una carpeta. Salió en silencio, teniendo buen cuidado de cerrar sin dar portazo.

Capestan miraba aquellos elementos. Luchaba contra la sensatez, pero la lógica de Orsini se iba abriendo camino pese a todo. Una verdad plausible se iba insinuando en aquel laberinto mental cuyas puertas tenía bloqueadas ella. Poco a poco, la negación perdería la partida para dejarle el sitio a la ira primero y luego al abatimiento. Y ¿después? ¿Qué hacer después?

Así que Orsini no había asesinado a nadie. No había vengado ni a su mujer ni a su hijo.

Pero, en cambio, Paul había vengado a su padre.

Aquel padre a quien no quería, aquel padre con quien ya no se trataba, pero que le había inculcado la violencia y la ley del talión.

O habría sido un accidente. Sí, un accidente. Que él había ido a buscar.

Capestan se quedó mucho rato con la mirada perdida en el vacío, hasta que toda la habitación se puso borrosa, hasta que se le quedaron completamente secas las pupilas.

No lo entendía.

Su marido, un asesino. No daba el tipo. Ni siquiera daba el tipo de persona descontenta. Bajo qué estrato primitivo había ido a buscar aquel comportamiento que le pegaba tan poco. ¿Instinto animal? ¿Identificación? ¿Sentido del deber? O, sencillamente, la necesidad de demostrar más allá de la muerte que era de la misma raza y colmar así esa eterna necesidad de los hijos que, incluso cuando los abandonan, incluso cuando les pegan, siguen buscando sin tregua el cariño y la aprobación de sus padres. Ni siquiera el propio Paul debía de saber la respuesta.

Y, sin poder impedirlo, Capestan se preguntó también cómo su marido había podido cometer un asesinato en el preciso momento en que los dos por fin volvían a encontrarse. No delante de ella, pero en el centro del radar de sus investigaciones. ¿Y cómo hacer caso omiso, en aquel radar, del gigantesco punto rojo que parpadeaba de repente y retumbaba como el pitido de un electrocardiograma plano?

Había que analizar las cosas fríamente, no tomárselo por lo personal, no recibir los hechos con aquella espantosa sensación de desastre.

Paul no se había fiado de su investigación y había decidido actuar por su cuenta. La había manipulado. ¡Hay que ver! ¿Pensaba que no iba ella a descubrirlo? Contaba con pasar el resto de sus días tan tranquilo, sentado en el sofá de ambos, encima de su tremenda mentira. O se decía a sí mismo: muy fácil, mi mujer es poli, que amañe la investigación y listo. A otra cosa. ¿Cómo no se lo iba a tomar como algo personal? ¿Habría pensado siquiera en delatarse, en confesarle el asesinato? Ganas le entraban a Capestan de esperar a ver qué pasaba.

En serio. Esperar. Por una vez, Capestan no tenía ganas de actuar. Quería dejar que la vida decidiera por sí sola, quería dejarse llevar, apuntarse a la política del perro muerto que va corriente abajo, esperar a que todo se zanjase sin ella, a que vinieran a buscarla y le dijeran: «Vale, ya está todo arreglado». Abdicar. Encontrar una madriguera.

Pero no era eso lo que iba a suceder.

Rozó el código con el dedo. Orsini había hecho un trabajo de hormiga.

947091. Una fecha de nacimiento invertida: era lo que por fin había deducido. 19 de julio de 1949.

Luego se había peinado los expedientes de todos los asesinatos de uno en uno, hoja por hoja. Nada. Y por fin, fue en los datos de recursos humanos de Rufus donde encontró la fecha de nacimiento de su mujer:

19 de julio de 1949. El hombre sin entrañas era hasta cierto punto un sentimental en el fondo. O tenía rudimentos metódicos.

Ya estaba vinculado el código a Serge Rufus. Ahora quedaba por determinar para qué valía.

Si Ramier lo había conservado es que le resultaba útil.

El dinero.

¿El código de una consigna? Orsini había llamado a todas las estaciones; ninguna usaba ese sistema. Luego rebuscó en los documentos referidos a Rufus: ¿pertenecía a un club deportivo, de tarot, de policías veteranos? ¿Una antigua taquilla en el número 36? ¿Un vestuario en una galería de tiro? Nada; Orsini se había quedado con las ganas.

Hasta el asesinato de Vincennes.

Ya que nada relacionaba a Ramier con Vincennes, a lo mejor Rufus sí tenía alguna vinculación. Pateándose las bocacalles, el capitán había localizado un local de *fitness*. Uno de esos clubes automáticos donde basta con introducir una tarjeta de socio para entrar. Tarjeta que se pagaba en efectivo. Discreción garantizada. Todos los días de siete de la tarde a once de la noche.

Tras pedirle a un empleado del servicio de limpieza que le abriera el club, Orsini tecleó el código en todas las taquillas, hasta que una se abrió. Estaba vacía.

Las grabaciones de seguridad de las zonas próximas al local habían estado pasando luego, sin parar, por el ordenador del capitán. Había aislado cuatro veces la silueta borrosa de Ramier, en blanco y negro, entrando en el club tras echar una breve ojeada a las inmediaciones. El 28 de noviembre; el 14 de diciembre; el 22 de diciembre; y finalmente, el 23 de diciembre, la mañana de su muerte, salía con una bolsa grande. Seguramente ya lo había recuperado todo para asegurarse la huida y había escogido un día en el que nadie lo iba a estorbar. El 23 de diciembre a las diez de la mañana. Y, efectivamente, nadie lo había estorbado en el club.

Y había aislado tres veces la silueta borrosa en blanco y negro de Paul Rufus. El 21 de diciembre, el 22 de diciembre y el 25 de diciembre. El 21, entra en el local de *fitness* y vuelve a salir al cabo de unos minutos. El 22, lo mismo. El 25 divisa a Ramier saliendo del club; se lo ve dudar unos segundos y luego empezar a seguirlo, camino del bosque. Luego los dos salen de campo.

Capestan reflexionó. El 20 había visto a Denis. Le había dicho que Serge había muerto. ¿Tenía Denis un recado para Paul en caso de que su padre muriera? Posiblemente. Serge y Denis habían sido capaces en muchas ocasiones de lograr la franja de entendimiento de la que carecían las relaciones entre el padre y el hijo. Serge, en su faceta de galán de la vieja escuela, podía haberle entregado una carta o un paquete «por si le pasaba algo». Pero, claro, Denis no iba a dedicarse a estar

pendiente de la salud del buen señor. Había tenido que hablar con Capestan para darse por aludido.

Y Paul no le había dicho nada a Anne.

Ni siquiera en Nochebuena.

Ni esa noche ni la mañana de Navidad.

Capestan se había ido a su casa a las ocho de la mañana, feliz como una boba. Dos horas después, Paul seguía a Ramier por el bosque de Vincennes.

En la mente de Capestan, los cubos de tristeza apagaban las vaharadas de rabia, que volvían a prenderse en el acto. No tenía muy claro cuál de las dos emociones iba a prevalecer.

¿Una dosis de comprensión, quizá? No, demostraría debilidad. Desde luego que era grande la tentación de salir del paso con un razonamiento distorsionado, de buscarle una disculpa a él para fabricarse otra para ella.

Ella también habría disparado, se dijo Anne.

No, no por alguien como Serge.

Dieron unos golpecitos en la puerta. Orsini asomó la cabeza.

—El teléfono; para usted.

—¿Y no pueden llamarme al móvil?

—Sí. Pero el móvil también lo tiene usted en el salón. Capestan tuvo el reflejo de palparse los bolsillos: pero no, claro, el móvil no estaba. Suspiró. Luego cayó en la cuenta. A lo mejor era Paul. Le lanzó a Orsini una mirada interrogativa; este cerró los ojos negando levemente con la cabeza.

—Buron.

Capestan soltó un bufido. Buron. Justo lo que estaba necesitando: que le echase una bronca el director precisamente hoy. Se forzó a ponerse de pie.

En el salón, evitando la mirada de sus compañeros, cogió el teléfono de su escritorio y se puso de espaldas a la habitación.

—¿Señor director?

—Buenos días, Capestan. Llamo por lo de esa refriega generalizada que estalló cerca de la fuente de Les Innocents...

—Sí, de acuerdo, de acuerdo. Mire, hicimos lo que pudimos. Lo sentimos mucho, hala. Y aceptamos que nos llamen la atención. Pero la verdad es que, para ser una brigada olvidada, nos tienen bastante presentes.

Hubo un breve silencio del otro lado del cable. Buron volvió a hablar:

—No, comisaria, más bien llamaba para felicitarlos. Su intervención no ha cumplido con nuestros procedimientos, ni con la prudencia, ni con el sentido común, pero ha sido un hermoso acto de coraje que, desde luego, redujo los daños. Debo decir que, en el barrio, la valiente

implicación de esas fuerzas de la policía, muy inferiores en número no obstante, ha dejado impresionados a los vecinos.

—¡Ah! Vaya. Gracias —dijo Capestan, un tanto contrita—. Gusta oírlo. Y es todo un detalle por su parte que nos transmita el elogio.

—Por supuesto, esos mismos vecinos se han quejado también del retraso en llegar de los antidisturbios y de lo poco preparada que está la ciudad en las tardes en que hay partido; y han sacado a relucir fábulas de hordas de bestias sanguinarias entrenadas para matar. ¿Le suena a algo?

—¿La falta de preparación?

—Las hordas de bestias sanguinarias.

Capestan había cogido un bolígrafo y le daba vueltas encima de la madera del escritorio.

—A lo mejor es porque nos ayudaron el perro de Rosière y la rata de Merlot.

—Bien. ¿Hay algo que no vaya bien, Capestan? —preguntó Buron con un tono realmente preocupado.

—No, no, señor jefe de división —quitó hierro la comisaria—. Todo va bien. Estamos reponiéndonos de las heridas.

—Bien. Ya me llamará cuando les duela menos.

Lebreton esperaba pacientemente en la larga cola de la tienda de platos preparados y charcutería de la calle de Montorgueil. Ya estaba un poco harto de las zanahorias ralladas y los chicharrones, y se estaba preguntando si debería caer en la tentación de la ensalada de patata con codillo. Luego se pasaría por la frutería para comprar dos manzanas.

El comandante se fijó, como le pasaba muchas veces desde que había conocido a Piloto, en un perrito que esperaba, muy formal, sentado a dos metros de los espetones de pollos asados. De pelo encanecido y mirada vidriosa, había llegado a la venerable edad de un chucho feliz y lucía con orgullo en el cuello una medalla plateada en la que estaban grabados no ya uno, sino tres números de teléfono. Hacía mucho que aquel perro no estaba ya en condiciones de escaparse, pero saltaba a la vista que no querían perderlo.

37.

«Anne, tengo que hablar contigo.»  
Al final, la había llamado.

Sentada debajo de una de las lámparas calefactoras de la terraza de Le Cavalier Bleu, Capestan seguía el movimiento hipnótico de las cabezas de los visitantes que subían por la larga escalera tubular del Centro Pompidou. Le gustaba mucho aquel amasijo de tubos de colores, «el Intestino cultural», como lo llamaba su abuela, que siempre se había opuesto firmemente al proyecto.

En los adoquines mojados, los cientos de cacas del escuadrón de palomas de la plaza se descomponían, arrullando a los turistas con una ilusión de limpieza húmeda. Los parisinos habían aprovechado aquella semana de vacaciones escolares para marcharse. En la amplia terraza que hacía esquina con las calles de Saint-Martin y de Rambuteau solo estaba ocupada otra mesa; nadie los molestaría. Capestan no se había sentido con valor para quedar a solas en casa y Paul había propuesto espontáneamente un café que caía al lado, a un tiempo, de la comisaría y del domicilio de Ajine. ¡Cuánta delicadeza por parte de un hombre que tenía un asesinato que confesar!

Lo vio de lejos, bajando por la calle de Saint-Martin, con las manos en los bolsillos del chaquetón marinero y la cabeza metida entre los hombros para ampararse del frío. Del gorro gris, incapaz de domar tal cantidad de pelo, asomaban unos mechones rubios empapados de lluvia. Capestan se preguntó cuándo dejaría de impresionarla lo guapo que era. A lo mejor dentro de diez minutos. Si no decía lo que tenía que decir.

Paul titubeó un microsegundo antes de darle un beso rápido y luego se acomodó enfrente de ella sin sacar las manos de los bolsillos. El camarero se materializó en el acto, sin decir palabra y con el pulgar metido en el bolsillo del chaleco, sobando la calderilla.

—Otro café —pidió Paul, no tanto para tomar algo como para librarse de la pregunta—. ¿Qué tal? Se nota que estamos en invierno, ¿eh? —le dijo luego a Capestan.

Esperaba a que llegara el café y se fuese el camarero para hablar de cosas serias.

—Y ¿eso qué es? —preguntó, algo preocupado, indicando las marcas azules del cuello y la tirita de la frente.

Le dio las gracias al camarero con una inclinación de cabeza.

—Los hinchas del Chelsea —se limitó a decir ella, que no quería entrar en detalles.

No había venido para que la compadeciera nadie y menos aún para que la consolasen.

Paul lo entendió a la primera, ya tenía costumbre. Había acabado de remover el café e iba a tener que tirarse al agua. No te pares, rogó Anne en su fuero interno. Paul cogió aire y apartó los ojos para mirar a los transeúntes de la calle de Rambuteau.

—Bueno, te voy a dar la versión en bruto porque no sé cómo aderezarla. Supongo que ya lo estás investigando, pero nunca se sabe. Ramier, el individuo que asesinó a mi padre, está muerto. Lo maté yo.

—¿Qué ocurrió?

Pregunta de poli, pensó Capestan. Lo único que te preocupa es «¿por qué no me lo has dicho antes?», pero exiges una confesión pormenorizada. Paul no pareció sorprenderse; iba por su túnel, deprisa, porque no había otro trayecto y había que apretar los dientes hasta la salida, sin pararse a pensar.

—Me estaba estrangulando y no me quedaba aire para pelear. Así que disparé.

Estrangulación, el mismo sistema que con Velowski, pensó Capestan. Encajaba. Quedaba por saber por qué Paul andaba por ahí con una pistola.

—¿De dónde sacaste el arma?

—Sí, claro. Voy a empezar desde el principio para que se entienda —dijo Paul, dando dos golpecitos con la cucharilla en la mesa—. Después de que os vierais, Denis vino a mi casa. Me traía un sobre que mi padre le había dado para mí, «por si acaso». Con todos los trapos sucios que llevaba a rastras, debían de ser muchos casos y más valía tomar medidas. Y como yo me negaba a verlo... En fin, todo eso ya lo sabes.

Capestan no contestó. Con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el asiento corrido, se limitaba a escuchar sin orientar aquel testimonio con la más mínima reacción. Paul respiró hondo antes de seguir.

—En aquel sobre había una tarjeta de un club deportivo, una cartulina donde había apuntado un código y... una carta. Breve.

Paul tragó saliva y se le pusieron los ojos encarnados, pero frunció el entrecejo y siguió túnel adelante.

—Fui al club al día siguiente, sin esperar más, y abrí la taquilla. Había dentro fajos de billetes en cajas de zapatos apiladas. Seis cajas. Volví a cerrar y me marché. Me estuve devanando los sesos toda la noche, no sabía qué hacer con todo aquello. Me dije que debería por lo menos llevarme a casa una caja para echar cuentas de la cantidad. Así que volví. Y resulta que faltaba una caja. Volví a contarlas, lo comprobé, busqué. Pero estaba seguro. Faltaba una, alguien se la había llevado. ¿Quién? Me acordé enseguida de Ramier y de las señales de golpes en el cuerpo de mi

padre. Lo había torturado para sacarle el código.

Paul separó las manos para poner a Capestan por testigo de aquella evidencia.

—Sabía que iba a volver y decidí esperarlo. Pero a un individuo así no podía ir a hablarle sin una mínima protección. Así que cogí una de las armas antiguas de mi padre, una de las «fantasmas», como decía él, sin registrar, según me había explicado cuando intentaba que me interesase por sus cosas de poli. También me habría enseñado a limpiarla y a disparar, pero yo no quise. Así que cogí el revólver...

—La pistola. Era una pistola, encontramos los casquillos.

—Ah —admitió su marido, enarcando las cejas—. La pistola. Por precaución, me fui a probarla al campo. No quería verme delante de un asesino con un rev... con una pistola que hiciera clic-clic como en las películas.

Paul estuvo a punto de sonreír, pero se lo pensó mejor enseguida. Frente a él, su mujer no se reía ni pizca. Estaba calibrando la inconsciencia total que había llevado a su marido por aquel camino. Había creído que podría enfrentarse con aquel hombre y su valor se había convertido en ceguera.

—Pero ¿tú te das cuenta de quién era Ramier? Acababa de asesinar a tres personas. ¿Cómo pudiste arriesgarte a ese enfrentamiento? ¿Por qué?

—Las ganas de saber más, claro. ¿Mi padre se había convertido de verdad en un corrupto? ¿Hasta qué punto estaba vendido y había cometido atracos, y matado también él, desde cuándo, con quién? ¿Ramier lo había matado para vengarse de una traición o, al contrario, a Serge le había entrado un ataque de honradez policíaca? La carta no decía nada de que tuvieran rencillas pendientes.

Paul sacudió la cabeza, contrariado; no se engañaba acerca de los pobres resultados que había conseguido.

—Al final, sé lo mismo que ya sabía y la he liado buena. Pero tenía razón en una cosa: volvió. Me enseñaste una foto suya en tu móvil y lo reconocí cuando salía del club con una bolsa debajo del brazo.

Comentó, en un aparte:

—Tengo la bolsa; está a tu disposición, por supuesto. Así que —continuó—, decidí seguirlo. Cuando estaba ya a pocos metros, lo llamé. Se volvió y se me quedó mirando un momento; me daba cuenta de que mi cara le sonaba de algo; es que..., bueno, me parezco a mi padre, ya lo sabes. Se lo confirmé y me presenté. Se acercó, e iba a hacerle la primera pregunta pero no me dio tiempo a empezar. Se me fue directo al cuello y se puso a apretar como un loco.

Al recordar la brutalidad del ataque, a Paul se le dilataron los ojos. Seguía sin podersele creer, sin entenderlo.

—Me resistí, pero estando tan cerca y sin poder respirar, me di cuenta enseguida de que no lograría que me soltara. Conseguí meterme

la mano en el bolsillo y sacar la pistola, y entonces disparé como pude.

Apretó en la mano la cucharilla, que no había soltado. Reconoció, contrito:

—Con tanto estrés, tuve que vaciar el cargador; me daba miedo fallar y que me quitase el arma.

Capestan, campeona de tiro, no pudo por menos de tomar nota de que así, a quemarropa, disparar dos balas a los árboles era realmente para nota. Había que ver el lado bueno de las cosas, jugaría a favor de Paul.

Este parecía haber dicho cuanto tenía que decir. Ahora Capestan iba a poder hacer la única pregunta que le importaba de verdad. Balbució casi:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Para no mezclarte en esto.

—¿Estás de guasa? Paul...

Estaba mezclada cuerpo a cuerpo, vida a vida con aquel hombre desde que sintió algo por él; el vínculo que los unía, aflojado apenas, los había vuelto a lanzar uno contra otro con la fuerza de la goma elástica más recia; y él, que había puesto en marcha el efecto retorno, ¿había querido protegerla?

—Si estabas enterado de todo eso, si sabías qué intenciones tenías, ¿por qué viniste a pintar delante de mi casa?

Paul bajó la vista. Tenía razón, y él lo sabía. Pero no había ni razón ni cabeza que tuviera algo que ver con todo aquello. Se habían vuelto a ver y con eso había bastado.

—Porque solo pensaba en ti. No eché cuenta de nada, solo quería que volvieras. Tú también, ¿no?

La evidencia volvía inútil toda respuesta. Paul siguió diciendo:

—Lo siento mucho, de verdad. Pero necesitaba hacer esto yo solo, sin la policía, para conseguir las auténticas respuestas del único individuo implicado de verdad. No pensaba que las cosas iban a salir así.

Con un sociópata como Ramier, no podían ir de otra manera. Paul se había ilusionado con una visión novelesca de los criminales. Y había escapado en vez de llamarla.

—Tendrías que haberme avisado inmediatamente. A esta confesión había que darle salida en el acto. Siempre estaría la cuestión del arma y de la ocultación de información sobre un fugitivo, pero con una legítima defensa comprobada *in situ*, resultaría más fácil. ¿Por qué no me llamaste por teléfono?

Paul se encogió de hombros y luego se echó hacia atrás para apoyarse en el respaldo de la silla. Separó apenas los brazos antes de dar la respuesta que debía de parecerle más honrada.

—Porque se trataba de ti. Si tú no hubieras estado en el caso, si hubiera sido cualquier otro policía, creo que habría llamado. Pero no estaba nada orgulloso de mí mismo y, cuando uno se siente tan

desastroso, no avisa para empezar a la mujer a la que quiere. Por otra parte, no iba a informar a alguien que no fueras tú. Todo se lio, no sabía por dónde andaba y también estaba bastante noqueado, ¿sabes? Esperé.

La mirada de Capestan vagó por la plaza. Las palomas se habían puesto en hilera a lo largo del tejado del edificio del Atelier Brancusi. La lluvia seguía al mismo ritmo, instalada en su eternidad parisina, oscureciendo el asfalto, ocultando los rostros, daba de beber a los pobres troncos de los castaños, colándose por los aros metálicos por los que se iba a las alcantarillas e iba a parar a otras alcantarillas.

38.

Capestan estuvo un momento contemplando a Paul y barajó la idea de enterrar el caso y aquí paz y después gloria. Hasta podían encontrar otro culpable. Bien pensado, sinvergüenzas no faltaban, seguro que había alguno que tuviera la talla adecuada para ponerle el traje adecuado.

No. No podría vivir con algo así. Una lata.

Volvió a acordarse luego de lo que le había propuesto Orsini anteriormente, en su despacho:

—No sé si se trata de una venganza o de un accidente, pero si hace falta estoy dispuesto a atestiguar que yo estaba presente, que me había llamado y que obró en legítima defensa.

—Eso sería cometer perjurio, capitán.

—No cabe duda de que Paul ha cometido un crimen que habría podido, e incluso habría debido, cometer yo. Me parece normal compartirlo. Falso testimonio, complicidad: valdrá.

—No. Y eso sin decir que es ridículo. Le recuerdo que estaba usted con nosotros cuando descubrimos el cuerpo y nos acompañaban la mitad de los policías del número 36. Lo habría dado usted a conocer, supongo.

Orsini bajó la cabeza apretando las mandíbulas.

—Sí. Mire, si puedo hacer algo, lo que sea, sepa que quiero hacerlo.

—Lo he entendido; gracias, capitán.

Bien pensado...

A lo mejor Orsini podría declarar que había recibido un telefonazo previo y no le había prestado toda la atención necesaria, lo que libraría a Paul de parte de los cargos...

No. Capestan tenía que controlar el temor de ver cómo su marido desaparecía tras las paredes sucias de una cárcel y hacer una lectura de los acontecimientos con sangre fría, como en cualquier homicidio. Paul no tenía alma de asesino y eso era seguramente lo que demostrarían los elementos si ella conseguía alinearlos como simples piezas probatorias. Tenía que darse un tiempo para juntar sus sinapsis, que andaban por ahí sueltas y electrizadas.

Sin despegarse del respaldo de la silla, con las yemas de los dedos en el filo de la mesa, Paul esperaba que aquellas noticias se abrieran camino y que Anne volviese a tomar la palabra.

—Según tú, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó ella, para romper el silencio más que nada.

—Detenerme. Me gustaría que me detuvieras tú, a menos que

preferas no hacerlo, claro. Pero de todas formas no me voy a escapar, no tengo ya edad para eso. Y además, a la gente le suena mi cara, no llegaría muy lejos. Pensaba asumirlo.

A Capestan se le escapó un breve suspiro y asintió con la cabeza. Asumirlo. No tenía ni idea de lo que lo esperaba. Pero aquella sinceridad absoluta saltaba a la vista e iluminaba todo el espacio de alrededor. Nunca había la menor pelusa debajo de las alfombras de aquel hombre.

—Así que te dejó una carta.

—Sí.

Paul se abrió el chaquetón de paño y sacó con cuidado una hoja doblada en cuatro del bolsillo interior. Luego, se la alargó a Capestan.

—Toma, léela.

Capestan alzó la mano. Era personal. Prefería limitarse a un simple resumen del destinatario.

—Léela —insistió Paul, empujando la carta por encima de la mesa—. Lo prefiero.

Capestan desdobló la hoja.

*Paul:*

*Como ya sabes, he sido un mal marido, un mal padre y un mal policía. Antes fui el mal hijo de un padre feroz, como también sabes, pero no ando buscando disculpas.*

*Tú has sido un marido pésimo —como ya había pronosticado yo—, pero un buen hijo. No entendí por entonces lo valiente que eras. Jugar a los humoristas, ser feliz era lo peor que podías hacerme. Cuando empecé a entenderlo, ya casi no nos tratábamos. Qué se le va a hacer, es así.*

*Pero incluso desde lejos y sin que lo supieras, quería seguir siendo tu padre y comportarme como tal. Me salté los límites para ir a buscar con qué financiar tu carrera en París. Seguramente habrías triunfado sin mí, pero quería participar. Lo consideraba un deber.*

*El dinero que no se usó entonces te valdrá hoy de herencia. Cierto es que no se trata de unos fondos de procedencia honrada, pero, andando el tiempo, conseguí convertir aquellos francos en euros; ahora ya están limpios. El botín está en una taquilla de un club deportivo; te adjunto la dirección y el código.*

*Tu padre, que lo lamenta pero que no puede hacer nada para remediarlo. Buena suerte en lo que venga a continuación.*

*Papá*

Anne dobló la hoja y se guardó para sí las reflexiones que le inspiraban aquellos remordimientos tan altaneros como tardíos y escuetos. Pero no dejó pasar en cambio la garrocha que podía arrancar.

—No has sido un mal marido.

—Sí, claro que sí. Tenía razón mi padre. No estaba hecho para ese papel.

Capestan negó despacio con la cabeza. Lo menos que se podía decir era que, desde que había muerto Serge, le había dado tiempo a revisar la

historia de Paul y suya. En el fondo, ella había actuado igual que su suegro, cerrándose en banda y asfixiando la mínima ráfaga de alegría a su alrededor. Dejaba que siguiera continuamente vivo el rescoldo de la ira, latente, como una amenaza, para asegurarse el silencio.

—Nadie habría podido aguantar, Paul, porque yo no lo quería. Que te marchases fue solo una formalidad. Legítima. Tu padre se equivoca. Eras un marido excelente.

Capestan se centró otra vez en las palomas, los transeúntes, la plaza, el viento, la lluvia. Volvió a Paul. Tenía que reunir pruebas de la buena fe, que para ella era una evidencia.

—¿Has conservado el arma?

—Sí, lo tengo todo: el arma, la bolsa, la tarjeta del club, los zapatos llenos de barro...

Capestan se acordó de repente de sus propias marcas alrededor del cuello. Se inclinó hacia delante:

—¿Me permites?

Tras bajar el cuello vuelto, aparecieron las anchas marcas azuladas que estaban ya empezando a ponerse amarillas en algunas partes. No había que perder tiempo. Pero, efectivamente, el cepo de Ramier había agarrado sin aflojar.

La situación, desde un enfoque estricto de los hechos, tenía que dar para un alegato de defensa: Paul Rufus había matado en legítima defensa, las señales no dejaban lugar a dudas. Ir armado y la voluntad de actuar solo se debían al hecho de ser un hijo que aún estaba conmocionado por el fallecimiento de su padre y alterado por haberse enterado, inmediatamente después, de que era un corrupto. Luego, la confesión, que no por eso dejaba de ser espontánea, se había demorado, pero la situación emotiva era compleja: su exmujer participaba en la investigación y acababan apenas de reanudar su relación cuando Paul había tenido que enfrentarse con Ramier. Alterado, traumatizado, no había sabido cómo reaccionar sobre la marcha. Pero, al recobrar la conciencia, se había entregado voluntariamente y había devuelto a las autoridades el dinero robado.

Se sostenía.

Rosière o Merlot localizarían al abogado a quien más aborrecieran los servicios de policía, uno de esos ases de la abogacía que machacan meses de trabajo encarnizado para dejar en libertad a facinerosos con los que luego no querrían encontrarse en un callejón. Un hombre providencial.

Se sostenía.

Capestan buscó en la agenda del móvil y pulsó la señal de llamada.

—Buenas, doctor, la comisaria Capestan al aparato. ¿Estaría disponible para una certificación? Es urgente. En la brigada. Muchas gracias, doctor, hasta ahora mismo.

Capestan se metió el teléfono en el bolsillo, recogió sus cosas e invitó

a su marido a hacer lo mismo.

—Voy a detenerte, Paul. Ya supondrás que no te interrogaré yo. Pero no te preocupes, tú di la verdad tal cual y todo irá bien.

Todo iba a solucionarse. Bastaba con echar a andar.

39.

*Lyon, banco Minerva, 4 de agosto de 1992*

Serge había esposado a Ramier, lo había sacado del banco y derribado en la acera. Apretaba la pistola en el puño como si hubiera querido convertirlo en cenizas. Con la mano izquierda agarró al facineroso por el cuello para hablarle al oído. Estaba sudando y el sudor le goteaba en los ojos al hombre.

—Me cago en la hostia, ¿qué te ha dado? ¡Tú no estás bien! ¡Eres una puta basura! ¿Por qué les has disparado a esa mujer y a ese crío?

—La culpa la tiene Velowski, que no ha sido capaz de acabar antes con la visita. Y además, ese banquerillo de los cojones dijo mi nombre cuando entré en su despacho. Los ha matado él. Yo solo he disparado.

Serge le pegó un recio culatazo en la nariz.

—Nos has jodido a todos. No puedo dejar que te vayas, no se lo iba a creer nadie, caeríamos todos, y adiós al dinero. Así que atiende bien, so capullo. Con los demás hago lo que teníamos previsto. Dejo que se escape Jacques, y Alexis será un testigo sesgado. Te guardamos tu parte. Tú cierras la boca, le echas paciencia en la trena y cuando salgas la coges. ¿Me has entendido? —quiso saber, zarandeándolo.

Entre su propio sudor, el de Rufus y la sangre que le salía de la nariz, Ramier consiguió articular, con sonrisa aviesa:

—Entendido. Volvemos a vernos para entonces. Ya os avisaré justo antes.

Rufus le dio otro zarandeo y lo dejó caer de lado.

El alarido de las sirenas se había calmado, las puertas de los coches se cerraban de golpe. Rufus notaba el aire que levantaban sus colegas, que corrían por todos lados. Podía funcionar. Por los pelos, pero podía funcionar.

40.

Igual que los leones recorriendo la sabana o las orcas surcando el océano, las maletas de ruedas corrían veloces por su entorno natural, ese para el que se las había concebido: la banquisa ultraplana de Roissy-Charles-de-Gaulle. Tras los adoquines rugosos y las aceras granuladas, su potencia podía al fin desfogarse en un silencio acolchado.

Los policías que las pilotaban eran mucho más escandalosos. Rosière, resplandeciente mascarón de proa, iba en cabeza, levantando a veces el brazo para animar al rebaño a seguirla y a no despistarse, a imagen y semejanza de una guía turística que se encaminase directamente hacia *La Gioconda*.

En el control, unos compañeros habían reconocido a Diament. Se le habían acercado, señalando a Capestan: «Tu jefa se presenta al premio de esposa del mes, ¿no? Oye, mejor que la pensión: la prisión. Pobrecillo, no es que le haya tocado un divorcio amistoso». Nadie oyó la respuesta de Diament, pero los tipos se fueron.

El tema que nadie se atrevía a volver a mencionar directamente salía de nuevo a relucir. Capestan se preguntó si iba a tener que pasar otra vez por una retahíla de explicaciones y de disculpas cuando estuvieran todos acomodados en los sillones de la terminal 2E, haciendo tiempo.

En la comisaría de Les Innocents, la brigada, con la excepción de Orsini que había saludado su entrada con un prolongado apretón de manos, había visto aparecer al marido de Capestan con estupor mal disimulado. Mientras, a petición de esta, Lebreton y Rosière se hacían cargo de la custodia, la comisaria reunió al equipo para resumirles la detención, los hechos y las circunstancias del caso. Los policías se habían esforzado muchísimo para tomarse las cosas con naturalidad. Luego, bajo escolta de Rosière y Lebreton, el sospechoso fue directamente al despacho de Buron, en el 36 del muelle de Les Orfèvres, quien se ocupó de trasladarlo al juzgado. De momento, el caso no se presentaba demasiado mal y Anne empezaba a respirar tranquila.

La brigada llegó por fin a las elevadas cristaleras de la sala de embarque. Dax y Lewitz, que seguía con la muleta, se abalanzaron sobre dos hileras enfrentadas de asientos, abriendo los brazos para reservar toda la fila, como unos adolescentes en un cine sin localidades fijas. Luego, cuando ya estuvieron todos colocados con la fila de maletas, mochilas y bolsas de plástico del *duty free* en medio, Dax se levantó para cederle el sitio de honor a la comisaria.

Rosière, quien, por un curioso automatismo, rascaba el bolso en

ausencia de su perro, que no tenía permiso para entrar en los Estados Unidos, se inclinó hacia Capestan y, con su habitual campechanía, sacó el tema del que nadie se atrevía a hablar.

—No te hagas mala sangre, chatita, en serio. La legítima defensa de Paul irá como la seda. Con el nivel que tiene el tarado que lleva el caso, apuesto por el sobreseimiento o, como mucho, un aplazamiento de condena.

—Un famoso en el banquillo; los periodistas se lo van a merendar — comentó Évrard, que era aún menos diplomática.

—Todo lo contrario —interrumpió en el acto Rosière con tono de sabérselas todas—. ¡Todo lo contrario! ¡Va a ser una reaparición sonadísima! Y, de propina, con lo buenorro que está, le van a llover los papeles de poli y de villano, los machotes que ahora están en el candelero lo van a tener crudísimo. El repertorio del gracioso se va a poner por las nubes.

—En cambio, para la reputación de la brigada... —se arriesgó a decir Capestan—, me da miedo haberos metido de mala manera en...

—Pero ¡si nosotros estamos blindados! ¿A que sí, chicos? —arengó Rosière, como si pidiera un góspel.

Los chicos, en torno a ella, asintieron sin reservas. Lo suyo era algo más que un blindaje, se movían bajo los cielos inaccesibles surcados de palomas blancas, mientras los sapos se croaban unos a otros. De todas formas, hacía mucho tiempo que nadie les dirigía la palabra.

Tras darle un codazo en las costillas a Capestan, Rosière soltó la carcajada:

—Y además, ¿qué más da la reputación? Solo son menudencias: hemos vuelto a arrastrar por el fango a un policía con las revelaciones sobre Serge Rufus; nuestra comisaria ha detenido a su propio marido, que, dicho sea de paso, seguramente había aprovechado el acceso a información privilegiada...

—¡Eso no! —se encrespó en el acto Capestan.

—Esa será la versión que corra por los pasillos, te lo garantizo. Y en lo que al marido se refiere, como iba diciendo, todo acabará bien gracias a un abogado y a una cobertura mediática de VIP. ¡La verdad, lo nuestro ya no es una reputación, lo nuestro es una leyenda! Nunca más podrá nadie nada contra nosotros.

«Pasajeros del vuelo AF1810 con destino Los Ángeles, embarque inmediato por la puerta E31.»

Los policías se pusieron de pie todos a la vez, como una sola brigada. Las maletas reanudaron el paseo.

—Mecachis, trece horas hasta Los Ángeles y luego otras ocho hasta Honolulu. La que nos queda por delante —se lamentó Évrard.

—Sí, pero en primera —reveló Rosière, sonriendo disimuladamente.

—¡Hala, eso sí que es tener clase! ¡Lo digo en serio! Lo que me gustaría ver la cabina del piloto... —dijo regocijado Lewitz.

—Por cierto, ¿dónde anda Torrez? —preguntó Dax preocupado.

Rosière presentó el pasaporte y la tarjeta de embarque al tiempo que contestaba a esa legítima pregunta.

—Su familia y él han cogido otro avión. No fuera a ser que nos estrellásemos.

## Epílogo

Con una humedad relativa próxima al setenta por ciento, el aire parecía sólido, se lo podía respirar con pajita. Machacados por el viaje, el desfase horario y el clima, casi todos los policías franceses habían tenido que tender la ropa para que se secase. Luego se habían pasado dos días desvalijando tiendas. Hoy, con la nariz despellejada, llevaban todas camisetas hawaianas sueltas con flores grandes y palmeras pequeñas.

Al pie del ring al aire libre, borrachos de Mai Tai, alzaban las manos, pateaban y animaban a su campeón con gran lujo de berridos y exhortaciones en su mayoría muy rudimentarias. Se acercaba el *round* decisivo. Los altavoces estaban a tope. Unas jóvenes con atuendos locales especiales para espectáculos de gogós, pareo de ramas y hojas, collar y corona de flores de tiaré, desfilaban por el ring paseando los indicadores de las puntuaciones o pancartas publicitarias Philips. Para la Gran Final de la Plancha de Oro 2012 no quedaban entradas.

Los hijos de Torrez aplicaban las mismas reglas de compostura que la brigada, es decir, ninguna. Pero su padre lo tenía difícil. Se enfrentaba a la vencedora de los dos campeonatos anteriores, una canadiense de un metro ochenta que parecía que iba a reventar la tabla cada vez que bajaba la plancha. A su lado, Bruce Lee con sus ladrillos habría parecido un restaurador del patrimonio. La sintonía retumbó en los bailes saturados. El hijo pequeño de Torrez dio un respingo por la tensión. Sus hermanas se tiraban nerviosamente de las trenzas mirando el ring sin parpadear.

Los dos chicos mayores se dieron un codazo para ponerse a tono. La mujer del teniente, una morena de tipo ibérico con perfil de moneda, se mordía la cara interna de las mejillas mientras vigilaba a la prole. Empezaba el *round*.

Torrez cerró los ojos unos segundos antes de que sonara el silbato. En esta fase, más que en las otras, tenía todas las oportunidades. La final de la competición cambiaba de ritmo, no se limitaba ya a las camisetas. Y para ese reto, Torrez estaba listo. Llevaba años entrenándose.

La canadiense arrancó con un segundo de adelanto. Salida en falso, deliberada. No tenía ninguna importancia, el teniente siguió, agarrando las camisetas, una tras otra. Se retrasaba en una manga, pero mantenía el ritmo mal que bien. Con la cara sudorosa y la camiseta empapada, más concentrado que un chef con estrellas Michelin a la hora de mayor

ajetreo en los fogones, Torrez dejaba bordados los cuellos sin tomarse ni una tregua. Su competidora lo observaba con el rabillo del ojo, ya había vaciado del todo el primer cesto mientras que Torrez andaba solo por la mitad. Una sonrisa astuta se le dibujó sin querer en la cara tensa por el esfuerzo.

—La ha jodido en todos los ocales, la vas a alcanzar en las estadísticas —vociferó Rosière, que se había documentado.

—¡Valor, muchacho! —soltó Merlot, orgulloso de su compañero.

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que sí! ¡Hip, hip, hip! ¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que sí! —afirmó Dax con mucha convicción.

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que sí! ¡Hip, hip, hip! ¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que sí! —confirmó Lewitz.

Capestan, Lebreton y Évrard aplaudieron estrepitosamente para animar al teniente en una mala racha. Incluso Orsini se puso de pie de repente para soltar un «¡venga!» tan expeditivo como ajeno. Tras lo cual, el capitán volvió a sentarse en el acto. Estaba metido en un bajón pertinaz desde que se había resuelto el caso. Había investigado demasiado, esperado demasiado, y actuado demasiado poco al final. La verdad lo dejaba vacío de preguntas, pero colmado de eternidad para contemplar su luto sin remedio, lo irreversible a toda pantalla.

Torrez empezó por fin el segundo cesto. Hasta la última fila del público notó que daba rienda suelta a los caballos. La ropa delicada pasaba por su tabla de planchar a una velocidad desenfrenada; con ademanes de experto alzaba las mangas, perfilaba las pecheras, ajustando la punta de la plancha al milímetro. El pelo aguantaba en la tormenta, batiendo el aire con los mechones revueltos. Con un gesto rápido del antebrazo, el teniente se secaba a veces el sudor que le chorreaba, aun a riesgo de quemarse con el generador de vapor.

El árbitro pitó el final del encuentro.

José Torrez había recuperado el retraso y los cestos de ambos contrincantes se habían vaciado al mismo tiempo.

—¡Es-ta-dís-ti-cas! ¡Es-ta-dís-ti-cas! —silabeó el público.

El árbitro cogió el micrófono y la tableta.

—Nuestros dos competidores han planchado exactamente la misma cantidad de prendas. Así que serán las estadísticas de arrugas las que desempaten. Estaremos con ustedes dentro de unos minutos.

Unos expertos subieron al ring para comentar con la mayor seriedad todas las pilas de ropa que se brindaban a sus competencias técnicas.

El público zumbaba las especulaciones más disparatadas y se comía las uñas a cientos. Por fin, los expertos salieron del cuadrilátero y el árbitro engominado pudo coger el micrófono con la misma fogosidad que Elvis en Las Vegas.

—¡Y aquí tenemos los resultados tan esperados! Estadísticas de

arrugas en las camisas: el francés José Torrez, cincuenta y uno por ciento; la canadiense Martha Kitimat, treinta y dos por ciento.

—¡Ooooh! —exhaló el campo francés, mientras en el canadiense había una explosión de embeleso.

—Hay más, hay más —aplacó los ánimos el árbitro, para recuperar la atención—. Ropa de niño: ¡Canadá, sesenta y ocho por ciento! ¡Francia, cero por ciento! ¡He dicho cero! Es increíble, señoras y caballeros. ¡Se ha batido un récord! ¡Un acabado perfecto! ¡Que solo podrán conseguir ustedes con la gama de centros de planchado Philips Pro, a la venta en grandes superficies y comercios del ramo! Pueden ustedes percatarse de su precisión.

Las decenas de frunces diminutos de los nidos de abeja estaban impecablemente alineados; debajo de unas cintas exquisitamente anudadas, los peles de algodón peinado no adolecían ya de huella alguna alrededor de los automáticos; el árbitro estaba exponiendo auténticas obras de arte y se las iba entregando sobre la marcha a las jóvenes hawaianas, que las hacían desfilar ante un público boquiabierto y algo beodo.

—¡Tenemos pues la satisfacción de declarar ganador al francés José Torrez, nuestro campeón de 2012 de la Plancha de Oro Philips! ¡Pónganse en pie para aplaudirle, señoras y caballeros!

El teniente estaba radiante. Sus hijos, entusiasmados, brincaban en todas las direcciones, se tiraban unos encima de otros, chocaban las palmas y le decían a voces su alegría a aquel padre campeón mundial. Mundial.

La escandalera se duplicaba, se triplicaba por segundos en la zona del público francés. Entre la familia, los compañeros y los turistas de paso, se acercaban a los mil decibelios. Eso es lo que le parecía al menos a Capestan, completamente KO. Miraba al otro miembro de su binomio, con la expresión más abierta que nunca y la silueta rechoncha como henchida de felicidad. Se alegraba muy de veras por él. Y también agradecía aquella salida entre colegas que les había regalado la generosa, la regia Rosière aprovechando aquella final tan poco corriente.

Pero, pese a todo, a la comisaria le costaba disfrutar del acontecimiento como este se merecía. No sabía muy bien si era el viaje o, más probablemente, las circunstancias y las dificultades que la estaban esperando cuando regresara a París, pero se notaba muy pachucha. Y además tenía unas náuseas terribles.

## Nota de la autora

La final de la Plancha de Oro Philips 2008 se celebró efectivamente en Hawái. Por necesidades de la narración, el reglamento y el ambiente se han modificado. Pero el ganador sí fue un francés, Christophe Hars, que en la actualidad es un excelente restaurador de Issy-les-Moulineaux.

Durante la exposición con motivo del centenario de la policía judicial en Le Champ-de-Mars, el grupo de escalada en acción protagonizaba en efecto un vídeo. Aparecían igualmente las diferentes brigadas de la policía judicial y se veía la foto citada en el capítulo 31. La autora, en cambio, ignora por completo a qué grupo y a quién pertenecía el despacho en cuestión. Atribuírsele a un comandante de la BRI es pura ficción.

La policía utiliza efectivamente ratas y cerdos. No en Francia, pero sí en los Estados Unidos, en Israel y en los Países Bajos.

## ***Agradecimientos***

*Gracias a ellos he pasado un año tal que, en comparación, a Marie Curie la ceremonia de entrega del Nobel le habría parecido una sosada. Y además, sin reservas:*

### **GRATITUD ETERNA Y CARIÑO A PRUEBA DE BOMBA**

a Francine Esménard, que les dio alas de albatros a mis «pollos»[\[7\]](#);  
a las fuerzas muy pero que muy vivas de Albin-Michel-Mi-Editorial, que, a continuación, los mimó, los tuvo en palmitas y los confitó;  
a los librereros, a los librereros, a los librereros, con un plas plas plas agradecido, en particular para Fabien, de Chantelivre; Christophe, de Millepages, y Pierre, de Les Fables d'Olonne;  
a los lectores, a los lectores, a los lectores, a los blogueros, a los miembros de la red Babelio: la mejor brigada que podía esperar. En serio;  
al festival Quais du Polar, a sus equipos, a Hélène Fischbach y al jurado del premio Polar en Séries. Mis «pollos» no podían presentarse bajo mejores auspicios; todavía siguen con la cresta erguida y las plumas de punta;  
al jurado y a los organizadores del premio Arsène Lupin, que les pusieron a esas mismas aves capa y chistera. Aún están aleteando de gozo, más huecos que un pavo por una filiación tan atrevida;  
a todas las ferias, a sus organizadores, a sus voluntarios, a su público, cuya acogida me ha proporcionado energía para escribir otros treinta libros de propina. Un beso aparte a Lamballe, anulado y embalado un 14 de noviembre tristísimo;  
a los periodistas y a los críticos; leí sus artículos con bastante interés; y luego los enmarqué, los expuse, los escaneé, los llevé doblados en el monedero y se los envié a la mitad del planeta;  
a la revista *Cosmopolitan*, a sus jefes, a sus equipos, a mis amigos, que me dan ánimos, que toleran mis ausencias, que pierden amablemente a la petanca y me avisan cuando hay algo rico en la cafetería;  
gracias a todos a quienes di ya las gracias en mi primera novela; vale para la segunda. Estoy pensando en particular en Patrick Raynal el Magno;  
gracias también a todos mis amigos, a la familia cercana, lejana y a media distancia, a todos esos transportadores de novelas, corredores de relevos de entusiasmos y compartidores de información a medida y a demanda;

y además, además, además, un beso específico a mis revisores de la primera hornada, mis privados personales solo míos, todos esos cuyos comentarios o notas traen consigo alegrías o correcciones encarnizadas: Anne-Isabelle Masfaraud (garante oficial de la cohesión de la intriga y de la coherencia de los personajes); a Dominique, Patrick y Pierre Hénaff (en quien delego para los finales felices, el derecho, el fútbol y los animales); Chantal Patarin, Brigitte Petit, Michelle Hénaff, Chloé Szulzinger y, para terminar, de entre todos ellos, gracias a Marie-Thérèse Leclair, Isabelle Alvès y Marie La Fonta, de cuyas vidas he sacado episodios con todo el descaro para transformarlos como me ha dado la gana. Estoy muy poco contrita, pero muy sinceramente agradecida; así una cosa compensa la otra.

Este libro se terminó de imprimir en Madrid (España), en el mes de mayo de 2017.

## NOTAS

[1] Recherche, Assistance, Intervention, Dissuasion: Búsqueda, Asistencia, Intervención, Disuasión. Unidad de elite de la Policía Nacional francesa. (N. de las T.)

[2] *Brigade de recherche et d'intervention*: Unidad de Investigación e Intervención. (N. de las T.)

[3] Grupos de humoristas franceses muy populares en las décadas de 1980 y 1990 y cuyos nombres equivalen a Los Patéticos y Los Desconocidos. (N. de las T.)

[4] *Institut national de la recherche agronomique*: Instituto Nacional de Investigación Agronómica. (N. de las T.)

[5] *Brigade de repression du banditisme*: Brigada contra el Crimen Organizado. (N. de las T.)

[6] «Como en, como en, como en los cuadros.» (N. de las T.)

[7] Alusión al primer libro de la autora, Poulets grillés, publicado en castellano con el título La brigada de Anne Capestan (Alfaguara, 2016). Poulet es uno de los términos coloquiales que se usan para designar a la policía en Francia, del mismo rango que en español «maderos», «la madera», «la pasma», «la bofia», etcétera. (N. de las T.)